

JUAN GUILLERMO DRAPER

HISTORIA **de los CONFLICTOS** **entre la RELIGIÓN** **y la CIENCIA**

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

por

AUGUSTO T. ARCIMIS

de la Real Sociedad Astronómica de Londres

con un prólogo

de

NICOLÁS SALMERÓN



Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C^a.

(Sucesores de Rivadeneyra),

Impresores de Cámara de S. M.,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

Madrid

1876.

Juan Guillermo Draper

Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia

Traducción del inglés: Augusto T. Arcimís.

El texto procede de la obra del mismo título, editada por:

Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau

(Sucesores de Rivadeneyra), 1876.

Maquetación actual: Demófilo,

junio de 2018.



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2018

Ω

Prólogo del autor

Cualquiera que haya tenido oportunidad de informarse de la condición intelectual de las clases ilustradas en Europa y América, debe haber observado cuán grande y rápido es el abandono de la fe social y religiosa, y que si bien entre los individuos más francos no se oculta esta separación, es, sin embargo, mucho más extensa y peligrosa la que se opera privada y silenciosamente.

Tan vasto y poderoso es este apartamiento, que no podría ser contenido ni por el desdén, ni por el castigo. Ni la fuerza, la burla o el vituperio pueden extinguirlo; y se aproxima con rapidez el tiempo en que ha de producir graves sucesos políticos.

La política del mundo no se inspira ya en el espíritu eclesiástico. El ardor guerrero, como sostén de la fe, ha desaparecido, y sus únicos recuerdos son las marmóreas efigies que sobre las tumbas de los caballeros cruzados reposan en las silenciosas criptas de las iglesias.

Que una crisis amaga, lo demuestra la actitud de las grandes potencias hacia el Papado; este representa las ideas y las aspiraciones de las dos terceras partes de la población de Europa, insidiosa en aquella supremacía política, conforme con sus pretensiones de una misión y origen divinos, y en la restauración del orden de cosas de la edad Media, declarando en alta voz que no quiere reconciliarse con la civilización moderna.

El antagonismo de que somos testigos, entre la Religión y la Ciencia, es, pues, la continuación de la lucha que tuvo principio cuando el cristianismo comenzó a alcanzar poder político. Una revelación divina no puede sufrir absolutamente contradicción; debe repudiar todo adelanto en su esfera y mirar con desdén los que puedan surgir del desarrollo progresivo de la inteligencia humana. Pero nuestra opinión sobre cada materia está sujeta a la modificación que pueda imponerle el irresistible adelanto

de los conocimientos humanos.

¿Podemos exagerar la importancia de un combate, en el que toman parte todas las personas pensadoras, aún a despecho de su voluntad? En asunto tan solemne como la religión, todo hombre, que no se halle ligado por intereses temporales con las instituciones actuales, ansía seriamente encontrar la verdad. Inquieta y se informa, no sólo del asunto que se debate, sino también de la conducta de los combatientes.

La historia de la Ciencia no es un mero registro de descubrimientos aislados. Es la narración del conflicto de dos poderes antagonistas; por una parte, la fuerza expansiva de la inteligencia del hombre; la comprensión engendrada por la fe tradicional y los intereses mundanos, por otra.

Nadie ha tratado hasta hoy esta materia bajo tal punto de vista, y sin embargo, así es como actualmente se nos presenta, y de hecho como la de más importancia entre las cuestiones palpitantes.

Pocos años ha, era aún prudente y político abstenerse de toda alusión a esta controversia y mantenerla alejada del palenque cuanto fuera dable. El reposo de la sociedad depende tanto de la permanencia de sus convicciones religiosas, que nadie podría justificar el perturbarlas innecesariamente. Pero la fe es por naturaleza inmutable, estacionaria; la Ciencia, por naturaleza, progresiva, y alguna vez puede surgir entre ellas una divergencia imposible de ocultar; en este caso, viene a ser un deber para los que han consagrado su vida a estos dos modos del pensamiento presentar modestamente, pero con firmeza, el fruto de sus estudios: comparar estas pretensiones antagonistas con calma, con imparcialidad, filosóficamente. La historia enseña que, obrando de otra suerte, sólo se obtendrían desgracias y calamidades sociales. Cuando la antigua religión mitológica de Europa se desplomó bajo el peso de su propia inconsistencia, ni los emperadores romanos, ni los filósofos de aquella época hicieron nada que contribuyese a ilustrar o dirigir la opinión pública. Dejaron que los asuntos religiosos corriesen su suerte, y, como consecuencia, cayeron en manos de ignorantes e iracun-

dos eclesiásticos y de parásitos, eunucos y esclavos.

La noche intelectual que cubrió a Europa, originada por esta gran falta, se va disipando, vivimos en los albores de tiempos más afortunados; la sociedad ansía la luz para ver en qué dirección es encaminada; claramente percibe que la ruta seguida por la civilización durante largo tiempo ha sido abandonada al cabo, y que un nuevo impulso la conduce ahora por mares desconocidos.

Aunque profundamente penetrado de tales pensamientos, no me hubiera atrevido a escribir esta obra, o a exponer al público las ideas que entraña, si no hubiesen sido materia de mis más graves y profundas meditaciones; por otra parte me ha dado nuevo vigor la favorable acogida dispensada a mi *Historia del desarrollo intelectual de Europa*, y que, publicada hace pocos años en América, ha sido reimpresa varias veces y traducida a numerosos idiomas europeos, tales como el francés, alemán, ruso, polaco, servio, etc., siendo en todas partes benévolamente recibida.

Al coleccionar materiales para los volúmenes que he publicado bajo el título de *Historia de la guerra civil de América*, obra de gran trabajo, me he acostumbrado a comparar opuestos testimonios y a dirimir contrarias pretensiones. La aprobación con que ha recibido este libro el público americano, juez competente en los sucesos que en él se narran, me ha inspirado nueva confianza.

Ha sido también objeto predilecto de mi atención el estudio de las ciencias físicas y naturales, y he publicado varias memorias sobre tales asuntos; y quizás no habrá nadie que, dedicándose a esta clase de investigaciones y empleando parte de su vida en la enseñanza pública de la ciencia, deje de adquirir ese amor hacia la verdad y la imparcialidad que tanto estimula la filosofía y que hace nacer en nosotros el deseo de dedicar nuestra existencia al bien de nuestra especie; y allá en el ocaso de nuestra vida, al considerar nuestra conducta, podremos sentirnos satisfechos de haber cumplido con nobles y levantados propósitos.

Si bien no he excusado trabajo alguno en la redacción de este

libro, no dejo de reconocer cuán inferior es a su objeto, que para ser satisfecho cumplidamente, exige grandes conocimientos científicos, históricos, teológicos y políticos; cada página debería mostrar gran copia de hechos y exuberancia de vida.

Pero he recordado que sólo viene a ser como el prólogo o precursor de un cuerpo de literatura que los sucesos y necesidades de nuestra época comienzan a crear; nos hallamos en los albores de un gran cambio en las inteligencias, y muchas frívolas lecturas del presente serán sustituidas por producciones austeras y reflexivas, animadas por la pasión religiosa y excitadas por los intereses amenazados.

Lo que he pretendido es ofrecer un cuadro claro e imparcial de las opiniones y conducta de las dos partes contendientes; en cierto sentido, he tratado de identificarme con cada una de ellas para poder comprender plenamente sus motivos; y en otro y más alto, me he esforzado en permanecer a distancia de ambas, para relatar con equidad sus hechos.

Me atrevo a rogar por tanto a los que se hallen dispuestos a criticar este libro, que tengan presente que mi objeto no es abogar por las miras y tendencias de este o el otro partido, sino exponerlas con claridad y sin temor. En cada capítulo, por lo regular, he insertado primero la opinión ortodoxa y luego la de sus contrarios.

Obrando de este modo, no ha sido menester ocuparse demasiado de las opiniones intermedias o más moderadas: pues, aunque intrínsecamente puedan ser de gran valor en conflictos de esta naturaleza, debe el lector imparcial atender más a los extremos que a los medios, toda vez que sus movimientos determinan la solución.

Por esto he tenido poco que decir respecto de dos grandes comuniones cristianas, la protestante y la griega; por lo que toca a la última, jamás se ha opuesto, desde el renacimiento de las ciencias, a su progreso y desarrollo, antes al contrario, siempre los ha acogido con benevolencia y ha observado una actitud reverente para con la verdad, de cualquier parte que haya venido. Reconociendo la aparente discrepancia entre sus interpre-

taciones de la verdad revelada y los descubrimientos científicos, ha aguardado siempre que una explicación satisfactoria venga a traer la conciliación, y en esto sus esperanzas no han quedado fallidas. Gran bien habría sido para la civilización moderna que la Iglesia de Roma hubiese hecho otro tanto.

Al hablar de la cristiandad, me refiero en general a la Iglesia romana, en parte porque sus adeptos componen la mayoría de los cristianos, en parte porque sus exigencias son más arrogantes, y en parte porque ha intentado alcanzarlas por medio del poder civil. Ninguna Iglesia protestante ha ocupado jamás una posición tan imperativa, ni ha ejercido una influencia política tan considerable; antes al contrario, más bien han sido refractarias a la restricción, y excepto en muy pocos casos, su oposición no ha excedido del odio teológico.

En cuanto a la Ciencia, jamás se le ocurrió aliarse con el poder civil. Jamás intentó sembrar el odio entre los hombres ni desolar la sociedad. Jamás ha aplicado el tormento físico ni moral, ni menos ha matado, para realizar o promover sus ideas; no ha cometido crueldades ni crímenes, y se presenta pura y sin mancha. Pero en el Vaticano (baste recordar la Inquisición), las manos que hoy se alzan en demanda de gracia al Infinitamente Misericordioso, todavía están teñidas en sangre.

Hay dos modos de escribir la historia, artístico el uno, científico el otro; el primero acepta que el hombre da o es origen de los acontecimientos, por lo tanto escoge algún individuo notable, lo representa bajo una forma de fantasía y hace de él el héroe de una novela. El segundo, considerando que los sucesos humanos presentan una cadena jamás interrumpida, en que cada hecho nace de otro anterior y produce otro subsiguiente, declara que no es el hombre quien domina los sucesos, sino estos al hombre.

El primero crea unas composiciones que, aunque pueden interesarnos y causar nuestra delicia, son poco más que novelas; el segundo es austero, quizá hasta repulsivo, por la convicción que nos imprime del irresistible dominio de la ley y de la insignificancia de los esfuerzos humanos. En asunto tan solemne como

el que se trata en este libro, está fuera de su sitio lo popular y lo romántico, y el que intente narrarlo debe fijar su vista en esta cadena del destino que despliega la historia universal y apartar los ojos con desdén de las fantásticas imposturas de pontífices, reyes y hombres de estado.

Si alguna cosa necesitásemos que nos enseñase la falsedad de la composición artística de la historia, podríamos encontrarla en nuestra personal experiencia. ¡Cuán a menudo nuestros más íntimos amigos se engañan al apreciar los móviles de nuestras acciones diarias!

¡Cuán frecuentemente yerran sobre nuestros propósitos! Si esto sucede con lo que ocurre a nuestra vista, con mayor motivo ha de sernos imposible comprender con exactitud los actos de quienes vivieron muchos años ha y que nunca hemos visto.

Al elegir y ordenar los asuntos que voy a exponer, me he guiado en parte por la Confesión del último concilio del Vaticano, y en parte por el orden de los acontecimientos históricos. No dejará el lector de notar con interés que los problemas que se nos presentan son los mismos que se ofrecieron a los antiguos filósofos de la Grecia: aún tratamos las mismas cuestiones sobre que ellos disputaban. ¡Qué es Dios? ¿Qué es el alma? ¿Qué es el mundo? ¿Cómo está regido? ¿Tenemos alguna norma o criterio de la verdad? Y el lector reflexivo se preguntará gravemente: ¿Son nuestras soluciones mejores que las suyas?

El argumento general de este libro, pues, es como sigue:

Llamo primero la atención hacia el origen de la ciencia moderna, como distinta de la antigua por estar basada en la observación, el experimento y la discusión matemática, en vez de serlo sobre la simple especulación, y demostrando que ha sido una consecuencia de las campañas macedónicas, que pusieron en contacto al Asia y la Europa. Como ilustración de su índole, hago un ligero bosquejo de estas campañas y del Museo de Alejandría.

Luego recuerdo brevemente el conocido origen del cristianismo

e indico su progreso hasta conseguir el poder imperial, y la transformación que sufrió, incorporándose al paganismo, que era la religión existente en el imperio romano. Una clara convicción de su incompatibilidad con la Ciencia le hizo suprimir por la fuerza las escuelas de Alejandría, hecho a que le obligaron las necesidades políticas de su posición.

Establecidas así las dos partes del conflicto, relato después la historia de su primera lucha en campo abierto: ésta fue la primera Reforma o Reforma del Mediodía; y el punto disputado, la naturaleza de Dios.

En ella iba envuelta la aparición del mahometismo; sus resultados fueron que gran parte de Asia y África, con las históricas ciudades de Jerusalem, Alejandría y Cartago, se vieron arrebatadas a la cristiandad, y la doctrina de la unidad de Dios fue establecida en la mayor parte del territorio que había sido imperio romano.

Este suceso político fue seguido de la restauración de la Ciencia, el establecimiento de escuelas, colegios y bibliotecas en todos los ámbitos de la dominación árabe. Estos conquistadores, prosiguiendo rápidamente su desarrollo intelectual, rechazaron las ideas antropomórficas de la naturaleza de Dios que aún quedaban en su creencia popular, y aceptaron otra más filosófica, semejante a la que había prevalecido en la India mucho tiempo antes. El resultado de esto fue un segundo conflicto relativo a la naturaleza del alma: bajo la denominación de averroísmo, aparecieron vigorosas las teorías de la emanación y de la absorción, que fueron arrojadas por la Inquisición de Europa, en los últimos tiempos de la Edad Media, habiendo sido ahora solemne y formalmente anatemizadas por el concilio del Vaticano.

Mientras tanto, con el cultivo de la astronomía, la geografía y otras ciencias, se habían alcanzado ideas exactas sobre la posición y relaciones de la Tierra y la estructura del Universo; y cuando la religión, atrincherándose en lo que llamaba la recta interpretación de las Escrituras, insistió en que la tierra era el centro y la parte más importante del mundo, estalló un nuevo y tercer conflicto. Galileo fue el campeón de la ciencia, y la Iglesia

sufrió otra derrota. Más tarde, ocurrió una controversia de segundo orden sobre la edad de la tierra: la Iglesia porfió que no tenía más de seis mil años, y también en esto fue vencida.

Las luces de la historia y de la Ciencia se habían extendido gradualmente por Europa; en el siglo decimosexto, el prestigio del cristianismo romano disminuyó grandemente por los reveses intelectuales que había experimentado, y también por su condición moral y política. Claramente se comprendía por muchos hombres piadosos que la religión no era responsable de la falsa situación en que se encontraba, y que la desventura provenía de la antigua alianza que había contraído con el paganismo romano. Su remedio evidente era, por tanto, volver a la pureza primitiva. Así surgió el cuarto conflicto, conocido por el nombre de la Reforma o Reforma del Norte; el carácter especial que tomó fue un debate sobre la norma o criterio de la verdad: si había de hallarse en la Iglesia o en la Biblia. En la resolución de este problema va envuelto el reconocimiento de los derechos de la razón y de la libertad intelectual; Lutero, que fue el hombre célebre de la época, llevó adelante su designio con no escaso éxito; y al fin del combate, la Iglesia Católica había perdido todo el Norte de Europa.

Nos encontramos ahora en medio de una controversia respecto al gobierno del mundo: si obedece a una intervención divina incesante o a la acción de una ley primordial e inmutable. El movimiento intelectual de la cristiandad ha alcanzado aquel punto a que llegaron los árabes en los siglos décimo y oncenos, y las doctrinas que entonces se discutieron se nos presentan de nuevo para ser examinadas: tales son las de la evolución, de la creación y del desarrollo.

Bajo estos títulos generales, pienso que se hallarán comprendidos todos los puntos importantes de esta gran controversia; agrupados los hechos que vamos a considerar bajo estas expresivas denominaciones y tratando cada grupo separadamente, adquiriremos, sin duda, una clara idea de sus conexiones y enlaces y de su sucesión histórica.

He considerado estos conflictos tan estrictamente como he

podido, en su propio orden cronológico, y por vía de suplemento he añadido tres capítulos sobre:

Examen de lo que ha hecho el cristianismo latino por la civilización moderna; Examen análogo de lo que ha hecho la Ciencia;

Actitud del cristianismo romano en el conflicto actual, según la definición del concilio del Vaticano.

La atención de muchas personas ansiosas de la verdad se ha fijado tan exclusivamente en los pormenores de las disensiones habidas entre los sectarios, que la larga contienda a cuya historia se dedican estas páginas es en general poco conocida.

Habiendo procurado grabar en mi ánimo, al escribir este libro, un severo espíritu de imparcialidad, hablando con respeto de las partes contendientes, pero sin ocultar jamás la verdad, confío en el juicio considerado del lector reflexivo.

Juan Guillermo Draper.

Universidad de Nueva-York, Diciembre de 1873.

Capítulo primero

Orígen de la Ciencia

Condición religiosa de los griegos en el siglo IV antes de J.C. – Su invasión en el imperio persa los pone en contacto con nuevos aspectos de la naturaleza y los familiariza con nuevos sistemas religiosos. – La actividad militar, mecánica y científica, estimulada por las campañas macedónicas, da origen al establecimiento de un instituto en Alejandría, el Museo, para el cultivo de los conocimientos por el experimento, la observación y la discusión matemática. – Es el origen de la ciencia.

Ningún espectáculo puede presentarse a un espíritu pensador, más solemne, más triste, que el de una antigua religión moribunda, después de haber prestado sus consuelos a muchas generaciones.

Cuatro siglos antes del nacimiento de Cristo iba la Gracia abandonando rápidamente su antigua fe. Sus filósofos, al estudiar el mundo, habían sido profundamente impresionados por el contraste que existía entre la majestad de las operaciones de la naturaleza y la falta de dignidad de las divinidades del Olimpo.

Sus historiadores, considerando el ordenado curso de los negocios políticos, la manifiesta uniformidad de los actos del hombre, y que no ocurría nada ante sus ojos cuya causa no hallasen con facilidad en algún hecho precedente, empezaron a sospechar que los milagros y la celeste intervención, de que estaban llenos sus antiguos anales, eran puras ficciones. Preguntaron, cuándo pasó el tiempo de lo sobrenatural, por qué habían enmudecido los oráculos y por qué no tenían ya lugar más prodigios en el mundo.

Tradiciones derivadas de una inmemorial antigüedad y acepta-

das primero por hombres piadosos como verdades indiscutibles, habían llenado las islas del Mediterráneo y los lugares comarcanos, de maravillas sobrenaturales: encantadores, magos, gigantes, ogros, arpías, gorgonas, centauros, y cíclopes. La bóveda azulada era el pavimento del cielo; allí Zeus, rodeado de dioses, con sus esposas y concubinas, tenía su corte, ocupado en empresas análogas a las de los hombres y no retrocediendo ante actos de pasiones humanas ni criminales.

Una costa accidentada por numerosos senos, un archipiélago formado por algunas de las más hermosas islas del mundo, inspiraron a los griegos el gusto de la vida marítima, de los descubrimientos geográficos y de la colonización. Sus bajeles surcaban el mar Negro y el mediterráneo en todas direcciones. Las en un tiempo veneradas maravillas que habían sido glorificadas en la Odisea y consagradas por la fe pública, se vieron desaparecer. Como se adquirió mayor conocimiento de la naturaleza, se vio que el cielo era una ilusión, que el Olimpo no existía, y que sobre nuestras cabezas sólo se extendían el espacio y las estrellas. Al desvanecerse la morada, desaparecieron los dioses, así los del tipo jónico de Homero, como los del dórico de Hesiodo.

Mas esto no tuvo lugar sin resistencia. Al principio el público, y en particular su parte religiosa, acusó de ateísmo las dudas que se elevaban; despojaron de sus bienes a algunos de estos ofensores; otros fueron desterrados y varios condenados a muerte. Decían que lo que había sido creído por los hombres piadosos de los antiguos tiempos y había pasado por la piedra de toque de las edades, tenía que ser necesariamente cierto.

Más tarde, cuando las ideas opuestas se hicieron irresistibles, se contentaron con admitir que estas maravillas eran alegorías, bajo las cuales la sabiduría de los antiguos había ocultado sagrados y grandes misterios. Intentaron poner de acuerdo lo que empezaban a temer que podría no ser sino mitos, con el creciente adelanto intelectual, pero sus esfuerzos fueron vanos, porque hay fases predestinadas, por las que en tales casos ha de pasar la opinión pública; acepta con veneración; duda luego; ofrece nuevas interpretaciones; disiente más tarde y concluye por abandonarlo todo como una mera fábula.

En este apartamiento fueron los filósofos e historiadores seguidos por los poetas: Eurípides incurrió en el odio de herejía; Esquilo se libertó difícilmente de morir lapidado, por blasfemo. Pero los esfuerzos frenéticos de los interesados en sostener el engaño, concluyen siempre derrotados; la desmoralización se extiende sin resistencia por las diversas ramas de la literatura, hasta que al fin llega al común de las gentes.

El criticismo filosófico de los griegos había prestado su concurso a los descubrimientos científicos en esta destrucción de la fe patria; mantuvo con poderosos argumentos el torrente de la incredulidad; comparó unas con otras las doctrinas de las diferentes escuelas, y mostró por sus contradicciones que el hombre no tiene criterio de la verdad; que, puesto que sus ideas sobre el bien y el mal difieren según los lugares de su residencia, hay que deducir que no tienen fundamento en la naturaleza y que son resultado de la educación; que lo justo y lo injusto eran sólo ficciones que correspondían a ciertos fines de la sociedad. En Atenas, algunas de la clases más avanzadas habían ido tan adelante, que no solamente negaban lo invisible y lo sobrenatural, sino que llegaban a afirmar que el mundo era un simple sueño, un fantasma, y que nada real existía.

La configuración topográfica de Grecia dio carácter a su condición política, por dividir la población en distintas comunidades con intereses opuestos, impidiendo así toda centralización; guerras domésticas incesantes entre los estados rivales, detuvieron su progreso; era pobre y sus jefes se habían corrompido, estando siempre dispuestos a cambiar los intereses del país por el oro extranjero, y a venderse ellos mismos al soborno persa. Poseyendo una percepción de la belleza en tan alto grado como lo manifiestan su escultura y su arquitectura, nunca alcanzado antes ni después por otro pueblo, la Grecia había perdido la apreciación práctica del bien y la verdad.

Mientras la Grecia europea, llena de ideas de libertad e independencia, rechazaba la soberanía de la Persia, la Grecia asiática la aceptó sin repugnancia; en este tiempo la extensión del imperio persa era igual a la mitad de la Europa moderna. Confinaba con el Mediterráneo, los mares Egeo, Negro, Caspio, Índi-

co, Pérsico y Rojo; seis de los mayores ríos del mundo, de un curso de más de mil millas, tales como el Éufrates, el Tigris, el Indo, el Yaxarte, el Oxo y el Nilo, cruzaban su territorio; su superficie crecía desde mil y trescientos pies bajo el nivel del mar, hasta veinte mil pies encima; sus campos producían toda clase de frutos, y su riqueza minera era ilimitada. Heredó el prestigio del imperio caldeo, del babilónico, del médico y del asirio, cuyos anales contaban más de veinte siglos.

La Persia había tenido siempre como de poca importancia política a la Grecia europea, que apenas ocupaba tanto como una satrapía, pero las expediciones que emprendió para subyugarla le mostraron las condiciones militares de este pueblo; entre sus fuerzas, había griegos mercenarios, que eran reputados como las mejores tropas, y no vacilaba en ocasiones en dar el mando de sus ejércitos a generales griegos y el de sus escuadras a capitanes de esta nación; en las convulsiones políticas porque fue pasando, tomaron parte los soldados griegos, ya por uno, ya por otro de los jefes, y estas operaciones militares, que en un momento obtuvieron resultado, revelaron a la perspicacia de estos guerreros mercenarios la debilidad política del Imperio y la posibilidad de llegar a su centro. Después de la muerte de Ciro en el campo de batalla de Cunaxa, se demostró, por la inmortal retirada de los diez mil, bajo Jenofonte, que un ejército griego podría abrirse paso hasta el corazón de la Persia.

Aquel respeto a las dotes militares de los generales asiáticos, tan profundamente impreso en el ánimo de los griegos por las grandes empresas del puente sobre el Helesponto, y la cortadura del istmo del monte Athos por Jerjes, se había perdido en Salamina, en Platea, en Micala, y el saqueo de las ricas provincias persas había llegado a ser una tentación irresistible. Tal fue la expedición de Agesilao, rey de Esparta, cuyos brillantes [6] triunfos fueron no obstante interrumpidos por el Gobierno persa, que, volviendo a su experimentada política, atacó a Esparta sobornando a sus vecinos: «He sido conquistado por treinta mil arqueros persas» exclamaba amargamente Ageliso al reembarcarse, aludiendo a la moneda persa el dárco que tiene grabada la imagen de un arquero.

Al cabo Filipo, rey de Macedonia, proyectó renovar estas tentativas bajo una organización mucho más formidable, y con más grandioso propósito; intrigó para ser nombrado capitán general de toda la Grecia, no con objeto de hacer una mera correría en las satrapías asiáticas, sino con el de derribar la dinastía persa en el mismo centro de su poder. Asesinado en medio de sus preparativos, le sucedió su hijo Alejandro, joven entonces, y que fue unánimemente aclamado en una asamblea general celebrada por los griegos en Corinto; ocurrieron disturbios en Iliria, y Alejandro marchó con su ejército hacia el Norte, hasta el Danubio, para apaciguarlos; durante su ausencia, los tebanos y otros conspiraron contra él, y a su vuelta tomó Tebas por asalto, degolló seis mil de sus habitantes, vendió como esclavos treinta mil, y arrasó la ciudad. La sabiduría militar de este severo castigo fue patente en sus campañas asiáticas, pues, ninguna revuelta se produjo a su retaguardia.

En la primavera de 334 antes de J. C., cruzó el Helesponto y pasó al Asia; su ejército constaba de treinta y cuatro mil infantes y cuatro mil caballos, sin llevar consigo más de setenta talentos en dinero. Marchó directamente sobre el ejército persa, que, por todo extremo superior en número, le aguardaba en la línea del Gránico; forzó el paso del río, derrotó al enemigo y obtuvo como fruto de su victoria la posesión del Asia menor y todos sus tesoros. El resto de aquel año lo empleó en la organización militar de las provincias conquistadas. Mientras tanto, Darío, el rey persa, había avanzado con un ejército de seiscientos mil hombres, para impedir el paso de los macedonios a la Siria; en los desfiladeros de Issos se libró la batalla, y los persas fueron de nuevo derrotados, siendo tan grande la carnicería, que Alejandro y Ptolomeo, uno de sus generales, atravesaron un barranco sobre los cadáveres del enemigo; se cree que los persas perdieron más de noventa mil infantes y diez mil jinetes. El pabellón real cayó en poder del conquistador, juntamente con la esposa y varios hijos de Darío. La Siria fue de este modo añadida a las conquistas griegas. En Damasco se encontraron las concubinas de Darío, sus principales oficiales y un vasto tesoro. Antes de aventurarse en las llanuras de la Mesopotamia para un

combate decisivo, quiso Alejandro asegurar su retaguardia y sus comunicaciones por mar, dirigiéndose al Sur por la costa del Mediterráneo y sometiendo las ciudades a su paso. En su discurso ante el consejo de guerra celebrado después de la batalla de Issos, dijo que no debía perseguirse a Darío sin haber sometido a Tiro y haber arrebatado a la Persia el Egipto y Chipre, puesto que si la Persia conservaba los puertos de mar, podría llevar la guerra a la misma Grecia, y que era por tanto de absoluta necesidad para ellos la soberanía del mar; con Chipre y Egipto en su poder no temía por la Grecia. El sitio de Tiro le invirtió más de medio año, y para vengarse de esta dilación, hizo crucificar más de dos mil prisioneros; Jerusalén se rindió de grado, y en consecuencia fue tratada con benignidad; mas el paso de los macedonios hacia el Egipto fue detenido en Gaza, cuyo gobernador persa, Betis, hizo una defensa obstinada durante dos meses, siendo al fin asaltada la plaza, pasados a cuchillo diez mil hombres, y el resto, con sus mujeres e hijos, reducidos a cautiverio; el mismo Betis fue arrastrado vivo alrededor de la ciudad, atado a las ruedas del carro del vencedor. Habían así desaparecido los obstáculos; los egipcios, que odiaban la dominación persa, recibieron al invasor con los brazos abiertos; este organizó el país según sus propios intereses, dando todos los mandos militares a oficiales macedonios y dejando el gobierno civil en manos de los egipcios.

Mientras se efectuaban los preparativos para la campaña final, emprendió un viaje al templo de Júpiter Ammon, que estaba situado en un oasis del desierto de Libia, a una distancia de doscientas millas. El oráculo le declaró hijo de aquel dios, que bajo la forma de una serpiente había seducido a su madre Olimpia; una concepción inmaculada y una genealogía divina eran cosa tan corriente y bien recibida en aquel tiempo, que cualquiera que se distinguía entre los demás hombres, era tenido como de un linaje sobrenatural. Aun en roma, algunos siglos más tarde, no se hubiera podido negar sin peligro que su fundador Rómulo no debía la existencia al casual encuentro del dios Marte con la virgen Rea Silvia, cuando iba ésta con su cántaro por agua a la fuente.

Los discípulos egipcios de Platón hubieran mirado con enojo a quien quiera que hubiese rechazado que Perictione, la madre del gran filósofo, virgen pura, había tenido una concepción inmaculada por la influencia de Apolo, y que el dios había declarado a Ariston, a quien había sido prometida, la progeñe del niño. Cuando Alejandro expedía sus cartas, órdenes y decretos, se titulaba, pues: «Alejandro, rey, hijo de Júpiter Ammon», inspirando así un respeto a los habitantes de Egipto y Siria que difícilmente podría lograrse ahora. Los libre-pensadores griegos, sin embargo, daban a este origen sobrenatural su verdadero valor, y Olimpia que, por supuesto, conocía mejor que nadie los detalles del caso, acostumbraba a chancearse diciendo que deseaba que Alejandro cesase de confundirla con la mujer de Júpiter. Arriano, el historiador de la expedición macedónica, hacía notar que, «yo no puedo condenarle por inducir a sus súbditos en la creencia de su origen divino, ni puedo deducir tampoco ningún gran crimen, porque es muy razonable imaginar que sólo intentó por este medio rodearse de mayor prestigio entre sus soldados.»

Asegurado todo en su retaguardia, volvió Alejandro a Siria y dirigió hacia el Este la marcha de su ejército, que constaba entonces de cincuenta mil veteranos. Después de cruzar el Éufrates se mantuvo próximo a las colinas de Masia, para evitar el intenso calor de las más meridionales llanuras de la Mesopotamia, procurándose de este modo forraje más abundante para los caballos. En la orilla izquierda del Tigris, cerca de Arbela, encontró al gran ejército de un millón cien mil hombres, que había traído Darío desde Babilonia. La muerte del monarca persa, que siguió pronto a su derrota, dejó al general macedonio dueño de todo el país comprendido entre el Danubio y el Indo, y aún alguna vez se extendió hasta el Ganges. Los tesoros de que se apoderó exceden a todo encarecimiento; tan sólo en Susa encontró, según dice Arriano, cincuenta mil talentos en dinero.

El militar moderno no puede contemplar estas campañas maravillosas sin admiración; el paso del Helesponto, el del Gránico, el invierno invertido en la organización política del Asia Menor; la marcha del ala derecha y el centro del ejército a lo largo de la

costa del Mediterráneo, en la Siria; las dificultades de fortificación vencidas en el sitio de Tiro, la toma de Gaza; el aislamiento de Persia de la Grecia; la absoluta exclusión de su escuadra del Mediterráneo; la represión de cuanta intriga se imaginó para sobornar a los atenienses y espartanos, y que con tanto éxito habían empleado siempre los persas; la sumisión de Egipto; otro invierno invertido en la organización política de este país venerable; el movimiento convergente de todo el ejército desde las orillas de los mares Rojo y Negro a las salitrosas llanuras de la Mesopotamia, efectuado en la primavera siguiente; el paso del Éufrates, con sus orillas pobladas de sauces llorones, por el cortado puente de Tapsaco; el del Tigris; el reconocimiento nocturno antes de la grande y memorable batalla de Arbela; el movimiento oblicuo y ataque del centro enemigo, maniobra repetida muchos siglos después en Austerlitz; la enérgica persecución del monarca persa, empresas son que jamás han sido sobrepujadas por ningún capitán de tiempos posteriores.

Esto dio un poderoso estímulo a la actividad intelectual de los griegos; habían caminado con el ejército macedonio desde el Danubio hasta el Nilo, desde el Nilo hasta el Ganges; habían sentido el soplo boreal de las comarcas situadas al norte del mar Negro, y el simoun y las tempestades de arena de los desiertos egipcios; habían visto las Pirámides, levantadas ya hacía veinte siglos, y los obeliscos de Luqsor cubiertos de jeroglíficos; avenidas de silenciosas y misteriosas esfinges, estatuas colosales de monarcas que habían reinado en la aurora del mundo. En las salas de Esar-Haddon se habían detenido ante los tronos de los severos y antiguos reyes de Asiria, guardados por toros alados. En Babilonia aún quedaban en pie muros de más de sesenta millas de recinto y ochenta pies de alto, a pesar de las injurias de tres siglos y de tres conquistadores; todavía se contemplaban las ruinas del templo de Belo circundando de nubes, y en cuya cúspide estaba situado el observatorio donde los astrónomos caldeos habían estado en comunicación nocturna con las estrellas; todavía se conservaban vestigios de los dos palacios con sus pensiles colgantes, en los que crecían árboles corpulentos como suspendidos en el aire, y los restos de la máquina hi-

dráulica que servía para elevar hasta ellos el agua del río; el lago artificial con su vasto sistema de acueductos y esclusas que recogían la nieve derretida de las montañas de Armenia, y la conducían a través de la ciudad entre los muelles del Éufrates, y lo más maravilloso quizás, el túnel bajo el río.

Si Caldea, Asiria y Babilonia presentaban estupendas y venerables antigüedades que se remontaban a la noche de los tiempos, no carecía la Persia de maravillas más recientes. Las salas de pilastras de Persépolis estaban llenas de milagros de arte, tallas, esculturas, esmaltes, armarios de alabastro, obeliscos, esfinges, toros colosales. Ecbanata, la deliciosa residencia de verano de los reyes de Persia, estaba protegida por siete muros circulares de pulida y cortada piedra, elevándose sucesivamente los interiores y de colores distintos, en relación astrológica con los siete planetas; el palacio estaba techado con tejas de plata y sus vigas cubiertas de planchas de oro. A media noche se iluminaban sus salones con infinitas antorchas de nafta, que rivalizaban con la luz del sol; un paraíso, supremo lujo de los monarcas orientales, se hallaba plantado en medio de la ciudad, y el imperio persa del Helesponto al Indo era en verdad el jardín del mundo.

He dedicado algunas páginas a la historia de estas maravillosas campañas, porque el talento militar que alimentaron contribuyó al establecimiento de las escuelas prácticas y matemáticas de Alejandría, verdadero origen de la ciencia; podemos decir que todos nuestros conocimientos exactos parten de las campañas macedónicas. Humboldt ha hecho notar que el espectáculo de nuevos y grandes objetos de la naturaleza engrandece el espíritu humano; los soldados de Alejandro y la muchedumbre que seguía su campo hallaban en cada marcha escenas pintorescas e inesperadas. De todos los hombres, los griegos eran los más observadores, y los más rápida y profundamente impresionables; aquí encontraron interminables arenales, allá montañas cuyas crestas se perdían entre vapores, el espejismo en los desiertos, en las colinas las rápidas sombras producidas por la incierta marcha de las nubes; visitaron la tierra de las ambarinas palmeras, de los cipreses, del tamarindo, los verdes mirtos

y las adelfas. En Arbela combatieron contra los elefantes de la India, y en las espesuras del Caspio arrancaron de sus madrigueras al tigre real cauteloso; vieron animales que, comparados con los de Europa, eran no sólo raros, sino colosales; el rinoceronte, el hipopótamo, el camello y los cocodrilos del Nilo y el Ganges; hallaron hombres de varios colores y costumbres, el tostado sirio, el amarillento persa, el negro africano. Se cuenta de Alejandro, que en su lecho de muerte hizo llamar a su almirante Nearco, y sentándolo a su lado, halló consuelo en oír las aventuras de este marino, la historia de su viaje del Indo al golfo Pérsico. El conquistador vio con asombro el flujo y reflujo de la marea e hizo construir bajeles para la exploración del Caspio, que suponía ser, así como el mar Negro, golfos de algún gran océano, como había descubierto Nearco que lo eran el mar Rojo y el golfo Pérsico. Había formado la resolución de que su escuadra intentara la circunnavegación del África y entrase en el Mediterráneo por las columnas de Hércules, empresa ya efectuada, según se decía, por los Faraones.

No sólo sus más grandes capitanes, sino también sus más grandes filósofos, hallaron en el imperio conquistado mucho que debía excitar la admiración de la Grecia. Calístenes obtuvo en Babilonia una serie de observaciones astronómicas de los caldeos, que se remontaban a 1.903 años, y que remitió a Aristóteles, quizás estando grabadas sobre ladrillos cocidos pudieran obtenerse copias de ellas por las excavaciones modernas en las bibliotecas de barro de los reyes de Asiria. Ptolomeo, el astrónomo egipcio, poseía memorias babilónicas de eclipses acaecidos 747 años antes de nuestra era; largas y continuadas observaciones de bastante exactitud fueron necesarias, antes que algunos de estos resultados astronómicos que han llegado hasta nosotros hubieran podido ser afirmados con certeza. Así, pues, los babilonios habían fijado la duración del año trópico con veinte y cinco segundos de error; su aproximación del año sidéreo era simplemente de dos minutos de exceso; descubrieron la precesión de los equinoccios; conocieron las causas de los eclipses, y con ayuda del ciclo llamado de Saros, podían predecirlos. El valor de este ciclo, que es superior a 6.585 días, lo determina-

ron con una aproximación de diez y nueve y medio minutos.

Tales hechos suministran pruebas incontrovertibles de la paciencia y habilidad con que había sido cultivada la astronomía en la Mesopotamia, y que no obstante lo impropio de sus medios instrumentales, había alcanzado una considerable perfección. Estos antiguos observadores habían formado un catálogo de estrellas y dividido el Zodiaco en doce signos, el día en doce horas y en otras tantas la noche. Se habían consagrado por largo tiempo, según cuenta Aristóteles, a observar ocultaciones de estrellas por la luna; tenían ideas exactas sobre la estructura del sistema solar y conocían el orden de colocación de los planetas; construían cuadrantes solares, clepsidras, astrolabios y gnómones.

No dejan hoy mismo de interesarnos los ejemplares de su método de imprimir; sobre un cilindro giratorio grababan en caracteres cuneiformes sus anales, y rodándolos sobre barro blando cortado en bloques, obtenían pruebas indelebles. De estas bibliotecas de tejas bien podemos esperar que aún obtendremos amplios frutos de literatura e historia. No carecían de algunos conocimientos de óptica; las lentes convexas encontradas en Nimrod nos demuestran que les eran conocidos los instrumentos de amplificación. En aritmética habían descubierto el valor de posición de los dígitos, aunque no alcanzaron la gran invención india de las cifras.

¡Qué espectáculo para los conquistadores griegos que hasta entonces nada habían observado ni experimentado! Se habían satisfecho con la simple meditación y especulaciones inútiles.

Pero el desarrollo intelectual de los griegos, debido en parte a un sentido más amplio de la naturaleza, fue poderosamente favorecido por el conocimiento que adquirieron de las religiones de los países conquistados. La idolatría de Grecia había sido siempre mirada con horror por los persas, quienes, en sus invasiones, no habían nunca dejado de destruir los templos y de insultar sus brutales dioses. La impunidad de estos sacrílegos había causado profunda impresión y socavado no poco la fe helénica. Pero así, la adoración de las viles divinidades del

Olimpo cuyas obscenas vidas eran repulsivas a todo hombre devoto, fue puesta en contacto con un sistema religioso, grande, solemne, consistente, fundado sobre bases filosóficas. La Persia, como todos los imperios duraderos, había pasado por varios cambios religiosos. Había seguido el monoteísmo de Zoroastro, luego el dualismo y más tarde el magismo; en tiempo de la expedición macedónica reconocía una inteligencia universal, creadora, guarda y gobierno de todas las cosas, la más santa esencia de la verdad y fuente de todo bien; no estaba representada por ninguna imagen ni forma grabada, y así como en toda cosa terrena vemos la resultante de dos fuerzas contrarias, así bajo aquella existían dos principios coeternos e iguales, representados por la imagen de la luz y las tinieblas; estos principios se hallan en interminable conflicto, el mundo es su campo de batalla, el hombre su presa.

En las antiguas leyendas del dualismo se decía que el espíritu del mal envió una serpiente para destruir el paraíso que había formado el buen espíritu; estas leyendas fueron conocidas por los judíos durante su cautividad en Babilonia.

La existencia de un principio del mal es el incidente necesario de la existencia de un principio del bien, como la sombra es el incidente necesario de la presencia de la luz. De esta manera puede explicarse el mal en un mundo cuyo hacedor y legislador es el supremo bien. Cada uno de estos principios personificados, de la luz y las tinieblas, Oromazes y Arimanes, tenían sus subordinados, ángeles, consejeros y ejércitos; es deber de todo hombre bueno cultivar la verdad, la pureza y la industria. Puede contemplar ante sí, cuando su vida declina, otra vida en otro mundo y esperar en la resurrección del cuerpo, la inmortalidad del alma y la conciencia de una existencia futura.

En los últimos años del Imperio, los principios del magismo habían prevalecido más y más cada vez sobre los de Zoroastro; el magismo era esencialmente un culto de los elementos; de estos, el fuego era considerado como la más digna representación del Ser Supremo. Sobre los altares erigidos, no en los templos, sino bajo la azul cúpula del cielo, ardía sin cesar, y el sol naciente era mirado como el objeto más noble de la adoración huma-

na. En la sociedad del Asia nada es visible sino el monarca: en la extensión del cielo todos los objetos se desvanecen en presencia del sol.

Atajado prematuramente Alejandro en medio de sus grandes proyectos, murió en Babilonia antes de cumplir treinta y tres años (323 antes de J.C.), y se sospechó que había sido envenenado. Su carácter se había vuelto tan indómito, sus pasiones tan feroces, que sus generales y aún sus más íntimos amigos vivían en continuo temor. Clito, uno de estos últimos, fue asesinado por él en un momento de furia. Calístenes, su intermediario con Aristóteles, fue ahorcado según unos, y otros que conocían los hechos afirman de un modo positivo que sufrió el tormento y fue luego crucificado. Pudiera suceder que los conspiradores lo asesinasen, como medio de defensa propia, pero seguramente es calumnioso asociar el nombre de Aristóteles a esta trama, y más bien hubiera sufrido cuantos tormentos le hubiese aplicado Alejandro que unirse a la perpetración de tan gran crimen.

Una escena de confusión y sangre, que duró muchos años, empezó entonces, y no cesó ni aún después que los generales macedonios hubieron dividido el Imperio. Entre sus vicisitudes hay un incidente que reclama nuestra atención. Ptolomeo, que era hijo de Filipo y de una hermosa concubina, Arsinoe, que en su juventud fue desterrado con Alejandro, cuando incurrieron en el desagrado de su padre, que había sido camarada de aquel en muchas de sus batallas y en todas sus campañas, vino a ser gobernador y luego rey de Egipto.

En el sitio de Rodas había prestado Ptolomeo tan señalados servicios a sus ciudadanos, que estos en gratitud le tributaron los honores divinos y le saludaron con el título de Sotero (salvador). Por este dictado, Ptolomeo Sotero se distingue de sus sucesores los demás reyes de Egipto de la dinastía macedónica.

Estableció su gobierno en Alejandría y no en ninguna de las antiguas capitales del país. Cuando la expedición al templo de Júpiter Ammon, el conquistador macedonio había hecho poner la primera piedra de esta ciudad, previendo que había de ser el centro del comercio entre Asia y Europa. Debe notarse, en par-

ticular, que no solamente hizo el mismo Alejandro traer judíos de Palestina para poblar la ciudad; no sólo Ptolomeo Sotero aumentó su número hasta cien mil más después del sitio de Jerusalén, sino que Filadelfo, su sucesor, redimió de la esclavitud ciento noventa y ocho mil de ellos, pagando a sus propietarios egipcios una indemnización equivalente por cada uno. A todos estos judíos les fueron concedidos los mismos privilegios que a los macedonios, y a consecuencia de este trato considerado, gran número de sus compatriotas y sirios vinieron voluntariamente a Egipto; se les llamó judíos- helenos. Del mismo modo, seducidos por el benigno gobierno de Sotero, multitud de griegos se refugiaron en el país, y cuando las invasiones de Pérdicas y Antígono, se vio que los soldados griegos desertaban de los otros generales macedonios, para unirse a los ejércitos de Ptolomeo.

La población de Alejandría se formaba, por lo tanto, de tres nacionalidades distintas: 1º, egipcios; 2º, griegos; 3º, judíos, hecho que ha dejado su impresión en la fe religiosa de la Europa moderna.

Los arquitectos e ingenieros griegos habían hecho de Alejandría la más hermosa ciudad del antiguo mundo. La habían cubierto de palacios, templos y teatros magníficos; en el centro, en la intersección de sus dos grandes avenidas que se cruzaban en ángulo recto y en medio de jardines, fuentes y obeliscos, se encontraba el mausoleo en que reposaba el cuerpo de Alejandro, embalsamado según la costumbre egipcia. Había sido traído con gran pompa desde Babilonia, durando dos años el fúnebre viaje. Al principio el féretro era de oro puro, pero temiendo que esto causase una violación de la tumba, fue reemplazado por otro de alabastro; pero ni esto ni el gran fanal, Faros, construido de mármol blanco y tan elevado que el constante fuego que ardía en su cúspide era visible a muchas leguas de distancia, y contado como una de las maravillas del mundo, aunque magníficos prodigios de arquitectura no bastaran a detener nuestra atención; el verdadero y el más glorioso monumento de los reyes macedonios de Egipto, es el Museo, y su influencia subsistirá aún después de que hayan desaparecido las pirámi-

des.

El Museo alejandrino fue empezado por Ptolomeo Sotero y completado por su hijo Ptolomeo Filadelfo; estaba situado en el Bruquion, el barrio aristocrático de la ciudad, e inmediato al palacio del Rey; edificado de mármol, rodeado de pórticos en los cuales paseaban y conversaban los habitantes, sus esculpidas salas contenían la biblioteca de Filadelfo y fueron adornadas con multitud de escogidísimas estatuas y pinturas. Esta biblioteca llegó a contener cuatrocientos mil volúmenes, y con el transcurso del tiempo hubo de enriquecerse, careciendo probablemente de capacidad adecuada para tantos libros, y entonces se estableció una biblioteca adicional en el barrio adyacente de Rhacotis, en el Serápeo o templo de Serápis. El número de volúmenes de esta biblioteca, que fue llamada hija de la del Museo, ascendió a trescientos mil; había, pues, setecientos mil volúmenes en estas colecciones reales.

Alejandría no era simplemente la capital de Egipto, era la metrópoli intelectual del mundo; se ha dicho que allí el genio del Este se reunió verdaderamente al genio del Oeste, y este París de la antigüedad vino a ser el foco de la disipación elegante y del universal escepticismo. Con las seducciones de esta sociedad encantadora, hasta los judíos olvidaron su espíritu patriótico y abandonaron el idioma de sus antepasados, para aceptar el griego.

Al establecer el Museo tuvieron Ptolomeo Sotero y su hijo Filadelfo tres objetos presentes: 1º, perpetuar los conocimientos que existían en el mundo; 2º, aumentarlos; 3º, difundirlos.

1º Para perpetuar los conocimientos se transmitieron al jefe de la biblioteca órdenes de comprar, a costa del Rey, cuantos libros pudiera; un ejército de copistas instalado en el Museo tenía la obligación de hacer reproducciones exactas de las obras de que no quisieran desprenderse sus propietarios. Cualquier libro importado en Egipto por los extranjeros, era inmediatamente adquirido por el Museo, y después de copiado fielmente varias veces, se entregaba al dueño una de estas copias, quedando el original en la biblioteca. A menudo se pagaba por ellos grandes

sumas, y se cuenta que, habiendo obtenido Ptolomeo Evergetes las obras de Eurípides, Sófocles y Esquilo, de Atenas, envió a sus poseedores, además de las copias, quince mil pesos fuertes como indemnización. A su vuelta de la expedición de Siria, trajo en triunfo todos los monumentos egipcios de Ecbatana y Susa que Cambises y otros invasores habían sacado del Egipto, los cuales colocó en sus primitivos lugares o agregó como adornos a sus museos. Tanto por las traducciones como por las copias, se pagaban sumas que consideraríamos casi increíbles, como sucedió con la traducción de la Biblia de los Setenta, ordenada por Ptolomeo Filadelfo.

2º Aumento de los conocimientos. Uno de los principales objetos del Museo fue que sirviera de albergue a un cuerpo de hombres que, consagrados al estudio, estuviesen alojados y mantenidos a expensas del Rey, y en ocasiones él mismo asistía a su mesa, llegando hasta nosotros algunas anécdotas relacionadas con estas festivas escenas. En la primitiva organización del Museo estaban divididos los alumnos en cuatro facultades, Literatura, Matemáticas, Astronomía y Medicina; otras subdivisiones de menor importancia se hallaban clasificadas bajo alguno de estos títulos generales; así la Historia natural era considerada como una rama de la Medicina. Un oficial superior de gran distinción gobernaba el establecimiento y tenía a su cargo todas sus atenciones. Demetrio Falereo, tal vez el hombre más instruido de su época, que había sido largo tiempo gobernador de Atenas, fue el primer jefe que se nombró; dependía de él el bibliotecario, empleo ocupado a veces por hombres como Eratóstenes y Apolonio de Rodas, cuya fama no se ha extinguido todavía.

Unido al Museo había un jardín botánico y otro zoológico; estos jardines, como sus nombres indican, tenían por objeto facilitar el estudio de los animales y las plantas. Había también un observatorio astronómico con esferas armilares, globos, armellas solsticiales y ecuatoriales, astrolabios, reglas paralácticas y otros aparatos entonces en uso; la graduación de los instrumentos divididos era de grados y sextos. En el piso de este observatorio había trazada una línea meridiana. La falta de aparatos

exactos para medir el tiempo y la temperatura era muy sensible; la clepsidra de Ctesibio llenaba muy imperfectamente el primer objeto, y otro tanto acontecía con el hidrómetro que flotaba en una copa de agua, indicando la temperatura por las variaciones de densidad. Filadelfo, que en el ocaso de su vida cobró gran temor a la muerte, dedicó mucho tiempo al descubrimiento de un elixir; para esta clase de investigaciones estaba provisto el Museo de un laboratorio químico. A despecho de las preocupaciones de la época, y especialmente de las de los egipcios, había unida al departamento de Medicina una sala de disecciones, donde no sólo se trabajaba sobre el cadáver, sino que también se hacían vivisecciones en los criminales condenados.

3º Difusión de los conocimientos. En el Museo se celebraban conferencias, certámenes, concursos y por otros medios apropiados se daba instrucción en todos los ramos de los conocimientos humanos. Acudieron en tropel a aquel gran centro intelectual estudiantes de todos los países y según se cuenta, llegó a haber alguna vez hasta catorce mil asistiendo a las aulas. La misma Iglesia cristiana recibió de ellas más tarde algunos de sus Padres más eminentes. Como Clemente de Alejandría, Orígenes y Atanasio.

La biblioteca del Museo fue incendiada durante el sitio de Alejandría por Julio César; para compensar esta gran pérdida, presentó a la reina Cleopatra, Marco Antonio, la coleccionada por Eumenes, rey de Pérgamo; fue fundada para rivalizar con la de los Ptolemeos, y al cabo se agregó a la colección del Serápeo.

Nos resta describir brevemente la base filosófica del Museo y algunos de los elementos con que ha contribuido al caudal de los conocimientos humanos.

En memoria del ilustre fundador de esta nobilísima institución, llamada con delicia por los antiguos «La divina escuela de Alejandría», debemos mencionar en primera línea «La historia de las campañas de Alejandro». Grande como soldado y como soberano, aumentó Ptolemeo Sotero su gloria haciéndose escritor. El tiempo, al que no ha sido dado destruir el recuerdo de lo

que le debemos, no nos ha conservado, sin embargo, sus obras, que yacen perdidas para siempre.

Como debía esperarse de la amistad que existía entre Alejandro, Ptolemeo y Aristóteles, la filosofía aristotélica era la piedra angular intelectual sobre que descansaba el Museo. El rey Filipo había confiado a Aristóteles la educación de Alejandro, y durante las campañas persas, el conquistador contribuyó materialmente, no sólo con dinero, sino por otros medios, a la «Historia natural» entonces en preparación.

El principio esencial de la filosofía aristotélica consistía en elevarse del estudio de los detalles a un saber de principios generales o universales, aproximándose a ellos inductivamente: la inducción es tanto más cierta cuanto más numerosos son los hechos en que se apoya, y su precisión queda establecida si nos permite predecir otros hasta entonces desconocidos; este sistema exige un trabajo sin fin en la reunión de hechos experimentales y de observación, y también una profunda meditación de ellos. Es por lo tanto, un método de razón y de trabajo esencialmente, y no de imaginación. Los yerros que el mismo Aristóteles nos muestra tan a menudo no prueban su falta de enlace, sino más bien cuán digno es de confianza. Son errores debido a la falta de hechos bastante numerosos.

Algunos de los resultados generales que obtuvo Aristóteles son muy importantes; así, por ejemplo, dedujo que todas las cosas están dispuestas para la vida, y que las variadas formas orgánicas que nos presenta la naturaleza, son las que permiten las condiciones existentes, y que cambiando éstas cambiarán también aquellas; resulta de aquí una no interrumpida cadena que va desde el simple elemento, por plantas y animales, hasta el hombre, fundiéndose insensiblemente unos en otros los diferentes grupos intermedios.

La filosofía inductiva así establecida por Aristóteles, es un método poderoso, y a él se deben todos los adelantos modernos de la ciencia; en su forma perfecta se eleva por inducción de los fenómenos hasta sus causas, y entonces, imitando el método de la Academia, desciende por deducción desde las causas a los

detalles del fenómeno.

Mientras que de este modo se fundaba la escuela científica de Alejandría sobre las máximas de un gran filósofo ateniense, la Escuela ética lo era sobre las de otro, Zenón, que aunque chipriota o fenicio, había permanecido largos años en Atenas; sus discípulos tomaron el nombre de estoicos. Sus doctrinas le sobrevivieron largo tiempo, y cuando no existía otro consuelo para el hombre, ofrecieron un apoyo en las horas de prueba y una guía segura en las vicisitudes de la vida, no sólo a griegos ilustres, sino también a muchos grandes filósofos, hombres de estado, generales y emperadores de Roma.

Fue el intento de Zenón dar una guía para la práctica diaria de la vida y hacer al hombre virtuoso; insistió en que la educación es el verdadero fundamento de la virtud, pues si nosotros conocemos lo que es bueno, nos inclinaremos a hacerlo; debemos fiarnos de nuestros sentidos, que nos suministran el principio de nuestro saber y que la razón combinará adecuadamente. En esto se manifiesta claramente la afinidad entre Zenón y Aristóteles. Todo apetito, inclinación o deseo nace de un saber imperfecto; nuestra naturaleza se nos impone por el destino, pero debemos aprender a dominar nuestras pasiones y a vivir libres, inteligentes y virtuosos y en todo de acuerdo con la razón; si nuestra existencia fuese intelectual miraríamos con indiferencia los placeres y los males. No debemos olvidar jamás que somos libres y no esclavos de la sociedad. «Poseo, dice el estoico, un tesoro que nadie en el mundo puede arrebatarme, pues nadie puede privarme de la muerte.» Debemos recordar que la naturaleza en sus operaciones tiende a lo universal y nunca preserva los individuos, pero usa de ellos como medios para cumplir sus designios. Estamos, por lo tanto, sujetos al destino y debemos cultivar los conocimientos y practicar la templanza, la magnanimidad y la justicia, como cosas necesarias a la virtud. Recordemos que cuanto nos rodea es mudable, que la muerte sigue a la vida y la vida a la muerte, y que es inútil rebelarse contra ella en un mundo en que todo muere; así como una catarata conserva la misma forma de un año a otro, aún cuando el agua que la compone cambia constantemente, así el aspecto de la natu-

raleza es como un torrente de materia que presenta formas variables. El universo, considerado como un todo, es inmutable; solo el espacio, los átomos y la fuerza son eternos; y las formas de la naturaleza que vemos son esencialmente transitorias y deben todas desaparecer.

Es preciso tener presente que la mayoría de los hombres está imperfectamente educada, y que no debemos por tanto ofender inconsideradamente las ideas religiosas de nuestra época, y es bastante saber para nosotros mismos que, aunque hay un Poder Supremo, no hay un Ser Supremo. Hay un principio invisible, pero no un Dios personal, al que sería blasfemo y absurdo imputar la forma, sentimientos y pasiones del hombre. Toda revelación es necesariamente una fábula; lo que el hombre llama suerte es tan sólo el efecto de una causa desconocida, y aún para el azar existen leyes; no hay lo que se llama Providencia, puesto que la naturaleza obra en virtud de leyes irresistibles, y en este concepto el universo es únicamente una inmensa máquina automática. La fuerza vital que llena el mundo es lo que los ignorantes llaman Dios; las modificaciones porque pasan todas las cosas tiene un lugar de un modo irresistible, y por esto puede decirse que el progreso del mundo, bajo el destino, es como una semilla que no puede germinar sino de un modo determinado.

El alma del hombre es una chispa de la llama vital, del principio general de la vida; como el calor, pasa de uno a otro y es finalmente absorbida o reunida en el principio universal de que procede. No podemos según esto aguardar aniquilamiento, sino reunión, y así como el hombre cansado anhela el reposo del sueño, del mismo modo el filósofo, harto del mundo, espera la tranquilidad de la extinción. De estas cosas, sin embargo, debemos pensar con duda, toda vez que el alma sola es impropia para darnos un conocimiento cierto de sus recursos internos, y es contrario a la filosofía investigar acerca de las causas primeras; debemos tratar sólo de los fenómenos. Sobre todo, jamás debemos olvidar que el hombre no puede averiguar la verdad absoluta y que el resultado final de las investigaciones humanas en este asunto sólo hace ver que somos incapaces de un cono-

cimiento perfecto, y que aunque tuviéramos en nuestro poder la verdad no podíamos tener seguridad de ello.

¿Qué nos queda, pues? La ciencia, el cultivo de la amistad y de la virtud, la observancia de la fe y de la verdad, una sumisión resignada a cuanto nos ocurra y una vida conforme con la razón.

Pero aunque el Museo de Alejandría estaba especialmente dedicado al cultivo de la filosofía aristotélica, no debe suponerse que se excluyeran otros sistemas filosóficos, y el platonismo no sólo se practicaba, sino que al cabo llegó a sobreponerse al peripatetismo, y la nueva academia marcó el cristianismo con una impresión permanente. El método filosófico de Platón era inverso del de Aristóteles: su punto de partida era universal y su verdadera existencia materia de fe: de él descendía a lo particular o los detalles. Aristóteles, al contrario, se elevaba de lo particular a lo universal, avanzando por inducción.

Platón, por lo tanto, se dirigía a la imaginación: Aristóteles, a la razón; el primero descendía a los detalles por descomposición de una idea primitiva; el segundo, las unía en una concepción general. De aquí que el método de Platón produjese con rapidez resultados brillantes, pero vanos, y que el de Aristóteles, aunque más tardío en sus operaciones, fuese mucho más sólido; implicaba trabajo sin fin en la reunión de los hechos, un enojoso acopio de experimentos y observaciones y la aplicación de las demostraciones. La filosofía de Platón era un risueño castillo levantado en el aire; la de Aristóteles una sólida fábrica, cimentada en la roca y laboriosamente edificada, aunque con algunas grietas.

Acudir a la imaginación es mucho más agradable que hacer uso de la razón. Cuando la decadencia intelectual de Alejandría, fueron preferidos los métodos indolentes a las observaciones laboriosas y al severo ejercicio mental; las escuelas del neoplatonismo se inundaron de místicos especuladores como Ammonio Saccas y Plotino, que ocuparon el lugar de los severos geómetras del antiguo Museo.

La escuela de Alejandría ofrece el primer ejemplo del sistema

que, en manos de nuestros modernos físicos, ha producido resultados tan maravillosos. Rechaza lo imaginario, y sus teorías son la expresión de los hechos obtenidos por los experimentos y las observaciones, ayudados por la discusión matemática. Sostiene el principio de que el verdadero método de estudiar la naturaleza es la interrogación experimental. Las investigaciones de Arquímedes sobre la gravedad específica y las obras de óptica de Ptolemeo, se asemejan a nuestros estudios presentes de filosofía experimental, formando abierto contraste con las vaguedades especulativas de los antiguos escritores. Laplace dice que la única observación hecha por los griegos antes de la escuela de Alejandría que nos presenta la historia de la astronomía, es la del solsticio de verano del año 432 (antes de J.C.), debida a Metón y Euctemón. Tenemos en esta escuela, por primera vez, un sistema combinado de observaciones efectuadas con instrumentos de medir ángulos y calculadas por métodos trigonométricos; entonces tomó la Astronomía una forma que las edades siguientes han podido tan sólo perfeccionar.

No conviene a la extensión e intento de esta obra dar una relación minuciosa de los elementos con que el museo de Alejandría ha contribuido al caudal de los conocimientos humanos; basta que el lector obtenga una idea general de su carácter; para más detalles, puedo indicarle el capítulo sexto de mi Historia del desarrollo intelectual de Europa.

Acaba de verse que la filosofía estoica dudaba si el alma puede averiguar la verdad absoluta. Mientras estaba Zenón entregado a estas dudas, preparaba Euclides su gran obra destinada a desafiar la contradicción de toda la raza humana, y que aún sobrevive después de veinte y dos siglos, como modelo de precisión y claridad y prototipo de la demostración exacta. Este gran geómetra escribió, no sólo sobre otros asuntos matemáticos como las Secciones Cónicas y los Porismos, sino que también se le atribuyen tratados de armonía y de óptica, estando escrito este último según la hipótesis de que los rayos parten del ojo hacia el objeto.

Entre los matemáticos y físicos alejandrinos es preciso colocar a Arquímedes, si bien más tarde vivió en Sicilia. Hay dos libros

entre sus obras matemáticas sobre la esfera y el cilindro, en los que demuestra que el sólido contenido en la esfera es igual a los dos tercios del cilindro circunscrito; y tanta importancia daba a este descubrimiento, que ordenó que la figura se grabara sobre su tumba. Ocupóse también de la cuadratura del círculo y de la parábola; de las conoides y esferoides; de la espiral que lleva su nombre, cuyo principio le sugirió su amigo Conon, el alejandrino. La Europa no produjo otro matemático igual a él en cerca de dos mil años; en ciencias físicas fundó la hidrostática, inventó un método para determinar la gravedad específica; discutió el equilibrio de los cuerpos flotantes; descubrió la verdadera teoría de la palanca; inventó un tornillo, que aún lleva su nombre, para elevar las aguas del Nilo; a él se debe también el tornillo sin fin y una forma particular de espejos ardientes, por cuyo medio, durante el sitio de Siracusa, incendió la flota romana.

Eratóstenes, que tuvo a su cargo algún tiempo la biblioteca, fue autor de varios trabajos importantes; entre ellos merece mencionarse la determinación que hizo del intervalo que separa los trópicos, y una tentativa para averiguar el tamaño de la tierra; se ocupó de la forma y extensión de los continentes, de la posición de las cordilleras, de la acción de las nubes, de la inmersión geológica de las tierras, de la elevación de los lechos de los antiguos mares, de la apertura de los Dardanelos y de la del Estrecho de Gibraltar y de las relaciones del Ponto Euxino. Compuso, en tres libros, un sistema completo sobre la tierra, físico, matemático e histórico, acompañado de un mapa de todas las partes del mundo conocidas entonces. En estos últimos años únicamente se han apreciado en su justo valor los fragmentos que quedan de sus Crónicas de los reyes de Tebas, que por varios siglos han estado relegadas al descrédito que les ocasionaba la autoridad de nuestra absurda cronología teológica.

Es innecesario aducir los argumentos de que se valían los alejandrinos para probar la forma globular de la tierra. Poseían ideas correctas acerca de la doctrina de [30] la esfera, de sus polos, eje, ecuador, círculos ártico y antártico, puntos equinociales, solsticios, distribución de los climas, &c. No puedo hacer

más que aludir a los tratados de las secciones cónicas y de las máximas y mínimas de Apolonio, quien se dice que fue el primero que introdujo las palabras elipse e hipérbola; del propio modo pasaré por alto las observaciones astronómicas de Arístilo y Timocaris; a las efectuadas por éste sobre Spica Virginis, debió Hiparco su gran descubrimiento de la precesión de los equinoccios; Hiparco también fue el primero en determinar la perturbación de la luna y la ecuación central; adoptó la teoría de los epiciclos y de las excéntricas, concepción geométrica ideada con objeto de resolver los movimientos aparentes de los cuerpos celestes, según el principio del movimiento circular. Empezó igualmente la construcción de un catálogo de estrellas, por el método de las enfilaciones; esto es, indicando las que aparecen en la prolongación de una misma recta. El número de estrellas, catalogadas así, es de 1.080; trató además de describir el aspecto del cielo y de hacer lo mismo con la superficie de la tierra, marcando la posición de las ciudades, y otros lugares por líneas de longitud y latitud. Fue el primero que construyó tablas del sol y de la luna.

En medio de tan brillante constelación de geómetras, astrónomos y físicos, descuella resplandeciente Ptolemeo, autor de la gran obra *Sintaxis* o *Composición matemática de los cielos*, que durante cerca de mil y quinientos años no tuvo rival y sólo fue derribada por la inmortal *Principia* de Newton. Empieza afirmando que la tierra es globular y está fija en el espacio; describe la construcción de una tabla de cuerdas y de instrumentos para observar los solsticios y deducir la oblicuidad de la eclíptica; halló las latitudes terrestres por medio del esciaterio, describió los climas, demostró el medio de convertir tiempo ordinario en sidéreo, dio razones para preferir al año de este nombre el trópico, estableció la teoría solar según el principio de una órbita excéntrica, explicó la ecuación de tiempo, llegó a discutir los movimientos de la luna, trató de su primera desigualdad, de sus eclipses y de los movimientos de los nodos. Luego vino el gran descubrimiento de Ptolemeo, que ha hecho inmortal su nombre, el de la evección o segunda desigualdad de la luna, reduciéndola a la teoría de las epicicloides. Intentó determinar

las distancias de la tierra al sol y a la luna, lo que efectuó con mediano éxito, se ocupó de la precesión de los equinoccios, descubierta por Hiparco, y cuyo período completo es de veinticinco mil años. Formó un catálogo de 1.022 estrellas, trató de la naturaleza de la Vía Lactea y discutió magistralmente los movimientos de los planetas. Este punto constituye otro de los títulos que tiene Ptolomeo para la fama científica. Su determinación de las órbitas planetarias fue llevada a cabo comparando sus propias observaciones con las de los primeros astrónomos, entre ellas las de Timocaris sobre el planeta Venus.

En el Museo de Alejandría inventó Ctesibio la máquina de fuego; Heron, su discípulo, la perfeccionó, añadiéndole dos cilindros; también funcionó allí la primera máquina de vapor, ideada por éste mismo; era de reacción, según el principio de la eolipila. El silencio de las salas del Serápeo fue interrumpido por los relojes de agua de Ctesibio y de Apolonio, que gota a gota medían el tiempo. Cuando el calendario romano había caído en tal confusión que vino a ser absolutamente necesario rectificarlo, llamó Julio César a Sosigenes, astrónomo de Alejandría; por su consejo se abolió el año lunar, el año civil se arregló exclusivamente por el sol y se introdujo el calendario juliano.

Los gobernantes macedonios de Egipto han sido vituperados por la manera que tuvieron de tratar el sentimiento religioso de su tiempo. Lo prostituyeron, haciéndolo servir como instrumento político para someter más fácilmente las clases bajas de la sociedad: a las inteligentes dieron la filosofía.

Mas es indudable que obraron así por la experiencia adquirida en estas grandes campañas que hicieron de los griegos la nación más adelantada del mundo. Habían visto las mitológicas concepciones de sus antepasados, convertirse en fábulas; las maravillas con que los antiguos poetas adornaban el Mediterráneo, no eran sino ilusiones desprovistas de fundamento; habían desaparecido las divinidades del Olimpo, y verdad es que, hasta el mismo Olimpo había demostrado ser un fantasma de la imaginación; los infiernos habían perdido sus terrores y no se hubiera hallado ni lugar para ellos; los dioses y diosas habían huido de los bosques, de las grutas y de las orillas del Asia Menor, y los

misimos devotos empezaban a dudar si habían estado allí alguna vez. Si las jóvenes sirias se lamentaban aún en sus canciones amorosas de la suerte de Adonis, era como simple recuerdo, no como realidad. Una y otra vez cambió la Persia su fe nacional; sustituyó a la revelación de Zoroastro el dualismo, y luego, bajo nuevas influencias políticas, adoptó el magismo. Había adorado el fuego y colocado sus ardientes altares en la cresta de las montañas: había adorado el sol, y cuando vino Alejandro iba rápidamente cayendo en el panteísmo.

Un país que, en días de grandes desgracias políticas, no encuentra auxilio en sus dioses indígenas cambia de fe inevitablemente. Las venerables divinidades de Egipto a cuya gloria se consagraron templos y levantaron obeliscos, se habían subordinado en más de un ocasión a la espada del conquistador extranjero. En la tierra de las Pirámides, los colosos y las esfinges, las imágenes de los dioses habían dejado de representar realidades animadas; habían cesado de ser objetos de fe; se necesitaron otros de nacimiento más reciente, y Serapis reemplazó a Osiris. En las tiendas y calles de Alejandría vivían millares de judíos que habían olvidado al Dios que había fijado su solio tras el velo del templo.

La tradición, el tiempo, la revelación, todo había perdido su influencia. Las tradiciones de la mitología europea, las revelaciones del Asia, los dogmas consagrados por el tiempo en Egipto, todo había pasado o iba desapareciendo rápidamente, y los Ptolemeos reconocieron cuan efímeras son las formas de la fe.

Pero los Ptolemeos también consideraban que hay algo más duradero que las formas de la fe que, como las orgánicas de las edades geológicas, una vez idas lo son para siempre y no renacen, no vuelven jamás. Reconocieron que dentro de este mundo de ilusiones transitorias hay un mundo de eterna verdad.

Ese mundo no se descubre por las vanas tradiciones que han traído hasta nosotros las opiniones de hombres que vivieron en la aurora de la civilización, ni por los sueños de los místicos que creyeron estar inspirados. Ha de descubrirse por las investigaciones de la geometría y por la interrogación práctica de la na-

turalaleza; esto dará a la humanidad sólidos, innumerables e inestimables bienes.

Nunca llegará el día en que se niegue ninguna de las proposiciones de Euclides; nadie de aquí en adelante pondrá en tela de juicio la forma esferoidal de la tierra, reconocida por Eratóstenes; el mundo no permitirá que se olviden los grandes inventos físicos y los descubrimientos hechos en Alejandría y en Siracusa. Los nombres de Hiparco, Apolonio, Ptolemeo y Arquímedes se mencionaran con respeto por los hombres de todas las religiones, mientras haya hombres para hablar.

El Museo de Alejandría fue, pues, la cuna de la ciencia moderna. Es verdad que mucho antes de su establecimiento se habían hecho observaciones astronómicas en China y en la Mesopotamia; las matemáticas también se habían cultivado con cierto éxito en la India; pero en ninguno de estos países había tomado la investigación una forma consistente y enlazada, ni se había recurrido al experimento físico.

La forma característica de la ciencia alejandrina y de la ciencia moderna es que no les basta la simple observación, sino unida a la interrogación práctica de la naturaleza.

Capítulo II

Origen del cristianismo Su transformación al alcanzar el poder imperial Sus relaciones con la ciencia.

Condición religiosa de la república romana. – La adopción del imperialismo conduce al monoteísmo. – El cristianismo se extiende por el imperio romano. – Las circunstancias en que alcanza el poder imperial hacen de su unión con el paganismo una necesidad política. – Descripción de sus doctrinas y prácticas por Tertuliano. – Acción degradante que sobre él ejerce la política de Constantino. – Su alianza con el poder civil. – Su incompatibilidad con la ciencia. – Destrucción de la biblioteca alejandrina y prohibición de la filosofía. – Exposición de la filosofía agustiniana y de la ciencia patrística en general. – Las escrituras erigidas en norma de la ciencia.

Políticamente hablando, el cristianismo es la herencia que el imperio romano ha dejado al mundo.

En la época de transición de Roma cuando el gobierno pasó de la forma republicana a la imperial, todas las nacionalidades independientes alrededor del mediterráneo habían caído bajo la férula del poder central, si bien no podían considerar esto como un desastre, toda vez que por tal medio tuvieron fin las perpetuas guerras que unas con otras sostenían, y la miseria que sus conflictos habían producido se trocó por una paz universal.

No tan sólo como señal de las conquistas que había hecho, sino como satisfacción también a su orgullo, había transportado a Roma la victoriosa república los dioses de los vencidos pueblos, y con desdeñosa tolerancia, permitía el culto de todos ellos. La suprema autoridad ejercida por cada divinidad en su residencia

original, desapareció de una vez en medio de la multitud de dioses y diosas que la rodeaban. Como hemos visto ya, los descubrimientos geográficos y el criticismo filosófico habían quebrantado profundamente la fe religiosa de aquellos antiguos tiempos, completando su destrucción esta política de Roma.

Habían desaparecido los reyes de todas las provincias conquistadas, y en su lugar se había colocado un emperador. Los dioses también se habían desvanecido; considerando el enlace que en todo tiempo ha existido entre las ideas políticas y las religiosas, no debe extrañarse absolutamente que el politeísmo manifestase tendencias de convertirse en monoteísmo y como consecuencia se tributaron honores divinos a los emperadores difuntos al principio, y luego a los mismos emperadores que ocupaban el trono.

La facilidad con que se creaban así los dioses tuvo un poderoso efecto moral, y la fabricación de uno nuevo hacía caer el ridículo sobre el origen de los antiguos. La encarnación en el Este y la apoteosis en el Oeste fueron llenando rápidamente el Olimpo de divinidades. En el Este los dioses descendían del cielo y se encarnaban en el hombre; en el Oeste los hombres subían desde la tierra y tomaban asiento entre los dioses. No fue la importación del escepticismo griego lo que hizo escéptica a Roma: los excesos de la misma religión minaron los cimientos de la fe.

Todas las clases de la población no adoptaron con igual rapidez las ideas monoteístas. Los comerciantes, los abogados y los militares, que por la índole de sus ocupaciones estaban más familiarizados con las vicisitudes de la vida y tenían opiniones intelectuales más amplias, fueron los primeros atacados: los labradores y los campesinos fueron los últimos.

Cuando el Imperio, en un sentido militar y político, alcanzó su mayor elevación, llegó a su más alto punto de inmoralidad bajo un aspecto religioso y social; se hizo completamente epicúreo; sus máximas eran que la vida debía tomarse como una fiesta; que la virtud es únicamente el condimento del placer y la templanza el medio de prolongarlo. Comedores relucientes de oro y pedrería, esclavos soberbiamente aparejados, el encanto de la

sociedad femenina, allí donde todas las mujeres eran disolutas; baños magníficos, teatros, gladiadores, tales fueron los objetos deseados por los romanos. Los conquistadores del mundo habían descubierto que la única cosa digna de culto era la fuerza: por ella todo se conseguía; cuanto el comercio y la laboriosidad habían producido. La confiscación de bienes y tierras, los impuestos sobre las provincias, fueron el galardón de unas guerras afortunadas, y el emperador era el símbolo de la fuerza; había un esplendor social que no era sino la corrupción fosforescente del antiguo mundo del Mediterráneo.

En una de las provincias orientales, en la Siria, algunas personas de humildísima condición se habían asociado con objetos benévolos y religiosos. Las doctrinas que sustentaban estaban en armonía con ese sentimiento de fraternidad universal que hizo nacer la semejanza que existía entre reinos conquistados. Eran las doctrinas inculcadas por Jesús.

El pueblo judío, en este tiempo, conservaba una creencia fundada en antiguas tradiciones; esperaba que [38] un libertador nacido entre ellos volvería a darles su antiguo esplendor. Jesús fue considerado por sus discípulos como el Mesías prometido, tantos años esperado. Pero los sacerdotes, creyendo que las doctrinas que sostenía eran contrarias a sus intereses, le denunciaron al gobernador romano, que para satisfacer sus clamores, y aunque con gran repugnancia, le condenó a muerte.

Sus doctrinas de amor y fraternidad sobrevivieron a este suceso; sus discípulos, en vez de dispersarse, se organizaron; unieronse entre sí bajo un principio de comunismo, depositando en un fondo común sus escasas propiedades y todas sus ganancias. Las viudas y huérfanos de la comunidad eran socorridos, los pobres y enfermos amparados; de este germen se desarrolló una sociedad nueva, y el tiempo confirmó luego que también era todopoderosa: fue la Iglesia. Nueva, porque jamás había existido nada semejante en la antigüedad; poderosa, porque las iglesias locales, aisladas al principio, pronto se confederaron por su interés común. A esta organización debió el cristianismo todos sus triunfos políticos.

Como hemos dicho, la dominación militar de Roma había producido una paz universal y un sentimiento de fraternidad entre las naciones vencidas. Era fácil, por lo tanto, la rápida difusión por todo el imperio del principio cristiano nuevamente establecido.

Se extendió de la Siria a toda el Asia Menor, y sucesivamente llegó a Chipre, Grecia, Italia, y en el Oeste hasta las Galias y la Gran Bretaña.

Se apresuró su propagación por misioneros que lo hicieron conocer en todas direcciones; ninguna de las antiguas filosofías clásicas había empleado nunca medios semejantes.

Condiciones políticas determinaron las fronteras de la nueva religión; sus límites fueron por entonces los del imperio romano; Roma, donde es dudoso que muriese Pedro, y no Jerusalén, donde indisputablemente murió el Salvador, vino a ser la capital religiosa. Era mejor poseer la ciudad imperial de las siete colinas, que Gethsemaní y el Calvario con todos sus recuerdos divinos.

Por muchos años mostróse el cristianismo como un sistema que prescribía tres cosas: el respeto de Dios, la pureza de la vida, el amor a nuestros semejantes. En sus tempranos días de debilidad adquirió prosélitos sólo por la persuasión, pero a medida que aumentaba su número y crecía su influencia, principió a exhibir tendencias políticas y disposiciones a formar un gobierno dentro del gobierno y un imperio dentro del imperio; estas tendencias no las ha perdido jamás desde aquel tiempo; en verdad, son resultado lógico de su desarrollo. Descubriendo los emperadores romanos que era absolutamente incompatible con el sistema imperial, intentaron abatirlo por la fuerza; obraban en esto de acuerdo con el espíritu de sus máximas militares, que sólo reconocían la fuerza como medio de obtener conformidad.

En el invierno de 302 a 303 rehusaron los soldados cristianos de algunas legiones tomar parte en las solemnidades instituidas, ya hacía mucho tiempo, en honor de los dioses; el motín se extendió con tal rapidez y el caso era tan urgente, que el emperador

Diocleciano se vio obligado a convocar un consejo con objeto de determinar lo que debía hacerse.

La dificultad de la situación puede tal vez apreciarse cuando se sepa que la esposa y la hija de Diocleciano eran cristianas. Era este hombre de gran capacidad y amplias ideas políticas; reconoció en la oposición que debía hacerse al nuevo partido una necesidad de estado; sin embargo, ordenó expresamente que no se derramase sangre: pero ¿quién puede dominar una furiosa conmoción civil? La iglesia de Nicomedia fue arrasada hasta los cimientos, y en represalias incendiado el palacio imperial y hecho pedazos y despreciado con todo descaro un edicto. Los oficiales cristianos del ejército fueron degradados; en todas direcciones tenían lugar martirios y matanzas. Tan irresistible fue la marcha de los sucesos, que ni el mismo Emperador pudo detener la persecución.

Vino entonces a ser evidente que los cristianos constituían una parte poderosa del Estado, animada de indignación por las atrocidades que había sufrido y determinada a no soportarlas por más tiempo. Después de la abdicación de Diocleciano (305), Constantino, uno de los competidores a la púrpura, se puso públicamente a la cabeza del partido cristiano, percibiendo las ventajas que le acarrearía esta política; encontró así en todo el imperio hombres y mujeres dispuestos a desafiar el fuego y el acero en apoyo suyo, y el concurso decidido de adeptos en todas las legiones de los ejércitos. En la batalla decisiva cerca del puente Milvio, coronó la victoria sus planes. La muerte de Maximino, y más tarde la de Licinio, hicieron desaparecer todos los obstáculos y subió al trono de los Césares, primer emperador cristiano.

Empleos, beneficios, poder, tal era la perspectiva que se ofrecía a la vista de los que ahora se unieran a la secta conquistadora. Una multitud de personas mundanas, sin apego alguno a estas ideas religiosas, se hicieron sus más ardientes sostenedores; paganos de corazón, su influencia se manifestó pronto en el paganismo que inmediatamente revistió la cristiandad; el Emperador, que no era mejor que ellos, no hizo nada para impedirlo, pero no se conformó personalmente a las prescripciones

ceremoniosas de la Iglesia hasta el fin de su malvada vida (337 años).

Para que podamos apreciar debidamente las modificaciones impresas ahora en el cristianismo, modificaciones que a veces lo pusieron en conflicto con la ciencia, debemos emplear como medio de comparación un testimonio de lo que era en sus días más puros: tal lo encontramos afortunadamente en la Apología o Defensa de los cristianos contra las acusaciones de los gentiles, escrita por tertuliano, en Roma, durante la persecución de Severo, y dirigida, no al Emperador, sino a los magistrados que tenían a su cargo juzgar a los acusados. Es una solemne y ardiente queja en la que se encuentra cuanto pudiera decirse en aclaración del asunto; una representación de la creencia y causa de los cristianos, hecha en la ciudad imperial a la faz del mundo entero: no es un llamamiento eclesiástico apasionado y turbulento, sino un grave documento histórico. Siempre ha sido considerado como uno de los mejores escritos cristianos de los primeros tiempos; su fecha, unos doscientos años después de J.C.

Empieza Tertuliano su argumentación con gran habilidad; dice a los magistrados que el cristianismo es un extranjero sobre la tierra y que espera encontrar enemigos en un país que no es el suyo; sólo pide que no se le condene sin oírlo y que los magistrados romanos permitan que se defienda a sí propio, pues las leyes del imperio obtendrán más brillo si se dicta sentencia después de un juicio, y lo contrario si se le condena sin oír la defensa; que es injusto odiar una cosa que no se conoce, aún cuando pudiera ser digna de ser odiada; que las leyes de Roma castigan las acciones, no los nombres; y que a pesar de esto, habían sido condenadas gentes por llamarse cristianos y sin que estuviesen acusadas de ningún crimen.

Expone más adelante el origen, la naturaleza y los efectos del cristianismo, estableciendo que se halla fundado en las Escrituras hebraicas, que son los más venerables de todos los libros. Dice a los magistrados: «Los libros de Moisés, en los que Dios ha encerrado como en un tesoro toda la religión de los judíos, y por consecuencia toda la religión cristiana, son mucho más an-

tiguos que los vuestros; más aún, que vuestros más remotos monumentos públicos, que el establecimiento de vuestro estado, que la fundación de muchas grandes ciudades, que cuanto conocéis en todas las edades de la historia y memorias de los tiempos, y que la invención de los caracteres, que son los intérpretes de las ciencias y los guardadores de todas las cosas excelentes. Creo que puedo decir más: son anteriores a vuestros dioses, a vuestros templos, a vuestros oráculos y sacrificios. El autor de estos libros vivió mil años antes del sitio de Troya y mil quinientos antes de Homero.»

El aliado de la verdad es el tiempo y sólo lo que es cierto y ha sido comprobado por él es lo que cree el hombre prudente. La principal autoridad de esta Escrituras se desprende de su antigüedad venerable. El más sabio de los Ptolemeos, que fue llamado Filadelfo, príncipe cumplido, obtuvo una copia de estos libros sagrados por consejo de Demetrio Falereo, y pueden hoy día hallarse en su biblioteca. La divinidad de estas Escrituras se prueba porque todo cuanto ocurre en nuestros días se encuentra en ellas profetizado: contiene cuanto ha pasado desde aquella fecha ante los ojos del hombre.

¿No es el cumplimiento de una profecía el testimonio de su verdad? Si hemos visto justificadas estas profecías por los sucesos pasados, ¿se nos podrá vituperar si creemos en las que se refieren a los venideros? Ahora bien, así como creemos en las cosas profetizadas que han sido cumplidas, así creemos en las que están anunciadas y no se han verificado todavía; porque todas han sido predichas por la misma escritura, lo mismo las que tienen lugar diariamente, como las que todavía no se han cumplido.

Esta Sagrada Escritura nos enseña que hay un Dios que hizo el mundo de la nada, y que, aunque visto diariamente, es invisible; su inmensidad él solo la conoce y a un tiempo nos lo oculta y revela. Ha dispuesto para el hombre castigos o recompensas según haya vivido; resucitará los muertos desde la creación del mundo, los que volverán a tomar sus cuerpos, y luego los juzgará entregándolos a la felicidad sin límites o a las llamas eternas. Los fuegos del infierno son aquellas llamas ocultas que la tierra

tiene encerradas en sus entrañas. Ha enviado al mundo, en otra época, predicadores o profetas; los de los antiguos tiempos eran judíos y dirigieron sus oráculos a estos, puesto que ellos lo eran, quienes los han conservado en las Escrituras. Sobre ellos, como se ha dicho, se ha fundado el cristianismo, si bien éste difiere en sus ceremonias del judaísmo; se nos acusa de adorar a un hombre y no al Dios de los judíos. No, el honor que rendimos a Cristo no deroga el que rendimos a Dios.

En cuanto al mérito de estos antiguos patriarcas, consideremos que los judíos eran el único pueblo querido de Dios; se deleitaba en comunicar con ellos por su propia boca; por él fueron levantados a admirable altura, pero se pervirtieron y le abandonaron, cambiando sus leyes en un culto profano. Les advirtió que escogiera para sí servidores más fieles, y por su crimen les castigó arrojándolos de su país; ahora se encuentran dispersos por todo el mundo, errantes en todas partes; no pueden gozar del aire que respiraron al nacer; no tienen ni un Dios, ni un hombre por rey; ha obrado según le trataron y ha tomado en todas las naciones y países de la tierra un pueblo más fiel que ellos. Por sus profetas declaró que obtendrían grandes favores y que un Mesías vendría a publicar una nueva ley entre ellos. Este Mesías era Jesús, que también es Dios; porque Dios puede derivarse de Dios, como la luz de una bujía puede derivarse de la de otra. Dios y su Hijo son un mismo Dios; una luz que se toma de otra es igual a ella misma.

Las Escrituras nos dan a conocer dos venidas del Hijo de Dios; la primera en la humildad, la segunda en el poder, el día del Juicio. Los judíos debían saber todo esto por sus profetas, pero sus pecados les han cegado hasta el punto de no reconocerle a su primera venida y están esperándole en vano todavía. Creyeron que todos los milagros ejecutados por él eran obras de magia; los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes le tenían envidia y le denunciaron a Pilatos. Fue crucificado, muerto y sepultado, y a los tres días resucitó, permaneció entre sus discípulos cuarenta días, luego fue envuelto en una nube y ascendió al cielo; verdad mucho más cierta que ninguno de los testimonios humanos relativos a la ascensión de Rómulo o de cualquier

otro príncipe romano que haya subido al mismo lugar.

Tertuliano describe luego el origen y la naturaleza de los demonios, quienes, bajo su príncipe Satanás, producen las enfermedades, las tempestades, la destrucción de los gérmenes de la tierra, seducen a los hombres para que ofrezcan sacrificios, con objeto de obtener su alimento, que es la sangre de las víctimas. Son tan ligeros como los pájaros y saben cuanto pasa sobre la tierra; viven en el aire y desde ahí espían lo que ocurre en el cielo; por esto pueden fingir profecías y oráculos e imponerlos a los hombres. Así anunciaron en Roma que se obtendría la victoria sobre el rey Perseo cuando ya sabían que la batalla estaba ganada. Es falso que curen las enfermedades, pues toman posesión del cuerpo de un hombre y le producen desórdenes, y entonces ordenan algún remedio, dejan de afligir al poseído y las gentes creen que se ha verificado una cura.

Aunque los cristianos niegan que el emperador sea Dios, sin embargo ruegan por su prosperidad, porque la disolución general que amenaza al universo y la conflagración del mundo están retardadas tanto como dure la gloriosa majestad del triunfante imperio romano, y no desean presenciar la destrucción de la naturaleza. Reconocen una sola república, que es todo el mundo; constituyen un cuerpo, adoran un Dios y miran todos ante sí la felicidad eterna; no sólo ruegan por el emperador y los magistrados sino también por la paz. Leen las Escrituras para alimentar su fe, elevar sus esperanzas y fortificar la que tienen en Dios. Se reúnen para exhortarse unos a otros y apartar los pecadores de su sociedad; tienen obispos que les presiden, aprobados por los sufragios de los mismos que están llamados a gobernar. Al fin de cada mes cada uno contribuye, si es su voluntad, pero a ninguno se obliga a dar; el dinero recogido de este modo es la fianza de la piedad y no se consume en comer ni beber, sino en alimentar a los pobres y en enterrarlos; en socorrer a los huérfanos sin bienes, en ayudar a los ancianos que han gastado sus mejores días en servicio de la fe; en asistir a los que han perdido en los naufragios cuanto habían, y a los condenados a las minas o desterrados a las islas o encerrados en las prisiones, por profesar la religión del verdadero Dios.

Todo es común entre los cristianos, menos las mujeres. No tienen fiestas, como si debieran morir mañana, y no edifican, como si hubieran de vivir siempre; los fines de su vida son la inocencia, la justicia, la paciencia, la templanza y la caridad.

A esta noble exposición de la creencia y vida cristianas de su tiempo no vacila Tertuliano en agregar un ominoso aviso dirigido a los magistrados; ominoso, porque era el presagio de un gran suceso que pronto iba a tener lugar. «Nuestro origen es reciente, y, sin embargo, ya llenamos cuanto alcanza vuestro poder; ciudades, fortalezas, islas, provincias, las asambleas del pueblo, los arrabales de Roma, el Palacio, el Senado, los empleos públicos y especialmente los ejércitos; sólo os hemos dejado vuestros templos; ¡reflexionad que podemos emprender grandes guerras! ¡Con cuánta prontitud no nos sería dado armarnos, si no nos refrenase nuestra religión, que enseña que es mejor ser muerto que matar!!»

Antes de terminar su defensa, repite Tertuliano una afirmación que, puesta en práctica más tarde, afectó al desarrollo intelectual de toda Europa. Declara que las Sagradas Escrituras son un tesoro del cual se desprende toda la verdadera sabiduría del mundo; que a ellas deben todo, filósofos y poetas; trabaja por demostrar que son norma y medida de toda verdad y que lo que no esté conforme con ellas debe ser falso necesariamente.

Por la hábil obra de Tertuliano vemos lo que era el cristianismo mientras sufría persecuciones y luchaba por la existencia. Debemos ahora examinar qué llegó a ser en posesión del poder imperial. Grande es la diferencia que existe entre el cristianismo del tiempo de Severo y el posterior a Constantino; muchas de las doctrinas preeminentes en esta última época fueron desconocidas en el primer período.

Dos causas concurrieron a la amalgama del cristianismo y el paganismo: 1º Las necesidades políticas de la nueva dinastía. 2º La política adoptada por la nueva religión para asegurar su desarrollo.

1º Aunque los cristianos habían demostrado ser bastante fuertes para poder dar un jefe al Imperio, no les fue nunca posible

destruir su antagonista el paganismo. El resultado de la batalla que entre ambos se libró fue una amalgama de los principios de cada uno; en esto difiere el cristianismo del mahometismo, el cual aniquiló a su enemigo por completo y extendió su doctrina sin adulteración.

Constantino mostró continuamente, por su conducta, que conocía que debía ser el soberano imparcial de todo su pueblo y no sólo el representante de una facción afortunada. Así es que, si edificó iglesias cristianas, también restauró templos paganos; si escuchó al clero, también consultó los arúspices; si reunió el concilio de Niceo, también veneró la estatua de la Fortuna; si aceptó el rito del bautismo, también acuñó una medalla en que se le nombraba Dios. Su estatua, erigida en el extremo de la gran columna de pórfido de Constantinopla, era una antigua imagen de Apolo, cuyas facciones fueron sustituidas por las del emperador; la cabeza estaba rodeada de una corona de gloria hecha con los fingidos clavos que sirvieron para la crucifixión de Cristo.

Conociendo que debían hacerse concesiones al derrotado partido pagano, acogió con satisfacción, puesto que eran sus ideas, la tendencia idólatra de su corte; los jefes de este movimiento eran en efecto personas de su propia familia.

2º En cuanto al Emperador, hombre ambicioso, mundano y sin ninguna creencia religiosa, pensó indudablemente que era lo mejor para él, para el imperio y para las partes contrincantes, que cristianos y gentiles se uniesen y amalgamasen cuanto fuera posible. Puede que aún los cristianos sinceros no fueran opuestos a esto; quizás creyeron que la nueva doctrina se difundiría por todas partes con más facilidad incorporada a las ideas ya adquiridas de antiguo, y que al fin la verdad triunfaría y la impureza sería despreciada. En la realización de esta amalgama, abrió la marcha Elena, madre del emperador, acompañada por las damas de la corte; para complacerla, se descubrieron en una caverna de Jerusalén, donde habían permanecido enterradas más de tres siglos, la cruz del Salvador, las de los dos ladrones, la inscripción y los clavos. Su autenticidad se probó con un milagro; empezó entonces un verdadero culto de las

reliquias. Apareció de nuevo la superstición como en los tiempos de los antiguos griegos cuando se enseñaban en Metaponto las herramientas que se usaron en fabricar el caballo de Troya; en Queronea el cetro de Pélope; en Faselis la lanza de Aquiles; en Nicomedia la espada de Memnon; cuando los Tejeatas mostraban el retiro del jabalí caledonio, y muchas ciudades se jactaban de poseer el verdadero paladion de Troya; cuando había estatuas de Minerva que blandían la lanza, pinturas capaces de ruborizarse, imágenes que sudaban e innumerables santuarios y capillas de reliquias donde se verificaban curas milagrosas.

A medida que pasaban los años, iba cambiándose la fe descrita por tertuliano en otra más elegante y envilecida incorporada a la mitología griega. Renació el Olimpo, si bien con divinidades de distintos nombres; las provincias más poderosas insistieron en que se adoptasen sus veneradas concepciones de otros tiempos; se admitieron opiniones sobre la Trinidad conformes con la tradición egipcia; no sólo se restableció bajo un nuevo nombre la adoración de Isis; hasta su imagen, de pie sobre la luna creciente, volvió a aparecer. La efigie bien conocida de esta diosa, con su hijo Haroeri en los brazos, ha llegado hasta nuestros días en la bella y artística creación de la Madre y el Niño. El restablecimiento bajo una forma nueva de estas antiguas concepciones, fue recibido en todas partes con delicia. Cuando se anunció a los habitantes de Efeso que aquel concilio presidido por Cirilo había decretado que la Virgen sería llamada «Madre de Dios» se abrazaron a las rodillas de su obispo derramando lágrimas de alegría; eran destellos de la antigua creencia, y lo mismo hubieran hecho sus antepasados por Diana.

Este intento de conciliar los convertidos mundanos, adoptando sus ideas y sus prácticas, no dejó de provocar censuras: «Habéis, dice Fausto a Agustín, sustituido los sacrificios de los paganos con vuestros ágapes, sus ídolos con vuestros mártires, a los que rendís los mismos honores. Apaciguáis las sombras de la muerte con vino y orgías, celebráis las festividades solemnes de los gentiles, sus calendas y sus solsticios, y en cuanto a sus costumbres, las habéis aceptado sin alterarlas. Nada os distingue de los paganos, salvo que tenéis separadas vuestras reuniones.»

Los ritos paganos se introducían por todas partes, y en las bodas era costumbre cantar himnos a Venus.

Detengámonos aquí un momento y veamos, anticipadamente, a qué profunda degradación intelectual condujo esta política de paganización; se adoptaron los ritos gentílicos de pompa y esplendor; los vistosos trajes, las mitras, las tiaras y las hachas; los oficios procesionales, las lustraciones y los vasos de oro y plata; el lituo romano, insignia principal de los augures, se convirtió en báculo pastoral. Se edificaron las iglesias sobre las tumbas de los mártires y fueron consagradas con ritos tomados de las antiguas leyes de los pontífices romanos. Las fiestas y conmemoraciones de los mártires se multiplicaron tanto como los innumerables hallazgos ficticios de sus restos; el ayuno vino a ser el gran medio de ahuyentar al demonio y de apaciguar a Dios; el celibato la mayor de las virtudes, se hicieron romerías a Palestina y a las tumbas de los mártires, y grandes cantidades de tierra y polvo traídas de los Santos Lugares fueron vendidas a precios enormes, como antídotos contra el demonio; se ensalzaron las virtudes del agua bendita. Se introdujeron en las iglesias imágenes y reliquias que eran adoradas a usanza de los dioses gentiles, y se operaban milagros y prodigios en ciertos parajes como en tiempo de los paganos.

Se invocaban las almas bienaventuradas de los cristianos muertos y se creía que andaban errantes por el mundo o rondaban cerca de los sepulcros; se multiplicaron las iglesias, los altares y los hábitos penitenciaros. Se inventó la fiesta de la purificación de la Virgen, para desterrar la intranquilidad del ánimo de los convertidos paganos que echaban de menos las lupercalias o fiestas de Pan. El culto de las imágenes, de los pedazos de cruz o de huesos, de los clavos y otras reliquias, un verdadero fetichismo, fue cultivado; dos argumentos se empleaban para demostrar la autenticidad de estos objetos; uno la autoridad de la Iglesia, otro el poder obrar milagros. Eran venerados hasta los raídos trajes de los santos y la tierra de los sepulcros. Se trajeron de Palestina unos esqueletos, que se afirmaba eran los de San Marcos, Santiago y otros antiguos justos. La apoteosis de los antiguos tiempos de Roma fue sustituida por la canoniza-

ción, y santos tutelares ocuparon el lugar de las divinidades mitológicas locales. Luego vino el misterio de la Transustanciación, o la conversión por el sacerdote del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, y al paso que transcurrían los siglos iba siendo la paganización más completa. Se instituyeron fiestas religiosas en recuerdo de la lanza con que fue atravesado el costado del Salvador, de los clavos con que fue asegurado a la cruz y de la corona de espinas; y aunque varias abadías poseían a un tiempo algunos ejemplares de estas incomparables reliquias, nadie se atrevía a decir que era imposible la autenticidad de todas ellas.

Podemos leer con provecho las observaciones hechas por el obispo Newton sobre este paganismo de los cristianos; pregunta: «¿No es el culto presente de los santos y ángeles igual en un todo a la adoración de los demonios en tiempos anteriores? El nombre solo es distinto, pues la cosa es la misma precisamente...; los hombres deificados por los cristianos han sustituido a los hombres deificados por los gentiles. Bien penetrados de su semejanza estaban los promovedores de este culto y de que el uno era continuación del otro, y en cuanto a que es una misma la adoración se prueba por practicarse con las mismas ceremonias; en uno y otro se quema incienso en los altares; se usan aspersiones de agua bendita, o de una mezcla de agua y sal, al entrar y salir de los templos o lugares de adoración; se encienden en pleno día y ante los altares y estatuas de las divinidades, lámparas y ciriales; se tapizan los muros de ofrendas votivas y ricos presentes como testimonios de otras tantas curas maravillosas y de peligros salvados; se deifica o canoniza a los justos muertos; se erige en patronos de tal reino o provincia a los héroes o santos difuntos; se adora a los muertos en sus sepulcros o urnas y en sus santuarios; se reverencian las imágenes y se atribuye a los ídolos poderes y virtudes milagrosas; se levantan pequeños oratorios, altares y estatus en las calles, en los caminos y en las cumbres de las montañas; se transportan las imágenes en pomposas procesiones, con innumerables luces y con canciones y músicas; se practica la flagelación, por vía de penitencia, en ciertas épocas solemnes; hay gran variedad de órde-

nes religiosas y de fraternidades de sacerdotes; estos se afeitan el cráneo, a lo que llaman tonsura; los religiosos de ambos sexos se imponen el celibato y hacen votos de castidad; todos estos y otros muchos ritos y ceremonias se hallan igualmente repartidos entre la superstición pagana y la papal. Por último, los mismos templos, las mismas imágenes que un tiempo estuvieron consagradas a Júpiter y otros demonios, se encuentran ahora bajo la advocación de la Virgen María y otros santos. Los mismos ritos e inscripciones se prescriben en ambas religiones y los mismos prodigios y milagros se relacionan con una y otra; en suma, casi el paganismo completo se ha convertido en papismo, y uno y otro se hallan evidentemente formados sobre un mismo plan y principio, así es que no solamente hay uniformidad, sino conformidad entre la adoración de los antiguos y de los modernos, entre la Roma gentil y la cristiana.»

Hasta aquí el obispo Newton; pero volvamos a los tiempos de Constantino, aunque estas concesiones a las ideas antiguas y populares fueron permitidas y aún estimuladas, el partido religioso dominante jamás dudó por un momento en fortalecer sus decisiones con ayuda del poder civil, la cual le fue concedida ampliamente. Constantino, pues, puso en vigor las actas del concilio de Nicea. En el asunto de Arrio, llegó a ordenar que el que encontrase algún libro de este hereje y no lo quemase, sería condenado a muerte, y de un modo análogo obró Teodosio el Joven, que desterró a Nestorio a un oasis egipcio.

El partido pagano contaba entre sus adeptos muchas de las antiguas familias aristocráticas del Imperio, y todos los discípulos de las anteriores escuelas filosóficas; miraba a su antagonista con desdén y afirmaba que sólo puede adquirirse el saber por el ejercicio laborioso de la observación y de la razón humana.

El partido cristiano aseguraba que todo conocimiento ha de hallarse en las Escrituras y en las tradiciones de la Iglesia; que en la revelación escrita, nos ha dado Dios no sólo un criterio de la verdad, sino todo cuanto quería que supiésemos. Las Escrituras contienen, por lo tanto, la suma y fin de todo saber; el clero, con el Emperador a sus espaldas, se hallaba dispuesto a no sufrir ninguna competencia intelectual.

De este modo se manifestaron las que se han llamado ciencia sagrada y ciencia profana; así se encontraron frente a frente los dos partidos opuestos; uno adoptando como guía la razón humana, el otro la revelación. El paganismo se apoyaba en la sabiduría de sus filósofos; el cristianismo en la inspiración de sus Padres.

La Iglesia, pues, se constituyó en depositaria y árbitro del saber, hallándose siempre dispuesta a recurrir al poder civil para que hiciera obedecer sus decisiones, emprendiendo de este modo una marcha que determinó toda su carrera futura; vino a ser el valladar que se opuso por más de mil años al adelanto intelectual de Europa.

El reinado de Constantino marca la época de la transformación del cristianismo en un sistema político, y aunque en cierto sentido puede decirse que este sistema se degradó hasta la idolatría, elevóse en otro a un desarrollo semejante al de la antigua mitología griega. En el mundo moral como en el físico, sucede que cuando dos cuerpos se chocan, ambos cambian de figura; el paganismo fue modificado por el cristianismo, y éste por aquél.

En la controversia sobre la Trinidad que surgió primero en Egipto, tierra de las trinidades, era el punto principal de la discusión definir la posición del Hijo. Vivía en Alejandría un presbítero llamado Arrio, candidato desahuciado a una silla episcopal; empezó su teoría manifestando que precisamente ha habido un tiempo en que el Hijo, atendiendo a su propia naturaleza de hijo, no podía existir, y un tiempo en que principiaría a ser, puesto que es condición necesaria en las relaciones filiales que un padre sea mayor que su hijo. Pero esta afirmación destruye evidentemente la coeternidad de las tres personas de la Trinidad; implica una subordinación o desigualdad entre ellas y da a entender que hubo una época en que no existía la Trinidad; con este motivo el afortunado obispo competidor de Arrio desplegó su potencia retórica en públicos debates sobre el asunto, y extendiéndose la disputa, los judíos y paganos que formaban la inmensa mayoría de la ciudad de Alejandría se entretenían con representaciones teatrales de la contienda religiosa, y el punto de sus burlas era la igualdad entre las edades del Padre y del

Hijo.

Fue tal la violencia que al cabo adquirió el debate, que el asunto tuvo que ser sometido al Emperador. Al principio consideró la disputa como frívola y quizás se inclinaba sinceramente a la opinión de Arrio, puesto que en el orden natural de las cosas un padre tiene que ser mayor que su hijo. Tan grande fue, no obstante, la presión ejercida sobre él, que se vio obligado a convocar un concilio, el de Nicea, el cual para alejar el conflicto estableció un credo o formulario al que iba unido el siguiente anátoma: «La Iglesia Católica y Apostólica anatematiza a los que digan: que hubo un tiempo en que no existía el hijo de Dios: que tampoco existía antes de ser engendrado: que fue sacado de la nada o de otra sustancia o esencia, y que es creado, mudable o capaz de sufrir alteración.» Constantino en seguida fortificó la decisión del concilio con el poder civil.

Pocos años después prohibió el emperador Teodosio los sacrificios y la entrada en los templos, y calificó de crimen capital la inspección de las entrañas de las víctimas. Instituyó los inquisidores de la fe y ordenó que todos aquellos que no estuviesen conformes con la creencia de Dámaso, obispo de Roma, y de Pedro, obispo de Alejandría, fueran desterrados y privados de sus derechos civiles; los que celebrasen la Pascua el mismo día que los judíos, serían condenados a muerte. La lengua griega empezaba a ser desconocida en el Oeste, y el verdadero saber se iba extinguiendo.

En este tiempo ocupaba un tal Teófilo el obispado de Alejandría. Habíase dado a los cristianos de esta ciudad un antiguo templo de Osiris, para que sobre sus ruinas edificaran una iglesia, y al cavar para echar los cimientos del nuevo edificio, se encontraron casualmente algunos símbolos obscenos del culto primitivo, los que Teófilo, con más celo que pudor, expuso en el mercado como objetos de pública mofa. Menos sufridos los paganos en esta ocasión que los cristianos cuando las farsas teatrales sobre el debate de la Trinidad, se alzaron en tumulto y estalló una asonada. Establecieron su cuartel general en el Serapeo, y tales fueron los desórdenes y la carnicería, que el Emperador se vio obligado a intervenir; envió un edicto a Alejan-

dría ordenando a Teófilo que destruyera el Serápeo, y la gran biblioteca reunida por los Ptolemeos y que se había salvado del incendio de Julio César, fue dispersada por este fanático.

Al obispado de Teófilo ascendió a su debido tiempo su sobrino San Cirilo, que se había captado el aprecio de las congregaciones alejandrinas, como predicador elegante y aplaudido, y a él se debió en gran parte la introducción del culto de la Virgen María. Su influencia sobre este pueblo inconstante estaba empero turbada por Hipatia, hija de Teon el matemático, que no sólo se distinguía en la exposición de las doctrinas de Platón y Aristóteles, sino también por sus comentarios sobre los escritos de Apolonio y otros geómetras. Diariamente se estacionaba ante su academia una larga fila de carros, y la sala de las conferencias apenas podía contener las personas más ricas y elegantes de Alejandría, que iban a escuchar sus disertaciones sobre asuntos que en todo tiempo ha inquirido el hombre y que jamás han sido explicados: ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿Qué puedo saber?

¡Hipatia y Cirilo! La filosofía y el fanatismo no podían existir juntos, y reconociéndolo Cirilo obró según esta idea. Cuando Hipatia se encaminaba a su academia, fue asaltada por las turbas de Cirilo, en las que iban varios monjes, desnudada en la calle, arrastrada a una iglesia y allí asesinada por la maza de Pedro el Lector; el cuerpo fue destrozado, la carne raída de los huesos con conchas, y los restos arrojados al fuego. Nunca tuvo Cirilo que dar cuenta de este horroroso crimen; parece, pues, que se aceptaba que el fin santifica los medios.

Así acabó la filosofía griega en Alejandría y pereció la ciencia que tanto se esforzaron en promover los Ptolemeos; la biblioteca Hija, la del Serápeo, fue dispersada, y la suerte de Hipatia sirvió de aviso a los que intentaran cultivar los conocimientos profanos; no hubo por tanto libertad para el pensamiento del hombre; todo el mundo debía pensar como la autoridad eclesiástica ordenase en el año del Señor 414, y en la misma Atenas aguardaba su sentencia la filosofía; Justiniano al fin prohibió su enseñanza e hizo cerrar todas las escuelas de la ciudad.

Mientras tenían lugar estos sucesos en las provincias orientales del imperio romano, se extendía por el Oeste el espíritu que los había producido. Un monje bretón, que había tomado el nombre de Pelagio, pasó del occidente de Europa al norte del África, enseñando que la muerte no fue introducida en el mundo por el pecado de Adán: que antes al contrario, este era necesariamente y por naturaleza mortal, y que sin haber pecado también hubiera muerto: que las consecuencias de sus pecados sólo a él se referían sin afectar a su posteridad. De estas premisas deducía Pelagio ciertas importantes conclusiones teológicas.

Fue acogido en Roma favorablemente, pero en Cartago lo hizo denunciar San Agustín; un sínodo celebrado en Diospolis lo declaró exento de herejía, mas llevado el asunto ante Inocencio I, fue, por el contrario, condenado. Sucedió en esto la muerte de Inocencio I, y su sucesor Zósimo anuló la sentencia y declaró ortodoxa la opinión de Pelagio; estas decisiones contradictorias se presentan todavía como argumentos por los enemigos de la infalibilidad del Papa. En este estado de confusión estaban las cosas cuando los astutos obispos africanos, por medio de la influencia del conde Valerio, obtuvieron del Emperador un edicto denunciando a Pelagio como hereje y condenándolo con sus cómplices al destierro y la confiscación de bienes. Afirmar que la muerte existía en el mundo antes de la caída de Adán, era un crimen de estado.

Es muy instructivo considerar en qué descansan los fundamentos de esta extraña decisión; puesto que el asunto era puramente filosófico, hubiera podido discutirse con arreglo a los principios físicos, pero en vez de esto sólo se adujeron consideraciones teológicas. El atento lector habrá notado en la exposición de Tertuliano sobre los principios del cristianismo, una ausencia completa de las doctrinas del pecado original, de la maldad absoluta, de la predestinación y de la gracia y la expiación. El cristianismo, tal cual él lo describe, no tiene nada de común con el plan de la salvación mantenido dos siglos después. Al cartaginés San Agustín es a quien debemos la precisión de nuestras opiniones sobre estos puntos importantes.

Al decidir si la muerte había existido en el mundo antes de la

caída de Adán, o si fue el castigo impuesto al hombre por su pecado, se trató de averiguar si las opiniones de Pelagio estaban o no conformes, no con la naturaleza, sino con las doctrinas teológicas de San Agustín; el resultado fue tal como debía esperarse. La doctrina declarada ortodoxa por la autoridad eclesiástica, ha sido derribada por los descubrimientos incuestionables de la ciencia moderna. Mucho antes de que un ser humano apareciese sobre la tierra, millones de individuos, ¿qué digo? miles de especies y aún de géneros habían dejado de existir, y los que ahora viven con nosotros no son sino una fracción insignificante de los que han desaparecido.

Una consecuencia de gran importancia fue el resultado de la controversia promovida por Pelagio. Del libro del Génesis se había hecho la base del cristianismo; si bajo un punto de vista teológico tanto valor se dio a su relación del pecado del Paraíso y de la trasgresión y castigo de Adán, tanto más le corresponde considerado filosóficamente, pues vino a ser la gran autoridad de la ciencia patristica. La Astronomía, la Geología, la Geografía, la Antropología, la Cronología y ciertamente todos los ramos del saber humano debían estar conformes con él.

Como el efecto de las doctrinas de San Agustín había sido colocar la teología en antagonismo con la ciencia, puede sernos interesante examinar con brevedad algunas de las ideas puramente filosóficas de este grande hombre. Con tal objeto podemos elegir muy adecuadamente algunos trozos de sus estudios sobre el primer capítulo del Génesis, contenidos en los libros undécimo, duodécimo y decimotercero de sus Confesiones.

Consisten en discusiones filosóficas intercaladas con rapsodias. Ruega a Dios que le permita comprender las Escrituras y descubrir su sentido; declara que no hay en ellas nada superfluo, pero que las palabras tienen diversas significaciones.

El aspecto de la creación revela la existencia de un creador, pero inmediatamente surge esta cuestión; «¿De qué modo, Dios mío, hicisteis el Cielo y la tierra? Bien cierto es que no hicisteis el Cielo y la tierra ni en el Cielo ni en la tierra, ni tampoco en el aire, o en las aguas; porque también estas cosas son una

parte del Cielo y de la tierra. Ni el mundo Universo le hicisteis en el mismo Universo mundo; porque no había donde hacerle, antes de hacerle para que le hubiese.» La solución de este problema fundamental la encuentra San Agustín diciendo:

«Con que Vos solamente dijisteis que fuesen hechas todas las cosas: y con decirlo, todas fueron hechas: y así con vuestra palabra las hicisteis.»

Pero la dificultad no termina aquí; San Agustín llega hasta observar «que las sílabas pronunciadas por Dios, sonaron y pasaron, la segunda después de la primera, la tercera después de la segunda, y así las demás por su orden... Por lo cual evidentemente se descubre, que aquella voz fue formada mediante el movimiento de una cosa criada, que no obstante ser temporal y transitoria, servía a vuestra voluntad eterna..... Porque estas palabras son muy inferiores respecto de mi misma y aun comparadas con mi ser no son: porque huyen, pasan, y se desvanecen; pero la Palabra de mi Dios y Señor, infinitamente superior a mí, eternamente dura y permanece.»

Además es claro que las palabras así expresadas no han podido ser emitidas sucesiva sino simultáneamente puesto que la sucesión por sí implica tiempo y cambio, siendo así que por el contrario sólo existían la eternidad y la inmortalidad: Dios sabe y dice eternamente lo que tiene lugar en el tiempo.

San Agustín define luego, no sin grande misticismo, lo que significan las primeras palabras del Génesis: «En el principio» y se guía en sus conclusiones por otro pasaje escritural. «Que magníficas y admirables son vuestras obras, Señor! Todo lo habéis hecho con sabiduría. Ella es el principio de todo, y es este principio hicisteis el Cielo y la tierra.»

Añade luego: « ¿No están ciertamente llenos de sus errores antiguos, los que ahora nos preguntan, —Qué es lo que Dios hacía, antes que hiciese el Cielo y la tierra? Porque si estaba ocioso, dicen ellos, y no hacía cosa alguna; ¿por qué no estuvo así siempre y en toda la duración subsiguiente, así como en toda la anterior estuvo siempre sin hacer obra exterior alguna? Porque si en Dios hubo algún movimiento nuevo, o nueva vo-

luntad de producir las Criaturas que nunca antes había producido; ¿cómo pudiera haber en Dios verdadera eternidad, habiendo esa voluntad nueva que antes no la había? Pues la voluntad de Dios no es criatura alguna, sino anterior a toda Criatura; porque no se criaría cosa alguna, si antes no precediera la voluntad del Criador. Y así la voluntad de Dios pertenece a la misma substancia divina. Pero si en la substancia y ser de Dios se hallara algo que antes no lo había, no se dijera con verdad aquella substancia eterna. Y si Dios eternamente tuvo esa voluntad de producir las criaturas; ¿por qué ellas ab eterno no fueron producidas?»

Al responder a estas preguntas no puede evitar uno de esos giros retóricos por los que era tan celebrado; «Respondo pues, no lo que dicen que respondió otro burlándose, huyendo de la dificultad, y diciendo, que entonces estaba Dios preparando los tormentos del Infierno para los que pretenden averiguar las cosas altísimas e inescrutables... Digo pues, Dios mío, que Vos sois el único Autor y Criador de todo lo criado: y que si con el nombre de Cielo y tierra se significan todas las criaturas; digo osada y resueltamente, que antes que hicieseis el Cielo y la tierra no hacíais cosa alguna. ¿Por qué, si hubierais hecho algo, aquello no había de ser alguna criatura? ¡Ojalá pudiese yo saber con tanta certeza todo lo que deseo saber útilmente, como sé que ninguna criatura se hacía antes que se hiciese alguna criatura!

»Mas si alguno de entendimiento demasiadamente ligero anda vagueando por tiempos imaginarios anteriores a la Creación, y se admira de que Vos, Dios omnipotente, Criador de todas las cosas, conservador de todas, Autor de Cielo y tierra, hayáis dejado pasar innumerables siglos, antes que hicieseis esta obra tan admirable; vuelva sobre sí, y contemple, que se admira de unas cosas falsa que él mismo allá se finge. Porque ¿cómo habían de haber pasado antes innumerables siglos que Vos no habíais criado, siendo Vos el único Autor y Criador de todos los siglos? ¿Ni qué tiempos habían de ser los que no habían sido criados por Vos? Ni cómo podían haber ya pasado, si todavía no habían sido?

»Pues ¿qué cosa es el tiempo?... Pero aquellos dos tiempos que he nombrado, pasado y futuro, ¿de qué modo son o existen, si el pasado ya no es, y el futuro no existe todavía? Y en cuanto al tiempo presente, es cierto que si siempre fuera presente, y no se mudara ni se fuera a ser pasado, ya no sería tiempo, sino eternidad. Luego si el tiempo presente, para que sea tiempo, es preciso que deje de ser presente y se convierta en pasado; como decimos que el presente existe y tiene ser, supuesto que su ser estriba en que dejará de ser; pues no podemos decir con verdad que el presente es tiempo, sino en cuanto camina a dejar de ser.

»Solemos también decir largo tiempo y tiempo corto; mas esto solamente lo decimos del pasado o del futuro... Pues ¿cómo puede ser largo ni breve lo que siquiera no es? Porque el pasado no es ya, y el futuro no es aún»...

El estilo en que expresa San Agustín sus ideas se asemeja al de una conversación rapsódica con Dios. Son sus obras un sueño incoherente; para que el lector pueda apreciar esta observación, voy a copiar algunos párrafos a la ventura. Lo que sigue es del libro decimosegundo.

»Lo que al presente percibo, Dios mío, cuando oigo decir a vuestra Escritura: En el principio hizo Dios el Cielo y al tierra; pero la tierra estaba invisible y sin forma alguna; y las tinieblas estaban sobre la faz de la tierra, y que no dice en que día hicisteis estas dos cosas; lo que desde luego entiendo es, que habla aquí de aquel Cielo del Cielo, que es un Cielo intelectual, donde el entendimiento está en actual conocimiento de todas las cosas de una vez, y no las conoce por partes, ni como por enigmas, ni como en un espejo, sino de todo punto, manifestamente y cara a cara; no entendiendo ahora una cosa y luego otra, sino como está dicho, conociéndolas todas juntas de una vez, y sin variedad alguna ni sucesión de tiempos.

También juzgo desde luego que habla así la Escritura, a causa de aquella tierra invisible, informe y sin especie alguna, que no estaba sujeta a las sucesiones de los tiempos como ésta, que suele ya tener una cosa, ya mudarse a tener otra. Pues por es-

tas dos cosas, que la una fue desde su principio perfectamente formada y la otra enteramente informe, aquella significada con el nombre Cielo, pero Cielo del Cielo, y esta con el nombre de Tierra, pero tierra invisible y sin forma; por estas dos cosas conozco desde luego, que dice la Escritura, sin conmemoración de día alguno, que En el principio hizo Dios el Cielo y la tierra. Por eso inmediatamente añade la Escritura, de qué tierra habla; y cómo también se dice hecho el Firmamento en el segundo día, y que se llamó Cielo; bastantemente insinúa de qué Cielo habló antes sin hacer mención de días.

»¡Admirable es, Dios mío, la profundidad de vuestras Escrituras! Se nos presentan fáciles en la superficie, convidando halagüentemente a los humildes; pero consideradas por lo interior, ¡qué admirable es, Dios mío, su profundidad! Horror y temblor causa contemplarla; pero es un horror nacido del respeto, y temblor que proviene de lo mucho que enamora. Muchísimo aborrezco a sus enemigos. ¡Oh, si Vos, Señor, con aquella vuestra misteriosa Espada de dos filos los traspasarais de modo que dejaran de ser enemigos suyos! Pues amo y deseo que mueran para sí, como vivan para Vos.»

Como ejemplo de la manera hermética que tiene San Agustín de revelar los hechos ocultos de la Escritura, puedo citar lo que sigue del libro decimotercero de las Confesiones; su objeto es mostrar que la doctrina de la Trinidad está comprendida en la narración mosaica de la creación.

«He aquí Dios mío, donde como en enigma se me representa vuestra Trinidad santísima: porque aquí os veo, Padre todo Poderoso, criando el Cielo y la tierra en el Principio de nuestra sabiduría, el cual es la misma Sabiduría vuestra, nacida de Vos, igual y coeterna a Vos, y que es vuestro Hijo.

»También he dicho ya muchas cosas acerca del Cielo y de la tierra invisible y sin forma ni compostura, y también del abismo cubierto de tinieblas, en orden a la defectibilidad de la naturaleza espiritual en el estado de su primer ser informe, si no se hubiera convertido hacia aquel que la había criado y comunicado la tal cual vida que por entonces era, y así participando de su luz

se hiciese hermosa vida, y fuese Cielo de aquel Cielo, que después se hizo entre unas y otras aguas: en lo cual ya tenía yo al Padre que hizo todas estas cosas, entendiéndole en la palabra Dios, y tenía también al Hijo en que las hizo, entendiéndole yo en la palabra Principio.

»Mas como el Dios en quien creo es Trinidad, lo mismo que creía, lo andaba buscando en sus mismas palabras y Escrituras, y el Espíritu divino era llevado sobre las aguas. Y ve aquí os hallo a Vos, Dios mío, Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, Criador de todas las criaturas.»

Para dar al lector una impresión exacta del carácter filosófico de los escritos de San Agustín, he sustituido, en las citas presentadas, a mi propia traducción, la del reverendo Dr. Pusey, contenida en el primer volumen de la Biblioteca de los Padres de la Santa Iglesia Católica publicada en Oxford en 1840 (¹).

Considerando la elevada autoridad que el mundo religioso ha atribuido a los escritos de San Agustín durante cerca de quince siglos, es un deber hablar de ellos con respeto; no hay ciertamente para qué obrar de otro modo. Los párrafos notados se critican por sí mismos. Nadie hizo más que este Padre para poner en antagonismo la ciencia y la religión; él fue quien principalmente apartó la Biblia de su verdadero objeto (una guía para la pureza de la vida), colocándola en la peligrosa posición de árbitro del saber humano y audaz déspota sobre el ingenio del hombre. Una vez dado el ejemplo, no faltó quien lo siguiera; las obras de los grandes filósofos griegos fueron estigmatizadas como profanas; los monumentos trascendentalmente gloriosos del Museo de Alejandría fueron oscurecidos por una nube de ignorancia y de misticismo y por una jerga ininteligible, cuyas tinieblas rompían con demasiada frecuencia los destructores rayos de la venganza eclesiástica.

Una revelación divina de la ciencia no admite mejora, cambios

¹ En esta traducción están tomadas las citas de la edición de San Mauro, puesta en castellano por el R. P. Fr. Eugenio Zeballos. (N. del T.).

ni progresos. Rechaza por innecesario y presuntuoso todo nuevo descubrimiento, considerando como nociva indiscreción el tratar de inquirir lo que Dios quiere ocultarnos.

¿Qué era, pues, esta ciencia sagrada y revelada que los Padres declaraban como la suma de todo el saber?

Asemejaba todos los fenómenos naturales o espirituales a las acciones humanas, y en el Todopoderoso, en el Eterno, solo veía un hombre gigantesco.

Afirmaba que la tierra es una superficie plana, sobre la cual se extiende el cielo como una bóveda, o según nos dice San Agustín, como si fuera una piel. En él se mueven el sol, la luna y las estrellas, para dar la luz al hombre durante el día y la noche. La tierra fue formada por Dios de materia hecha de la nada, con todas las especies de animales y plantas que en ella existen; la acabó en seis días. Sobre el firmamento están los cielos, y en el tenebroso espacio bajo la tierra el infierno. Aquella es el centro y el cuerpo más importante del universo, para la cual han sido criadas todas las demás cosas.

En cuanto al hombre, fue sacado del polvo de la tierra; al principio estuvo solo, pero luego formó Dios a la mujer de una de sus costillas; es la mayor y más acabada de sus obras; fue colocado en el Paraíso, cerca de las márgenes del Éufrates; era en extremo sabio y puro, pero habiendo probado el fruto prohibido y quebrantado por tanto el mandato que le había sido impuesto, fue condenado al trabajo y a la muerte.

Sin intimidarse por este castigo los descendientes del primer hombre, siguieron de tal suerte la senda del mal, que se hizo necesaria su destrucción. Un diluvio, por lo tanto, inundó la haz de la tierra y alcanzó hasta la cresta de las montañas. Llenado su objeto, un viento secó las aguas.

Se salvaron de esta catástrofe, encerrados en un arca, Noé y sus tres hijos con sus mujeres. De estos, Sem se quedó en Asia y la pobló; Cam pobló el África y Jafet la Europa. No teniendo los Padres conocimiento de la existencia de América, no proveyeron de antepasado a este pueblo.

Escuchemos lo que dice alguna de estas autoridades en apoyo de sus afirmaciones. Lactancio, refiriéndose a la herética doctrina de la redondez de la tierra, hace notar: «¿Es posible que los hombres caigan en el absurdo de creer que las mieses y los árboles del otro lado de la tierra cuelguen hacia abajo y que las personas tengan los pies más altos que la cabeza? Si les preguntáis cómo defienden estas monstruosidades, cómo las cosas no caen del otro lado de la tierra, responden que la naturaleza de las cosas es tal, que los cuerpos pesados tienden hacia el centro como los rayos de una rueda, mientras que los cuerpos ligeros como las nubes, el humo, el fuego, tienden por todas partes del centro hacia los cielos. Ahora bien, no sé realmente qué decir de los que cayendo así en error, perseveran en su locura y defienden un absurdo con otro.» Sobre la cuestión de los antípodas, afirma San Agustín que «es imposible que haya habitantes al lado opuesto de la tierra, toda vez que la Escritura no menciona semejante raza entre los descendientes de Adán.» Quizás, sin embargo, el argumento más incontrovertible contra la esfericidad de la tierra era que «el día del juicio, los hombres del otro lado del globo no podrían ver al Señor descendiendo por los aires.»

No me parece necesario hacer referencia a la introducción de la muerte en el mundo, a la perpetua intervención de agentes espirituales en el curso de los sucesos, a los oficios de ángeles y demonios, a la esperada conflagración de la tierra, a la torre de Babel, a la confusión de las lenguas, a la dispersión de la humanidad, a la interpretación de los fenómenos naturales, como eclipses, arco iris, &c. Sobre todo, me abstengo de comentar las concepciones de los Padres sobre el Todopoderoso; son demasiado antropomórficas y faltas de sublimidad.

Tal vez pueda entresacar de Cosme de Indicopleusta las ideas que se sustentaban en el siglo VI. Escribió este un libro titulado *Topografía cristiana*, cuyo intento principal era refutar la opinión herética de la forma globular de la tierra y la aserción pagana de que existía una zona templada al extremo Sur de la tórrida. Afirma que, según el verdadero sistema ortodoxo de geografía, la tierra es un plano rectangular, que se extiende

cuatrocientas jornadas del Este al Oeste y exactamente la mitad de Norte a Sur; que está rodeada de montañas sobre las cuales descansa el cielo; que una de las situadas al Norte, más alta que las demás, intercepta los rayos del sol produciendo así la noche; que el plano de la tierra no es precisamente horizontal, sino que está algo inclinado hacia el Mediodía; por esto el Éufrates, el Tigris y otros ríos que corren hacia el Sur, tienen una corriente rápida, y el Nilo, que se dirige cuesta arriba, tiene por necesidad muy poca.

El venerable Beda, que escribió en el siglo VII, nos dice que «la creación fue hecha en seis días y que la tierra es su centro y objeto principal. El cielo es de una naturaleza ígnea y sutil, redondo y equidistante como un dosel de todos los puntos de la tierra. Gira a su alrededor diariamente con una velocidad indescible, moderada tan sólo por la resistencia de los siete planetas: tres, sobre el sol: Saturno, Júpiter y Marte; luego el sol, y tres debajo: Venus, Mercurio y la luna.

»Las estrellas se mueven en círculos fijos, recorriendo las del Norte los más pequeños. El cielo más alto tiene sus límites propios; en él se encuentran las virtudes angélicas que descienden sobre la tierra y vuelven, después que toman cuerpos etéreos y ejecutan funciones humanas. Los cielos están templados con agua helada para evitar que se inflamen. El inferior se llama firmamento, porque separa la aguas de arriba de las de abajo. Las aguas del firmamento están más bajas que los cielos espirituales, pero más altas que todas las cosas corporales, y reservadas, en opinión de algunos, para un segundo diluvio; otros dicen, con más fundamento, que su objeto es templar el fuego de las estrellas fijas.»

¿Era por estos absurdos planes, producto de la ignorancia y de la osadía, por lo que se abandonaron los trabajos de los filósofos griegos? Mucho tiempo transcurrió hasta que los grandes críticos que aparecieron en tiempo de la Reforma compararon las obras de estos escritores, y colocándolas a un mismo nivel nos enseñaron a mirarlas con desprecio.

La parte más extraña de este presuntuoso sistema era su lógica

y la naturaleza de sus pruebas. Se apoyaba en la evidencia del milagro y se suponía demostrado un hecho con alguna manifestación asombrosa o cosa semejante. Dice un escritor árabe refiriéndose a este propósito: «Si un encantador me afirmara: Tres son más que diez, y en prueba de ello voy a cambiar esta vara en una serpiente, podría admirarme de su habilidad, pero seguramente no admitiría su afirmación.» Sin embargo, durante más de mil años fue esta lógica aceptada, y en toda Europa se admitían proposiciones tan absurdas y pruebas tan ridículas.

Cuando el partido que había llegado a dominar en el imperio no fue capaz de producir obras intelectuales que pudieran competir con las de los grandes autores paganos, y cuando se hizo imposible para él aceptar una posición inferior, nació la necesidad política de perseguir y anular el saber profano. A ella se debió la persecución de los platónicos y de los valentinianos. Fueron acusados de magismo y aún condenados a muerte. La profesión de filósofo llegó a ser peligrosa; era un crimen de Estado. En cambio se desarrolló la pasión por lo maravilloso, el espíritu de superstición. Los grandes hombres que en Egipto habían formado su inmortal Museo, fueron sustituidos por turbas de monjes solitarios y de reclusas vírgenes.

Capítulo III

Conflicto sobre la doctrina de la unidad de Dios Primera reforma o reforma del mediodía

Los egipcios insisten en la introducción del culto de la Virgen María. – Son combatidos por Nestorio, patriarca de Constantinopla; mas por su influencia con el Emperador obtienen el destierro de Nestorio y la dispersión de sus secuaces. – Preludio de la reforma del Mediodía. – Ataque de los Persas; su efecto moral. – Reforma arábica. – Relaciones de Mahoma con los nestorianos. Adopta y extiende sus principios, rechazando el culto de la Virgen, la doctrina de la Trinidad y todo lo que es opuesto a la unidad de Dios. – Extingue por la fuerza la idolatría en Arabia y se previene a hacer la guerra al imperio romano. – Sus sucesores conquistan la Siria, el Egipto, el Asia menor, el Norte del África, la España e invaden la Francia. – Como resultado de este conflicto, la doctrina de la unidad de Dios se establece en la mayor parte del imperio romano. – Se restaura el cultivo de las ciencias y el cristianismo pierde muchas de sus más ilustres capitales, como Alejandría, Cartago, y sobre todas Jerusalem.

La política de la corte bizantina había dado al primitivo cristianismo una forma pagana, la cual se había extendido por todos los pueblos idólatras que constituían el imperio. Se había verificado una amalgama de los dos partidos: el cristianismo había modificado al paganismo y éste al cristianismo. Los confines del imperio romano eran los límites de esta religión adulterada.

Al mismo tiempo que esta gran extensión, adquirió el partido cristiano influencia política y riquezas, y una parte no pequeña de las vastas rentas públicas se deslizaba en los tesoros de la Iglesia. Como sucede en tales casos, hubo muchos pretendien-

tes al botín, hombres que bajo la máscara del celo por la fe predominante, pensaban tan sólo en los placeres que sus emolumentos podían proporcionarles.

En tiempo de los primeros emperadores alcanzó la conquista su apogeo, el imperio estaba completo y había pasado la época de la vida militar, de las empresas guerreras y del saqueo de las provincias. Ante los ambiciosos se abría, empero, otra senda: otros horizontes se presentaban; una carrera afortunada en la Iglesia conducía a resultados dignos de compararse con los que en días anteriores se obtenían en el ejército.

Las historias de aquel tiempo, tanto eclesiásticas como políticas, se extienden mucho al referir las luchas que por la supremacía sostuvieron entre sí los obispos de las tres grandes ciudades metropolitanas, Constantinopla, Alejandría y Roma. Constantinopla fundaba sus pretensiones en el hecho de ser la ciudad imperial existente; Alejandría aducía su posición literaria y comercial, Roma, sus recuerdos. El patriarca de Constantinopla luchaba con desventaja, por hallarse no sólo bajo la vigilancia del Emperador, sino muy al alcance de su mano, lo cual tuvo ocasión de experimentar con frecuencia. La distancia daba seguridad a los obispos de Alejandría y de Roma.

Las disputas religiosas del Oriente consistían por lo general en diversidad de opiniones respecto de la naturaleza y atributos de Dios; versaban en el Occidente sobre las relaciones y la vida del hombre. Esta particularidad se ha manifestado de un modo notable en las transformaciones que el cristianismo ha sufrido en Asia y Europa respectivamente. Por esta causa, en el tiempo a que hacemos referencia, todas las provincias orientales del imperio romano mostraban una completa anarquía intelectual; hubo violentas querellas sobre la Trinidad, la esencia de Dios, la posición del Hijo, la naturaleza del Espíritu Santo y las influencias de la Virgen María. Los triunfantes clamores, ora de una secta, ora de otra, se confirmaban con milagros a veces, y a veces con efusión de sangre. Jamás se pensó en destruir las opiniones rivales por un examen lógico; todos los partidos convenían, sin embargo, en que la impostura de la antigua y clásica forma de la fe pagana se había demostrado por la facilidad con

que se derrumbó. Los triunfantes eclesiásticos proclamaban que las imágenes de los dioses no habían sido capaces de defenderse cuando llegó la hora de prueba.

Las ideas politeístas han sido siempre simpáticas a las razas meridionales de Europa; las monoteístas, a las semíticas. Tal vez, como indica un autor moderno, es esto debido a que una panorama de valles y montañas, de islas, ríos y golfos, predispone al hombre a creer en una multitud de divinidades. Un vasto desierto de arena, el Océano ilimitado, llevan consigo la idea de un solo Dios.

Razones políticas habían hecho que los emperadores mirasen con benevolencia la mezcla del cristianismo y el paganismo, y sin duda por este medio se abatió algún tanto la rivalidad entre los dos antagonistas. El cielo del popular, del elegante cristianismo, era el antiguo Olimpo, despojado de las venerables divinidades griegas. En él, sobre un gran trono blanco, se sentaban Dios Padre, a su derecha el Hijo y luego la bendita Virgen, envuelta en vestiduras de oro y «cubierta con varios adornos femeniles»; a la izquierda se sentaba el Dios Espíritu Santo. Rodeando estos tronos había legiones de ángeles con arpas. El vasto espacio que se extiende detrás estaba cubierto de mesas en las que los espíritus de los bienaventurados gozaban de un banquete eterno.

Si las personas iliteratas, satisfechas con la descripción de esta felicidad, jamás se preocupaban por saber cómo se habían llevado a cabo los detalles de semejante cielo, ni trataban de averiguar qué placer puede obtenerse en la languidez de esta eternidad inmutable, de esta perpetua escena, no ocurría lo mismo a las personas inteligentes. Como veremos pronto, algunos elevados eclesiásticos rechazaron con horror estas concepciones carnales y groseras, alzando sus voces de protesta en vindicación de los atributos del Omnipotente, del Dios Todopoderoso.

Iba teniendo lugar en todas direcciones la paganización de la religión y vino a ser de gran interés para los obispos amoldarse a las ideas que de tiempo inmemorial prevalecían en la comunidad a su cargo. Los egipcios habían impuesto a la Iglesia sus

opiniones particulares sobre la Trinidad, y en esta época se hallaban resueltos a resucitar el culto de Isis bajo otra forma, la adoración de la Virgen María.

Sucedió, pues, que Nestorio, obispo de Antioquía, que participaba de las ideas de Teodoro de Mopsuesta, fue llamado por el emperador Teodosio el Joven, para ocupar el episcopado de Constantinopla (427). Nestorio rechazaba el bajo antropomorfismo vulgar, considerándolo blasfemo, y se representaba en cambio una divinidad temible, eterna, que llena el universo y sin ninguno de los aspectos o atributos del hombre. Nestorio estaba profundamente imbuido en las doctrinas de Aristóteles e intentó coordinarlas con los que consideraba dogmas ortodoxos cristianos. Entre él y Cirilo, obispo o patriarca de Alejandría, se levantó con tal motivo una querella. Cirilo representaba el partido pagano del cristianismo, y Nestorio el partido filosófico de la Iglesia; este Cirilo era el asesino de Hipatia y estaba decidido a que se estableciese el culto de la Virgen María como madre de Dios; Nestorio a su vez estaba decidido a combatirlo. En un sermón predicado en la iglesia metropolitana de Constantinopla, vindicó los atributos del Dios eterno Todopoderoso. «¿Y puede este Dios tener una madre?» exclamó. En otros escritos y sermones estableció con más precisión sus ideas: la Virgen debía considerarse, no como madre de Dios, sino como madre de la parte humana de Cristo, siendo esta parte tan distinta esencialmente de la divina, como puede serlo un templo de la deidad que contiene.

Instigados los monjes de Constantinopla por los de Alejandría, tomaron las armas en defensa de «la Madre de Dios». La querella subió a tal punto, que el Emperador se vio obligado a convocar un concilio, que se reunió en Éfeso. Mientras tanto, había Cirilo sobornado por algunas libras de oro al jefe de los eunucos de la corte imperial, alcanzando por tal medio la influencia de la hermana del Emperador. «La santa virgen de la corte del cielo halló así un aliado de su propio sexo en la santa virgen de la corte del Emperador.» Cirilo acudió prestamente al concilio, acompañado por una turba de hombres y mujeres de la clase más baja de la sociedad. Se apoderó en seguida de la presiden-

cia, y en medio del tumulto leyó el edicto del Emperador antes de que pudieran llegar los obispos de Siria; un solo día bastó para completar su triunfo; todos los ofrecimientos de Nestorio para procurar un arreglo fueron desechados; no se leyeron sus explicaciones y fue condenado sin oírsele. Los sacerdotes de Siria celebraron a su llegada una reunión para protestar; un motín muy sangriento que se verificó en la catedral de San Juan fue la consecuencia. Nestorio, abandonado por la corte y desterrado a un oasis de Egipto, fue atormentado por sus perseguidores con cuantos medios tuvieron a mano durante toda su vida; a su muerte vociferaron que «¡su lengua blasfema había sido comida de gusanos y que de los ardores de un desierto egipcio había escapado para caer en los mayores tormentos del infierno!»

La caída y castigo de Nestorio no habían destruido sin embargo sus opiniones; él y sus partidarios insistían en la recta deducción del último versículo del primer capítulo de San Mateo y del quincuagesimoquinto y sexto del decimotercero del mismo Evangelio, y no podían venir a reconocer la perpetua virginidad de la nueva reina del cielo. Sus tendencias filosóficas se manifestaron pronto por sus acciones. Mientras su jefe estaba atormentado en el oasis africano, muchos discípulos emigraron al Éufrates y establecieron la Iglesia caldea; bajo sus auspicios, se fundó el colegio de Edessa; del de Nisibe salieron aquellos doctores que extendieron las doctrinas de Nestorio por la Siria, la Arabia, la India, la Tartaria, la China y el Egipto. Los nestorianos adoptaban por supuesto la filosofía de Aristóteles y tradujeron las obras de este gran escritor al siriaco y al persa; hicieron también traducciones semejantes de obras posteriores, como las de Plinio. En unión con los judíos, fundaron el Colegio de Medicina de Djondesabour; a tal extremo diseminaron sus misioneros en el Asia la forma nestoriana del cristianismo, que sus adoradores llegaron a sobrepujar a todos los cristianos europeos de las Iglesias romana y griega reunidas; debe notarse particularmente que tenían un obispo en Arabia.

Las disensiones entre Constantinopla y Alejandría habían llenado, pues, de sectarios toda el Asia occidental; feroces en sus

contiendas, alimentaban muchos de ellos un odio terrible contra el poder imperial por las persecuciones que les había impuesto. Una revolución religiosa que afectó al mundo entero, y cuyas consecuencias experimentamos todavía, fue el resultado.

Obtendremos una idea clara de este gran suceso, si consideramos separadamente los dos actos en que puede descomponerse: 1º La caída temporal de la cristiandad asiática, ocasionada por los persas. 2º La reforma decisiva y final bajo los árabes.

1. Sucedió en el año 590, que por una de esas revoluciones tan frecuentes en las cortes orientales, Cosroes, heredero por la ley del trono de Persia, se vio obligado a refugiarse en el imperio bizantino y a implorar la ayuda del emperador Mauricio; fuele esta concedida alegremente, y una breve y feliz campaña colocó a Cosroes en el trono de sus mayores.

Pero la gloria de esta generosa campaña no preservó al mismo Mauricio. Un motín estalló en el ejército romano capitaneado por el centurión Focas; las estatuas del Emperador fueron derribadas y el patriarca de Constantinopla declaró haberse penetrado de la ortodoxia de Focas y lo consagró emperador. El infortunado Mauricio fue arrancado del santuario en que había buscado asilo, y sus cinco hijos fueron decapitados a su vista, sufriendo él a poco la misma suerte. La Emperatriz fue sacada con engaño de la Iglesia de Santa Sofía, sometida al tormento y decapitada con sus tres jóvenes hijas. Los adeptos de la familia asesinada fueron perseguidos con ferocidad; arrancaron a unos los ojos, a otros la lengua, cortaron a estos los pies y las manos, apalearon a esos otros hasta morir, y algunos fueron quemados.

Cuando llegaron a Roma estas noticias, recibiólas el papa Gregorio con regocijo y rogó para que la mano de Focas fuera fortalecida contra todos sus enemigos; como recompensa de este servicio, fue agraciado con el título de Obispo Universal. Es indudable que las causas que hicieron obrar de esta suerte a Gregorio y al patriarca de Constantinopla eran que Mauricio estaba tachado de tendencias hacia el magismo, al que había sido inducido por los persas; el populacho de Constantinopla, al perseguirlo por las calles, le había calificado de marcionita, secta

que creía en la doctrina maga de los dos principios opuestos.

Con sentimientos bien distintos oyó Cosroes la muerte de su amigo. Focas le había enviado las cabezas de Mauricio y de sus hijos; el rey persa apartó con horror la vista de este terrible espectáculo y se alistó con presteza para vengar por la guerra las injurias causadas a su bienhechor.

El exarca de África, Heraclio, uno de los primeros oficiales del Estado, recibió también con indignación las horribles noticias y no quiso sufrir que la púrpura imperial fuese usurpada por un oscuro centurión de aspecto repugnante. «Era Focas pequeño, deforme, barbilampiño; tenía las cejas espesas y unidas por la frente; el pelo rojo y las mejillas desfiguradas y descoloridas por una formidable cicatriz; ignorante en las letras, en las leyes y aún en las armas, sus cualidades consistían en la lujuria y la embriaguez.» Al principio, Heraclio le rehusó obediencia y tributo; luego, obligado por la edad y los achaques, confió a su hijo, que se llamaba como él, la peligrosa empresa de la defensa. Un próspero viaje desde Cartago colocó pronto al joven Heraclio enfrente de Constantinopla. El clero inconstante, el Senado y el pueblo de la ciudad se le unieron, y el usurpador fue preso en su palacio y decapitado.

Pero la revolución que había tenido lugar en Constantinopla no detuvo los movimientos del rey persa; sus sacerdotes magos le habían anunciado que obrase independientemente de los griegos, cuya superstición declaraban que se apartaba de toda verdad y de toda justicia. Cosroes, por lo tanto, cruzó el Éufrates; su ejército fue acogido con alegría por los sectarios de la Siria y en todas partes estallaron insurrecciones en su favor. Rindiéronse sucesivamente Antioquía, Cesárea y Damasco; Jerusalem fue tomada por asalto; el sepulcro de Cristo, las iglesias de Constantino y Elena fueron entregadas a las llamas; la cruz del Salvador fue llevada como trofeo a la Persia; las iglesias fueron despojadas de sus riquezas; y las sagradas reliquias, reunidas por la superstición, fueron dispersadas. Siguió a esto la invasión del Egipto, su conquista y su anexión al imperio persa; el patriarca de Alejandría se salvó, fugándose a Chipre; la costa africana hasta Trípoli quedó dominada. Al Norte, el Asia menor fue

sometida, y durante diez años las fuerzas persas acamparon en las orillas del Bósforo, frente a Constantinopla.

Heraclio, en su extremidad, solicitó la paz. «Nunca concederé la paz al Emperador de Roma», replicó el altivo persa, «hasta que haya abjurado de su Dios crucificado y abrazado el culto del Sol.» Tras largo tiempo se obtuvieron, sin embargo, condiciones de paz, y le imperio romano pudo rescatarse al precio «de mil talentos de oro, mil talentos de plata, mil trajes de seda, mil caballos y mil vírgenes.»

Pero Heraclio accedió únicamente por un momento. Halló medios, no sólo de restablecer sus asuntos, sino de tomar la ofensiva contra el imperio persa, y las operaciones que llevó a cabo para obtener este resultado fueron dignas de los mejores tiempos de Roma.

Aunque el imperio romano recobró por este medio su nombre militar, volviendo a ganar su territorio, sin embargo, había perdido algo irremisiblemente. La fe religiosa nunca pudo restaurarse. A la faz del universo había el magismo insultado al cristianismo, profanando sus lugares más sagrados, Bethlehem, Gethsemaní, el Calvario; quemando el sepulcro de Cristo, saqueando y destruyendo las iglesias, arrojando al viento preciadadas reliquias y llevándose entre burlas y risas el Santo Madero.

Los milagros habían abundado otras veces en la Siria, el Egipto y el Asia Menor, y no había iglesia que no tuviese un largo catálogo de ellos. Muy a menudo se verificaban en ocasiones sin importancia y en casos insignificantes; pero en los momentos supremos, cuando su ayuda se necesitaba con más urgencia, ni uno solo se obraba siquiera.

Asombráronse los pueblos cristianos del Oriente cuando vieron que los sacrílegos que cometían los persas eran seguidos de la más completa impunidad. Ni se deshicieron los cielos, ni abrió la tierra sus abismos, ni brilló en el firmamento la espada del Todopoderoso, ni se repitió la suerte de Senacherib. En la tierra de los milagros, al asombro siguió la consternación y la consternación degeneró en la duda.

2. Terrible fue sin duda la conquista persa, y sin embargo hay

que considerarla sólo como del preludio del gran acontecimiento, cuya historia tenemos que narrar ahora: la revolución del Mediodía contra el cristianismo. Sus consecuencias fueron la pérdida de los nueve décimos de sus posesiones geográficas: el Asia, el África y parte de la Europa.

En el verano del año 581 de la era cristiana llegó a Bozrah, ciudad situada en los confines de la Siria, al Sur de Damasco, una caravana de camellos. Venía de la Meca y estaba cargada con los ricos productos de la Arabia Meridional o Arabia Feliz. El conductor de la caravana, un tal Abu Taleb y su sobrino, muchacho de doce años, fueron recibidos hospitalaria y generosamente en el convento nestoriano de la ciudad.

Pronto supieron los monjes del convento que su joven huésped, Halibí o Mohamed, era sobrino del guardián de la Caaba o templo sagrado de los árabes. Uno de ellos, llamado Bahira, no omitió trabajo alguno para obtener su conversión de la idolatría en que se encontraba; halló en el muchacho, no sólo inteligencia precoz, sino un ávido deseo de aprender, especialmente sobre asuntos religiosos.

En el país de Mohamed, en la Meca, era el principal objeto de adoración una piedra negra meteórica colocada en la Caaba, con otros trescientos sesenta ídolos subordinados que, según entonces se creía, representaban los días del año.

En este tiempo, como hemos visto, la Iglesia cristiana, por la ambición y maldad de su clero, había caído en un estado de anarquía; se habían celebrado varios concilios con distintos pretextos y cuyos móviles reales estaban ocultos. Demasiado a menudo hubo escenas violentas, sobornos y corrupción. En el Occidente eran tales las intrigas que para conseguir las riquezas, el lujo y el poder presentaban los episcopados, que la elección de un obispo era frecuentemente motivo de terribles asesinatos. En el Oriente, a consecuencia de la política de Constantinopla, se hallaba la Iglesia desgarrada por los cismas y las disputas. Entre la muchedumbre de combatientes, pueden mencionarse los arrianos, los basilidianos, los carpocratistas, los coliridianos, los eutiquianos, los gnósticos, los jacobitas, los marcionitas, los

marionitas, los nestorianos, los sabelinos, los valentinianos... De éstos, los marionitas consideraban la trinidad como compuesta de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Virgen María; los coliridianos adoraban a la Virgen como una divinidad y le ofrecían pasteles por sacrificio; los nestorianos, según hemos visto, negaban que Dios hubiese tenido «una madre» y se enorgullecían de ser los herederos, los poseedores de la ciencia de la antigua Grecia.

Pero, aunque irreconciliables en materias de fe, convenían todas estas sectas en un punto: en odiarse y perseguirse ferozmente unas a otras. La Arabia, tierra libre no conquistada, que se extiende del Océano Índico al Desierto de Siria, dio a todas ellas refugio, según les era próspera o adversa la fortuna; así había sucedido desde tiempos antiguos. Allí se habían reunido un gran número de judíos, escapados de Palestina después de la conquista romana; allí se retiró San Pablo inmediatamente después de su conversión, según dijo a los Galatas. Los desiertos se hallaban sembrados de anacoretas cristianos, que habían hecho muchos prosélitos entre las principales tribus arábigas y edificado iglesias en todo el territorio. Los príncipes cristianos de Abisinia, que eran nestorianos, dominaban el Yemen, provincia meridional de la Arabia.

El monje Bahira del convento de Bozrah, enseñó a Mahoma los dogmas de los nestorianos, y en su compañía aprendió el joven árabe la historia de sus persecuciones. Estas revelaciones engendraron en él un odio grande hacia las prácticas idólatras de la Iglesia oriental y aún hacia toda la idolatría; por cuya razón, en su maravillosa carrera nunca hablaba de Jesús como del Hijo de Dios, sino siempre como de «Jesús, el hijo de María.» Su alma inculta, pero activa, no dejó de impresionarse profundamente, no sólo por las ideas religiosas de sus preceptores, sino también por las filosóficas, pues éstos se jactaban de ser los representantes vivos de la ciencia aristotélica.

Su carrera posterior demuestra cuan por completo se habían posesionado de él sus pensamientos religiosos, y repetidas acciones manifiestan la adhesión que les tenía. Su propia vida fue consagrada a la propagación y difusión de sus doctrinas teológicas; una vez eficazmente establecida, sus sucesores extendieron

y adoptaron enérgicamente sus opiniones científicas, que eran aristotélicas.

Siendo Mahoma ya hombre, hizo otras expediciones a Siria, y podemos tal vez suponer que ni el convento ni sus hospitalarios habitantes fueron olvidados; tenía una reverencia misteriosa por aquel país. Una rica viuda de la Meca, Cadiya, que le había encomendado el manejo de su comercio con la Siria, prendóse de su capacidad y honradez, tanto como de su persona: pues era Mahoma de singular hermosura varonil y de maneras agradables y distinguidas. El corazón de las mujeres es el mismo en todas edades y en todos países: por mediación de una esclava hizo saber a Mahoma lo que pasaba en su corazón, y durante los veinticuatro años que vivió después de este suceso, fue Mahoma su marido fiel. En un país en que existía la poligamia, nunca la ofendió con la presencia de una rival. Muchos años más tarde, en el cúmulo de su poder, le decía Aiscia, una de las más hermosas mujeres de la Arabia: «¿No era vieja? ¿No os dio Dios en mí una esposa mejor?» «No por Dios», exclamó Mahoma, con un arranque de noble gratitud: «Nunca hubo otra mejor. Ella me creyó cuando los hombres ne despreciaban, y vino a mí cuando estaba pobre y perseguido por el mundo.»

Su casamiento con Cadiya le colocaba en una posición desahogada y le permitía dedicarse a sus meditaciones religiosas, por las que tanta inclinación sentía. Sucedió que su primo Waraca, que era judío, se convirtió al cristianismo, siendo el primero que tradujo la Biblia al árabe; las conversaciones que con él tuvo aferraron más a Mahoma en su odio a la idolatría.

Siguiendo el ejemplo de los anacoretas cristianos refugiados en sus ermitas del desierto, se retiró Mahoma a una gruta del monte Hera, a pocas millas de la Meca, entregándose a la meditación y al rezo. En esta reclusión, contemplando los impotentes atributos del Dios Eterno y Omnipotente, interrogó a su conciencia para saber si debía adoptar los dogmas sustentados por la cristiandad asiática respecto a la Trinidad, a la filiación de Jesús como engendrado por el Altísimo y al carácter de María, a un tiempo virgen, madre y reina del cielo, sin incurrir en pecado y peligro de blasfemia.

De su meditación solitaria en la cueva, dedujo Mahoma que, a través de la nube de dogmas y contiendas que le rodeaba, se percibía una gran verdad: la unidad de Dios. Apoyado en el tronco de una palmera, desarrolló sus ideas sobre este asunto ante sus vecinos y amigos, y les anunció que dedicaría su vida a la predicación de esta verdad. Una y otra vez en sus sermones del Corán declara: «No soy más que un predicador público... predico con la unidad de Dios.» Tal era el concepto que él mismo tenía de su pretendido apostolado; desde esta fecha, hasta el día de su muerte, llevó en el dedo un anillo de sello, en el que estaba grabado: «Mahoma, enviado de Dios.»

Es bien sabido entre los médicos que el ayuno prolongado y la ansiedad mental producen inevitablemente alucinaciones. Tal vez no ha habido jamás un sistema religioso que no haya sido introducido por hombres que pretendían obedecer a tentaciones y mandatos sobrenaturales. Voces misteriosas animaban al predicador árabe a persistir en su determinación; sombras de formas extrañas pasaban ante él; oía en el aire como el sonido de una campana distante. En un sueño nocturno, fue transportado por Gabriel, de la Meca a Jerusalén, y de aquí sucesivamente a través de los seis cielos; en el séptimo, no se atrevió a entrar el ángel, y Mahoma, solo, penetró en la medrosa nube que rodea al Altísimo: «Un temblor se apoderó de su corazón, cuando sintió sobre su hombro la fría mano de Dios.»

Su misión pública encontró al principio mucha resistencia y éxito poco satisfactorio, expulsado de la Meca por los mantenedores de la idolatría existente, se refugió en Medina, ciudad en que residían muchos judíos y nestorianos; estos últimos se hicieron en seguida prosélitos suyos. Se había visto ya obligado a enviar a su hija y otros discípulos al rey de Abisinia, que era cristiano nestoriano; al cabo de seis años, sólo había hecho mil y quinientos conversos; pero en tres pequeñas escaramuzas, conocidas más tarde con los pomposos nombres de batallas de Beder, de Ohud y de las Naciones, descubrió Mahoma que su argumento más convincente era la espada. Después decía con elocuencia oriental: «El Paraíso se hallará a la sombra de las espadas cruzadas.» Por una serie de operaciones militares há-

bilmente dirigidas, fueron derrotados sus enemigos por completo; la idolatría arábiga, exterminada en absoluto, y la doctrina que él proclamaba de que «no hay más que un solo Dios», universalmente adoptada por sus paisanos, que reconocieron su apostolado.

Pasemos de largo sobre su tempestuosa vida, y escuchemos lo que dice cuando, en el pináculo del poder y de la gloria terrenal, sentía aproximarse su fin.

Firme en su creencia de la unidad de Dios, partió de Medina en su última peregrinación a la Meca, a la cabeza de ciento catorce mil devotos, con camellos adornados con guirnaldas de flores y banderolas. Cuando llegaba cerca de la ciudad santa, pronunció la siguiente invocación: «Aquí estoy para servirte ¡oh Dios! ¡Único eres! ¡A ti solo corresponde la adoración!

¡Tuyo solo es el reino! ¡No hay ninguno que contigo lo divida!»

Con su propia mano ofreció los camellos en sacrificio; consideraba esta institución primitiva tan sagrada como la oración y no creía que pudieran alegarse razones en favor de la una que no correspondiesen también a la otra.

Desde el púlpito de la Caaba volvió a exclamar: «¡Oh oyentes míos, yo no soy un hombre como vosotros!» Y estos recordaron que una vez había dicho a un hombre que se le aproximaba con timidez: «¿Qué temes? No soy rey; no soy sino el hijo de una mujer árabe que comía carne curada al sol.»

Volvió a Medina, donde murió. Al despedirse de su congregación, dijo: «Todo se cumple por la voluntad de Dios y en el tiempo que él ha señalado, sin que sea dado al hombre atrasar ni adelantar los sucesos; vuelvo a quien me ha enviado, y lo último que os mando es que os améis y os favorezcáis unos a otros, que os exhortéis unos a otros en la fe y constancia en vuestras creencias y en la piedad. Mi vida ha sido para vuestro bien y lo mismo será mi muerte.»

En su agonía, apoyó su cabeza sobre las rodillas de Aiscia; mojaba de cuando en cuando su mano en un vaso de agua y se humedecía la cara; al fin expiró, y mirando fijamente hacia arri-

ba, dijo con acento entrecortado: «¡Oh Dios, perdona mis pecados, amén: a ti voy!»

¿Podemos hablar irrespetuosamente de este hombre? Sus preceptos son hoy mismo la guía religiosa de la tercera parte de la raza humana.

Mahoma, que se había apartado del antiguo culto idólatra de su país, desterró también los dogmas que le habían imbuido sus preceptores nestorianos, incompatibles con la razón y la conciencia. Y si bien en las primeras páginas del Corán declara que cree en lo que fue revelado a Moisés y a Jesús y guarda a estos gran consideración, su veneración por el Todopoderoso se manifiesta perpetuamente. Le horroriza la doctrina de la divinidad de Jesús, la del culto de María como madre de Dios, la de la adoración de imágenes y pinturas, que considera como baja idolatría. Rechaza en absoluto la Trinidad, que a su juicio no es posible comprender sino como tres distintos dioses.

Su idea primera y dominante fue simplemente reformar la religión, destruir la idolatría árabe y poner un límite al salvaje sectarismo de la cristiandad. Que se propuso crear una nueva religión, fue una calumnia que le levantaron en Constantinopla, donde se le miraba con un odio semejante al que se tuvo más tarde en Roma contra Lutero.

Pero aunque rechazaba con indignación cualquier cosa que tendiese a alterar la doctrina de la unidad de Dios, no pudo liberarse de concepciones antropomórficas. El Dios del Corán es casi humano, corporal y espiritualmente, si estas expresiones pueden usarse con propiedad. Muy pronto, sin embargo, los secuaces de Mahoma se apartaron de estas bajas ideas y se elevaron a otras más nobles.

La opinión que hemos presentado del carácter primitivo del mahometismo ha sido adoptada hace tiempo por autoridades competentes. El Sr. Guillermo Jones, conforme con Locke, considera que el punto principal de divergencia entre el mahometismo y el cristianismo consiste en «negar vehementemente el carácter de nuestro Salvador como Hijo y su igualdad como Dios con el Padre, de cuya unidad y atributos tienen los mahometa-

nos las más importantes ideas.» Esta opinión ha sido ampliamente sostenida en Italia. El Dante consideraba a Mahoma sólo como el autor de un cisma, y veía en el islamismo una simple secta arriana. En Inglaterra, Whately lo considera como una corrupción del cristianismo. Creció como una rama del nestorianismo, y sólo después de derribar a la cristiandad griega en varias batallas y de empezar a extenderse rápidamente en Asia y África, fue cuando, embriagado con su carrera maravillosa, abandonó sus limitados intentos primitivos y se estableció como una revelación separada y distinta.

Mahoma consagró toda su vida a la conversión o conquista de su propio país. Hacia el fin de ella, sin embargo, se encontró bastante fuerte para intentar la invasión de la Siria y de la Persia, no había tomado disposiciones para perpetuar su propio imperio, y de aquí que ocurriesen luchas cuando llegó el momento de nombrarle sucesor. Al cabo Abu Bekr, padre de Aiscia, fue elegido proclamado primer califa o sucesor del Profeta.

Hay una diferencia muy importante entre el desarrollo del mahometismo y el del cristianismo; el último nunca fue bastante fuerte para extirpar la idolatría en el imperio romano y sólo progresaba por su unión y amalgama con ésta, cuyas antiguas formas fueron vivificadas por el nuevo espíritu de aquél: la pa-ganización a que nos hemos referido fue su resultado.

Pero en la Arabia, Mahoma extirpó y aniquiló en absoluto la antigua idolatría, y ni resto de ella se encuentra en las doctrinas predicadas por él y sus sucesores. La piedra negra que había caído del cielo, el meteorito de la Caaba y los ídolos que lo rodeaban desaparecieron por completo de la vista. El dogma esencial de la nueva fe: «No hay más que un Dios», se extendió sin adulterarse. El éxito militar, en sentido mundano, había aprovechado a la religión del Corán, y en estos casos nada importan los dogmas, pues siempre hay millares de conversos.

En cuanto a las doctrinas populares del mahometismo, nada tendré que decir, el lector a quien pueda interesar el asunto, hallará una relación de ellas en el examen del Corán que presento en el capítulo XI de mi Historia del desarrollo intelectual

de Europa. Basta ahora hacer notar que su cielo estaba formado de siete pisos y era sólo un palacio oriental de delicias carnales, poblado de esclavas y concubinas de negros ojos; la forma de Dios era tal vez más grandiosa que la paganizada de los cristianos; pero no puede borrarse el antropomorfismo de las ideas de los ignorantes. Su concepto superior de Dios nunca será más que la sombra gigantesca de un hombre, un vasto fantasma de humanidad, análogo a uno de esos espectros alpinos que en medio de las nubes suelen verse por los que vuelven sus espaldas al sol.

Apenas había Abu Bekr tomado posesión del califato cuando publicó la proclama siguiente:

«¡En nombre de Dios misericordioso! Abu Bekr a los verdaderos creyentes, salud y felicidad: sean sobre vosotros las gracias y bendiciones de Dios. Sea alabado el Altísimo. Lo invoco por su profeta Mahoma.

»Esta es para informaros de que intento enviar a Siria a los verdaderos creyentes para arrancarla de mano de los infieles, y quiero haceros saber que combatir por la religión es un acto de obediencia a Dios.»

En el primer encuentro Khaled, general sarraceno, viéndose acosado por el enemigo, alzó las manos al cielo en medio del ejército exclamando: «¡Oh Dios! esta vil canalla ora como los idólatras y tienen otro Dios además de ti; pero nosotros reconocemos la unidad y afirmamos que no hay más Dios que tú. Ayúdanos contra estos idólatras: te lo suplicamos por tu profeta Mahoma.» Por parte de los sarracenos se llevó a cabo la conquista de la Siria con piedad feroz. La creencia de los cristianos sirios producía en sus enemigos sentimientos de horror e indignación. «Hendiré el cráneo a cualquier idólatra blasfemo que diga que el Santísimo, el Eterno, el Dios Todopoderoso ha engendrado un hijo.» El califa Omar, que tomó a Jerusalén, empezaba así una carta dirigida al emperador romano Heraclio: «¡En el nombre de Dios misericordioso! Alabanza a Dios, Señor de este mundo y del otro, que jamás tuvo ni esposa ni hijo.» Los sarracenos se burlaban de los cristianos llamándoles «asociado-

res» porque hacían a María y a Jesús socios del Dios Santísimo y Todopoderoso.

No era el intento del califa mandar su ejército; este cargo, que en realidad ejerció Khaled, fue entregado nominalmente a Abu-Obeidah. En una revista de marcha, recomendó el califa a las tropas la justicia, la caridad y la fidelidad a sus compromisos, les mandó abstenerse de conversaciones frívolas y del vino y observar rigurosamente las horas de oración; ser bondadosos para con los pueblos por donde pasasen, pero tratar sin piedad a sus sacerdotes.

Al Este del Jordán está Bozrah, plaza fuerte, donde había recibido Mahoma su primera instrucción de los cristianos nestorianos; era una de las fortalezas romanas de que estaba cubierto el país, y ante ella acampó el ejército sarraceno. La guarnición era fuerte y los baluartes estaban cuajados de cruces y banderas sagradas; hubiera podido hacer una prolongada resistencia si su gobernador Romano, faltando a sus juramentos, no hubiese abierto secretamente las puertas a los sitiadores. Su conducta muestra a qué deplorable condición había descendido la población de la Siria. En una arenga que después de la rendición dirigió al pueblo que traidoramente había vendido dijo: «Renuncio a vuestra compañía en este mundo y en el venidero. Niego a aquel que fue crucificado y a quien quiera que lo adore, y escojo a Dios por Señor y al islamismo por fe, a la Meca por templo, a los musulmanes por hermanos y a Mahoma por profeta, que nos fue enviado para traernos al buen camino y exaltar la verdadera religión a despecho de aquellos que dan compañeros a Dios.» Desde la invasión persa, el Asia Menor, la Siria y aún la Palestina estaban llenas de traidores y apóstatas dispuestos a unirse a los sarracenos. Romano era tan sólo uno de los muchos que habían perdido sus creencias a causa de las victorias de los persas.

Setenta millas al Norte de Bozrah se encuentra Damasco, capital de la Siria, y allí se dirigió sin dilación el ejército sarraceno. Se intimó inmediatamente a la ciudad que eligiese entre la conversión y el tributo, o el cuchillo. El emperador Heraclio se hallaba en su palacio de Antioquía ciento cincuenta millas más al

Norte, cuando recibió las alarmantes noticias del progreso de los invasores; dispuso al momento un ejército de setenta mil hombres, y los sarracenos se vieron obligados a levantar el sitio; una batalla tuvo lugar en las llanuras de Aznadin y el ejército romano fue batido y dispersado. Khaled apareció de nuevo ante Damasco, con su estandarte del Águila Negra, y después de un nuevo asedio de setenta días se rindió la plaza.

Según los historiadores árabes que hablan de estos sucesos, podemos colegir que los ejércitos sarracenos eran poco más que una turba de fanáticos, y que muchos de sus soldados combatían desnudos; era muy común que un guerrero se adelantase al frente de las tropas y retase a otro enemigo a duelo mortal; más aún, hasta las mujeres tomaban parte en los combates. Narraciones pintorescas han llegado hasta nosotros, describiendo el valor con que se conducían.

Avanzó el ejército sarraceno desde Damasco hacia el Norte, guiado por los nevados picos del Líbano y del hermoso río Oronte, apoderándose al paso de Baalbec, capital del valle de la Siria, y de Emesa, la principal ciudad de la llanura oriental. Para resistir sus progresos, reunió Heraclio un ejército de ciento cuarenta mil hombres. Libróse la batalla en Yermuck; el ala derecha de los sarracenos fue rota; pero exhortados los soldados por sus fanáticas mujeres volvieron a la lucha, terminando la contienda con la completa derrota del ejército romano. Hubo cuarenta mil prisioneros y un gran número de muertos; todo el país quedó entonces abierto a los vencedores, pero como habían avanzado por el Este del Jordán, les fue forzoso asegurar las importantes ciudades de Palestina que estaban a su retaguardia, antes de intentar nada contra el Asia Menor. Hubo distintas opiniones entre los generales sobre si debía atacarse primero a Cesárea o a Jerusalem; el asunto fue sometido al califa, que prefirió acertadamente la ventaja moral de la toma de Jerusalem a la militar de la de Cesárea, y ordenó que se entrara a toda costa en la Ciudad Santa. Se estableció por lo tanto un estrecho asedio; los habitantes, recordando las atrocidades cometidas por los persas y las indignidades hechas al sepulcro del Salvador, se prepararon para una defensa vigorosa. Pero después de un ataque de

cuatro meses, apareció el patriarca Sofronio sobre las murallas solicitando parlamento. Debido a una mala inteligencia entre los generales cuando la toma de Damasco, habían sido asesinados los habitantes fugitivos, por lo cual Sofronio exigió que la entrega de Jerusalem se verificase en presencia del mismo califa; vino éste, pues, de Medina con tal objeto. Hizo el viaje en un camello rojo, llevando un saco de trigo y otro de dátiles, un plato de madera y un odre de agua; el conquistador árabe entró en la ciudad santa cabalgando al lado del patriarca cristiano, y la transferencia de la capital de la cristiandad al representante del mahometismo se efectuó sin ultrajes ni tumulto. Después de haber ordenado que se edificase una mezquita en el sitio del templo de Salomón, volvióse el califa a Medina junto a la tumba del profeta.

Conoció claramente Heraclio que los desastres que con tanta rapidez abrumaban a la cristiandad eran debidos a las disensiones de sus mismas sectas; así que al mismo tiempo que pugnaba por defender el imperio con las armas, trataba con gran interés de dirimir las diferencias de los sectarios. Con tal objeto intentó hacer aceptar la doctrina monotelita de la naturaleza de Cristo, pero era demasiado tarde; Alepo y Antioquía se habían entregado ya y nada podía impedir la irrupción de los sarracenos en el Asia Menor; el mismo Heraclio tuvo que buscar su salvación en la fuga. La Siria, que había sido agregada a las provincias del imperio romano por Pompeyo, el rival de César, setecientos años antes: la Siria, cuna de la cristiandad, escena de sus más caros y preciosos recuerdos y de donde el mismo Heraclio había en un tiempo rechazado a los intrusos persas, estaba irremisiblemente perdida; los apóstatas y los traidores habían consumado este desastre. Se cuenta que al alejarse de la costa para dirigirse a Constantinopla, exclamó amargamente Heraclio divisando las lejanas montañas: «¡Adiós, Siria, para siempre adiós!»

Es inútil presentar más detalles sobre la conquista de los sarracenos; cómo fueron vendidas a Trípoli y Tiro y tomada Cesárea; cómo con los cedros del Líbano y los marineros de Fenicia armaron los sarracenos una flota que obligó a la escuadra romana a

refugiarse en el Helesponto; cómo Chipre, las Cícladas y Rodas fueron taladas, y como el Coloso, una de las maravillas del mundo, fue vendido a un Judío que cargó novecientos camellos con el bronce que contenía; cómo los ejércitos del califa avanzaron hacia el mar Negro y acamparon a la vista de Constantinopla. Nada de esto es comparable a la caída de Jerusalem.

¡La caída de Jerusalem! ¡la pérdida de la metrópoli de la cristiandad! Según las ideas de aquel tiempo, las dos formas de fe antagonistas se habían sometido a las ordalías del juicio de Dios; la Victoria adjudicó el premio de la batalla, Jerusalem, a los mahometanos; y a pesar del éxito de transitorio de los cruzados, en su poder permanece desde hace más de mil años. Son Dignos de excusa los historiadores bizantinos por el curso que se ven obligados a tomar:

«cuando tratan de esta materia, dejan de hablar por completo del gran asunto de la ruina de la Iglesia de Oriente»; y en cuanto a la Iglesia de Occidente, hasta los envilecidos papas de la Edad Media, de la edad de la Cruzadas, no podían considerar sin indignación el verse obligados a fundar las pretensiones que tenía Roma a ser la metrópoli del cristianismo en la falsa y legendaria historia de la visita de San Pedro a esta ciudad, mientras que la verdadera metrópoli, el lugar grandioso y sagrado del nacimiento, vida y muerte de Cristo, se hallaba en manos de los infieles! No han sido tan sólo los historiadores bizantinos los que han tratado de ocultar esta gran catástrofe; los escritores cristianos de Europa han seguido un sistema semejante cuando han tenido que hablar contra conquistadores de distinta creencia, ora fuese sobre asuntos históricos, ora religiosos, ora científicos; ha sido su práctica constante ocultar lo que no han podido despreciar, o despreciar lo que no han podido ocultar.

No tengo lugar (ni tampoco se acomoda ciertamente con el intento de esta obra) para relatar con tantos detalles como he dado de la toma de Jerusalem otras conquistas de los sarracenos, que tales y tan importantes fueron, que llegaron a formar un imperio mucho mayor en extensión geográfica que el de Alejandro y aún que el de Roma. Pero, deteniéndonos brevemente en este asunto, podemos decir que el magismo recibió

un golpe más terrible aún que el que había sido causado al cristianismo; decidióse la suerte de Persia en la batalla de Cadesia, y en el saqueo de Ctesifonte, el tesoro, las armas reales e infinitos despojos cayeron en poder de los árabes, no sin razón llamaron a la batalla de Nehavend «la victoria de las victorias». Se dirigieron por una parte hacia el Caspio y por otra hacia Persépolis, a lo largo del Tigris. El rey de Persia, con intento de salvar la vida, huyó al gran Desierto salado, abandonando las estatuas y columnas de aquella ciudad, que desde la noche del tumultuoso banquete de Alejandro empezó a caer en ruinas. Una división del ejército árabe obligó al monarca persa a cruzar el Oxo, siendo asesinado por los turcos; su hijo, perseguido hasta la China, se hizo capitán de los guardias del emperador celeste. El territorio que se extiende más allá del Oxo fue sometido, pagando un tributo de dos millones de monedas de oro, y mientras el emperador en Pekín solicitaba la amistad del califa de Medina, el estandarte del Profeta ondeaba en las márgenes del Indo.

Entre los generales que más se habían distinguido en las campañas sirias se contaba Amrú, llamado a ser el conquistador del Egipto, pues no contentos los califas con sus victorias en el Norte y el Este, volvían los ojos al Occidente y se preparaban para anexionarse el África. Como en las ocasiones anteriores, ayudóles la traición de los sectarios. El ejército sarraceno fue acogido como el libertador de la Iglesia Jacobita; los cristianos monofisistas de Egipto, esto es, aquellos que, en el lenguaje del credo de Atanasio, confundían la sustancia del Hijo, proclamaron por boca de su jefe, Mokaukas, que no querían comunión con los griegos ni en este mundo ni en el otro; que abjuraban para siempre del tirano de Bizancio y de su sínodo de Calcedonia. Apresuráronse a pagar tributo al califa, a componer los caminos y los puentes, a suministrar provisiones y a facilitar confidencias al ejército invasor.

Memfis, una de las antiguas capitales de los Faraones, se rindió pronto, y luego fue atacada Alejandría; el mar, abierto ante esa, permitió a Heraclio reforzar su guarnición continuamente. Por su parte Omar, que era entonces califa, envió en socorro del

ejército sitiador a las tropas veteranas de Siria; hubo muchos asaltos y salidas, y en uno de ellos el mismo Amrú fue hecho prisionero por los sitiados, y pudo escapar gracias al ingenio y sangre fría de un esclavo. Después de un sitio de cuatro meses y una pérdida de veintitrés mil hombres, apoderándose los sarracenos de la ciudad; en el despacho que remitió Amrú al califa, enumeraba los esplendores de esta gran capital del Oeste: «sus cuatro mil palacios, sus cuatro mil baños, sus cuatrocientos teatros, sus doce mil tiendas de comestibles y sus cuarenta mil judíos que pagaban tributo.»

Así cayó la segunda gran ciudad de la cristiandad, y cupo a Alejandría la suerte de Jerusalem; la ciudad de Atanasio y de Arrio y de Cirilo; la ciudad que había impuesto sus ideas trinitarias y el culto de María a la Iglesia. Heraclio recibió la fatal nueva en su palacio de Constantinopla, y su pena no tuvo límites; parecía que su reino estaba deshonorado por la caída de la cristiandad, y murió al mes escaso de la pérdida de Alejandría.

Pero si esta ciudad era importante para Constantinopla y le había suministrado su fe ortodoxa, también le era indispensable para el alimento cotidiano. Egipto era el granero de los bizantinos, y por esta razón intentaron por dos veces, con flotas y ejércitos poderosos, recuperar la plaza, y dos veces tuvo Amrú que renovar la conquista. Vio con cuanta facilidad podían verificarse estos ataques estando la plaza descubierta por el lado del mar, y que tan sólo había un medio, y fatal por cierto, para evitarlo. «Por Dios vivo, si esto se repite tercera vez, juro hacer a Alejandría accesible por todos lados como la casa de una meretriz»; lo que puso en práctica desmantelando las fortificaciones y haciéndola plaza insostenible.

No era el intento de los califas limitar al Egipto la conquista, y Otman se deleitaba con la idea de anexionarse toda el África septentrional; su general Abdallah salió de Memfis con cuarenta mil hombres, atravesó el desierto de Barca y sitió a Trípoli; pero habiéndose declarado la peste en su ejército, se vio obligado a retroceder a Egipto.

Ningún otro ataque se intentó en un período de más de veinte

años; encaminóse entonces Acbah del Nilo al Atlántico; y frente a las Canarias, haciendo entrar en el mar su caballo, exclamó: «¡Gran Dios! si mi marcha no fuera detenida por este mar, seguiría hasta los desconocidos reinos del Oeste, predicando la unidad de tu santo nombre y acuchillando las naciones rebeldes que adoran otros dioses que tú.»

Esta expedición sarracena se había llevado a cabo por el interior del país, pues los emperadores bizantinos, que eran dueños del mar, conservaban la posesión de las ciudades de la costa. El califa Abdalmalec resolvió a fin apoderarse de Cartago, que era la más importante de ellas, y desde luego la capital del Norte del África. Su general Hasan la tomó por asalto; pero nuevos refuerzos de Constantinopla, ayudados por algunas tropas godas y sicilianas, le obligaron a retirarse; poco tiempo, sin embargo, gozó de libertad la plaza, pues Hasan renovó su ataque con buen éxito algunos meses después, y entregó la ciudad a las llamas.

Jerusalem, Alejandría, Cartago, tres de las cinco grandes capitales de la cristiandad, se habían perdido. La caída de Constantinopla era sólo cuestión de tiempo, y después de ésta tan sólo quedaba Roma.

En el desarrollo de la cristiandad había desempeñado Cartago un papel importante; había dado a Europa la forma latina de su fe y algunos de sus más grandes teólogos; fue también la cuna de San Agustín.

Jamás en la historia del mundo se ha propagado ninguna religión más rápida y extensamente que el mahometismo; dominaba entonces desde las montañas de Altai al Océano Atlántico, desde el centro del Asia al occidente del África.

Autorizó luego el califa Al-Gualid la invasión de Europa, la conquista de Andalucía o «región de la tarde». Muza, su general, halló, como en otras partes, dos aliados eficaces en los sectarios y los traidores; conducida por el arzobispo de Toledo y el conde D. Julián, general godo, una gran parte del ejército, se pasó a los invasores en los momentos críticos de la batalla de Jerez; vióse el rey de España obligado a huir del campo, ahogándose en el

guadalete al buscar su salvación en la fuga.

Con gran rapidez encaminóse Tarik, lugarteniente de Muza, desde el campo de batalla hacia Toledo, y de allí al Norte. A la llegada de este último era completa la sumisión de la península ibérica, y los restos del ejército godo habían sido arrojados más allá de los Pirineos; considerando que al conquista de España era tan sólo el primer paso de sus victorias, anunció su intento de forzar su marcha hacia Italia y de predicar la unidad de Dios en el Vaticano, de aquí marchar a Constantinopla, y después de destruir el imperio romano y la cristiandad, pasar a Damasco y depositar su alfanje victorioso sobre las gradas del trono del califa.

Pero otro había de ser el curso de los sucesos. Envidioso Muza de su lugarteniente Tarik, observó con él una conducta indigna; hallaron medios de rehabilitarlo los amigos que tenía éste en la corte del califa, y un enviado de Damasco arrestó a Muza en su campamento; fue conducido ante su soberano, quien le hizo azotar públicamente y murió de resultas abrumado por la pena.

Intentaron, sin embargo, los sarracenos, bajo otros jefes, la conquista de Francia; en una campaña preliminar se apoderaron del país que se extiende de la boca del Garona a la del Loira. Entonces su general Abderrahman, dividiendo sus fuerzas en dos columnas, pasó con la del Este el Ródano y puso sitio a Arles. Un ejército cristiano que intentó libertar la plaza, fue derrotado con grandes pérdidas. La columna del Oeste, igualmente afortunada, pasó el Dordoña, desbarató otro ejército cristiano y le causó pérdidas tan considerables que, según los fugitivos «solo Dios podría contar los muertos». Toda la Francia central estaba dominada y llegaron los invasores a las márgenes del Loira; las iglesias y monasterios fueron saqueados y despojados de sus tesoros; viose que los santos patronos, que tantos milagros habían ejecutado cuando no eran necesarios, carecían de poder suficiente para obrar uno siquiera en tan extrema ocasión, Carlos Martel detuvo al fin los progresos de los invasores el año 732. Entre Tours y Poitiers se libró una gran batalla que duró siete días. Abderrahman fue muerto y los sarracenos retrocedieron, viéndose poco después obligados a volver a cruzar

los Pirineos.

Las orillas del Loira, por lo tanto, marcan el límite de la irrupción mahometana en el Oeste de Europa. Gibbon, al referir tan gran acontecimiento, hace esta observación: «Una línea de marcha victoriosa se extendía como mil millas, desde el peñón de Gibraltar a las márgenes del Loira; ¡la repetición de esta empresa habría llevado a los sarracenos a los confines de Polonia y a las montañas de Escocia!»

No tengo necesidad de añadir a este bosquejo de la propagación militar del mahometismo las operaciones de los sarracenos en el Mediterráneo, sus conquistas de Creta y de Sicilia y su insulto a Roma. Veremos, sin embargo, más adelante, que su presencia en Sicilia y en el Sur de Italia ejerció una marcada influencia en el desarrollo intelectual de Europa.

¡Su insulto a Roma! ¿Hubiera podido haber algo más humillante que la manera de ejecutarlo? (año 846). Una insignificante expedición sarracena entró en el valle del Tíber y apareció ante los muros de la ciudad; demasiado débil para forzar la entrada, insultó y saqueó los alrededores, profanando sacrílegamente las tumbas de San Pedro y de San Pablo; si la misma ciudad hubiera sido saqueada no habría sido mayor el efecto moral; de la iglesia de San Pedro fue arrancado el altar de plata y enviado a África: ¡el altar de San Pedro, el verdadero emblema de la cristianidad romana!

Constantinopla había sido ya sitiada por los sarracenos más de una vez; su caída predestinada estaba aplazada tan solo. Roma había recibido el insulto directo, la mayor pérdida que se le podía causar; las venerables iglesias del Asia Menor habían desaparecido y ningún cristiano podía sin permiso sentar su planta en Jerusalem; la mezquita de Omar se elevaba en el lugar del templo de Salomón. Entre las ruinas de Alejandría, marcaba la mezquita de la Misericordia el sitio en que el general sarraceno, harto de sangre, había, con desdeñosa piedad, perdonado a los fugitivos restos de los enemigos de Mahoma; nada quedaba de Cartago sino sus ennegrecidas ruinas. El más poderoso imperio religioso que jamás se vio en el mundo apareció súbitamente.

Abrazaba desde el Océano Atlántico hasta las murallas de la China, desde las costas del Caspio a las del Océano Índico, y sin embargo, en cierto sentido puede decirse que no había alcanzado su culminación, tenía que llegar el día en que arrojaría a los Césares de su capital, en que dominaría a la Grecia, en que disputaría con la cristiandad el imperio de Europa en el mismo centro de este continente y en que extendería por el África sus dogmas y su fe a través de ardientes desiertos y de pestilentes selvas, desde el Mediterráneo a las regiones meridionales que se encuentran mucho más allá de la línea equinoccial.

Pero, aunque el mahometismo no había llegado a su apogeo, si lo habían alcanzado los califas. No debió la Europa su salvación a la espada de Carlos Martel, sino a las disensiones intestinas del vasto imperio arábigo; los califas de la línea de los Omniadas, aunque populares en Siria, eran considerados en otras partes como intrusos y usurpadores, y los parientes del apóstol eran mirados como los verdaderos representantes de su fe. Tres partidos que se distinguían por sus banderas se disputaban el califato y lo deshonoraban por sus atrocidades; la bandera de los Omniadas era blanca, la de los Fatimitas verde y la de los Abbassidas negra; la última representaba el partido de Abbas, tío de Mahoma. El resultado de estas discordias fue la división del imperio mahometano en tres partes, en el siglo X, entre los califatos de Bagdad, del Cairo y de Córdoba; concluyó la unidad en la acción política mahometana, la cristiandad encontró su salvaguardia, no en una protección sobrenatural, sino en las querellas de los potentados rivales; a las animosidades interiores se agregaron a veces presiones extrañas, y el arabismo, que tanto había hecho por el adelanto intelectual del mundo, concluyó cuando alcanzaron el poder los turcos y los bereberes.

Habían olvidado totalmente los sarracenos la oposición de Europa, ocupados por completo en sus divergencias domésticas; Ockley dice con verdad en su historia: «Difícilmente se hubiera encontrado un lugarteniente o general sarraceno que no hubiese considerado como la mayor afrenta, y tal que debiera causarle una mancha indeleble, el sufrir el menor insulto de las fuerzas reunidas de toda Europa; y si alguno preguntase por qué los

griegos no hicieron mayores esfuerzos para extirpar estos insolentes invasores, será respuesta suficiente, para cualquier persona que conozca el carácter de estos hombres, decir que Amrú fijó su residencia en Alejandría y Moawiah en Damasco.»

Y para mostrar su menosprecio basta este ejemplo: El emperador romano Nicéforo envió al califa Harun-al-Raschid una carta amenazadora, y véase cuál fue la contestación. «En el nombre de Dios misericordioso, Harun-al-Raschid, jefe de los fieles a Nicéforo ¡el perro romano! He leído tu carta ¡oh hijo de madre infiel! y no oirás mi respuesta, ¡la sentirás!» En efecto, se escribió con sangre y fuego en las llanuras de la Frigia.

Una nación puede recobrar sus provincias y sus riquezas confiscadas, sobrevivir a la imposición de enormes indemnizaciones, pero nunca puede reponerse del más horrible de los actos de la guerra, la confiscación de las mujeres. Cuando Abu-Obeidah envió a Omar la noticia de la toma de Antioquía, éste le censuró dulcemente, por no haber permitido a los soldados apoderarse de las mujeres. «Si quieren casarse en Siria, permitidlo; y permitidles también que tengan tantas mujeres esclavas como la ocasión pueda depararles.» La institución de la poligamia, basada en la confiscación de las mujeres en los países vencidos, fue la que afirmó en adelante el dominio musulmán. Los hijos de estas uniones se envanecían de descender de padres conquistadores; no puede darse mayor prueba de la eficacia de esta política que la que hallamos en el Norte de África. Bien patente fue el irresistible efecto de la poligamia para la consolidación del nuevo orden de cosas; pasada poco más de una generación, se informó al califa, por sus oficiales, de que debía cesar el tributo porque todos los niños nacidos en aquella región eran mahometanos y todos hablaban árabe.

El mahometismo, tal cual lo estableció su fundador, era una religión antropomórfica; su Dios era únicamente un gigante, su cielo una mansión de placeres carnales. Las clases más inteligentes se libertaron pronto de estas ideas imperfectas sustituyéndolas por otras más filosóficas, más exactas. Llegaron éstas a veces a estar conformes con las que se han declarado en nuestros tiempos como ortodoxas por el concilio del Vaticano;

así dice Al-Gazzali: «El conocimiento de Dios no puede obtenerse por el que el hombre tiene de sí mismo o de su propia alma. Los atributos de Dios no pueden determinarse por los atributos del hombre. Su soberanía y sus leyes no pueden medirse ni compararse.»

Capítulo IV

Renacimiento de la ciencia en el mediodía

Influencia de los nestorianos y los judíos, se dedican los árabes al cultivo de la ciencia. – Modifican sus ideas sobre el destino del hombre y obtienen un verdadero concepto de la estructura del mundo. – Averiguan el tamaño de la tierra y determinan su forma. – Sus califas forman grandes bibliotecas, protegen la ciencia en todos sus ramos y la literatura, y fundan observatorios astronómicos. – Desarrollan las ciencias matemáticas, inventan el álgebra, y perfeccionan la geometría y la trigonometría. – Coleccionan y traducen las antiguas obras griegas de matemáticas y astronomía y adoptan el método inductivo de Aristóteles. – Establecen varios colegios, y con auxilio de los nestorianos, organizan un sistema de escuelas públicas. – Introducen los números arábigos y la aritmética, y catalogan y dan nombre a las estrellas. – Ponen los cimientos de la astronomía moderna, de la química y de la física e introducen grandes mejoras en la agricultura y en la industria.

«En el curso de mi larga vida, dice el califa Alí, he observado con frecuencia que los hombres se parecen más que a sus padres, a los tiempos en que viven.» Esta observación profundamente filosófica del hijo político de Mahoma es por extremo cierta; pues aunque las facciones y las formas del cuerpo de un hombre puedan indicar su origen, la constitución de su espíritu, y por tanto la dirección de sus pensamientos, se determina por el medio en que vive.

Cuando Amrú, el lugarteniente del califa Omar, conquistó el Egipto y lo anexionó al imperio sarraceno, encontró en Alejandría a un gramático griego llamado Juan y apellidado Filópono o

amante del trabajo. Valiéndose de la amistad que se había formado entre ellos, solicitó el griego que le fuesen regalados los restos de la gran biblioteca, que se habían salvado de las injurias de la guerra, del tiempo y del fanatismo. Amrú, por lo tanto, escribió al califa pidiéndole autorización; éste contestó: «Si los libros están conformes con el Corán, que es la palabra de Dios, son inútiles; si sucede lo contrario son perniciosos. Detrúyanse pues.» En su consecuencia se distribuyeron entre los baños de Alejandría, y se dice que fueron necesarios más de seis meses para que el fuego los consumiera.

Aunque el hecho se ha negado, no cabe duda de que esta orden fue dada por Omar. El califa era un hombre inculto y estaba además rodeado de gente fanática e ignorante. La acción de Omar es una prueba de la observación de Alí.

Pero no debe suponerse que los libros ambicionados por Juan, el Amante del trabajo, eran los que constituían la gran biblioteca de los Ptolemeos y de Eumenes, rey de Pérgamo. Cerca de mil años habían transcurrido desde que Filadelfo empezó su colección; Julio César había quemado más de la mitad; los patriarcas de Alejandría habían, no sólo permitido, sino inspeccionado la dispersión de casi todo el resto. Orosio dice y afirma que vio vacíos los estantes de la biblioteca veinte años después que Teófilo, tío de San Cirilo solicitó del emperador Teodosio el edicto para destruirla. Y aunque esta noble colección no hubiese sufrido jamás tales actos de vandalismo, el simple uso, y quizás puedo agregar, los robos cometidos durante diez siglos, la habrían empobrecido grandemente. Si bien a Juan, como su apodo nos indica, hubiera causado gran placer el excesivo trabajo que el cuidado de una biblioteca de medio millón de libros tenía que ocasionar, no es menos cierto que habría sido superior a sus bien medidas fuerzas, y que el costo de su entretenimiento y conservación exigía los amplios recursos de los Ptolemeos y los Césares y no los limitados y escasos de su modestísimo gramático. No es indicio bastante para calcular la magnitud de la colección el tiempo que se necesitó para quemarla: el pergamino es quizá el peor de los combustibles; el papel y el papiro arden perfectamente, y podemos estar seguros de que

los bañeros de Alejandría no emplearían el pergamino mientras tuviesen un combustible mejor, y la mayor parte de los libros estaban escritos en pergamino.

No puede dudarse, pues, que fue Omar el que mandó destruir esta biblioteca bajo la impresión de su inutilidad o de su tendencia irreligiosa; pero tampoco puede ponerse en duda que los cruzados quemaron la de Trípoli, de la que fantásticamente se dice que contenía tres millones de volúmenes. Vieron que la primera sala donde entraron sólo contenía el Corán, y suponiendo que en las demás estarían los otros libros del impostor árabe, entregaron todo a las llamas. La historia de ambos casos encierra alguna verdad y mucha exageración. El fanatismo, sin embargo, se ha distinguido frecuentemente por tales hazañas. Los españoles quemaron en Méjico vastas pilas de pinturas jeroglíficas americanas cuya pérdida ha sido irreparable; el cardinal Jiménez entregó al fuego en la plaza de Granada ochenta mil manuscritos árabes, siendo muchos de ellos traducciones de los autores clásicos.

Hemos visto cómo el talento mecánico, estimulado por la campaña persa de Alejandro, dio origen al maravilloso desarrollo de la ciencia pura bajo el gobierno de los Ptolemeos; un efecto semejante se observa como resultado de las operaciones militares de los sarracenos.

La amistad contraída por el conquistador de Egipto, Amrú, y Juan el Gramático, indica cuan dispuesto estaba el espíritu de los árabes para las ideas liberales. El paso dado de la idolatría de la Caaba al monoteísmo de Mahoma lo puso en condiciones de estudiar la literatura y la filosofía. Había dos influencias a las que estaba siempre expuesto y que conspiraban por trazarle su camino: 1º, la de los nestorianos en la Siria; 2º, la de los judíos en Egipto.

En el último capítulo he relatado brevemente la persecución de Nestorio y de sus discípulos; soportaron en testimonio de la unidad de Dios infinitos sufrimientos y martirios, y rechazaron por completo un Olimpo poblado de dioses y de diosas. «Lejos de nosotros una reina del cielo», decían.

Siendo éstas las opiniones particulares de los nestorianos, no tuvieron dificultad en afiliarse a los conquistadores sarracenos, que no sólo los trataron con el mayor respeto, sino que les confiaron algunos de los puestos más importantes del estado. Mahoma prohibió del modo más enérgico a sus secuaces que cometiesen la menor injusticia contra ellos. Jesuiabbas, su pontífice, concertó tratados con el profeta y con Omar, y más tarde el califa Harun al Raschid colocó todas las escuelas públicas bajo la superintendencia del nestoriano Juan Masue.

A la influencia de los nestorianos se agregó la de los judíos. Cuando el cristianismo mostró tendencias de unirse al paganismo, disminuyó la conversión de los judíos, cesando completamente al introducirse las ideas trinitarias. Las ciudades de Siria y de Egipto estaban pobladas de judíos; sólo en Alejandría había, cuando la tomó Amrú, cuarenta mil que pagaban tributo; siglos de desgracias y persecuciones solamente habían servido para afirmarlos en su monoteísmo y fortificarlos en el odio implacable que desde la cautividad de Babilonia profesaban a la idolatría. Asociados a los nestorianos, tradujeron al siriaco muchas obras filosóficas griegas y latinas, que después nuevamente tradujeron al árabe; y mientras que los nestorianos se ocupaban de educar a los hijos de las principales familias mahometanas, hallaron los judíos medios de darse a conocer como médicos inteligentes.

Estas influencias dominaron el feroz fanatismo de los sarracenos, haciendo más dulces sus costumbres y elevando sus pensamientos. Recorrieron los dominios de la filosofía y de la ciencia tan rápidamente como habían recorrido las provincias del imperio romano, y abandonaron los errores del mahometismo vulgar, aceptando en su lugar verdades científicas.

En un mundo consagrado a la idolatría, la espada sarracena había vengado la majestad de Dios; la doctrina del fatalismo inculcada por el Corán contribuyó poderosamente a este resultado. «El hombre no puede anticipar o posponer su fin decretado; la muerte nos alcanzará en las torres más altas; desde el principio ha establecido Dios el lugar en que cada hombre debe morir.» En su lenguaje figurado dice el árabe: «Ningún hombre

puede libertarse de su suerte por la fuga, el destino conduce sus caballos por la noche... Y dormido en tu lecho o en el fragor de la batalla, te hallará el ángel de la muerte.» «Estoy convencido», dice Alí, a cuya sabiduría ya hemos hecho referencia, «estoy convencido de que los negocios del hombre son gobernados por decretos divinos y no por nuestra administración.» Los musulmanes se someten resignados a la voluntad de Dios. Concilian el libre albedrío y la predestinación diciendo: «Se nos da el contorno de la vida y nosotros lo iluminamos como queremos.» Dicen también que si queremos sobreponernos a las leyes de la naturaleza, no podremos resistirlas; debemos, pues, equilibrarlas unas con otras.

Esta sombría doctrina preparaba a sus devotos para el cumplimiento de grandes cosas, y tales fueron las que ejecutaron los sarracenos. Convertía el desaliento en resignación y enseñaba al hombre a desdeñar la esperanza, siendo entre ellas un proverbio que «la esperanza es una esclava, la desesperación un hombre libre.»

Pero en muchos de los incidentes de la guerra se demostró de un modo palpable que las medicinas pueden calmar el dolor, que el arte puede cerrar las heridas y que los que parecían moribundos pueden cerrar librarse de la fosa; los médicos judíos vinieron a ser una protesta viva y aceptada contra el fatalismo del Corán. Gradualmente se mitigó el rigorismo de la predestinación y se admitió que en la vida individual hay algo debido al libre albedrío; que por sus acciones voluntarias puede el hombre determinar su senda dentro de ciertos límites; mas en cuanto a las naciones, no teniendo que dar cuenta a Dios personalmente, se hallan bajo el imperio de leyes inmutables.

En este concepto, era muy notable el contraste entre las naciones cristiana y musulmana. Los cristianos estaban convencidos de la existencia de una incesante intervención providencial; no creían que pudiera haber leyes en el gobierno del mundo. Con oraciones y súplicas esperaban conseguir de Dios un cambio en el curso de los sucesos, y si esto no bastaba, se dirigían a Cristo o a la Virgen María, o pedían a los santos su intercesión, o acudían a la influencia de huesos o reliquias. Si sus propias súplicas

eran insuficientes, podían obtener sus deseos por la intervención del sacerdote, o por la de los hombres santos de la Iglesia, y especialmente si a ésta se agregaban oblacones y ofrendas en dinero, creían que podían cambiar el curso de los sucesos influyendo con los seres superiores. El islamismo esperaba con piadosa resignación en la inmutable voluntad de Dios. La oración del cristiano era principalmente una fervorosa petición de los bienes deseados; la del sarraceno una devota expresión de gratitud por el pasado; en ambas religiones, sustituyó a la estática meditación de la India. Para el cristiano, eran los progresos del mundo una serie de impulsos sin conexión y de sorpresas sucesivas. Para el mahometano, este progreso presentaba un aspecto muy diferente: todo movimiento de un cuerpo era debido a otro movimiento anterior; todo pensamiento venía de otro; todo suceso histórico era originado por otro precedente, toda acción humana era resultado de otra ejecutada antes.

En los extensos anales de nuestra especie, nada se ha introducido jamás bruscamente, sino que hay una continuación ordenada e inevitable de uno a otro suceso; el destino es una cadena de hierro cuyos eslabones son los hechos, y cada uno ocupa su lugar preordinado, sin que hayan sido jamás ni evitados ni sustituidos; el hombre viene al mundo sin saberlo y se va de él tal vez contra sus propios deseos; sólo tenemos, pues, que cruzarnos de brazos y aguardar el desenlace del destino.

Coincidió con este cambio de opinión en cuanto al gobierno de la vida individual, otro relativo a la construcción mecánica del mundo. Según el Corán, la tierra es una llanura cuadrada, rodeada de enormes montañas, que tienen el doble objeto de equilibrarla en su asiento y de sustentar el domo del cielo. Debemos admirar devotamente el poder y la sabiduría de Dios, contemplando el espectáculo de esta vasta extensión cristalina y brillante, que ha sido colocada en su sitio, sin peligro de rotura u otro accidente. Sobre el firmamento y descansando en él, está el cielo, edificado con siete pisos, siendo el superior la habitación de Dios, que bajo la forma de un gigante está sentado en un trono, teniendo a cada lado toros alados como los de los palacios de los antiguos reyes asirios.

Estas ideas, que por cierto no son peculiares del mahometismo, pues las profesan como revelaciones religiosas todos los hombres en cierto momento de su desarrollo intelectual, fueron bien pronto abandonadas por los mahometanos instruidos, que aceptaron otras científicamente exactas. Sin embargo, como en los países cristianos, no se progresó sin que hubiese resistencia por parte de los defensores de la verdad revelada. Así, pues, cuando Al- Mamun adquirió la certidumbre de la forma globular de la tierra, dio orden a sus matemáticos y astrónomos para que midiesen sobre su superficie un grado de círculo máximo; pero Takyuddin, uno de los doctores religiosos más afamados de aquel tiempo, denunció al malvado califa, declarando que Dios le castigaría de seguro, por interrumpir presuntuosamente la devoción de los fieles, estimulando y difundiendo entre ellos una filosofía falsa y atea; Al- Mamun persistió, no obstante, en su designio. En las costas del mar Rojo, en las llanuras de Shinar, por medio de un astrolabio, se determinó la altura del polo sobre el horizonte, en dos estaciones de un mismo meridiano que distaban entre sí un grado; la distancia entre las dos estaciones fue medida luego y se vio que era igual a doscientos mil codos hashemitas; esto daba para la circunferencia completa de la tierra cerca de veinte y cuatro mil millas de las muestras, determinación no muy apartada de la verdad. Mas como la forma esférica no podía ser determinada positivamente por una sola medición, mandó el califa ejecutar otra cerca de Cufa, en Mesopotamia. Sus astrónomos se dividieron en dos secciones, y partiendo de un punto dado, cada sección midió un arco de un grado, los unos hacia el Norte y hacia el Sur los otros; el resultado se expresó en codos, y si estos fueron como el conocido codo real, la longitud de un grado se obtuvo con una aproximación de un tercio de milla de su verdadero valor. De estas mediciones dedujo el califa que la forma globular quedaba establecida.

Es de notar que pronto se trasformó el feroz fanatismo de los musulmanes en una pasión por las investigaciones científicas, pues al principio fue el Corán un obstáculo para la literatura y la ciencia. Mahoma lo había ensalzado como la más grande de

todas las composiciones, y había presentado su inabordable excelencia como una prueba de su misión divina. Pero unos veinte años después de su muerte, la experiencia adquirida en la Siria, en la Persia, en el Asia menor, y en el Egipto, había producido un notable efecto; y Alí, que era entonces el califa reinante, protegió abiertamente toda clase de investigaciones literarias. Moawyah, fundador de la dinastía de los Omniadas, ocupó el califato en el año 661 y causó una revolución en el gobierno, cambiándolo de electivo en hereditario. Trasladó su residencia en Medina a las más céntrica ciudad de Damasco, e introdujo en su corte el lujo y la magnificencia. Rompió los lazos de un fanatismo riguroso y se constituyó en patrono y protector de las letras. Treinta años habían producido grandes cambios. Un sátrapa persa que en una ocasión tuvo que tributar homenaje a Omar, segundo califa, lo halló durmiendo entre los mendigos sobre los escalones de la mezquita de Medina; pero los emisarios extranjeros enviados para solicitar la gracia de Moawyah, sexto califa, fueron presentados a él en un magnífico palacio, decorado con arabescos exquisitos y adornado con fuentes y jardines.

Antes de cumplirse un siglo de la muerte de Mahoma, se hicieron traducciones al árabe de los principales autores filosóficos griegos; poemas como La Iliada y La Odisea, que se consideraban de tendencia irreligiosa por sus alusiones mitológicas, fueron traducidos al siríaco, para satisfacer la curiosidad de las personas ilustradas. Almanzor, durante su califato (de 753 a 775), trasladó la residencia del gobierno a Bagdad, que convirtió en una espléndida metrópoli; dedicó mucho tiempo al estudio y progreso de la astronomía; y fundó escuelas de medicina y de jurisprudencia. Su nieto Harun al Raschid siguió su ejemplo, y mandó que a cada mezquita de su reino se agregase una escuela; fue empero la edad augusta del saber asiático la de los tiempos del califa Al-Mamun (813 a 839). Hizo de Bagdad el centro de la ciencia, reunió grandes bibliotecas y se rodeó de sabios.

Estos elevados sentimientos así cultivados, continuaron aún después que las disensiones intestinas causaron la división en tres partes del imperio sarraceno. La dinastía de los Abasidas en

Asia, la de los Fatimitas en Egipto y la de los Omniadas en España, llegaron a ser rivales, no sólo en la política, sino también en las letras y en las ciencias.

En las letras, abrazaron los sarracenos todos los asuntos que pueden recrear o instruir el ánimo. En tiempos posteriores era su orgullo haber producido más poetas que todas las naciones juntas. En las ciencias, su gran mérito consistía en haberlas cultivado según el método de los griegos alejandrinos y no el de los griegos europeos. Conocieron que jamás progresarían por la mera especulación y que los únicos adelantos sólidos se obtienen por la interrogación práctica de la naturaleza: los caracteres esenciales de su método eran el experimento y la observación; consideraron la geometría y las ciencias matemáticas como instrumentos de razonamiento. Se nota con interés que en sus numerosos escritos sobre mecánica, hidrostática y óptica, la solución de un problema se obtiene siempre ejecutando un experimento o una observación instrumental. Esto fue lo que les hizo inventar la química y los condujo a descubrir aparatos de todas clases para la destilación, la sublimación, la fusión, la filtración, &c.; lo que en astronomía les obligó a acudir a los instrumentos graduados, como cuadrantes y astrolabios; lo que en la química les hizo emplear la balanza, con cuya teoría estaban perfectamente familiarizados; construyeron tablas de pesos específicos, y de astronomía, como las de España, Bagdad y Samarvanda; esto ocasionó sus grandes adelantos en la geometría y trigonometría, su invención del álgebra y la adopción de los números indios en la aritmética. Tales fueron los resultados de la preferencia que dieron al método inductivo de Aristóteles, desechando los sueños de Platón.

Para establecer y extender las bibliotecas públicas, se reunieron libros con el mayor esmero; se dice que el califa Al-Mamun llevó a Bagdad centenares de camellos cargados de manuscritos. En un tratado que celebró con el emperador griego Miguel III estipuló que una de las bibliotecas de Constantinopla le sería cedida. Entre los tesoros que así adquirió estaba el tratado de Ptolemeo sobre la construcción matemática de los cielos, y lo hizo traducir en seguida al árabe bajo el título de *Almagesto*. Las

colecciones adquiridas por tales medios llegaron a ser muy considerables; así, pues, la biblioteca Fatimita del Cairo contenía cien mil volúmenes elegantemente traducidos y encuadernados. Entre éstos había seis mil y quinientos manuscritos sólo sobre medicina y astronomía; el reglamento de esta biblioteca permitía prestar los libros a los estudiantes que residían en el Cairo. Contenía también dos esferas, una de plata maciza y otra de bronce, y se dice que esta última había sido construida por Ptolemeo, y que la primera había costado tres mil coronas de oro. La gran biblioteca de los califas de España llegó a contener seiscientos mil volúmenes, y sólo el catálogo constaba de cuarenta y cuatro. Había, además de esta, en Andalucía, setenta bibliotecas públicas y las colecciones particulares eran a veces muy extensas: un doctor afamado rehusó la invitación del sultán de Bokhara, de trasladarse a su corte, porque para transportar sus libros hubiera necesitado cuatrocientos camellos.

En toda gran biblioteca había un departamento para copiar y traducir los manuscritos, siendo a veces esta industria ejercida por empresas particulares. Honian, médico nestoriano, tenía un establecimiento de esta clase en Bagdad el año 850; publicaba versiones de Aristóteles, Platón, Hipócrates, Galeno, &c. En cuanto a obras originales, tenían costumbre los directores de los colegios de obligar a los profesores a escribir tratados sobre asuntos determinados. Todos los califas tenían un historiador; libros de novelas y cuentos como *Las Mil y una noches* dan testimonio de la creadora fantasía de los sarracenos; y poseían, además, obras sobre toda clase de asuntos, historia, jurisprudencia, política, filosofía, biografías, no sólo de hombres ilustres, sino de caballos y camellos célebres. Se publicaban sin sujeción a censura ni restricción alguna, aunque en tiempos posteriores se necesitó licencia para publicar las obras de teología. Abundaban los libros de referencia sobre geografía, estadística, medicina, historia, &c.; tenían diccionarios y también epítomes y compendios de ellos, como el *Diccionario enciclopédico* de todas las ciencias, por Mahomet-Abu-Abdallah. Se cuidaban con orgullo de la blancura y pureza del papel, de la hábil combinación de las tintas de colores, y de los adornos y dorados de

los títulos y epígrafes.

El imperio sarraceno estaba cubierto de colegios; los había en Mongolia, Tartaria, Persia, Mesopotamia, Siria, Egipto, Norte de África, Marruecos, Fez y España. En uno de los extremos de estos vastos dominios, que tenían una extensión geográfica superior a la del imperio romano, se hallaban el colegio y el observatorio astronómico de Samarcanda; en el otro, la Giralda, en España. Refiriéndose Gibbon a esta protección dispensada al saber, dice: «Los emires independientes de las provincias quisieron tener la misma prerrogativa real, y su emulación difundió el gusto por la ciencia desde Samarcanda y Bokhara hasta Fez y Córdoba. El visir de un sultán consagró una suma de doscientas mil monedas de oro a la fundación de un colegio en Bagdad, al que dotó con una renta anual de quince mil dineros. Los frutos de la instrucción se comunicaron quizás, en distintos tiempos, a seis mil discípulos de todas clases, desde el hijo del noble al del industrial; se destinaba una cantidad bastante para atender a los gastos de los escolares indigentes, y el mérito y los trabajos de los profesores se remuneraban con estipendios proporcionados. En todas las ciudades eran copiadas y coleccionadas las producciones de la literatura árábica, por la curiosidad de los estudiosos y por la vanidad de los ricos.» La superintendencia de estas escuelas estaba confiada con noble liberalidad, ora a los nestorianos, ora a los judíos. No se inquietaban por saber dónde había nacido un hombre, ni cuáles eran sus opiniones religiosas; el nivel de su talento era lo único que se consideraba. El gran califa Al-Mamun había declarado que «son los elegidos de Dios, sus mejores y más útiles servidores, aquellos cuyas vidas están consagradas al adelanto de sus facultades racionales: que los preceptores de la sabiduría son los verdaderos luminares y legisladores de este mundo, que sin su apoyo se sumergiría de nuevo en la ignorancia y la barbarie.»

A ejemplo del colegio de medicina del Cairo, impusieron a sus alumnos exámenes rigurosos de salida otros colegios también de medicina, y después de aprobado, recibía el candidato autorización para entrar en la práctica de su profesión. El primer colegio de medicina establecido en Europa lo fue por los sarra-

cenos en Salerno, en Italia, y el primer observatorio astronómico el que erigieron en Sevilla, en España.

Sería salir de los límites de este libro presentar un estado minucioso de los resultados de este imponente movimiento científico; las antiguas ciencias se extendieron considerablemente, dando nacimiento a otras nuevas. Se introdujo el método aritmético de los indios, hermosa invención que expresa todos los números con diez caracteres, dándoles un valor absoluto y otro de lugar, y permitiendo el empleo de reglas sencillas para la fácil ejecución de toda clase de cálculos. El álgebra o aritmética universal, método de calcular cantidades indeterminadas o de investigar las relaciones que existen entre todas las clases de cantidades, sean aritméticas o geométricas, fue desarrollado del germen que había dejado Diofanto. Mahomet Ben Musa presentó la solución de las ecuaciones del cuadrado; Omar Ben Ibrahim la de las ecuaciones cúbicas. Los sarracenos dieron también a la trigonometría su forma moderna, sustituyendo los senos a las cuerdas que hasta entonces se habían usado, y haciendo de ella una ciencia separada. Musa, ya nombrado, fue autor de un Tratado de trigonometría esférica. Al-Baghdali dejó otro sobre geodesia, tan bueno, que algunos han declarado que era una copia de la última obra de Euclides sobre esta materia.

En astronomía hicieron, no tan sólo catálogos, sino mapas de las estrellas visibles sobre su horizonte, dándoles a las de mayor magnitud los nombres arábigos que aún conservamos en nuestros globos celestes. Averiguaron, como ya hemos visto, el tamaño de la tierra, midiendo un grado de su superficie; determinaron la oblicuidad de la eclíptica; publicaron tablas correctas del sol y de la luna; fijaron la duración del año y comprobaron la precisión de los equinoccios. El tratado de Albatenio sobre La ciencia de las estrellas, es citado con respeto por Laplace, quien llama también la atención sobre un fragmento importante de Ibn-Junis, astrónomo de Hakem, califa de Egipto en el año 1000, por contener una larga serie de observaciones desde el tiempo de Almanzor, de eclipses, equinoccios, solsticios, conjunciones de planetas y ocultaciones de estrellas, las cuales han dado mucha luz sobre las grandes variaciones del sistema del mundo.

Los astrónomos árabes también se dedicaron a la construcción y perfeccionamiento de los instrumentos astronómicos y a la medida del tiempo por el empleo de relojes de varias clases, clepsidras y cuadrantes solares, y fueron los primeros en aplicar con este objeto el péndulo.

En las ciencias experimentales dieron origen a la química; descubrieron algunos de sus reactivos más importantes, el ácido sulfúrico, al ácido nítrico, el alcohol; aplicaron esta ciencia a la práctica médica, siendo los primeros en publicar farmacopeas y dispensarios, en los que se incluían preparaciones minerales. En mecánica determinaron las leyes de la caída de los cuerpos y llegaron a tener alguna idea de la naturaleza de la gravedad; estaban familiarizados con las teorías de la dinámica. En hidrostática formaron las primeras tablas de gravedades específicas, y escribieron tratados sobre la flotación y la inmersión de los cuerpos en el agua. En óptica corrigieron los errores de los griegos, de que los rayos parten del ojo y tocan el objeto que se ve, introduciendo la hipótesis de que los rayos van del objeto al ojo; comprendieron el fenómeno de la reflexión y refracción de la luz; a Alhazen se debe el gran descubrimiento de la marcha curvilínea de un rayo de luz a través de la atmósfera, y la prueba de que vemos el sol y la luna antes de salir y después de puestas.

Los efectos de esta actividad científica se perciben claramente en las grandes mejoras que experimentaron muchas de las artes industriales. La agricultura lo demuestra por su mejor sistema de riegos, por el hábil empleo de los abonos, por la cría del ganado, por la promulgación de sabias leyes rurales y por la introducción del cultivo del arroz, del azúcar y del café. Vemos en la fabricación el gran desarrollo de las industrias de sedería, de algodón y de lana, y de las del cordobán, del tafilete y del papel; en la minería, fundición y artes metalúrgicas basta recordar la fábrica de armas de Toledo.

Amantes apasionados de la música y de la poesía, dedicaban gran parte de sus ocios a estos elegantes pasatiempos; enseñaron a los europeos el juego del ajedrez y les comunicaron su afición a los romances y novelas; cultivaban con deleite el más

grave reino de la literatura; tenían composiciones admirables sobre asuntos tales como la inestabilidad de las grandezas humanas, las consecuencias de la irreligión, los reveses de la fortuna, el origen, duración y fin del mundo. Algunas veces, no sin sorpresa, encontramos en ellos ideas que creemos de nuestro siglo y de las cuales nos envanecemos; así, pues, nuestras doctrinas modernas sobre la evolución y el desarrollo se enseñaban en sus escuelas, y a la verdad, las llevaban más lejos de lo que nosotros nos atrevemos a hacer hoy día, extendiéndolas hasta las cosas inorgánicas o minerales. El principio fundamental de la alquimia era el proceso natural del desarrollo de los cuerpos metálicos. «Cuando el vulgo, dice Al-Khazini, que escribió en el siglo XII, oye decir a los filósofos que el oro es un cuerpo que ha alcanzado el complemento de la madurez, la meta de la perfección, cree firmemente que es alguna cosa que por grados ha ido obteniéndola, pasando sucesivamente por las formas de todos los demás cuerpos metálicos; así que el oro de ellos fue primero plomo, luego estaño, luego bronce, luego plata y finalmente alcanzó el desarrollo del oro; no sabiendo que lo que quieren significar los filósofos con esto es tan sólo algo semejante a lo que dicen cuando hablan del hombre y le atribuyen perfección y equilibrio en su naturaleza y constitución, sin que entiendan que el hombre fue primero toro, se cambió luego en asno, luego en caballo, luego en mono y finalmente se hizo hombre.»

Capítulo V

Conflicto relativo a la naturaleza del alma Doctrina de la emanación y de la absorción

Ideas europeas sobre el alma. – Se asemeja a la forma del cuerpo. – Opiniones filosóficas de los orientales. – La teología de los Vedas y de Budha afirma la doctrina de la emanación y de la absorción. – Es defendida por Aristóteles, al cual siguen la escuela de Alejandría y más tarde los judíos y los árabes. – Se la encuentra en los escritos de Erigena. – Relación de esta doctrina con la teoría de la conservación y correlación de la fuerza. – Paralelo entre el origen y destino del cuerpo y del alma. – Necesidad de fundar la psicología humana sobre la psicología comparada. – El averroísmo, que está basado en estos hechos, penetra en la cristiandad por España y Sicilia. – Historia de la represión del averroísmo. – Rebelión del islamismo contra él. – Antagonismo de las sinagogas judías. – Su destrucción emprendida por el papado. – Establecimiento de la Inquisición en España. – Horribles persecuciones y sus resultados. – Expulsión de los judíos y moros. – Destrucción del averroísmo en Europa. – Acción decisiva del último concilio del Vaticano.

Los paganos griegos y romanos creían que el espíritu del hombre se asemejaba a su forma corporal, variando y creciendo según variaba y crecía ésta; los héroes a quienes había sido permitido descender a los infiernos, habían, por lo tanto, reconocido sin dificultad a sus antiguos amigos; no sólo habían conservado su aspecto corpóreo, sino que llevaban también sus vestidos usuales.

Los primitivos cristianos, cuyas concepciones de la vida futura, del cielo y del infierno, mansiones de los justos y de los pecadores, eran mucho más brillantes que las de sus predecesores paganos, aceptaron y fortalecieron estas ideas antiguas. No

dudaban que en el mundo venidero se reunirían con sus amigos y hablarían con ellos, como habían hecho aquí en la tierra, esperanza consoladora para el corazón humano, en la mayor de las desgracias, puesto que les restituíe sus muertos

En la incertidumbre de lo que ocurre al alma en el intervalo que media entre su separación del cuerpo y el día del juicio final, se sustentaron varias opiniones. Algunos pensaron que andaban errantes sobre las tumbas; otros que vagaban desconsolados por los aires; según la creencia popular, San Pedro es el portero del cielo y a él se ha encomendado al admitir o el rechazar a las almas según su capricho. Algunas personas, sin embargo, estaban dispuestas a negarle este poder, puesto que sus decisiones se anticiparían al juicio final, que se este modo sería innecesario. Desde Gregorio el Magno, la doctrina del purgatorio fue aceptada por la generalidad. Las almas de los difuntos hallaron de este modo un lugar de descanso.

Que el espíritu de los muertos volvía a veces a visitar a los vivos y a frecuentar los parajes donde primero había vivido, ha sido en todo tiempo y en todos los países de Europa creencia fija, no reducida sólo a los rústicos, sino extensiva a las clases inteligentes. Un grato terror se esparce en las largas veladas de invierno, cuando al lado del hogar se escuchan historias de apariciones, duendes y fantasmas. En los antiguos tiempos, los romanos tenían sus lares o almas de los que habían observado una vida virtuosa; tenían también sus larvas o lémures de las almas de los malvados; sus manes o almas de los de vida dudosa. Si el testimonio humano sobre estas cosas fuese de algún valor podría acumularse testimonio sobre testimonio desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, tan extensos e intachables como se desee, en apoyo de cualquiera de estas ideas; que estas sombras de los difuntos se reúnen cerca de las tumbas, o que establecen su secreto domicilio en las ruinas de algún castillo, o que se pasean en triste soledad a la luz de la luna.

Mientras que estas opiniones se aceptaban generalmente en Europa, otras de naturaleza muy distinta prevalecían extensamente en Asia, y por cierto en las más altas regiones del pensamiento. La autoridad eclesiástica consiguió reprimirlas en el

siglo XVI, pero no desaparecieron jamás por completo; en nuestros mismos tiempos tan vasta y silenciosamente se han extendido en Europa, que el Syllabus papal se llama abiertamente la atención sobre ellas, presentándolas a la clara luz del día, y el concilio del Vaticano, abundando en la opinión de lo peligroso de su tendencia y de su secreta difusión, ha anatemizado marcada y ostensiblemente en sus primeros cánones a las personas que las sustenten. «Sea anatema quien diga que las cosas espirituales son emanaciones de la sustancia divina o que la esencia divina por manifestación o desarrollo viene a ser todas las cosas.» En vista de este acto autoritativo es necesario ahora considerar el carácter y la historia de estas opiniones.

Las ideas que se abrazan sobre la naturaleza de Dios, influyen necesariamente en las que tienen sobre la naturaleza del alma. Los asiáticos orientales habían adoptado la concepción de un Dios impersonal, y en cuanto al alma, su consecuencia necesaria, la doctrina de la emanación y de la absorción.

Así, pues, la teología de los Vedas está basada en el conocimiento del espíritu universal que llena todas las cosas. «No hay en verdad sino una Deidad, el Espíritu Supremo; es de la misma naturaleza que el alma del hombre.» Tanto en los preceptos de los Vedas como en los de Manu, se afirma que el alma es una emanación de la inteligencia universal y que está necesariamente destinada a ser reabsorbida. La consideran sin forma y creen que la naturaleza visible con todas sus bellezas y armonías es tan sólo la sombra de Dios.

Convirtiéndose el vedismo en budhismo, llegando a ser la fe de una gran parte de la raza humana. Este sistema reconoce que hay un Poder Supremo, pero niega que haya un Ser Supremo; considera la existencia de la fuerza como medio de manifestación de la materia; adopta la teoría de la emanación y de la absorción; en una vela encendida ve la imagen del hombre, esto es, un cuerpo material y una evolución de la fuerza. Si le interrogamos sobre el destino del alma, nos pregunta qué se ha hecho de la llama cuando se apaga y en qué condición estaba antes de encender la vela: ¿era la nada? ¿ha sido aniquilada? Admite que la idea de personalidad que nos ha ilusionado durante la vida no

puede extinguirse por la muerte instantánea, sino que ha de perderse por grados. En esto se funda la doctrina de la transigración; pero al cabo tiene lugar la unión con la inteligencia universal, se llega al nirwana, se consigue el olvido, que es un estado que no tiene relación ni con la materia, ni con el espacio, ni con el tiempo: el estado a que se redujo la extinguida llama de la vela, el estado en que nos hallábamos antes de nacer. Este es el fin que debemos aguardar: la reabsorción en la Fuerza universal, la gloria suprema, el eterno descanso.

Aristóteles fue el primero que introdujo estas doctrinas en la Europa oriental, y veremos que más tarde se le consideró como su autor; ejercieron una influencia dominante en el último período de la escuela de Alejandría. Filón el Judío, que vivió en tiempo de Calígula, basó su filosofía en la teoría de la emanación; Plotino no sólo la aceptó como aplicable al alma del hombre, sino que creyó que permitía explicar la naturaleza de la Trinidad. Porque así como un rayo de luz emana del sol y el calor emana del rayo cuando toca los cuerpos materiales, así del Padre emana el Hijo y de éste el Espíritu Santo. De estas opiniones deduce Plotino un sistema religioso práctico y enseña al devoto cómo pasar a una condición extática de nuestra alma mundana, cual placer precursor de la absorción; en esta condición el alma pierde su conciencia individual. Del mismo modo enseñaba Porfirio la absorción o unión con Dios. Era tirio de nacimiento, estableció en Roma una escuela y escribió contra el cristianismo; su tratado sobre este asunto fue rebatido por Eusebio y San Jerónimo, pero el emperador Teodosio lo redujo al silencio con más eficacia haciendo quemar todos sus escritos. Porfirio se lamentaba de su infortunio diciendo que se había unido a Dios en éxtasis una sola vez en un período de ochenta y seis años, mientras que su maestro Plotino lo había conseguido seis veces en sesenta años. Un sistema completo de teología, basado en la teoría de la emanación, fue elaborado por Proclo, que especuló sobre la manera en que tiene lugar la absorción: si el alma es reabsorbida y reunida instantáneamente en el momento de la muerte, o si conserva el sentimiento de personalidad por algún tiempo y alcanza gradualmente una reunión

completa.

De los griegos alejandrinos pasaron estas ideas a los filósofos sarracenos, que muy poco después de la toma de la gran ciudad egipcia abandonaron a los incultos sus nociones antropomórficas de la naturaleza de Dios y la forma análoga del espíritu del hombre. Al desarrollarse el arabismo como un sistema científico distinto, formaron las teorías de la emanación y de la absorción algunos de sus rasgos característicos. En este abandono del mahometismo vulgar les ayudó grandemente el ejemplo de los judíos; éstos también habían arrojado el antropomorfismo de sus antepasados; habían sustituido al Dios que residía tras el velo del templo, una inteligencia infinita que llena el universo; y confesando su incapacidad para comprender cómo una cosa que se anima de pronto, puede llegar a ser inmortal, afirmaban que el alma del hombre está unida con el pasado, que no tuvo principio, y con el futuro, que tampoco tiene fin.

En la historia intelectual del arabismo se ven juntos continuamente judíos y sarracenos; lo mismo sucede si consideramos su historia política, ya en Egipto, ya en Siria o España. De unos y otros obtuvo igualmente la Europa occidental sus ideas filosóficas, que con el transcurso del tiempo culminaron en el averroísmo: éste es el islamismo filosófico. Los europeos consideraron generalmente a Averroes como el autor de estas herejías y en tal concepto lo infamaron los ortodoxos; sin embargo, no fue más que su compilador y comentador. Sus obras invadieron la cristiandad por dos caminos; de España, pasaron al Sur de Francia y de aquí a la Italia superior engendrando numerosas herejías en su marcha; de Sicilia pasaron a Nápoles y a la Italia meridional bajo los auspicios de Federico II.

Pero mucho antes de que la Europa sufriese esta gran invasión intelectual, se verificaron las que en cierto modo debieran llamarse manifestaciones esporádicas del orientalismo. Como ejemplo puedo presentar las opiniones de Juan Erigena (800), que había enseñado y adoptado la filosofía de Aristóteles y efectuado una peregrinación a la cuna de este filósofo; confiando en unir la religión y la filosofía, según el modo propuesto por los eclesiásticos cristianos que entonces estudiaban en las uni-

versidades mahometanas de España. Era originario de Irlanda.

En una carta a Carlos el Calvo expresa Anastasio su asombro diciendo: «¡Cómo semejante bárbaro, que viene de los confines de la tierra, donde ha estado privado de la conversación de los hombres, puede comprender las cosas con tanta claridad y traducirlas tan bien a otro idioma!» El intento general de sus escritos era, como hemos dicho, unir la filosofía y la religión, pero el tratar estos asuntos le hizo incurrir en al censura eclesiástica, y algunas de sus obras fueron arrojadas al fuego. Su libro más importante se titula *De Divisione Naturae*.

La filosofía de Erigena se apoya en el hecho observado y admitido de que toda cosa existente procede de algo que ha vivido antes. Siendo el mundo visible un mundo de vida, ha emanado, por lo tanto, necesariamente de alguna existencia primordial, y esta existencia es Dios, que es, pues, el origen y el conservador de todo. Cualquier cosa que vemos, se conserva como cosa visible por la fuerza que de Él se desprende y desaparecería si ésta desapareciese. Erigena concibe, pues, la Divinidad como participando incesantemente en las operaciones de la naturaleza, siendo su protector y sostenedor, y en este respecto respondiendo al alma del universo de los griegos. La vida particular de los individuos es, por lo tanto, una parte de la existencia general, esto es, del alma del mundo.

Si alguna vez se anulase el poder conservador, todo volvería a las fuentes de donde salió; es decir, volvería a Dios y sería absorbido por Él. Toda la naturaleza visible, en suma, ha de volver al cabo a «la Inteligencia.» «La muerte de la carne es el auspicio de la restauración de las cosas y de la vuelta a su antigua conservación; así vuelven los sonidos al aire en que nacieron y por el cual estaban sostenidos y no se oyen más; ningún hombre sabe lo que ha sido de ellos. En esta absorción final que después de un período de tiempo debe venir necesariamente, Dios será todo en todo y nada existirá sino Él solo. Lo contemplo como el principio y la causa de todas las cosas; todas las cosas que son y todas las que han sido y que son ahora, fueron creadas de Él,

por ÉL y en Él; también le considero como el fin e infranqueable término de todas las cosas... Hay una concepción cuádruple de la naturaleza universal, dos de la naturaleza divina, como principio y fin, dos también de la naturaleza creada, como causas y efectos. Sólo Dios es eterno.»

La vuelta del alma a la inteligencia universal se designa por Erigena como teosis o deificación. En la absorción final se pierde todo recuerdo de la experiencia pasada; el alma vuelve a la condición en que estaba antes de que animase al cuerpo. Necesariamente, por lo tanto, incurrió Erigena en el desagrado de la Iglesia.

En la India fue donde primero descubrieron los hombres el hecho de que la fuerza es indestructible y eterna. Esto implica ideas más o menos distintas de lo que llamamos ahora «correlación y conservación». Consideraciones relacionadas con la estabilidad del universo dan fuerza a esta opinión, puesto que es palmario que si alguna vez hubiera, ya un aumento, ya una disminución, cesaría el orden del mundo. La cantidad definida e invariable de la energía del universo debe ser aceptada, por lo tanto, como un hecho científico; los cambios que presenciamos sólo se refieren a su distribución.

Pero toda vez que el alma debe considerarse como un principio activo, dar existencia a una nueva, sacada de la nada, es necesariamente aumentar la fuerza primitiva del mundo. Y si esto se ha verificado cada vez que ha nacido un individuo y ha de repetirse de aquí en adelante, la totalidad de la fuerza debe ir continuamente aumentando.

Por otra parte, las personas piadosas experimentan gran repugnancia en suponer que el Altísimo es como un servidor de los caprichos y pasiones del hombre y que en cierto período después de su origen sea necesario que cree un alma para el embrión.

Considerando al hombre compuesto de dos partes, alma y cuerpo, las relaciones evidentes del último arrojarán mucha luz sobre las oscuras y misteriosas de la primera. Ahora bien, la sustancia de que consta el cuerpo se obtiene de la masa general

de materia que nos rodea, y después de la muerte se restituye a esta masa general. ¿Ha presentado, pues, a nuestros ojos la naturaleza en el origen, transformación y destino de la parte material, o sea el cuerpo, alguna revelación que pueda hacernos conocer el origen y destino de su compañera, la parte espiritual o alma?

Oigamos un momento a uno de los más poderosos escritores mahometanos:

«Dios ha creado el espíritu del hombre de una gota de su propia luz; su destino es volver a ella. No nos engañemos con la vana idea de que morirá cuando el cuerpo muera. La forma que tuvimos al venir al mundo y la que tenemos ahora no es la misma; luego no es preciso que perezcamos para que perezca nuestro cuerpo. Nuestro espíritu viene a este mundo como un extranjero y permanece aquí como en una mansión transitoria. Nuestro refugio de las pruebas y tempestades del mundo está en Dios, unidos a Él hallaremos descanso eterno sin tristeza, goce sin dolor, fuerza sin flaqueza, conocimiento sin duda; una tranquila y extática visión de la fuente de la vida y de la luz y de la gloria, fuente de la cual venimos.» Así se expresa el filósofo sarraceno Al-Gazzali, en el año 1010.

En una piedra se encuentran en equilibrio estable las moléculas de materia, puede por lo tanto durar siempre; un animal, en realidad, es únicamente una forma por la cual pasa una corriente incesante de materia. Recibe lo necesario y expelle lo superfluo; en esto se asemeja a un torrente, a un río o a una llama; las partículas que lo formaban ha un instante se han dispersado en el siguiente y no puede seguir existiendo si no es alimentado exteriormente; tiene una duración de tiempo finita y llega inevitablemente un momento en el cual debe morir.

En el gran problema de la psicología no podemos esperar alcanzar un resultado científico, si persistimos en concretarnos a la observación de un solo hecho; debemos apoderarnos de todos los que nos sean asequibles; la psicología humana no puede resolverse completamente sino por la psicología comparada. Con Descartes podemos inquirir si las almas de los animales son

afines a la del hombre y miembros menos perfectos de la misma serie de desarrollo. Debemos tener en cuenta tanto lo que descubrimos en el principio inteligente de la hormiga como en el principio inteligente del hombre. ¿Qué sería de la psicología humana si no estuviese iluminada por la brillante irradiación de la psicología comparada?

Brodie, después de un maduro examen de los hechos, afirma que el alma de los animales es esencialmente igual a la del hombre. Todo el que esté familiarizado con el perro admitirá que esta criatura conoce el bien y el mal y tiene conciencia de sus faltas. Muchos animales domésticos tienen la facultad del raciocinio y emplean medios adecuados para conseguir sus propósitos. ¡Cuan numerosas son las anécdotas que se cuentan de las acciones intencionadas del elefante y del mono! Y no es esta visible inteligencia debida a la imitación de las acciones del hombre, puesto que los animales salvajes que no tienen contacto con él presentan propiedades semejantes. En especies diferentes, la capacidad y el carácter varían en gran manera. Así, pues, el perro es no sólo más inteligente, sino que tiene cualidades morales y sociales que no posee el gato; el primero quiere a su amo, el segundo a su casa.

Du Bois-Reymond hace esta notable observación: «Con respeto y admiración debe mirar el que estudia la naturaleza esta molécula microscópica de sustancia nerviosa que es el asiento del alma constructora, ordenada, laboriosa, leal y valiente de la hormiga. Ha alcanzado su estado presente a través de una serie de generaciones sin cuento.» ¡Qué deducción más profunda podemos obtener de la observación de Huber, que tan bien ha escrito sobre este asunto! ¡Si se observa una sola hormiga trabajando puede decirse todo lo que irá haciendo! Considera la materia y razona como nosotros. Oigamos una de las numerosas anécdotas que cuenta el veraz y sencillo Huber: «Una vez que una hormiga inspectora visitó las obras, habían empezado los obreros a techar demasiado pronto; examinó el trabajo y lo hizo derribar, levantar el muro a la altura debida y construir un nuevo techo con los restos del antiguo.»

Seguramente que estos insectos no son autómatas y que mues-

tran voluntad. Reconocen a sus antiguas compañeras que han estado encerradas con ellas por muchos meses, y dan pruebas de alegría a su vuelta. El lenguaje de las antenas es capaz de variada expresión y conviene perfectamente a la oscuridad del hormiguero.

Los insectos solitarios no viven lo bastante para educar sus pequeños, pero los insectos sociales, de más vida, dan muestras de afecciones morales y educan sus crías. Modelos de paciencia y maña, algunas de estas insignificantes criaturas trabajan dieciséis o dieciocho horas al día; pocos hombres son capaces de una sostenida aplicación mental por más de cuatro o cinco horas.

Efectos semejantes indican causas semejantes; semejanza de acciones exige semejanza de órganos. Me atrevería a rogar al lector de este párrafo que se halle familiarizado con las relaciones sociales de estos maravillosos insectos a que me refiero, que acuda al capítulo decimonono de mi obra sobre el «Desarrollo intelectual de Europa» en el que encontrará una descripción del sistema social de los Incas del Perú. Quizás entonces, en vista de la semejanza de las instituciones sociales y de la conducta personal del insecto y de las instituciones sociales y de la conducta personal del indio civilizado, aquél un ser insignificante, el otro un hombre, quizás entonces convendrá conmigo en que «de las abejas, avispas [135], hormigas y pájaros, de toda esa modesta vida animal, que miramos con tan superior desdén, tiene el hombre que aprender algún día lo que él es en realidad.»

Hoy no pueden aceptarse sin modificación las opiniones de Descartes, que consideraba a todos los insectos como autómatas; los insectos son autómatas tan sólo cuando juega la cadena nerviosa del vientre y la porción de ganglios del cerebro que tiene relación con las impresiones actuales.

Es una de las funciones de las células nerviosas conservar indicios o reliquias de las impresiones que los órganos de los sentidos les hayan transmitido; así, pues, los ganglios nerviosos que están compuestos de esta materia, pueden considerarse como

aparatos registradores; al par que introducen el elemento del tiempo en la acción del mecanismo nervioso. Una impresión que sin ellos hubiera llegado a convertirse en acción refleja, se prolonga, y con esta duración vienen todos aquellos importantes efectos que surgen por la recíproca acción de muchas impresiones antiguas y recientes.

No hay lo que se llama pensamiento original o espontáneo. Toda acción intelectual es consecuencia de una acción precedente y viene a la vida en virtud de algo que fue antes. Dos espíritus igualmente constituidos y colocados bajo el influjo de las mismas circunstancias, engendrarán precisamente iguales pensamientos; a esta uniformidad de acción aludimos con la expresión popular de «sentido común», vocablo en extremo expresivo. En la creación de un pensamiento hay dos condiciones distintas: el estado del organismo, como dependiente de impresiones anteriores, y el de las circunstancias físicas presentes.

En los ganglios encefálicos de los insectos están almacenadas las reliquias de las impresiones que se han efectuado sobre los nervios comunes periféricos, y en ellos se guardan las que se reciben por medio de los órganos especiales de los sentidos de la vista, el olfato y el oído. La inter-acción de estos eleva al insecto sobre los meros autómatas mecánicos, en los cuales la reacción sigue instantáneamente a la impresión.

En todo caso, la acción de cada centro nervioso, sea el que quiera su estado de desarrollo, alto o bajo, depende de una condición química esencial: la oxidación. Aun en el hombre, si el curso de la sangre arterial se detiene sólo un momento, el mecanismo nervioso pierde su poder: si disminuye aquel, decrece este en proporción, y si aumenta, como cuando se respira protóxido de azoe, la acción es más enérgica. De aquí la necesidad de reparar las fuerzas con el descanso y el sueño.

Dos ideas fundamentales se encuentran esencialmente unidas a todas nuestras percepciones sobre las cosas exteriores: la de espacio y la de tiempo, y para ellas hay repuesto en el mecanismo nervioso, siquiera sea en estado casi rudimentario. El ojo es el órgano del espacio, el oído el del tiempo y por el elabora-

do mecanismo de estos aparatos vienen a ser infinitamente más precisas sus percepciones que si fuera posible aplicarles tan sólo el simple sentido del tacto.

Hay algunos sencillos experimentos que nos ilustran sobre los vestigios de las impresiones gagliónicas. Si sobre un metal frío y pulimentado como la hoja de una navaja nueva de afeitar, colocamos un objeto, v. gr. una oblea, y después de echarle aliento aguardamos a que desaparezca la capa de humedad y quitamos la oblea, por delicado y minucioso que sea el análisis que practiquemos, no podremos descubrir el menor vestigio ni dibujo sobre la brillante hoja; mas si volvemos a respirar sobre ella, aparecerá claramente una imagen espectral de la oblea; esto puede repetirse una y otra vez; más todavía; si guardamos cuidadosamente la hoja en un lugar en que no pueda su superficie sufrir el menor deterioro, y al cabo de muchos meses volvemos a respirar sobre ella, aparecerá de nuevo la sombra de la oblea.

Este experimento nos demuestra de qué manera es posible registrar y conservar una impresión tan trivial y fugitiva. Y si en una superficie inorgánica semejante puede marcarse de un modo indeleble esa impresión, ¿con cuánto mayor motivo no sucederá en el ganglio construido con este especial objeto? Jamás una sombra se proyecta sobre la pared, sin dejar una huella permanente, la que pudiera hacerse visible empleando un procedimiento adecuado; esto es lo que hace la fotografía. Los retratos de nuestros amigos o las vistas y panoramas pueden sustraerse a nuestros ojos en la placa sensible, pero se les hace aparecer tan pronto como se aplica un revelador apropiado; un espectro se halla oculto sobre la superficie argentada o cristalina, hasta que por nuestra nigromancia le hagamos aparecer en el mundo visible. En los muros de nuestros más apartados aposentos, donde no creemos que puede penetrar mirada alguna indiscreta, en el más oculto retiro jamás profanado, existen vestigios de todas nuestras acciones, siluetas de cuanto hemos ejecutado.

Si después de tener cerrados los párpados algún tiempo, como cuando despertamos por la mañana, miramos rápidamente un objeto fuertemente iluminado y volvemos con prontitud a ce-

rrar los ojos, percibimos una imagen fantástica dentro de nuestra inmensa oscuridad. Podemos asegurarnos de que no es una ficción, sino una realidad, pues muchos detalles que no tuvimos tiempo para identificar en nuestra momentánea ojeada, podemos contemplarlos ahora a nuestro placer en el fantasma; así podemos representarnos el diseño de un objeto, como el encaje de una cortina en la ventana o las ramas de un árbol tras ella. Gradualmente la imagen se hace menos distinta y en uno o dos minutos todo ha desaparecido; parece que tiene como tendencia a flotar en el vacío que hay ante nosotros, y si tratamos de seguirla moviendo el globo del ojo, desaparece súbitamente.

Esta duración de las impresiones sobre la retina prueba que el efecto de la influencia exterior sobre las células nerviosas no es transitorio; hay correspondencia entre la duración, la emergencia, la extinción y la impresión, como en las preparaciones fotográficas. Así, pues, yo he visto paisajes y vistas de edificios tomadas en Méjico, reveladas, como dicen los artistas, meses después en Nueva York, apareciendo las imágenes después de un largo viaje, con todas sus formas y contrastes de luz y sombra; la fotografía nada había olvidado: había conservado lo mismo el contorno de las eternas montañas, que el humo efímero de una fogata de bandidos.

¿Se conservan, pues, más permanentemente en el cerebro, y son más fugaces en la retina, los vestigios de las impresiones que han sido recogidas por los órganos sensoriales?

¿Es ésta la explicación de la memoria: el espíritu contemplando los cuadros de lo pasado y de los sucesos que han sido confiados a su custodia? ¿Están colgados en sus silenciosas galerías los retratos microscópicos de los vivos y los muertos, las escenas a que hemos asistido y los incidentes en que hemos tomado parte? ¿Son estas permanentes impresiones, simples marcas o signos como los caracteres de un libro, para comunicar las ideas al ánimo, o son imágenes inconcebiblemente más pequeñas que esas que nos hacen nuestros artistas, y en las que, por medio del microscopio, podemos ver a una simple ojeada en un espacio no mayor que la punta de un alfiler un grupo de toda una familia?

Las imágenes fantásticas de la retina no son perceptibles a la luz del día; las que existen de un modo análogo en el sensorio no llaman nuestra atención mientras tanto que los órganos sensoriales están operando vigorosamente y ocupados en trasladarle nuevas impresiones. Pero cuando estos órganos se cansan o se gastan, o cuando experimentamos horas de grande ansiedad, o nos hallamos en una incierta soñolencia, o dormidos, las apariciones latentes toman cuerpo, aumentadas por el contraste, y se presentan por sí mismas al ánimo. Por la misma razón nos embargan durante el delirio y la fiebre, y sin duda también en el solemne momento de la muerte; durante un tercio de nuestra vida, en el sueño, estamos sustraídos a las influencias exteriores; el oído, la vista y los otros sentidos están inactivos; pero el ánimo, que nunca duerme, este pensador, este encantador velado en su misterioso retiro, contempla los ambrotipos que ha reunido (ambrotipos, puesto que son indelebles impresiones), y combinándolos como a veces sucede, construye con ellos el panorama de un sueño.

La naturaleza ha implantado, pues, en la organización de todo hombre medios que le hacen creer en la inmortalidad del alma y en una vida futura. Hasta el inculto salvaje ve así en sueños las indelebles formas de los paisajes que están tal vez ligados con algunos de sus más gratos recuerdos; ¿y qué cosa puede deducir de estas pinturas virtuales, sino que son las precursoras de otra tierra más allá de aquella en que se encuentra? A intervalos es visitado en sus sueños por apariciones de los vivos que ha amado u odiado, y estas manifestaciones son para él pruebas incontrovertibles de la existencia e inmortalidad del alma. En nuestra condición social más refinada, no nos es dado nunca sustraernos a estas impresiones, y deducimos de ellas las mismas conclusiones que nuestros salvajes antepasados. Nuestra condición de vida más elevada no nos liberta en absoluto de las inevitables operaciones de nuestra propia organización, como no nos libra de las dolencias y enfermedades. Bajo este punto de vista todos los hombres del mundo son iguales; salvajes o civilizados, llevamos en nosotros un mecanismo que nos presenta recuerdos de los hechos más solemnes de nuestra vida.

Sólo necesita un instante de reposo o una enfermedad, cuando la influencia de las causas exteriores disminuye, para entrar en juego; y éstos son precisamente los momentos en que estamos mejor preparados para recibir las verdades que ha de sugerirnos. Este mecanismo no respeta a nadie, ni permite al orgulloso estar libre de sus advertencias, ni deja al humilde sin el consuelo del conocimiento de otra vida. Los individuos interesados o mal intencionados no pueden extraviarlo; ni necesita tampoco el concurso humano para su efecto; presente siempre en el hombre adonde quiera que vaya, extrae maravillosamente de los vestigios de las impresiones del pasado pruebas abrumadoras de las realidades del futuro; y tomando su poder de una fuente que nos parecería inverosímil, insensiblemente nos conduce, no obstante lo que seamos ni donde estemos, desde los fantasmas cuya rápida aparición instantáneamente se borra, a una profunda creencia en lo inmortal e imperecedero.

El insecto difiere de un mero autómatas en que obran sobre él la edad y las impresiones conservadas. En las formas superiores de la vida animal, esta conservación o registro viene a ser más y más completa, y la memoria se hace más perfecta. No hay semejanza alguna necesaria entre una forma exterior y una impresión ganglionar, como no la hay entre las palabras de un mensaje entregado en una estación telegráfica y los signos que el telégrafo transmite a la estación receptora, o entre las letras de una página impresa y las acciones o escenas descritas en ella; pero los caracteres presentan claramente al ánimo del lector los sucesos y las escenas.

Un animal sin aparato alguno para la retención de las impresiones tiene que ser un puro autómatas; no puede tener memoria. De principios inciertos e insignificantes, este aparato se desarrolla gradualmente, y a medida que adelanta su desenvolvimiento, aumenta la capacidad intelectual. En el hombre esta retentiva o registro alcanza su perfección; se guía por las impresiones pasadas tan bien como por las presentes; influye en él la experiencia; su conducta, la determina la razón.

Cuando un animal adquiere capacidad para poder transmitir un conocimiento de las impresiones que conserva en sus centros

nerviosos, a otro animal de su misma especie, se verifica un gran progreso. Esto marca el paso de la vida individual a la social, lo que ciertamente es bien importante. Los insectos superiores lo realizan por el contacto de las antenas; el hombre, por la palabra. La humanidad en sus principios, en su estado salvaje, se hallaba limitada a transmitir sus conocimientos verbalmente de una persona a otra; las acciones y pensamientos de una generación podían comunicarse a otra e influir, por tanto, en los de ésta.

Pero la tradición tiene sus límites. La facultad de hablar hace posible la sociedad y nada más.

No sin interés notaremos los progresos del desarrollo de esta función. El invento del arte de la escritura extendió e hizo durable el registro o recuerdo de las impresiones; éstas, que hasta aquí habían sido conservadas en el cerebro de cada hombre, podían ahora transmitirse a toda la raza humana, siendo duraderas para siempre. La civilización se hizo posible, porque la civilización no puede existir sin la escritura o algún otro medio de recuerdo.

Desde este punto de vista psicológico comprendemos la significación real del invento de la imprenta o desarrollo de la escritura, que aumentando la rapidez de la difusión de las ideas y asegurando su permanencia, tiende a promover la civilización y a unificar la raza humana.

En los párrafos anteriores, relativos a las impresiones nerviosas, al modo de registrarlas y a las consecuencias que se desprenden de ellas, he dado un extracto de las opiniones presentadas en mi obra sobre Fisiología humana, publicada en 1856; para más pormenores puede el lector acudir al capítulo que trata de La Visión inversa o Vista cerebral, al cap. XIV, lib. I, y al cap. VIII, lib. II.

La única senda para la psicología humana científica es la de la psicología comparada, camino largo y cansado, pero que conduce a la verdad.

¿Hay, pues, una vasta realidad espiritual que llena el universo, como hay una vasta realidad material, un espíritu que, como

nos dice un gran autor alemán, «duerme en la piedra, sueña en el animal y despierta en el hombre?» ¿Viene el alma de la una, como de la otra el cuerpo? ¿Vuelven de un modo análogo a la fuente de donde han salido? Si así sucede, podemos interpretar la existencia humana y conciliar nuestras ideas con la verdad científica y con la concepción que tenemos de la estabilidad e invariabilidad del universo.

A esta realidad espiritual dieron los sarracenos, siguiendo a las naciones orientales, el nombre de Inteligencia activa. Creían que el alma del hombre emanaba de ella, como una gota de lluvia viene del mar y a él vuelve; así nacieron entre ellos las imponentes doctrinas de la emanación y de la absorción. La inteligencia activa es Dios.

En la India, como hemos visto, fue desarrollada esta idea en una de sus formas, de una manera magistral e incorporada al vasto sistema práctico del budhismo, por Chakia Muni; Averroes, entre los sarracenos, la presentó en otra con menos poder.

Pero quizás debemos decir que los europeos tienen a Averroes por el autor de esta doctrina porque le ven solo, aislado de sus antecesores; mas los mahometanos le dieron poco crédito en cuanto a su originalidad y lo consideraban como un comentador de Aristóteles que presentaba las ideas de la escuela filosófica de Alejandría y de otras de tiempos anteriores al suyo. Los siguientes extractos del Ensayo histórico sobre el averroísmo, por Mr. Renan, indicarán cuan estrechamente se acercaban las ideas mahometanas a las que hemos presentado antes.

Este sistema supone que, a la muerte de un individuo, su principio inteligente o alma no sigue poseyendo una existencia separada, sino que vuelve o es absorbida en el espíritu universal, la inteligencia activa, el alma del mundo, que es Dios, de quien ciertamente había emanado en su origen.

La inteligencia universal, activa u objetiva es increada, impasible, incorruptible; no tiene ni principio ni fin; no aumenta, como no aumenta el número de almas individuales; está separada de la materia; es como un principio cósmico. Esta unidad de la inteligencia activa, o razón, es el principio esencial del averroísmo y

está en armonía con la doctrina cardinal del mahometismo: la unidad de Dios.

La inteligencia individual, pasiva o subjetiva, es una emanación de la universal y constituye lo que se llama alma del hombre. En un sentido, es perecedera y concluye con el cuerpo; pero en otro más elevado es indestructible, porque después de la muerte vuelve o es absorbida en el alma universal; y así, pues, de todas las almas humanas sólo queda una finalmente, esto es, el conjunto de todas ellas. La vida no es propiedad del individuo; pertenece a la naturaleza. El fin del hombre es entrar en una unión más y más completa con la inteligencia activa, la razón; en esto consiste la felicidad del alma; nuestro destino es el reposo. Opinaba Averroes que la transición de la individualidad a la universalidad es instantánea al morir; pro los budhistas sostienen que la personalidad humana continua por cierto tiempo declinando antes de llegar al aniquilamiento; entonces se alcanza a Nirwana.

La filosofía no ha propuesto nunca más que dos hipótesis para explicar el sistema del mundo: primera, la de un Dios personal que separadamente, y un alma humana traída a la existencia o creada, y, por lo tanto, inmortal; segunda, la de una inteligencia impersonal o Dios indeterminado, y un alma que nace de él y a él vuelve. En cuanto al origen de los seres hay dos opiniones contrarias; primera, la de que han sido creados de la nada; segunda, la de que han venido por el desarrollo de formas pre-existentes. La teoría de la creación pertenece a la primera de estas hipótesis, y la de la evolución a la segunda.

La filosofía tomó, pues, entre los árabes la misma dirección que en la China, que en la India y que en todo el Oriente. Su espíritu era admitir la indestructibilidad de la materia y de la fuerza. Veía cierta analogía entre la reunión de materia de que se compone el cuerpo del hombre, la cual está tomada del vasto depósito de la naturaleza, y su restitución final a este depósito, y la emanación del espíritu del hombre de la inteligencia universal, la Divinidad y su reabsorción final.

Habiendo de este modo indicado con suficientes pormenores

los caracteres filosóficos de la doctrina de la emanación y la absorción, debo ahora relatar su historia. Introducida en Europa por los árabes de España, fue ésta el foco de donde partió, invadiendo todas las inteligencias de Europa, y en la misma España murió tristemente.

Los califas de la Península se habían rodeado de todo el lujo de la vida oriental. Tenían magníficos palacios, jardines encantadores, serrallos poblados de hermosas mujeres. La Europa de hoy día no presenta más gusto, más refinamiento, más elegancia que la que se veía en la época de que hablamos en las capitales de los árabes españoles. Sus calles estaban alumbradas y embaldosadas; los muros de las casas cubiertos de frescos y de alfombras los suelos; en el invierno caldeadas con braseros y templadas de los ardores del verano por aire perfumado que conducían tubos ocultos bajo los pisos, desde ramilletes de flores; tenían baños, bibliotecas, comedores y fuentes de agua y de azogue. En la ciudad y en el campo, siempre había fiestas y bailes al son del laud y de la mandolina; y en lugar de la glotonería y embriaguez de sus vecinos del Norte en sus orgías, distinguíanse los moros por la sobriedad de sus fiestas; el vino estaba prohibido. Las encantadoras noches de luna de Andalucía eran empleadas por los moros, en sus retirados jardines de hadas o en los bosquecillos de naranjos, en escuchar algún romance o en discutir algún tema filosófico; se consolaban de los desengaños de este mundo por reflexiones tales como las de que si la virtud fuese recompensada en esta vida, no tendríamos la esperanza de la futura, y se reconciliaban con el trabajo diario porque creían encontrar descanso después de la muerte; descanso al que jamás seguiría el trabajo.

En el siglo décimo, el califa Hakem II había hecho de la hermosa Andalucía el paraíso de la tierra. Cristianos, musulmanes y judíos se reunían sin temor. Entre muchos nombres célebres que han llegado hasta nosotros, se halla el de Gerberto, que más tarde fue papa; allí también estaba Pedro el venerable y muchos eclesiásticos cristianos. Pedro dice que encontró hombres instruidos que habían venido hasta de Bretaña para estudiar astronomía. Todos los sabios, cualesquiera que fuesen su país y

la religión que profesaran, eran bien recibidos. El califa tenía en su palacio una fábrica de libros, con copistas, encuadernadores y miniaturistas, así como agentes para comprarlos en todas las grandes ciudades de Asia y África. Su biblioteca contenía cuatrocientos mil volúmenes, magníficamente encuadernados e iluminados.

Por toda la extensión de los dominios mahometanos, en Asia, África y España, la clase baja de los musulmanes alimentaba un odio fanático contra la instrucción. Entre los más devotos, aquellos que pretendían ser ortodoxos, tenían penosas dudas sobre la salvación del gran califa Al-Mamun, el malvado califa, como le llamaban; porque no solo había distraído al pueblo, introduciendo los escritos de Aristóteles y otros griegos paganos, sino que había atacado la existencia del cielo y del infierno, diciendo que la tierra era un globo y pretendiendo medir su tamaño. Estas personas, por su número, constituían un poder político.

Almanzor, que usurpó el califato en perjuicio del hijo de Hakem, pensó que su usurpación sería apoyada si se ponía a la cabeza del partido ortodoxo. Hizo buscar, por lo tanto, en la biblioteca de Hakem todos los libros de filosofía o de ciencias, los que fueron llevados a la plaza y quemados, o arrojados a las cuevas del palacio. Por una revolución cortesana de la misma índole, Averroes, ya anciano (murió en 1198), fue expulsado de España, por traidor a la religión. El partido religioso había triunfado del filosófico. Una oposición a la filosofía se había organizado por todo el mundo musulmán. Difícilmente hubo filósofo que no fuese castigado; algunos fueron sentenciados a muerte, siendo la consecuencia de este rigor que el islamismo se llenase de hipócritas.

En la Italia, en Alemania y en Inglaterra, había caminado el averroísmo silenciosamente. Los franciscanos lo acogieron con favor y halló su foco en la universidad de París; muchos de los jefes científicos más ilustrados lo habían aceptado, pero al cabo, los dominicos, rivales de los franciscanos, dieron la señal de alarma. Decían que destruía toda personalidad, que conducía al fatalismo y hacía inexplicables la diversidad y el progreso de la inteligencia individual. Declarar que sólo hay una inteligencia, es

un error subversivo del mérito de los santos y una aserción de que entre los hombres no hay diferencias. ¡Pues qué! ¿No hay diferencia entre el alma santa de Pedro y la del condenado Judas? ¿son acaso idénticas? Averroes, en su doctrina blasfema, niega la creación, la providencia, la revelación, la Trinidad, la eficacia de la oración, de las limosnas y de las letanías; no cree en la resurrección ni en la inmortalidad y coloca el summum bonum en el placer.

También entre los judíos, que eran entonces los portaestandartes de la inteligencia del mundo, se había propagado considerablemente el averroísmo. Su gran escritor Maimónides lo aceptó por completo, y su escuela lo extendía en todas direcciones; una persecución furiosa se levantó por parte de los judíos ortodoxos, y Maimónides, a quien antes habían declarado ellos mismos, con placer, como «el águila de los doctores, el gran sabio, gloria del Occidente, luz del Oriente, inferior únicamente a Moises», fue considerado como apóstata de la fe de Abraham; había negado la posibilidad de la creación y creído en la eternidad del mundo; se había entregado al ateísmo y privado a Dios de sus atributos, haciendo de él un vacío, declarándolo inaccesible a la oración y extraño al gobierno del Universo. Las obras de Maimónides fueron quemadas por las sinagogas de Montpellier, Barcelona y Toledo.

Apenas habían las armas de Fernando e Isabel arrojado la dominación árabe de España, cuando el papado tomó medidas para extinguir estas opiniones, que se creía estaban minando a la cristiandad de Europa.

Hasta Inocencio IV (1243) no había habido tribunal especial contra los herejes, distinto del de los obispos. La Inquisición, introducida entonces de acuerdo con la centralización de los tiempos, fue un tribunal papal y general que ocupaba el lugar de los antiguos locales. Los obispos, por tanto, vieron la innovación con gran disgusto, considerándola como una intrusión en sus derechos. Se estableció en Italia, España, Alemania y provincias meridionales de Francia.

Los soberanos temporales tan sólo deseaban hacer uso inme-

diatamente de este poderoso mecanismo para sus objetos políticos personales. Contra esto protestaron los papas enérgicamente. No querían que su uso pasara del poder de los eclesiásticos.

La Inquisición, que ya había sido ensayada en el Sur de Francia, encontrándola eficaz para la supresión de la herejía, fue introducida en Aragón y se impuso el deber de acabar con los judíos.

En los tiempos antiguos, bajo los visigodos, había prosperado este pueblo grandemente; pero a la lenidad con que habían sido tratados, siguió la más atroz persecución cuando los visigodos abandonaron el arrianismo y se hicieron ortodoxos; promulgándose contra ellos las más inhumanas ordenanzas y decretándose una ley que los condenaba a todos a la servidumbre. No hay que maravillarse, pues, de los auxilios que prestaron a los sarracenos cuando éstos invadieron la península: como ellos, eran un pueblo oriental; ambos traían su origen de Abraham, su antepasado común; ambos creían en la unidad de Dios, y el defender esta doctrina había traído sobre sus cabezas el odio de sus señores los visigodos.

Bajo el mando de los sarracenos fueron tratados con la mayor consideración; se distinguieron por su saber y su riqueza; casi todos eran aristotélicos. Fundaron un gran número de escuelas y de colegios, y sus negocios mercantiles les hacían viajar por todo el mundo; estudiaban en particular la medicina, y durante toda la Edad media fueron los médicos y los banqueros de Europa. Consideraban el curso de los negocios humanos desde un punto de vista elevado, que no alcanzaron los demás hombres. Entre otras ciencias, se hicieron notables en las matemáticas y en la astronomía; compusieron las tablas alfonsinas y fueron los promovedores de los viajes de Gama. Se distinguían grandemente en la literatura amena; desde el siglo décimo al decimo-cuarto, su literatura fue la mejor de Europa. Se les encontraba en la corte de los príncipes como médicos o tesoreros encargados de las rentas públicas.

El clero ortodoxo de Navarra había excitado contra ellos vulgares prejuicios. Para escapar a las persecuciones que se origina-

ron, fingieron muchos convertirse al cristianismo y luego apostataron volviendo a su primera fe. El nuncio del papa en la corte de Castilla alzó el grito pidiendo el establecimiento de la Inquisición; los pobres judíos fueron acusados de sacrificar niños cristianos en la Pascua como mofa de la crucifixión; los más ricos fueron denunciados como averroístas. Por influjo de Torquemada, monje dominico y confesor de la reina Isabel, solicitó esta princesa una bula del Papa para establecer el Santo Oficio. La bula fue concedida en Noviembre de 1478, para la averiguación y extirpación de la herejía. En el primer año que funcionó la Inquisición, esto es, en el 1481, se quemaron dos mil víctimas en Andalucía; además, miles de cadáveres fueron desenterrados y arrojados a la hoguera, y diez y siete mil personas castigadas o aprisionadas perpetuamente. La raza entera tuvo que huir para salvar la vida; Torquemada, nombrado inquisidor general de Castilla y León, adquirió fama por su ferocidad. Se recibían denuncias anónimas, sin que jamás se carease a los acusados con los testigos, y se acudía al tormento, que se aplicaba en mazmorras donde nadie podía oír los gritos de las víctimas, para obtener las pruebas que se deseaban.

Como fingida conmiseración, estaba prohibido aplicar dos veces el tormento, y con horrible doblez se afirmaba que la tortura no había sido completa la vez primera, sino suspendida por caridad, hasta el día siguiente. Las familias de los procesados quedaban sumergidas en una ruina inevitable. Llorente, historiador de la Inquisición, calcula que Torquemada y sus colaboradores, durante dieciocho años, quemaron vivas diez mil doscientas veinte personas, seis mil ochocientas sesenta en efigie y castigaron por otros medios noventa y siete mil trescientas veintinueve. Aquel fraile fanático destruyó las Biblias hebreas donde quiera que las halló, y quemó seis mil volúmenes de literatura oriental en Salamanca, bajo el pretexto de que inculcaban el judaísmo. Con horror e indignación indecibles sabemos que el gobierno papal obtuvo mucho dinero vendiendo dispensas a los ricos para preservarlos de la Inquisición.

Pero todas estas espantosas atrocidades fueron ineficaces. Las conversiones eran escasas. Torquemada, por lo tanto, insistió

en el destierro inmediato de todo judío no bautizado, y el 10 de marzo de 1492 se firmó el edicto de expulsión. Se mandó salir del reino a todos los judíos sin bautizar, de cualquier edad, sexo o condición, en todo el mes de Julio, y si eran habidos después de este plazo serían condenados a muerte; podían vender sus propiedades y llevarse su importe en mercancías o letras de cambio, pero no en plata ni en oro. Desterrados así de repente de la tierra de su nacimiento, donde habían vivido sus antepasados cientos de años, no pudieron vender lo que poseían en un mercado que la fatalidad hacía abundante. Nadie quería comprar lo que se obtendría de balde, pasado Julio. El clero español se ocupaba en predicar en las plazas públicas sermones preñados de acusaciones contra sus víctimas, las que al llegar el momento de la expatriación inundaron los caminos ensordeciendo el aire con sus gritos de desesperación; los mismos españoles lloraban al presenciar esta escena de agonía. Torquemada, sin embargo, agregó a su orden que nadie osase prestarles la menor ayuda.

Algunos de los expatriados se dirigieron a África y otros a Italia; estos últimos llevaron a Nápoles el tifus adquirido en la travesía, del que murieron no menos de veinte mil habitantes de aquella ciudad, devastando la península entera; otros fueron a Turquía y algunos pocos a Inglaterra. Millares de ellos, especialmente madres y niños de pecho, muchachos y ancianos, murieron en el camino entre las agonías de las sed.

A esta medida contra los judíos, siguió otra contra los moros, una pragmática se publicó en Sevilla en 1502 que establecía la obligación en que estaban los castellanos de arrojar a los enemigos de Dios del país, y en la que se ordenaba que todo moro no bautizado en los reinos de Castilla y León, excepto los niños, habría de abandonar el país para fin de Abril. Podían vender sus propiedades, pero no llevarse oro ni plata; se les prohibió emigrar a dominios mahometanos castigando la desobediencia a esta orden con la muerte. Su condición fue, pues, peor que al de los judíos, a quienes se había permitido ir a donde quisieren, y tal era la satánica intolerancia de los españoles, que aseguraban que el gobierno obraría con justicia arran-

cando la vida a todos los moros por su incorregible infidelidad.

¡Qué ingratitud, tras de la tolerancia que éstos habían guardado con los cristianos en sus días de poder! No se observó fidelidad con las víctimas. Granada se había rendido bajo la garantía del completo goce de libertad civil y religiosa, y por instigación del cardenal Jiménez de Cisneros, fue violada esta condición, y tras una residencia de ocho siglos, se expulsó a los mahometanos del país.

La coexistencia de tres religiones en Andalucía, la cristiana, la mahometana y la mosaica, había dado facilidades para el desarrollo del averroísmo o filosofía árábica; esto era una repetición de lo que había ocurrido en Roma cuando, confundidos en la capital los dioses de todos los países conquistados, dejó de creerse en ninguno de ellos. El mismo Averroes fue acusado de haber sido primero musulmán, luego cristiano, luego judío, y finalmente incrédulo. Se afirmó que era autor del misterioso libro *De Tribus Impostoribus*.

En la Edad media hubo dos célebres libros heréticos: *El Evangelio eterno* y *De Tribus Impostoribus*. El último fue atribuido con variedad al papa Gerberto, a Federico II y a Averroes. Los dominicos, en su odio implacable contra este último, le atribuían todas las blasfemias que corrían en aquella época y no se cansaban nunca de recordar la célebre y ultrajante contra la Eucaristía. Sus escritos se habían conocido primero en la Europa cristiana, por la traducción que había hecho Miguel Scot a principios del siglo XIII, pero mucho tiempo antes de su época, en la literatura del Occidente lo mismo que en la del Asia, abundaban estas ideas; hemos visto con qué amplitud las había aceptado Erigena. Desde que empezaron los árabes a cultivar la filosofía, habían sido también inficionados y se admitían en todos los colegios de los tres califatos. Consideradas, no como una forma del pensamiento que nazca espontáneamente en todo hombre y en cierto estado de desarrollo intelectual, sino como originadas en Aristóteles, iban siendo continuamente acogidas con favor por los hombres de mayor ilustración, así las vemos en Roberto Grostete, en Rogerio Bacon y también en Espinosa. Averroes no era su inventor y sólo les dio expresión y claridad.

Entre los judíos del siglo XIII habían suplantado completamente a su verdadero maestro y Aristóteles había sido depuesto, ocupando su lugar su gran comentador Averroes. Tan numerosos fueron los convertidos a la doctrina de la emanación en la cristiandad, que el papa Alejandro IV en 1255 creyó necesario intervenir. Por orden suya compuso Alberto el Magno un libro contra la «Unidad de la Inteligencia.» Trata del origen y naturaleza del alma e intenta probar que la teoría de «una inteligencia aparte que ilumine al hombre por irradiación anterior al individuo y sobreviviéndole, es un error detestable.» Pero el antagonista más ilustre del gran comentador fue Santo Tomás de Aquino, destructor de todas las herejías, como la unidad de la inteligencia, la negación de la Providencia y la imposibilidad de la creación; las victorias del «Doctor angélico» fueron celebradas no sólo en las disputas de los dominicos, sino también en las obras de arte de los pintores de Florencia y Pisa. La indignación de este santo no tuvo límites cuando los cristianos se hicieron discípulos de un infiel peor que un mahometano. La ira de los dominicos, a cuyo orden pertenecía Santo Tomás, estaba aumentada por la inclinación de sus enemigos los franciscanos hacia el averroísmo; y el Dante, que era su amigo, denunció a Averroes como autor de un peligrosísimo sistema. El odio teológico de estas tres religiones dominantes descargó sobre él y fue señalado como el creador de la máxima atrocidad de que «toda religión es falsa aunque todas son útiles probablemente.» En el concilio de Viena se intentó suprimir en absoluto sus escritos y prohibir su lectura a todos los cristianos. Los dominicos, provistos con el arma de la Inquisición, aterraron a la Europa cristiana con sus implacables persecuciones, imputando todas las infidelidades de aquel tiempo al filósofo árabe; pero no quedó éste sin apoyo: en París y en las ciudades del norte de Italia, sostenían los franciscanos sus opiniones, y toda la cristiandad se hallaba conmovida por estas disputas.

Por inspiración de los frailes dominicos vino a ser Averroes el emblema de la incredulidad para los pintores italianos. Muchas ciudades de Italia tenían pinturas o frescos en las que se representaba el día del juicio y el infierno y en él aparecía Averroes

con frecuencia; así en una que había en Pisa figuraba al lado de Arrio, de Mahoma y del Antecristo; en otra está representado derribado por Santo Tomás, puesto que había sido un elemento esencial en los triunfos del gran doctor dominico. Continuó siendo familiar a los pintores italianos hasta el siglo XVI; sus doctrinas fueron sustentadas en la universidad de Padua hasta el siglo XVII.

Tal es con brevedad la historia del averroísmo al invadir la Europa por España. Bajo los auspicios de Federico II salió de Sicilia de un modo menos imponente; este soberano lo había adoptado por completo; en sus Cuestiones sicilianas pide luz sobre la eternidad del mundo y la naturaleza del alma, y suponiendo haberla encontrado en las respuestas de Ibn Sabin, se hizo campeón de estas doctrinas; pero en sus conflictos con el papado fue vencido y con él se extirparon estas herejías.

En la Italia superior se había sostenido el averroísmo largo tiempo, y era tan de buen tono en la alta sociedad veneciana, que todos los caballeros hacían alarde de profesarlo. Al fin la Iglesia tomó medidas decisivas contra él, y en el Concilio de Letran en 1512 condenó a los adeptos de esta detestable doctrina a ser tenidos por infieles y herejes. Como hemos visto, ha sido anatémizada por el último Concilio del Vaticano; a pesar de cuyo estigma debe tenerse presente que estas opiniones se consideran verdaderas por una gran mayoría de la raza humana.

Capítulo VI

Conflicto relativo a la naturaleza del mundo

Ideas de la escritura sobre el mundo: la Tierra es una superficie plana; lugares en que se hallan el cielo y el infierno. – Ideas científicas: la Tierra es un globo; determinación de su tamaño; su posición y relaciones en el sistema solar. – Los tres grandes viajes. – Colón, Gama y Magallanes. – Circunnavegación de la Tierra. – Determinación de su curvatura por la medida de un grado y por péndulo. – Descubrimientos de Copérnico. – Invención del antejo. – Galileo ante la inquisición. – Su castigo. – Victoria sobre la Iglesia. – Tentativas para averiguar las dimensiones del sistema solar. – Determinación de la paralaje del Sol por el paso de Venus. – Pequeñez de la Tierra y del Hombre. – Ideas respecto a las dimensiones del universo. – Paralaje de las estrellas. – La pluralidad de los mundos, afirmada por Bruno. – Es preso y muerto por la Inquisición.

Tengo ahora que presentar las discusiones que se suscitaron respecto del tercer gran problema filosófico: la naturaleza del mundo.

La observación superficial del aspecto de la naturaleza nos induce a creer que la Tierra es una extensa superficie plana que sustenta el domo del cielo, dividiendo un firmamento las aguas superiores de las inferiores; que los cuerpos celestes, el Sol, la Luna y las estrellas, siguen su marcha de Este a Oeste, y que su pequeñez y movimiento alrededor de la Tierra inmóvil, acusan su inferioridad. De las varias formas orgánicas que rodean al hombre, ninguna le iguala en dignidad, y de aquí parece justo deducir que todo ha sido criado para su uso; el Sol, con objeto de darle luz durante el día, y la Luna y las estrellas por la noche.

La teología comparada nos enseña que este concepto de la naturaleza ha sido universalmente aceptado en las primeras fases

de la vida intelectual. Es la creencia de todas las naciones en todas partes del mundo, al principio de su civilización: geocéntrica, porque hace de la Tierra el centro del universo; antropocéntrica, porque hace del hombre el objeto central de la Tierra. Y no es ésta únicamente la conclusión espontánea que se obtiene de ojeadas inconsideradas sobre el mundo, es también la base filosófica de varias revelaciones religiosas concedidas al hombre de cuando en cuando. Estas revelaciones, por otra parte, le declaran que sobre el domo cristalino del firmamento hay una región de eterna luz y felicidad, el cielo, mansión de Dios y de los ángeles, y quizás también su propia morada después de la muerte; y bajo la Tierra hay una región de eterna oscuridad y miseria, morada de los malos; hay, pues, en el mundo visible una pintura del invisible.

Basados en esta opinión de la estructura del mundo, se han fundado grandes sistemas religiosos, y de aquí que considerables intereses materiales hayan venido en su apoyo. Estos han resistido, a veces de un modo sangriento, a las tentativas hechas para corregir sus incontestables errores, y esta resistencia se fundaba en la sospecha de que afectaban a la localización del cielo y del infierno y al supremo valor del hombre en el universo.

Que estas tentativas se hicieran era inevitable. Tan pronto como el hombre empezó a razonar sobre este asunto, tuvo que desconfiar de la afirmación de que la Tierra era un plano indefinido; nadie puede poner en duda que el Sol que vemos hoy es el mismo que vimos ayer; su reaparición todas las mañanas irresistiblemente sugiere que ha pasado por el lado inferior de la Tierra; pero esto es incompatible con el reinado de la noche en aquellas regiones y presenta con más o menos distinción la idea de la forma globular de la Tierra.

La Tierra no puede extenderse indefinidamente hacia abajo, puesto que el Sol no puede en su camino ni perforarla, ni pasar por alguna caverna, ya que sale y se pone por distintos lugares en las diversas estaciones del año; las estrellas también pasan bajo ella en sus movimientos sin fin; debe de haber por lo tanto un espacio libre debajo.

Para conciliar la revelación con estos hechos nuevos, se inventaron sin duda algunos sistemas tales como el presentado por Cosme Indicopleusta en su Topografía cristiana; ya tendremos ocasión de volver a tratar de ésta en las siguientes páginas. Asegura que en la parte setentrional de la Tierra plana hay una montaña inmensa, tras de la cual pasa el Sol, produciéndose así la noche.

En un período histórico muy remoto se había descubierto el mecanismo de los eclipses; los de Luna habían demostrado que la sombra de la Tierra es siempre circular. La forma de la Tierra debe ser globular por lo tanto, puesto que el cuerpo que presenta un sombra circular en todas direcciones ha de ser precisamente una esfera. Otras consideraciones, con las que hoy día está familiarizado todo el mundo, no pudieron dejar de establecer que ésta es en verdad su figura.

Pero la determinación de la estructura de la Tierra no la destruía de su posición de superioridad; mucho más grande en apariencia que todas las demás cosas, se convino en que debía considerarse, no sólo como el centro del mundo, sino como el mundo mismo; los demás objetos que la acompañan carecen absolutamente de importancia comparados con ella.

Aunque las consecuencias que se desprendían de admitir la forma globular de la tierra afectaban muy profundamente a las ideas teológicas reinantes, eran, sin embargo, de mucha menos importancia que las que dependían de la determinación de su tamaño. No era necesario poseer sino un conocimiento elemental de la geometría para comprender que podían obtenerse ideas correctas sobre este punto midiendo un grado en su superficie; probablemente se intentó hacer esto alguna vez en tiempos remotos y acaso se han perdido los resultados. Eratóstenes lo ejecutó al fin en Egipto, entre Siena y Alejandría, suponiendo que aquella se encontraba exactamente bajo el trópico de Cáncer; los dos lugares no están, sin embargo, en un mismo meridiano y la distancia que hay entre ellos no fue medida, sino estimada. Dos siglos más tarde hizo Posidonio otra tentativa entre Alejandría y Rodas; la brillante estrella Canopo rasaba el horizonte de este último lugar, alcanzando en Alejandría una

altura de $7 \frac{1}{2}^{\circ}$. En este caso también, por la dirección tomada al cruzar el mar se estimó la distancia, pero no se midió. Finalmente, como ya hemos referido, el califa Al-Mamun hizo dos series de mediciones; una en las costas del mar Rojo y la otra cerca de Cufa en Mesopotamia. El resultado general de estas diversas observaciones dio como diámetro de la Tierra de siete a ocho mil millas.

Esta determinación aproximada del tamaño de la Tierra tendía a destronarla de su posición dominadora y daba origen a resultados teológicos de mucha transcendencia; ayudaron poderosamente a este fin las antiguas investigaciones de Aristarco de Samos, de la escuela de Alejandría (280 años antes de J.C.). En su tratado de las magnitudes y distancias del Sol y de la Luna, desarrolla el ingenioso, aunque imperfecto método que había aplicado a la resolución de este problema. Muchos años antes había transportado Pitágoras a Europa desde la India una especulación en la que se presentaba al Sol como centro del sistema; a su alrededor, giraban los planetas en órbitas circulares, por este orden de posición: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno; se suponía que cada uno de ellos giraba sobre su eje, al mismo tiempo que se movía alrededor del Sol. Según Cicerón, Nicetas sugirió que admitiendo que la Tierra giraba sobre su eje, se evitaba la dificultad presentada por la inconcebible velocidad de los cielos.

Hay razones para creer que las obras de Aristarco que había en la biblioteca alejandrina fueron quemadas cuando el incendio de César. El único tratado suyo que ha llegado hasta nosotros es el que hemos mencionado más arriba sobre las magnitudes y distancias del Sol y de la Luna.

Aristarco adoptó el sistema de Pitágoras, por ser el que representaba los hechos presentes; esto resultaba del conocimiento adquirido de la asombrosa distancia del Sol, y por lo tanto de su enorme tamaño; el sistema heliocéntrico, que consideraba al Sol como centro del orbe, rebajaba la Tierra hasta un rango subordinado, haciéndola simplemente un individuo del grupo de los seis cuerpos giratorios.

Pero no es esto lo único con que contribuyó Aristarco al adelanto de la astronomía: pues considerando que el movimiento de la Tierra no afecta de un modo sensible a la posición aparente de las estrellas, infirió que éstas se hallan incomparablemente más distantes de nosotros que el Sol. Fue, por lo tanto, de todos los antiguos, como hace notar Laplace, el que tuvo ideas más exactas sobre la magnitud del universo. Vio que la Tierra es de un tamaño absolutamente insignificante, cuando se la compara con las distancias estelares; vio también que sobre nosotros sólo se extienden el espacio y las estrellas.

Pero las opiniones de Aristarco respecto a la colocación de los cuerpos planetarios no fueron aceptadas por la antigüedad; el sistema propuesto por Ptolemeo e incorporado en su *Sintaxis* se prefirió universalmente. La filosofía física de aquellos tiempos era muy imperfecta; una de las objeciones de Ptolemeo al sistema de Pitágoras era que si la Tierra estaba en movimiento, dejaría al aire y los cuerpos ligeros tras de sí. Por lo tanto colocaba la Tierra en posición central, y por su orden giraban alrededor de ella la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno; más allá de la órbita de Saturno estaba el firmamento de las estrellas fijas; en cuanto a las esferas cristalinas sólidas, que se movían una de Este a oeste y de Norte a Sur la otra, fantasías eran de Eudoxio a las que no alude Ptolemeo.

Es por lo tanto el sistema ptolemaico esencialmente geocéntrico; deja a la Tierra en su posición de superioridad, y de aquí que no arroje la menor sombra sobre las opiniones religiosas cristianas o mahometanas. La inmensa reputación de su autor, la señalada habilidad de su grande obra sobre el mecanismo de los cielos, lo sostuvo por casi mil cuatrocientos años, esto es, desde el segundo siglo hasta el XVI.

La cristiandad empleó la mayor parte de este largo período en disputas repecho a la naturaleza de Dios y en luchas por el poder eclesiástico. La autoridad de los Padres y la creencia predominante de que las Escrituras contenían la suma de todo saber, hacían que no hubiera estímulo para investigar la naturaleza. Si por acaso hubo algún interés pasajero en ciertas cuestiones astronómicas, se cortaba en seguida, haciendo referencia a

la autoridad de los escritos de Agustín o de Lactancio, y no apelando a los fenómenos celestes. Tan grande era la preferencia que se daba al saber sagrado sobre el profano, que durante mil quinientos años no produjo la cristiandad ni un solo astrónomo.

Mucho más útil y beneficiosa fue la conducta de los pueblos mahometanos; en ellos, el cultivo de las ciencias data de la toma de Alejandría (638), ocurrida a los seis años de la muerte del profeta. En menos de dos siglos, no sólo se habían familiarizado con los escritos científicos de los griegos, sino que se habían apropiado de sus conocimientos. Como ya hemos mencionado, obtuvo el califa Al-Mamun, debido a su tratado con Miguel III, una copia de la Sintaxis de Ptolemeo, la cual hizo traducir al árabe inmediatamente y vino a ser la gran autoridad de los astrónomos sarracenos; siendo ésta la base de que partieron para resolver algunos de los más importantes problemas científicos. Habían averiguado las dimensiones de la Tierra; registrado y catalogado todas las estrellas visibles en su horizonte, dándoles a las de superior magnitud los nombres que aún llevan en nuestros globos y planisferios; determinaron la verdadera duración del año, descubrieron la refracción astronómica, inventaron el reloj de péndola, perfeccionaron la fotometría de las estrellas, averiguaron la marcha curvilínea de un rayo de luz a través de la atmósfera; explicaron la aparición de la Luna y del Sol sobre el horizonte y por qué vemos estos astros antes del orto y después del ocaso; midieron la altura de la atmósfera, asignándole cincuenta y ocho millas; dieron las verdaderas teorías del crepúsculo y del centelleo de las estrellas, y edificaron el primer observatorio de Europa. Tan minuciosos eran en sus observaciones, que los más hábiles matemáticos modernos han podido hacer uso de ellas. Así Laplace, en su Sistema del mundo, aduce a las observaciones de Albatenio como pruebas incontestables de la disminución de la excentricidad de la órbita terrestre, y emplea las de Ibn-Junis en su discusión sobre la oblicuidad de la eclíptica, así como al tratar de los problemas de las grandes desigualdades de Júpiter y Saturno.

Esto no representa sino una parte, y por cierto la más pequeña, de los servicios prestados por los astrónomos árabes en la solu-

ción del problema de la naturaleza del mundo. Mientras tanto, eran tales las tinieblas de la cristiandad y tal su deplorable ignorancia, que no se cuidaba absolutamente del asunto. Su atención estaba concentrada en el culto de las imágenes, la transustanciación, el mérito de los santos, los milagros y las curaciones en los santuarios.

Esta indiferencia continuó hasta fines del siglo XV, y aún entonces no había la menor inclinación hacia la ciencia; los motivos que la hicieron revivir fueron de índole muy distinta y se debieron a rivalidades comerciales; la cuestión de la forma de la Tierra fue definitivamente establecida por tres marinos: Colón, Gama y sobre todos, Magallanes.

El comercio del Asia oriental había sido siempre un manantial de inmensa riqueza para las naciones occidentales que sucesivamente lo habían obtenido. En la Edad media estaba concentrado en la Italia superior y era conducido por dos líneas, una septentrional, por los mares Negro y Caspio (y luego con caravanas de camellos), cuyo cuartel general era Génova, y otra meridional, por los puertos de Siria y Egipto y el mar de Arabia, y cuyo cuartel general era Venecia. Los negociantes que se ocupaban de este último tráfico habían obtenido también grandes ganancias con el servicio de transportes, en las Cruzadas.

Los venecianos habían procurado conservar relaciones amistosas con los poderes mahometanos de Siria y Egipto; les fue permitido instalar consulados en Alejandría y en Damasco, y a pesar de las conmociones militares de que fueron teatro aquellos países, el comercio se mantuvo siempre en un estado hasta cierto punto floreciente. Pero la línea del Norte o de Génova fue cortada por completo por las irrupciones de los tártaros y de los turcos y por los disturbios militares de los países que atravesaba; el comercio oriental de Génova estaba, no sólo en una condición precaria, sino a pique de perderse.

El horizonte visible circular y su depresión en el mar, la aparición y desaparición gradual de los barcos en lontananza, no podían dejar de inclinar el ánimo de los marinos inteligentes a la creencia en la forma globular de la tierra; los escritos de los

astrónomos y filósofos mahometanos habían extendido esta doctrina por todo el occidente de Europa; pero, como puede suponerse, fue recibida desfavorablemente por los teólogos. Cuando Génova estaba al borde de su ruina, ocurrióse a algunos de sus marinos que si esta opinión era exacta, podía restablecer sus negocios; un buque que navegase hacia el oeste, pasara el Estrecho de Gibraltar y siguiera por el Océano en la misma dirección, no dejaría de llegar a las Indias Orientales; había además otras grandes ventajas en apariencia; podían transportarse cargamentos pesados sin tanto costo como por la vía terrestre y sin necesidad de fraccionar la mercancía.

Entre los marinos genoveses que sustentaban esta idea se hallaba Cristóbal Colón.

Nos cuenta que lo que llamó su atención sobre este asunto fueron los escritos de Averroes; pero entre sus amigos nombra a Toscanelli, florentino, el cual se había dedicado a la astronomía y hecho gran defensor de la forma globular. Encontró Colón en Génova poca protección; invirtió entonces muchos años tratando de interesar a diferentes príncipes en su empresa; su tendencia irreligiosa fue señalada por los eclesiásticos españoles y condenada por el concilio de Salamanca; su ortodoxia fue refutada por el Pentateuco, los Salmos, las Profecías, los Evangelios, las Epístolas y los escritos de los padres San Crisóstomo, San Agustín, San Jerónimo, San Gregorio, San Basilio y San Ambrosio.

Al cabo, sin embargo, sostenido por la reina de España Isabel y ayudado materialmente por la rica familia de los Pinzones, navegantes de Palos, alguno de los cuales le acompañó, zarpó del puerto de palos el 3 de Agosto de 1492, con tres pequeñas carabelas, llevando consigo un despacho del rey Fernando al Gran Khan de Tartaria, y una carta y un mapa contruidos sobre la base de los de Toscanelli. Poco antes de media noche, el 11 de octubre de 1492, vio desde el castillo de proa de su barco una luz que se movía a lo lejos, dos horas después, un cañonazo de señal disparado desde otro de los buques le anunció que habían descubierto tierra. Al salir el sol, puso Colón el pie en el Nuevo Mundo.

A su vuelta a Europa se supuso generalmente que había llegado a la parte oriental del Asia, y que por lo tanto su viaje había sido teóricamente afortunado; el mismo Colón murió en esta creencia. Pero los numerosos viajes que pronto se emprendieron, hicieron conocer el contorno general de la costa de América, y el descubrimiento por Balboa del gran mar del Sur, reveló al fin la verdad del caso y el error en que habían caído Toscanelli y Colón; éstos suponían que en un viaje al Oeste no sería mayor la distancia de Europa a Asia que la que hay de Italia al Golfo de Guinea, viaje que Colón había hecho repetidas veces.

En su primer viaje, a la caída de la tarde, el 13 de Septiembre de 1492, hallándose a dos grados y medio al este de Corvo, una de las Azores, observó Colón que las brújulas de los barcos no se dirigían ligeramente hacia el Este del Norte, sino hacia el Oeste; esta variación fue haciéndose más sensible a medida que avanzaba la expedición; sin duda que antes que él notaron otros la declinación de la aguja, pero él fue incontestablemente el primero en descubrir la línea de invariabilidad. En el viaje de retorno se observó lo contrario; la declinación occidental disminuyó hasta cortar el meridiano en cuestión, en el que las agujas marcaron Norte verdadero y luego, al irse aproximando a las costas de Europa la declinación cambió al Este. Colón, por lo tanto, dedujo que la línea de invariabilidad era una línea geográfica fija o límite entre el hemisferio oriental y el occidental. En la bula de Mayo de 1493, el papa Alejandro VI adoptó en consecuencia esta línea, como límite perpetuo entre las posesiones de España y las de Portugal, al decidir sobre las disputas de estas dos naciones; más tarde, sin embargo, se descubrió que la línea se movía hacia el Este, llegando a coincidir con el meridiano de Londres en 1662.

Por la bula del Papa, las posesiones portuguesas quedaron reducidas a las que se hallaban al Este de la línea de invariabilidad; llegó a oídos de aquel Gobierno, por informes obtenidos de ciertos judíos egipcios, que era posible navegar alrededor de África, pues a su extremidad meridional se encuentra un cabo que podía doblarse fácilmente. Una expedición de tres barcos, al mando de Vasco de Gama, se dio a la vela el 9 de Julio de

1497, dobló el cabo el 20 de Noviembre y llegó a Calicut, en la costa de India, el 19 de mayo de 1498. Según la bula mencionada, este viaje al Este daba a los portugueses el derecho al comercio de la India.

Hasta doblar el cabo, el rumbo de los barcos de Gama fue en general hacia el Sur. Muy pronto se notó que la elevación de la estrella polar sobre el horizonte iba disminuyendo, e inmediatamente después de pasar el Ecuador dejó de ser visible; al mismo tiempo otras estrellas, algunas de las cuales formaban magníficas constelaciones, se presentaron a la vista, eran las del hemisferio austral, todo esto estaba en armonía con las esperanzas teóricas fundadas en la aceptación de la forma globular de la tierra.

Las consecuencias políticas que surgieron en seguida colocaron al Gobierno papal en una posición muy embarazosa. Sus tradiciones y su política le impedían admitir ninguna otra forma de la Tierra, sino la aplanada que revelan las escrituras. Ocultar los hechos era tan imposible, como inútil sofisticarlos. La prosperidad comercial abandonó ahora a Génova lo mismo que a Venecia; el frente de Europa había cambiado, el poder marítimo se había trasladado de los países del Mediterráneo a las costas del Atlántico.

Pero el Gobierno español no se avino fácilmente a la ventaja que le había ganado su rival comercial; escuchó con interés el mensaje de un Fernando Magallanes, en el que decía que a la India y a las islas de las especies podía llegarse navegando hacia el Oeste, si tan sólo pudiera encontrarse un estrecho o paso a través de lo que ya se reconocía como «continente americano», y si esto se verificase, España, según la bula del Papa, tendría tanto derecho como Portugal al comercio de la India. Una expedición de cinco buques al mando de Magallanes, con doscientos treinta y siete hombres, zarpó de Sevilla el 10 de Agosto de 1519.

Magallanes, con el mayor ardor, hizo rumbo desde luego hacia la América meridional, con la esperanza de hallar algún paso a través del continente, por el cual pudiera penetrar en el gran

mar del Sur. Durante setenta días sufrió las calmas de la línea; sus marineros se aterraron creyendo haber llegado a una región en donde jamás soplaban los vientos y de la que les era imposible huir; calmas, tempestades, sublevaciones, deserciones, nada pudo quebrantar su resolución. Más de un año había transcurrido cuando descubrió el estrecho que lleva su nombre, y según cuenta el italiano Pigafetti que le acompañaba, derramó lágrimas de alegría cuando vio que Dios había querido al fin traerlo adonde pudiera luchar con los desconocidos peligros del mar del Sur, del «Gran Océano Pacífico.»

Reducidos por la necesidad a comer tiras de cuero del aparejo y a beber agua corrompida, morían sus marineros de hambre y escorbuto, mientras que este hombre, firme en su creencia de la forma globular de la tierra, hizo rumbo prestamente al noroeste, y durante cuatro meses no vio tierra alguna habitada. Estimó que había navegado por el Pacífico a lo menos doce mil millas; cruzó el Ecuador, vio otra vez la estrella polar y al cabo pisó tierra en las Ladronas. Allí encontró aventureros de Sumatra; y en una de estas islas fue muerto, o por los salvajes o por sus mismos tripulantes. Su teniente, Sebastián Elcano, tomó entonces el mando del barco, que dirigió al cabo de Buena Esperanza sufriendo espantosas miserias; dobló el cabo finalmente y cruzó por cuarta vez la equinoccial. El 7 de septiembre de 1522, después de un viaje de más de tres años, condujo su barco, el Santa Victoria, a fondear en el puerto de Sanlúcar, cerca de Sevilla. Había ejecutado la más grande empresa que registra la historia de la especie humana. Había dado la vuelta al mundo. El Santa Victoria, navegando hacia el Oeste, había vuelto a su punto de partida, y las doctrinas teológicas del aplanamiento de la Tierra fueron derribadas por completo.

Cinco años después de efectuado el viaje de Magallanes, se intentó por primera vez en la cristiandad averiguar el tamaño de la Tierra. Fernel, médico francés, que había observado la altura del polo en París, se dirigió hacia el Norte, hasta encontrar un lugar donde ésta tuviese un grado más que en aquella ciudad. Midió la distancia entre las dos estaciones por el número de revoluciones de una de las ruedas de su carruaje, a la cual

había adaptado un indicador apropiado, y dedujo que la circunferencia de la Tierra es de cerca de veinticuatro mil cuatrocientas ochenta millas italianas.

Otras mediciones más exactas se llevaron a cabo en varios países; por Snell, en Holanda; por Nerwood, entre Londres y York, y por Picard, bajo los auspicios de la Academia de Ciencias, en Francia. El plan de Picard era unir dos puntos por una serie de triángulos, averiguar así la dimensión de un arco de meridiano comprendido entre ellos, y compararlo con la diferencia de latitud obtenida por observaciones astronómicas. Las estaciones fueron Malvoisine, próxima a París, y Sourdon cerca de Amiens. La diferencia de latitud se determinó observando las distancias zenitales de δ Cassiopeae. Hay dos puntos importantes relacionados con la operación de Picard: uno, haber empleado por primera vez instrumentos provistos de anteojos, y otro, que sus resultados confirmaron, como pronto veremos, la teoría de Newton de la gravitación universal.

En este tiempo había llegado a ser patente, merced a consideraciones mecánicas, y en particular a las deducidas por Newton, que puesto que la Tierra es un cuerpo giratorio, su forma no puede ser la de una esfera perfecta, sino la de una esferoide aplanada por los polos, de lo cual se desprende que la longitud de un grado debe ser mayor cerca de aquellos que en el Ecuador.

La Academia Francesa resolvió ampliar la operación de Picard, prolongando las medidas en ambas direcciones, y que el resultado fuese la base de un mapa de Francia más exacto. Algunas dilaciones acontecieron, sin embargo, y hasta 1718 no se completaron las mediciones desde Dunquerque a la extremidad meridional de Francia; surgió una discusión en cuanto a la interpretación de estas medidas, por afirmar unos que indicaban una esferoide prolongada y otros una esferoide aplastada; la primera forma puede representarse groseramente por un limón, y por una naranja la segunda. Para decidir la cuestión, el gobierno francés, apoyado por la Academia, envió dos expediciones a medir un grado de meridiano, una al Ecuador y la otra tan al Norte como fuera posible; la primera fue al Perú y la se-

gunda a la Laponia sueca; ambas expediciones lucharon con grandísimas dificultades, la comisión de Laponia, no obstante, completó sus operaciones mucho antes que la del Perú, que invirtió nada menos que nueve años. Los resultados de las mediciones así obtenidas, confirmaron la esperanza teórica de la forma aplastada. Desde aquel tiempo se han efectuado repetidas veces muchas y muy exactas operaciones de esta clase, entre las que deben mencionarse las de los ingleses, en Inglaterra y en la India, y particularmente la de los franceses cuando la introducción del sistema métrico de pesos y medidas. Se empezó esta última por Delambre y Mechain partiendo de Dunquerque a Barcelona, y de aquí fue extendida por Biot y Arago hasta la isla de Formentera, cerca de Menorca. Su longitud era de cerca de doce grados y medio.

Además de este método de medición directo, puede emplearse para determinar la figura de la tierra el de la observación del número de oscilaciones de un péndulo de igual longitud, en diferentes latitudes. Esto, aunque confirma los resultados anteriores, da una elipticidad algo mayor a la Tierra que la hallada por la medición de grados. El péndulo oscila con más lentitud, a medida que se aproxima al Ecuador; se deduce por lo tanto que este paraje se encuentra más distante del centro de la Tierra.

Según las mediciones de más confianza que se han ejecutado, las dimensiones de la Tierra puede decirse que son:

Diámetro mayor o ecuatorial.....7.925 millas.

Diámetro menor o polar7.899 millas.

Diferencia o aplanamiento polar..... 26 millas

Tal fue el resultado de la discusión respecto a la figura y tamaño de la tierra; y cuando estaba todavía sin determinar, surgió otra controversia preñada de consecuencias más graves aún. Fue el conflicto relativo a la posición de la Tierra con relación al Sol y los planetas.

Copérnico, prusiano, hacia el año 1507, concluyó un libro Sobre

las revoluciones de los cuerpos celestes. Había viajado por Italia en su juventud y dedicándose a la astronomía, estudiando en Roma las matemáticas. Un estudio profundo de los sistemas ptolemaico y pitagórico le había convencido de la verdad de este último, y apoyarlo era el objeto de su libro; comprendió que sus doctrinas eran totalmente opuestas a la verdad revelada, y previendo que podría acarrearle el castigo de la Iglesia, se expresó con prudencia y de un modo apologético, diciendo que había tomado la libertad únicamente de ensayar si, en el supuesto del movimiento giratorio de la Tierra, era posible hallar una explicación mejor que la antigua de las revoluciones de los mundos celestes; y que al obrar así había usado del privilegio concedido a otros de fingir las hipótesis que querían; el prefacio estaba dirigido al papa Paulo III.

Lleno de aprensiones en cuanto al resultado, se abstuvo de publicar su libro durante treinta y seis años, pensando que «tal vez sería mejor seguir el ejemplo de los pitagóricos y otros, transmitiendo sus doctrinas sólo por tradición y a sus amigos.» A instancias del cardenal Schomberg los publicó al fin en 1543; un ejemplar le fue presentado ya en su lecho de muerte. Su suerte fue la que él había temido; la Inquisición lo condenó como herético, y en el decreto de la Congregación del Índice se prohibía y denunciaba su sistema como «falsa doctrina pitagórica en todo contraria a las Sagradas Escrituras.»

Los astrónomos afirman con razón que el libro de Copérnico *De Revolutionibus* cambió la faz de su ciencia; estableció de una manera incontestable la teoría heliocéntrica; demostró que la distancia de las estrellas fijas es infinitamente grande, y que la Tierra es un simple punto en el cielo. Adelantándose a Newton, atribuyó Copérnico la atracción al Sol, a la Luna y a los cuerpos celestes; pero se equivocó sosteniendo que los movimientos de los astros debían ser circulares. Las observaciones de la órbita de Marte y sus diferentes diámetros en distintas épocas habían sugerido a Copérnico esta teoría.

Al denunciar, pues, las autoridades eclesiásticas el sistema de Copérnico como contrario a la revelación, obraron sin duda por las consideraciones que de él se desprendían. Destronar a la

Tierra de su posición central dominante, para darle muchos rivales y no pocos superiores, parecía que era rebajarla en sus pretensiones a las miradas divinas. Si cada una de las innumerables estrellas es un Sol rodeado de globos giratorios poblados de seres responsables como nosotros; si hemos pecado tan fácilmente y hemos sido redimidos a un precio tan fabuloso como el de la muerte del hijo de Dios, ¿qué era de todos esos seres? ¿No había pecado ninguno de ellos, o no debían pecar como nosotros? ¿Dónde, pues, encontrarían un Salvador?

Durante el año de 1608, Lippershey, holandés, descubrió que, mirando a través de dos lentes combinados de cierto modo, se aumentaba el tamaño de los objetos lejanos, viéndose con gran distinción. Había inventado el anteojo. Al año siguiente, Galileo, florentino, de gran renombre por sus escritos científicos y matemáticos, oyendo el caso, pero sin conocer los detalles de la construcción, inventó una especie de instrumento semejante para su propio uso; mejorándolo progresivamente, consiguió hacer uno que amplificaba treinta veces. Examinando la Luna vio que tenía valles como los de la Tierra y montañas que daban sombras. Se había dicho por los antiguos que en las Pleyadas había habido primeramente siete estrellas; pero la leyenda refería que una había desaparecido misteriosamente. Volviendo su anteojo hacia ellas, vio Galileo que podía contar no menos de cuarenta, y en cualquier dirección que miraba descubría estrellas que eran por completo invisibles a la simple vista.

En la noche del 7 de Enero de 1610 distinguió tres pequeñas estrellas en línea recta, adyacentes al planeta Júpiter; descubrió una cuarta pocas noches después; notó que giraban en órbitas alrededor del cuerpo del planeta, y con alegría reconoció que representaban en miniatura el sistema de Copérnico.

El anuncio de estas maravillas atrajo en seguida la atención universal. Las autoridades espirituales no tardaron en adivinar sus tendencias, como perjudiciales para la doctrina de que el universo estaba hecho para el hombre. En la creación de millares de estrellas, hasta entonces invisibles, seguramente debería de haber otros motivos que el de servir para iluminar sus noches.

Se había objetado a la teoría de Copérnico que si los planetas Mercurio y Venus se movían alrededor del Sol en órbitas interiores a la de la Tierra, deberían presentar fases semejantes a las de la Luna; y que tratándose de Venus, que tan brillante y notable es, estas fases debían ser muy marcadas. El mismo Copérnico había aceptado la fuerza de la objeción e intentado en vano hallar una explicación satisfactoria. Galileo, dirigiendo su anteojo al planeta, descubrió que las esperadas fases existían en efecto; se presentaba un octante, luego un cuarto, luego una elipse y, por fin, un pleno. Antes de Copérnico se había supuesto que los planetas brillaban con luz propia, pero las fases de Venus y de Marte probaron que su luz era reflejada. La noción aristotélica de que los cuerpos celestes difieren de los terrestres por su incorruptibilidad, recibió una ruda sacudida con el descubrimiento de Galileo de que hay montañas y valles en la Luna como los de la Tierra, de que el Sol no es puro, sino que tiene manchas en su superficie y gira sobre su eje en lugar de conservarse en su majestuoso reposo. La aparición de estrellas nuevas había arrojado ya serias dudas sobre la teoría de la incorruptibilidad.

Estos y otros muchos hermosos descubrimientos telescópicos tendían al establecimiento de la verdad de la teoría de Copérnico y alarmaron ilimitadamente a la Iglesia; fueron denunciados como fraudes y mentiras por el clero bajo e ignorante; algunos sacerdotes afirmaban que el anteojo podía dar indicaciones de los objetos terrestres, pero que en cuanto a los celestes era distinto; otros declaraban que esta invención era una simple consecuencia de la observación de Aristóteles de que pueden verse las estrellas en pleno día desde el fondo de un pozo profundo. Galileo fue acusado de impostura, herejía, blasfemia y ateísmo. Con idea de defenderse dirigió una carta al abate Castelli, insinuándole que las Escrituras nunca se consideraron como autoridad científica sino sólo como una guía moral; esto empeoró el asunto. Fue citado ante la Santa Inquisición, bajo la acusación de haber enseñado que la Tierra gira alrededor del Sol, doctrina «abiertamente contraria a las Escrituras». Se le ordenó que renunciase a esta herejía, so pena de ser encarcela-

do; se le obligó a que no enseñase ni defendiese la teoría de Copérnico y a comprometerse a no publicarla ni extenderla en adelante. Sabiendo bien que la verdad no necesita mártires, se conformó con lo que se le exigía y dio la promesa exigida.

Descansó la Iglesia durante dieciséis años; pero en 1632 se atrevió Galileo a publicar su obra titulada Sistema del mundo, siendo su objeto la defensa del sistema de Copérnico. Fue citado de nuevo ante la Inquisición de Roma y acusado de haber asegurado que la Tierra se movía alrededor del Sol; se declaró que había incurrido en la pena de herejía, y de rodillas, con la mano sobre la Biblia, fue obligado a abjurar y detestar la doctrina del movimiento de la Tierra. ¡Qué espectáculo! Este hombre venerable, el más ilustre de su tiempo, forzado por temor a la muerte a negar hechos que sus jueces, lo mismo que él, sabían que eran verdaderos! Fue luego enviado a una prisión, tratado con cruel severidad durante los diez años restantes de su vida, y se le negó sepultura en lugar sagrado. ¿No debía ser falso lo que necesita como apoyo tanta impostura, tanta barbarie? Las opiniones defendidas de este modo por la Inquisición son ahora motivo de burla para todo el mundo civilizado.

Uno de los más grandes matemáticos modernos, refiriéndose a este asunto, dice que el punto que aquí se disputaba era del mayor interés para la humanidad, por el rango que se asignaba al globo que habitamos. Si la Tierra estaba inmóvil en medio del Universo, el hombre tenía derecho a considerarse como el principal objeto de la atención de la naturaleza; pero si la Tierra es tan sólo uno de los planetas que giran alrededor del Sol, un cuerpo insignificante del sistema solar, desaparece por completo en la inmensidad de los cielos, en la cual este sistema, tan vasto como aparece a nuestros ojos, es un punto insensible.

El establecimiento triunfante de la doctrina de Copérnico data de la invención del anteojo. Pronto no se encontró en toda Europa un astrónomo que no hubiera aceptado la teoría heliocéntrica con su postulado esencial, el doble movimiento de la Tierra: movimiento de rotación sobre su eje y de revolución alrededor del Sol; si hubieran hecho falta pruebas adicionales del último, las hubiese suministrado el gran descubrimiento de

Bradley de la aberración de las estrellas fijas, aberración que depende en parte de la propagación progresiva de la luz, y en parte del movimiento de revolución de la Tierra. El descubrimiento de Bradley se iguala en importancia al de la precesión de los equinoccios. El de Roemer del movimiento progresivo de la luz, aunque denunciado por Fontenelle como un error seductor y no admitido por Cassini, al cabo se abrió camino y fue aceptado por todo el mundo.

Fue luego necesario obtener ideas exactas de las dimensiones del sistema solar, o colocando el problema bajo formas más limitadas, determinar la distancia de la Tierra al Sol.

En tiempo de Copérnico se suponía que la distancia del Sol no excedía de cinco millones de millas, y por cierto había muchos que pensaban que este cálculo era muy exagerado. Del examen de las observaciones de Tycho-Brahe dedujo Keplero, no obstante, que el error existía, pero en opuesto sentido, y que el cálculo debía de aumentarse, lo menos, a trece millones. En 1670 Cassini demostró que estos números eran igualmente discordantes con los hechos, y dio como distancia ochenta y cinco millones.

El paso de Venus por el disco del Sol, el 3 de Junio de 1769, se había pronosticado y se apreciaba su gran valor en la solución de este problema fundamental de la astronomía. Con laudable interés contribuyeron varios gobiernos para el éxito de las observaciones, así que en Europa hubo cincuenta estaciones, en Asia seis, y diecisiete en América. Con este objeto envió el gobierno inglés al capitán Cook a su primer célebre viaje a Otahiti, donde observó con éxito completo. Salió el Sol sin una nube y el cielo continuó despejado durante todo el día; el paso en la estación de Cook duró aproximadamente desde las nueve y media de la mañana hasta las tres y media de la tarde, y todas las observaciones se efectuaron de un modo satisfactorio.

Pero al discutir las observaciones hechas en distintas estaciones, se vio que no había la conformidad que se hubiera deseado, puesto que los resultados variaban desde ochenta y ocho millones a ciento nueve. El célebre matemático Encke, por lo

tanto, las revisó de 1822 a 1824 y sacó en conclusión que la paralaje horizontal del Sol, esto es, el ángulo bajo el cual se ve desde el Sol el semidiámetro de la Tierra, es 8576/1000 segundos: esto da por distancia 95.274.000 millas. Más tarde Hansen revisó otra vez las observaciones, y obtuvo por resultado 91.659.000 millas. Últimamente, Le Verrier dedujo 91.759.000. Airy y Stone, por otro método, obtuvieron 91.400.000, y Stone solo, revisando una vez más las antiguas observaciones, 91.730.000; por último, Foucault y Fizeau, por experimentos físicos, determinaron la velocidad de la luz, observación por lo tanto que difería en esencia de los pasos, y obtuvieron 91.400.000. Hasta que los resultados del paso del año próximo (1874) sean conocidos, es necesario, pues, admitir que la distancia de la Tierra al Sol es algo menor de noventa y dos millones de millas.

Determinada una vez esta distancia, pueden averiguarse las dimensiones del sistema solar con facilidad y precisión. Es bastante mencionar que la distancia de Neptuno al Sol, el más remoto de los planetas conocidos hasta hoy, es próximamente treinta veces la de la Tierra.

Con auxilio de estos números podemos empezar a obtener una justa apreciación de la doctrina del destino humano del Universo y de la doctrina de que todo fue hecho para el hombre. Vista desde el Sol, aparece la Tierra como una simple mancha, un tenue grano de polvo alumbrado por sus rayos. Si el lector desea una evaluación más exacta, aparte este libro de su cara unos dos pies y considere uno de los puntos o comas: ¡este punto es varias centenas de veces mayor en superficie que la Tierra vista desde el Sol!

¿De qué importancia puede ser, pues, una partícula casi imperceptible? Ora fuese transportada, ora aniquilada, nada, sin embargo, se echaría de menos. ¿Qué importancia tiene una de estas mónadas humanas, de las cuales pululan en la superficie de este grano de polvo mil millones, si ni un millón de ellas dejaría rastro de su existencia? ¿De qué importancia son el hombre, sus goces, sus dolores?

Entre los argumentos presentados contra el sistema de Copérnico en la época de su publicación, había uno del gran astrónomo dinamarqués Tycho-Brahe, anteriormente aducido por Aristarco contra el sistema de Pitágoras, y que consistía en que si la Tierra, como se afirmaba, giraba alrededor del Sol, debía de haber algún cambio en la dirección en que aparecían las estrellas fijas. En cierto momento nos encontramos más próximos a una región particular del cielo, en una distancia igual a todo el diámetro de la órbita terrestre, que aquel en que estábamos seis meses antes, y de aquí que debiera de haber un cambio en la posición relativa de las estrellas; debían aparecer más separadas al irnos aproximando a ellas y más unidas al irnos alejando, o para usar la expresión astronómica, estas estrellas habían de tener una paralaje anual.

La paralaje de una estrella es el ángulo formado por dos líneas que, partiendo de ella, se terminen una en el Sol y la otra en la Tierra.

En aquel tiempo la distancia de la Tierra al Sol apenas se conocía y se suponía demasiado pequeña; en otro caso, como acontece ahora, que se sabe que esta distancia pasa de noventa millones de millas, o que el diámetro de la órbita terrestre es mayor de ciento ochenta millones, este argumento hubiera sido indudablemente de gran peso.

En contestación a Tycho se dijo que, puesto que la paralaje de un cuerpo disminuye a medida que aumenta su distancia, una estrella puede hallarse tan distante que su paralaje sea imperceptible; esta respuesta era exacta, y la determinación de la paralaje de las estrellas ha dependido de la perfección de los instrumentos para medir ángulos.

La paralaje de α Centauri, hermosa estrella doble del hemisferio austral, que se considera actualmente como la más cercana a nosotros, se determinó por vez primera por Henderson y Maclear en el cabo de Buena Esperanza, en 1832 y 1833. Es aproximadamente de nueve décimos de segundo. De aquí que esta estrella está casi doscientas treinta mil veces más lejos de nosotros que el Sol. Si el Sol fuese bastante grande para llenar la

órbita terrestre, o, lo que es lo mismo, que tuviese ciento ochenta millones de millas de diámetro, se vería desde ella como un punto geométrico. Con su compañera gira alrededor de su centro común de gravitación en ochenta y un años, y de esto se desprende que la suma de su masa es menor que la del Sol.

La estrella 61 Cygni es de sexta magnitud; su paralelaje se determinó primero por Bessel en 1838, y es próximamente de un tercio de segundo. Su distancia de nosotros es, por lo tanto, mucho mayor de quinientas mil veces la del Sol; con su compañera gira alrededor de su centro común de gravitación en quinientos veinte años; la suma de sus pesos es igual a un tercio del peso del Sol.

Hay razones para creer que la gran estrella Sirio, la más brillante del cielo, dista de nosotros seis veces más que a Centauri; su diámetro probable es de doce millones de millas, y la luz que emite, doscientas veces más brillante que la del Sol, y sin embargo, ni aún con el auxilio del telescopio presenta diámetro mensurable; parece sólo como una brillante chispa.

Las estrellas, pues, difieren no sólo en magnitud visible, sino también en tamaño real; como el espectroscopio revela, se diferencian grandemente en su composición química y en su constitución física. Este instrumento nos dice también la duración de la vida de una estrella por los cambios de refrangibilidad de la luz que emite. Aunque, como hemos visto, la estrella más próxima a nosotros se halla a una distancia enorme y del todo inconmensurable, éste no es sino el primer paso, pues hay otras cuyos rayos han necesitado miles, quizá millones de años para llegar a nosotros. Los límites de nuestro sistema son inaccesibles para nuestros más poderosos telescopios: ¿qué podemos, pues, decir de los demás sistemas que hay tras él? ¡Los mundos están esparcidos como polvo en los abismos del espacio!

¿Tienen estos cuerpos gigantescos, colocados millares de ellos a tan vasta distancia que nuestra vista no puede distinguirlos sin auxilio; tienen, repito, por solo objeto, como afirman los teólogos, enviarnos su luz? ¿No demuestran sus enormes tamaños, que siendo centros de fuerza, deben ser centros de movimien-

to, soles de otros sistemas de mundos?

Cuando estos hechos eran aún imperfectamente conocidos (eran, en efecto, más bien teorías que hechos), Jordan Bruno, italiano, que nació siete años después de la muerte de Copérnico, publicó una obra sobre Infinitud del Universo y de los mundos; fue también el autor de Conversaciones de la tarde sobre el miércoles de ceniza, apología del sistema de Copérnico, y de La causa única de todas las cosas; a estas debe agregarse una alegoría publicada en 1584, La expulsión de la bestia triunfante. Había coleccionado también, para uso de los astrónomos futuros, todas las observaciones que pudo hallar respecto a la nueva estrella que apareció de repente en Cassiopea en el año 1572, y aumentó de brillo hasta sobrepasar a todas las demás del cielo, pudiéndose ver fácilmente en pleno día. De pronto, el 11 de Noviembre, alcanzó tanto esplendor como Venus en su época más favorable, y en marzo siguiente decreció hasta hacerse de primera magnitud, mostrando varios colores en pocos meses y desapareciendo en marzo de 1574.

La estrella que apareció súbitamente en la constelación de Serpentario, en tiempo de Keplero (1604), fue al principio más brillante que Venus; duró más de un año; pasó por varios tonos de púrpura, amarillo y rojo, y al cabo se extinguió.

En un principio estuvo Bruno dedicado a la Iglesia como religioso dominico; pero empezó a tener dudas por sus meditaciones sobre la transustanciación y la Inmaculada Concepción. No se cuidaba de ocultar sus opiniones y cayó pronto bajo la censura de las autoridades espirituales, viéndose obligado a refugiarse sucesivamente en Suiza, Francia, Inglaterra y Alemania. Los finos sabuesos del Santo Oficio siguieron su pista sin compasión, y al fin le acosaron hacia Italia; fue preso en Venecia y encerrado en «los plomos» por seis años, sin libros, sin papel, sin amigos.

En Inglaterra había dado conferencias sobre la pluralidad de los mundos, y en este país escribió en su idioma nativo sus obras más importantes. Se aumentó y no poco la exasperación contra él, porque continuamente estaba declamando contra las false-

dades e imposturas de sus perseguidores, diciendo que donde quiera que iba hallaba escepticismo barnizado y oculto por la hipocresía, y que no batallaba contra la creencia de los hombres, sino contra la pretendida creencia, puesto que luchaba contra una ortodoxia que no tenía ni moralidad ni fe.

En sus Conversaciones de la tarde decía que las Escrituras nunca habían pretendido enseñar ciencia, sino moral, y que no podían aceptarse como autoridad sobre asuntos astronómicos o físicos; especialmente debemos desechar la opinión que nos revelan sobre la constitución del mundo, de que la Tierra es una superficie plana, sostenida por columnas, y de que el cielo es un firmamento, el suelo del paraíso; al contrario, debemos creer que el Universo es infinito y que está lleno de mundos opacos y luminosos por sí, muchos de ellos habitados, y que nada hay a nuestro alrededor sino espacio y estrellas. Sus meditaciones sobre estos asuntos le habían hecho venir a la conclusión de que las opiniones de Averroes no estaban lejos de la verdad; que hay una Inteligencia que anima al Universo, y de esta Inteligencia es el mundo visible sólo emanación o manifestación originada y sostenida por fuerza derivada de ella misma, y que si se suprimiese esta fuerza, todo desaparecería. Esta perenne Inteligencia que todo lo llena es Dios, que vive en todas las cosas, aún en las inanimadas; que todo está dispuesto para ser organizado, para entrar en la vida. Dios es, por tanto, la causa única de las cosas, el Todo en Todo.

Puede por esta causa ser considerado Bruno entre los escritores filosóficos como intermediario entre Averroes y Espinosa, el último sostenía que Dios y el Universo son lo mismo, que todos los sucesos ocurren por una ley inmutable de la naturaleza, por una necesidad invencible; que Dios es el Universo, produciendo una serie de movimientos necesarios o acciones, a consecuencia de una fuerza intrínseca, inmutable e irresistible.

Por orden de las autoridades eclesiásticas, fue trasladado Bruno de Venecia a Roma y confinado en las prisiones de la Inquisición, acusado, no sólo de ser hereje, sino también heresiarca que había escrito de un modo indecoroso respecto a la religión, el cargo especial que había contra él era que había enseñado la

pluralidad de los mundos, doctrina contraria a todo el tenor de la Escritura y enemiga de la religión revelada, especialmente en lo relativo al plan de la salvación. Después de una prisión de dos años, fue presentado ante sus jueces, declarado culpable de los hechos alegados, excomulgado, y, por su noble negativa a retractarse, entregado al brazo secular para ser castigado «tan misericordiosamente como fuera posible y sin derramar su sangre»; fórmula horrible que indicaba que el preso fuese quemado vivo. Sabiendo bien que aunque sus verdugos podían destruir su cuerpo, su pensamiento viviría entre los hombres, dijo a sus jueces: «Quizás teméis más dictar mi sentencia que yo escucharla.» Esta se llevó a efecto y fue quemado en Roma el 16 de Febrero de 1600.

Nadie puede recordar sin sentimientos de piedad los sufrimientos de aquellos mártires innumerables, que ora por una idea, ora por otra, fueron conducidos al suplicio a causa de sus opiniones religiosas; pero cada uno de ellos tuvo en su momento supremo un apoyo poderoso e infalible: el tránsito de esta vida a la otra, aunque a través de una dura prueba, era el tránsito de una miseria efímera a la eterna felicidad; era huir de la crueldad de la tierra a la caridad del cielo. En su camino por el valle sombrío, creía el mártir que una mano invisible le conducía, que un amigo le guiaría dulcemente a pesar del terror de las llamas. Bruno no pudo tener este consuelo; las opiniones filosóficas en cuyo holocausto entregaba su vida, no le prestaban esperanza alguna. Debía librar solo la última batalla. ¿No hay halago grandioso en la actitud de este hombre solitario, algo que la naturaleza humana no puede dejar de admirar, al contemplarle allá en la lóbrega sala, en presencia de sus inexorables jueces? Sin acusador, sin testigos, sin abogado, sólo los enlutados familiares del Santo Oficio se deslizan furtivamente a su alrededor. Los verdugos y los útiles del tormento están abajo en el sótano; se le dice sencillamente que se ha atraído vehementes sospechas de herejía, puesto que ha dicho que hay otros mundos además del nuestro. Se le [187] pregunta si se retracta y abjura de su error. Bruno no puede ni quiere negar lo que sabe que es cierto, y tal vez (puesto que lo había hecho otras veces) dice a sus jue-

ces que ellos también en sus corazones tienen la misma creencia.

¡Qué contraste entre esta escena de honor varonil, de firmeza inquebrantable, de apego inflexible a la verdad, y aquella otra que tuvo lugar más de quince siglos antes en el atrio de Caifás, el príncipe de los sacerdotes, cuando cantó el gallo. «¡Y volviéndose el Señor, miró a Pedro!» (San Lucas, XXII, 61). Y sin embargo, sobre Pedro ha fundado la Iglesia su derecho para obrar así con Bruno.

Pero tal vez se aproxima el día en que la posteridad ofrecerá una expiación por este gran crimen eclesiástico, y una estatua de Bruno se descubrirá bajo la cúpula de San Pedro en Roma.

Capítulo VII

Controversia sobre la edad de la tierra

Según la Escritura, la Tierra tiene sólo seis mil años y fue creada en una semana. – Cronología patrística fundada en las edades de los patriarcas. – Dificultades que surgen de diferentes apreciaciones en distintas versiones de la Biblia. – Leyenda del diluvio. – Repoblación. – La torre de Babel; la confusión de lenguas. – El lenguaje primitivo. – Descubrimiento del aplanamiento de Júpiter, por Cassini. – Descubrimiento del aplanamiento de la Tierra, por Newton. – Se deduce que su forma la originaron causas mecánicas. – Confirmación de esta idea por los descubrimientos geológicos sobre las rocas acuosas; corroboración por los restos orgánicos. – Necesidad de admitir larguísimos períodos de tiempo. – La doctrina de la creación es sustituida por la de la evolución. – Descubrimientos respecto a la antigüedad del hombre. – Las unidades de tiempo y espacio en el universo son infinitas. – Moderación observada en la discusión de la edad del mundo.

La verdadera posición de la Tierra en el Universo se estableció tan sólo después de un largo y severo conflicto. La Iglesia empleó todo su poder y hasta aplicó la pena de muerte en apoyo de sus ideas; pero todo fue en vano; la evidencia a favor del sistema de Copérnico se hizo irresistible. Al fin fue admitido unánimemente que el Sol es el cuerpo central y regulador de nuestro sistema, que a su alrededor giran los planetas y que la Tierra es uno de ellos y por ningún concepto el mayor.

Aleccionada la Iglesia por el resultado de esta disputa, cuando se presentó la cuestión de la edad del mundo, no mostró la activa resistencia que había desplegado en la primera ocasión: pues aunque sus tradiciones estuviesen de nuevo en peligro, no eran a su juicio tan vitalmente atacadas. Destronar la tierra de su posición dominante era, según declararon autoridades espiri-

tuales, minar los mismos cimientos de la verdad revelada; pero discusiones sobre la fecha de la creación podían tolerarse dentro de ciertos límites; estos límites, no obstante, fueron traspasados bien pronto, haciéndose así la controversia tan peligrosa como la primera.

No era posible adoptar el consejo que da Platón en su *Timeo*, cuando, tratando de este asunto (el origen del Universo) dice: «Es acertado que yo que hablo y vos que juzgáis, recordemos que sólo somos hombres, y por lo tanto que recibamos la tradición mitológica probable sin intentar penetrar más.» Desde el tiempo de San Agustín habían sido las Escrituras la grande y final autoridad en toda materia científica, y los teólogos habían deducido de ellas nociones de cronología y cosmogonía que eran otros tantos obstáculos en la vía del verdadero saber.

No necesitamos hacer más que aludir a algunos de los rasgos característicos de estos esquemas; sus particularidades se discernían claramente y con bastante facilidad. Así, puesto que la creación duró seis días y el sábado fue dedicado al descanso y se dice que los días del Señor eran de mil años, se dedujo que la duración del mundo sería de seis mil años de sufrimientos y un millar adicional, un millenium de descanso. Se admitía generalmente que la Tierra tenía cerca de cuatro mil años cuando nació Cristo; pero tan poco interés tenía la Europa en el estudio, que hasta el año 527 no tuvo una cronología propia. Un abad romano, Dionisio el Exiguo o el Pequeño, fijó entonces la era vulgar y dio a Europa su actual cronología cristiana.

El método seguido para obtener las primeras fechas cronológicas era por cómputo, fundado principalmente en las vidas de los patriarcas, tropezándose con grandes dificultades para conciliar las discrepancias numéricas; aún admitiendo, como se hacía en aquel tiempo falto de crítica, que Moisés fuese el autor de los libros que se le atribuyen, no se apreció debidamente el hecho de que refiere muchos sucesos que tuvieron lugar más de dos mil años antes de su nacimiento. No se creyó necesario considerar al Pentateuco como de plena inspiración, puesto que no existían los medios necesarios para perpetuar su exactitud. Los distintos ejemplares que se han librado de los ultrajes del

tiempo, presentan grandes diferencias entre sí: así pues, el texto samaritano establece mil trescientos siete años de la creación al diluvio: el texto hebreo, mil seiscientos cincuenta y seis: el de los Setenta, dos mil doscientos sesenta y tres. Los Setenta cuentan mil quinientos años más de la creación a Abraham que los hebreos. En general, sin embargo, había tendencia a suponer que el diluvio tuvo lugar cerca de dos mil años después de la creación, y que tras otro intervalo de dos mil años nació Cristo. Algunas personas que prestaron a este asunto mucha atención, afirmaban que había a lo menos mil ciento treinta y dos opiniones diferentes respecto al año en que vino el Mesías al mundo, y por esto declaraban que no podían aceptarse con tanto rigor los números de la Escritura, puesto que era evidente, por las grandes diferencias de las distintas versiones, que no había habido intervención providencial para perpetuar una noción exacta, ni existía señal alguna por la cual el hombre pudiera guiarse para encontrar la versión auténtica. Y aún aquellas tenidas en más alta estima contenían errores innegables. Así, los Setenta hacen vivir a Matusalén después del diluvio.

Se creyó que en el mundo antediluviano constaba el año de trescientos sesenta días; algunos llegaban hasta a afirmar que éste era el origen de la división del círculo en trescientos sesenta grados. Cuando el diluvio, según declaran muchos teólogos, fue alterado el movimiento del Sol y el año se hizo cinco días y seis horas más largo. Había una opinión predominante de que este suceso estupendo ocurrió el 2 de Noviembre del año del mundo de 1656. El Dr. Whiston, no obstante, contaba con más precisión y lo aplazó al 28 de Noviembre del mismo año. Creían algunos que el arco iris no se vio hasta después de la inundación; otros, con más razón al parecer, infieren que entonces se estableció como señal por primera vez. Al salir del arca, recibieron los hombres permiso para usar carne como alimento, pues ¡los antediluvianos fueron herbívoros! Parecía que el diluvio no había hecho ningún gran cambio geográfico, porque Noé, recordando sus conocimientos antediluvianos, procedió a dividir la Tierra entre sus tres hijos, dando a Jafet la Europa, a Sem el Asia y a Cam el África; no ocupándose de América, puesto que

se ignoraba su existencia; y estos patriarcas, sin arredrarse ante las terribles soledades de los países adonde se dirigían, ni por los pantanos, ni las selvas vírgenes, se encaminaron a las tierras que les habían correspondido y dieron principio a la población de los continentes.

En setenta años se había aumentado la familia asiática hasta varias centenas; dirigiéndose a las llanuras de Mesopotamia, y allí, por algún motivo que no podemos adivinar, empezaron a construir una torre «cuya cima llegase al cielo.» Eusebio nos dice que la obra se siguió durante cuarenta años y que no la abandonaron hasta que se verificó una milagrosa confusión de su lenguaje dispersándose todos por la tierra. San Ambrosio muestra que esta confusión no hubiera podido ser obra de los hombres, y Orígenes cree que ni aún los ángeles la ejecutaron.

La confusión de lenguas ha dado origen a muchas especulaciones curiosas entre los eclesiásticos en cuanto al primitivo idioma del hombre. Algunos han creído que el idioma de Adán se componía sólo de nombres monosilábicos y que la confusión fue ocasionada por la introducción de polisílabos. Pero estos hombres eruditos han olvidado seguramente las numerosas conversaciones presentadas en el Génesis, por ejemplo, entre el Altísimo y Adán, la serpiente y Eva, &c., en las cuales se encuentran todas las partes de la oración. Coincidían, sin embargo, las opiniones en un punto: en creer que el lenguaje primitivo fue el hebreo. Según los principios generales de los Padres, se establecía que así debía de haber sucedido.

Los Padres griegos calculaban que al tener lugar la dispersión se formaron setenta y dos naciones, lo cual está conforme con la opinión de San Agustín; pero algunas dificultades parece que se han encontrado en estos cálculos; así, pues, el sabio Dr. Shuckford, que se ha ocupado minuciosamente de todos estos puntos en su excelente obra *Sobre las relaciones de la historia sagrada y profana del mundo*, demuestra que no podía haber más de veintiuno o veintidós hombres, mujeres y niños en cada uno de estos reinos.

Un punto de interés vital en este cálculo cronológico, basado

sobre la edad de los patriarcas, era la larga vida que alcanzaban aquellos varones venerables. Se suponía generalmente que antes de la inundación «había un equinoccio perpetuo» y que no sufría vicisitudes la naturaleza. Después de aquel suceso disminuyó la duración de la vida una mitad, y en tiempo del Salmista había bajado a setenta años, donde todavía continúa; la crudeza del clima se afirmaba que debía su origen al desplazamiento del eje terrestre cuando la inundación, y a este mal efecto se agregó la influencia nociva de la catástrofe universal que «convirtiendo la superficie de la tierra en un vasto pantano, dio origen a la fermentación de la sangre y a la debilidad de las fibras.»

Con objeto de evitar las dificultades que presentaba la extraordinaria longevidad de los patriarcas, indicaron ciertos eclesiásticos que los años de que habla el escritor sagrado no eran años ordinarios, sino lunares; mas esto, si podía colocar la edad de los patriarcas dentro de los límites de la vida actual, introducida, no obstante, otra dificultad insuperable, puesto que aparecían con hijos cuando sólo tenían cinco o seis años.

La ciencia sagrada, según la interpretación de los Padres de la Iglesia, demuestra estos hechos: 1º Que la fecha de la creación era comparativamente reciente y no pasaba de cuatro o cinco mil años antes de Cristo. 2º Que el acto de la creación ocupó el espacio de seis días ordinarios. 3º Que el diluvio fue universal y que los animales que sobrevivieron fueron preservados en el arca. 4º Que Adán fue creado perfecto en moralidad e inteligencia, que cayó, y que sus descendientes participan de su pecado y de su caída.

De estos y otros hechos que pudieran mencionarse había dos, sobre los cuales la autoridad eclesiástica creía deber insistir. Eran estos: 1º La fecha reciente de la creación, pues mientras más remoto fuese aquel suceso, más urgente se presentaba la necesidad de vindicar la justicia de Dios, que, al parecer, había abandonado la mayoría de nuestra raza a su suerte y reservado la salvación para los pocos que vivieran en los últimos tiempos del mundo. 2º La perfección de Adán al ser creado, punto que era necesario a la teoría de la caída y al plan de la salvación.

Las autoridades teológicas se veían por tanto obligadas a mirar con desagrado, no sólo cualquier tentativa que tendiese a hacer retroceder el origen de la Tierra a una época indefinidamente remota, sino también la teoría mahometana de la evolución del hombre desde las formas inferiores, o su desarrollo gradual a su condición presente en el largo transcurso del tiempo.

De las puerilidades, absurdos y contradicciones que acabamos de exponer, podemos deducir cuan poco satisfactoria era esta llamada ciencia sagrada, y quizá podemos convenir con el Dr. Shuckford, antes nombrado, en lo inútil de sus esfuerzos para coordinar sus varias partes. «En cuanto a los Padres de los primitivos tiempos de la Iglesia, fueron hombres de bien, pero no hombres de un saber universal.»

La cosmogonía sagrada considera que la formación y estructura de la Tierra es debida a la acción directa de Dios, y rechaza la intervención de causas secundarias en estos sucesos.

La cosmogonía científica data del descubrimiento telescópico hecho por Cassini (astrónomo italiano, bajo cuya custodia colocó Luis XIV el Observatorio de París), de que el planeta Júpiter no es una esfera, sino una esferoide aplanada por los polos. La filosofía mecánica demostró que esta figura es resultado necesario de la rotación de una masa flexible, y que cuanto más rápida sea la rotación, mayor será el aplanamiento, o lo que es lo mismo, mayor será el abultamiento ecuatorial.

Por consideraciones de carácter puramente mecánico, había previsto Newton que tal debiera ser, si bien en menor grado, la figura de la Tierra. A la masa excedente es debida la precesión de los equinoccios, que emplea veinticinco mil ochocientos sesenta y ocho años en verificarse por completo, y también la nutación del eje de la Tierra, descubierta por Bradley. Hemos tenido ya ocasión de hacer notar que el diámetro ecuatorial de la Tierra es mayor que el polar unas veintiséis millas.

Dos hechos revela el aplanamiento de la Tierra. 1º Que era primitivamente de condición flexible o plástica. 2º Que ha sido modelada por una acción mecánica, y por lo tanto, por una causa secundaria.

Mas esta influencia de una causa mecánica se manifiesta no sólo en la configuración exterior del globo de la Tierra, como una esferoide de revolución, sino que también se percibe fácilmente examinando la disposición de sus materiales.

Si consideramos las rocas acuosas, vemos que su agregado cuenta muchas millas de espesor, y sin embargo, tienen que haberse formado necesariamente por sedimentación lenta. La materia que las constituye ha sido obtenida por la desagregación de antiguos terrenos, arrastrados por las aguas y distribuidos de nuevo por ellas. Efectos de esta clase, que tienen lugar a nuestra vista, requieren un período de tiempo considerable para producir un resultado apreciable; un depósito acuoso puede medir de este modo unas pulgadas de espesor en un siglo: ¿qué diremos entonces del tiempo invertido en la formación de depósitos de muchos miles de yardas?

La posición de la costa de Egipto es conocida hace mucho más de dos mil años. En todo este tiempo, debido a los detritus arrastrados por el Nilo, ha avanzado hacia el mar de un modo bastante notable; todo el Bajo Egipto tiene un origen semejante. La costa cercana a la desembocadura del Mississipi es bien conocida hace trescientos años, y durante este tiempo apenas ha avanzado perceptiblemente hacia el Golfo Mejicano: pero hubo un tiempo en que el delta de este río estaba en San Luis, a más de setecientas millas de su posición actual. En Egipto y en América (desde luego en todas partes) han ido los ríos prolongando la tierra hacia el mar, pulgada a pulgada; la lentitud de su trabajo y lo vasto de su extensión nos basta para conceder a la operación enormes períodos de tiempo.

A la misma conclusión venimos a parar si consideramos el relleno de los lagos, los depósitos tobaceosos, la denudación de las montañas, la acción del mar en las costas, la destrucción por esta causa de los escollos, y la redondez de las rocas por el agua atmosférica y el ácido carbónico.

Los estratos sedimentarios deben de haberse depositado en un principio en planos casi horizontales; gran número de ellos han tomado diversas inclinaciones producidas a intervalos, ya por

cataclismos, ya por un movimiento gradual. Cualquiera que fuese la explicación que pudiera presentarse de estas inmensas e innumerables inclinaciones y fracturas, exigiría un período de tiempo inconcebible.

El estrato carbonífero de Gales, por su inmersión gradual, ha alcanzado un espesor de 12.000 pies; en la Nueva Escocia, de 14.570; tan lenta y continua fue esta inmersión, que se ven árboles en pie, unos sobre otros, en los niveles sucesivos; diecisiete veces se repite el hecho en una capa de 4.515 pies; la edad de los árboles se prueba por su tamaño, teniendo algunos cuatro pies de diámetro. Alrededor de ellos, a medida que descendían con el suelo, crecían los calamites en capas superpuestas; en la cuenca carbonífera de Sidney, se cuentan cincuenta y nueve selvas fósiles unas sobre otras.

Las conchas marinas que se encuentran en las crestas de las montañas del interior de los continentes, se consideraron por los escritores teológicos como una prueba irrecusable del diluvio. Pero cuando los estudios geológicos fueron más exactos, se probó que en la corteza de la Tierra se hallan intercaladas como las hojas de un libro vastas formaciones de agua dulce y de agua salada; vino a ser evidente que un solo cataclismo no bastaba a explicar estos hechos, y que una misma región, por variaciones graduales de su nivel y de sus alrededores topográficos, había sido ora tierra enjuta, ora cubierta de agua dulce, ora de agua salada, y también se hizo evidente que para que se hayan verificado estos cambios han sido necesarios millares de años.

A esta evidencia del remoto origen de la Tierra, deducida de la vasta extensión superficial, del enorme espesor y variados caracteres de los estratos, se agregó un imponente cortejo de pruebas suministrado por los restos fósiles. Habiendo sido averiguadas las edades relativas de las formaciones, se demostró que había habido un progreso fisiológico en las formas orgánicas, tanto vegetales como animales, desde las más antiguas hasta las más recientes: que las que viven en su superficie en nuestro tiempo no son sino una fracción insignificante de la multitud prodigiosa que la había ocupado anteriormente; que por cada especie que vive ahora, hay millares que se han extin-

guido. Aunque las formaciones especiales se caracterizan muy bien por algún tipo predominante de la vida, que justifica la expresión de edad de los moluscos, edad de los reptiles, edad de los mamíferos, no obstante, la introducción de nuevos seres no se ha verificado bruscamente, como por creación repentina. Proceden por grados de una edad anterior, alcanzando su perfección en aquella que caracterizan y luego muriendo gradualmente también y dando lugar a la siguiente. No hay tal creación repentina o aparición súbita de formas nuevas; sino lenta metamorfosis o desarrollo de una forma preexistente. Aquí tropezamos otra vez con la necesidad de admitir para semejantes resultados largos períodos de tiempo. Dentro del campo de la historia, no se encuentran ejemplos bien marcados de un desarrollo análogo y hablamos con temor prudente de casos dudosos de extinción; y sin embargo, en los tiempos geológicos, han ocurrido millares de evoluciones y de extinciones.

Porque durante la experiencia del hombre no se ha observado ningún caso de metamorfosis o desarrollo, han querido algunos negar completamente su posibilidad, afirmando que todas las especies diferentes han venido al mundo por creaciones separadas; pero es más filosófico suponer que cada especie ha sido engendrada por otra anterior, gradualmente modificada, que no hacerlas entrar en la vida repentinamente sacadas de la nada. Ni es de mucho valor la observación de que ningún hombre ha sido jamás testigo de tales transformaciones; recuérdese que nadie ha presenciado tampoco una creación, la aparición repentina de una forma orgánica, sin un progenitor.

Creaciones arbitrarias, bruscas e incoherentes, pueden servir para demostrar el Poder Divino; pero ésta no interrumpida cadena de organismos, que se extiende de la formación paleozoica hasta la de tiempos recientes, cadena en la cual cada eslabón está suspendido del anterior y sostiene otro subsiguiente, nos demuestra, no sólo que la producción de los seres animados está regida por una ley, sino que por una ley también no ha sufrido cambio; jamás a través de millares de épocas se han suspendido sus operaciones; jamás han variado.

Los párrafos anteriores pueden servir para indicar la índole de una parte de los testimonios de que disponemos para considerar el problema de la edad de la Tierra; los no interrumpidos trabajos de los geólogos han acumulado una cantidad tan inmensa, que harían falta muchos volúmenes para contener sus detalles; estos testimonios están sacados de los fenómenos que presentan todas las rocas, sean acuosas, ígneas o metamórficas. En las rocas acuosas se investiga el espesor, la inclinación y cómo descansan unas sobre otras; cómo las que tienen origen en el agua dulce se hallan intercaladas con las de origen marino; cómo enormes masas de materia han sido arrastradas por la lenta acción de la denudación, y qué vastas superficies geográficas han variado de forma; cómo los continentes han sufrido movimientos de elevación y de depresión y sus costas se han hundido en el Océano o los escollos y arrecifes del mar se han visto luego tierra adentro; se consideran los hechos zoológicos y botánicos, la fauna y la flora de las edades sucesivas y de qué modo tan ordenado se ha extendido la cadena de las formas orgánicas, plantas y animales, desde sus oscuros y dudosos principios hasta nuestros días. De los hechos presentados por los depósitos de carbón, que en todas sus variedades provienen de restos de plantas, no sólo se demuestran los cambios que han tenido lugar en la atmósfera de la Tierra, sino también los cambios universales de los climas; por otros hechos se prueba que ha habido oscilación en la temperatura, elevándose ésta unas veces y cubriendo otras los hielos grandes porciones de los actuales continentes, en los que se llaman períodos glaciales.

Una escuela geológica, apoyando sus argumentos en testimonios imponentes, enseña que toda la masa terrestre ha estado fundida o quizá en estado gaseoso, se ha enfriado por irradiación en un período de millones de épocas, hasta que ha alcanzado su equilibrio de temperatura actual, las observaciones astronómicas prestan gran fuerza a esta interpretación, especialmente en lo que se refiere a los cuerpos planetarios de nuestro sistema. Está también basada en la pequeña densidad media de la Tierra, la elevación de la temperatura en las profundidades, los volcanes, y las venas inyectadas en las rocas

ígneas y metamórficas. Para satisfacer los cambios físicos que considera esta escuela geológica, se necesitan millares de siglos.

Mas por las ideas que nos ha dado la adopción del sistema copernicano, es claro que no podemos considerar aisladamente el origen y la historia de la Tierra; debemos incluir todos los demás miembros del sistema o familia a que pertenece; más aún, no podemos concretarnos tan sólo al sistema solar, debemos abrazar en nuestras discusiones el mundo estrellado, y puesto que nos hemos familiarizado con sus casi inconmensurables distancias, estamos autorizados para suponerle un origen remotísimo; hay estrellas tan distantes de nosotros, que su luz, a pesar de su velocidad, ha necesitado millares de años para llegar hasta la Tierra, y por consiguiente debían existir fatalmente también muchos miles de años ha.

Todos los geólogos convienen (tal vez no hay uno solo que disienta) en que la cronología de la Tierra debe ensancharse grandemente, habiéndose intentado fijarla con alguna precisión. Algunos de estos cálculos se han basado en principios astronómicos, y en principios físicos otros; entre los primeros, pues, el fundado en los cambios conocidos de la excentricidad de la órbita terrestre, con objeto de determinar el tiempo desde el principio del último período glacial, ha arrojado doscientos cuarenta mil años. Si bien el postulado general de la inmensidad de los tiempos geológicos puede aceptarse, estos cálculos se apoyan en bases teóricas demasiado inciertas para suministrar resultados incontestables.

Mas considerando el asunto en globo y desde un punto de vista científico, es evidente que las opiniones presentadas por los escritores teológicos, deducidas de los libros mosaicos, no pueden ser admitidas. Se han hecho repetidas tentativas para conciliar los hechos revelados con los hechos observados, pero el resultado no ha sido satisfactorio. El período mosaico es demasiado corto, el orden de la creación incorrecto y las intervenciones divinas demasiado antropomórficas; y si bien la exposición del asunto está en armonía con las ideas que han sustentado los hombres cuando por primera vez inclinaron su espíritu a la adquisición de conocimientos naturales, ha desaparecido esta

conformidad hoy día ante la insignificancia de la Tierra y la grandeza del Universo.

Entre los últimos descubrimientos geológicos, hay uno de especial interés: el de los restos humanos y los trabajos ejecutados por el hombre que, aún cuando recientes geológicamente, son muy remotos históricamente considerados.

Los restos fósiles del hombre, acompañados de groseros útiles de sílex tallado o sin tallar, de piedra pulimentada, o de hueso, o de bronce, se encuentran en Europa en las cavernas, en los cantos erráticos y en las turberas. Indican una vida salvaje ocupada en la caza y en la pesca. Investigaciones recientes hacen creer que en grados bajos e inferiores se puede reconocer la existencia del hombre hasta en el terreno terciario; era contemporáneo del elefante meridional, del rinoceronte leptorino, del gran hipopótamo, y quizás también del mastodonte en la época miocena.

Al finalizar el período terciario, por causas aún desconocidas, sufrió el hemisferio boreal un gran descenso de temperatura, pasando ésta de tórrida a glacial. Después de un período de tiempo incalculable, se elevó otra vez la temperatura, y los heleros que en tanta cantidad habían cubierto la tierra se retiraron; una vez más hubo disminución de temperatura y avanzaron de nuevo los heleros, pero no tanto como antes. Esto marca el período cuaternario, durante el cual llegó la temperatura al grado que hoy tiene; los aluviones necesitaron millares de siglos para su formación. A principios del período cuaternario, vivían el oso y el león de las cavernas, el hipopótamo anfibio, el rinoceronte tiorino y el mammoth; éste desde luego era abundantísimo, su placer era habitar en los climas boreales; gradualmente el rengífero, el caballo, el buey, el bisonte, se multiplicaban y le disputaban el alimento; en parte por esta razón y en parte por el aumento de temperatura, fueron desapareciendo; el rengífero también se retiró del centro de Europa, marcando su partida el fin del período cuaternario.

Desde el advenimiento del hombre a la Tierra vemos, por lo tanto, que han transcurrido períodos de tiempo incalculables.

Grandes cambios en el clima y la fauna se produjeron por la acción lenta de causas que aún obran en nuestros días; no bastan los guarismos para darnos una idea de estos inmensos períodos.

Parece hallarse satisfactoriamente establecido que una raza afín a la de los vascos ha existido en la edad neolítica; en aquel tiempo, las islas británicas sufrían un cambio de nivel análogo al que experimenta ahora la península escandinava. La Escocia se iba elevando y la Inglaterra se sumergía; en la época pleistocena existía en la Europa central una raza fuerte de cazadores y pescadores, en extremo parecida a los esquimales.

En los antiguos cantos erráticos glaciales de Escocia se encuentran restos humanos reunidos a los del elefante fósil; esto nos hace llegar al tiempo ya referido, cuando una gran parte de Europa estaba cubierta de hielo, que había descendido de las regiones polares a las latitudes meridionales, como descienden los heleros de la cresta de las cordilleras a los valles. Especies sin cuento de animales perecieron en este cataclismo de hielo y nieve, pero el hombre sobrevivió.

En su primitiva condición salvaje, viviendo casi siempre de frutos, raíces y mariscos, se hallaba el hombre en posesión de un hecho que aseguraba su civilización. Sabía encender fuego. En el fondo de las turberas, bajo los restos de los árboles que tanto tiempo ha se extinguieron en esas localidades, se encuentran aún sus reliquias indicando los utensilios que las acompañan un perceptible orden cronológico. Cerca de la superficie se hallan los de bronce, debajo los de hueso o cuerno, más bajo aún lo de piedra pulimentada y debajo de todos los de sílex groseramente tallado. La fecha del origen de algunas de estas capas no puede estimarse en menos de cuarenta o cincuenta mil años.

Las cavernas que se han examinado en Francia y en otras partes han suministrado hachas, cuchillos, puntas de lanzas y de flechas, rascadores y martillos de la edad de piedra; el cambio de lo que podemos llamar periodo de la piedra tallada al de la piedra pulida, es muy gradual; coincide con la domesticación del perro, época de la vida de caza y que comprende millares de

siglos. El descubrimiento de las flechas indica la invención del arco y el progreso del hombre de la vida defensiva a la ofensiva. La introducción de flechas dentadas nos revela qué talento inventivo iba desarrollándose en él; los huesos y cuernos de los animales pequeños nos demuestran que el cazador extendía su arte a varias clases de animales, y principalmente a los pájaros; los silbatos de hueso indican que cazaba con otros hombres o con sus perros; los rascadores de sílex, que se vestía de pieles, y los punzones y agujas, que las cosía; las conchas agujereadas para brazaletes y collares, que pronto se desarrolló el gusto de los adornos personales; los utensilios necesarios para la preparación de colores hacen creer que se pintaba el cuerpo o que se tatuaba quizá, y los bastones de mando atestiguaban el principio de una organización social.

Con el más profundo interés vemos los primeros destellos del arte entre estos hombres primitivos; nos han legado groseros dibujos sobre pedazos de marfil y de hueso y esculturas de sus animales contemporáneos. En estos diseños prehistóricos se ven algunas veces representados, no sin idea, el mammoth y combates de rengíferos. Una de ellas nos muestra un hombre arponeando un pescado, otra una escena de caza, con hombres desnudos armados de venablos. El hombre es el único animal que tiene propensión a pintar las formas exteriores y a servirse del fuego.

Los kjökkönmödding, compuestos de conchas y de huesos, alcanzan a veces grandísima extensión y una fecha anterior a la edad de bronce; se encuentran llenos de utensilios de piedra, que muestran por todas partes el uso del fuego. Frecuentemente yacen inmediatos a las costas actuales, otras veces, no obstante, se hallan muy al interior, a una distancia de hasta cincuenta millas, su contenido y situación indican una fecha posterior a la de la extinción de los grandes mamíferos, pero primordial a la de la domesticidad. Se pretende que algunos de ellos no tiene menos de cien mil años.

Las habitaciones lacustres de Suiza, chozas construidas sobre estacas y cubiertas de ramas, fueron como se colige de los utensilios que las acompañan, principiadas en la edad de piedra

y continuadas en la de bronce; en el último periodo son más numerosos los testimonios de una vida agrícola.

No debe suponerse que los períodos en que han creído conveniente los geólogos dividir los progresos de la civilización del hombre, son épocas bruscas que surgieran para toda la raza humana; así pues, las tribus nómadas de los indios americanos están saliendo en este momento de la edad de piedra. Aún se les ve en muchos lugares armados de flechas con puntas de sílex, y puede decirse que ha sido ayer cuando han obtenido de los blancos hierro, armas de fuego y caballos.

Tan lejos cuanto se extienden las investigaciones, revelan indisputablemente la existencia del hombre en una fecha separada de la nuestra por muchos cientos de miles de años. Debe tenerse presente que estas investigaciones son muy recientes y reducidas a un espacio geográfico muy limitado, y ninguna se ha llevado a cabo en aquellas regiones que pueden considerarse razonablemente como las primeramente habitadas por el hombre.

De este modo somos arrastrados inconmensurablemente mucho más allá de los seis mil años de la cronología patrística; es difícil asignar una fecha más reciente al último enfriamiento de Europa, que un cuarto de millón de años, y la existencia humana es anterior a él. Pero no es este importante hecho sólo el que se nos presenta; tenemos también que admitir un estado primitivo animalizado y un progreso lento y gradual.

Esta triste y salvaje condición de la humanidad se halla en completa contradicción con la felicidad del paraíso o jardín del Edén, y lo que es más grave, es inconciliable con la teoría de la caída.

Me ha inducido a colocar este capítulo fuera de su verdadero orden cronológico, la idea de presentar lo que tenía que decir respecto de la naturaleza del mundo, de un modo más independiente, las discusiones sobre la edad de la Tierra se han producido mucho después del conflicto sobre el criterio de la verdad; esto es, después de la Reforma, ya que, en efecto, han tenido lugar dentro del siglo actual; y se han conducido con suma moderación, como para justificar el epígrafe, que he dado

a este capítulo, de «Controversia», más bien que de «Conflicto». La geología no ha tenido que tropezar con la cruel oposición que asaltó a la astronomía, y aunque por su parte ha insistido en conceder gran antigüedad a la Tierra, ha señalado la poca confianza que ofrecen estos cálculos numéricos. El atento lector de este capítulo no habrá dejado de observar cierta contradicción en los números presentados, y aunque faltos de exactitud, estos números justifican, sin embargo, la pretensión de una inmensa antigüedad y nos hacen ver que la medida del tiempo en el mundo es en grandeza digna compañera de la medida de los espacios.

Capítulo VIII

Conflicto relativo al criterio de la verdad

La antigua filosofía declara que el hombre carece de medios para cerciorarse de la verdad. – Surgen distintas creencias entre los primeros cristianos. – Ineficaz remedio intentado por los Concilios para corregir esta divergencia. – Se introducen las pruebas por los milagros y las ordalías. – El papado recurre a la confesión auricular y a la Inquisición. – Perpetración de espantosas atrocidades para extirpar las diferencias de opinión. – Efecto del descubrimiento de las Pandectas de Justiniano y desarrollo del derecho canónico sobre la naturaleza de la prueba. – Se hace más científica. – La Reforma establece los derechos de la razón individual. – El catolicismo afirma que el criterio de la verdad reside en la Iglesia. – Repri-me por la congregación del Índice la lectura de ciertos libros y combate a los disidentes por medios tales como la matanza de la noche de San Bartolomé. – Examen de la autenticidad del Penta-teuco como criterio protestante. – Carácter espúreo de estos libros. – Para la ciencia, el criterio de la verdad reside en las revelaciones de la naturaleza: para el protestante, en la escritura: para el católico, en la infalibilidad del Papa.

«¿Qué es la verdad?» Era la pregunta apasionada de un pro-cu-rador romano en uno de los más solemnes momentos de la historia. Y la Divina Persona que se hallaba ante él, y a quien iba dirigida la interrogación, no replicó; a menos que en el silencio mismo no estuviese comprendida la respuesta.

A menudo y sin objeto se había hecho esta pregunta anteriormente; a menudo y sin objeto ha sido hecha después. Nadie hasta ahora ha dado una contestación satisfactoria.

Cuando en el albor de la ciencia, en Grecia, iba desapareciendo la antigua religión, como al salir el sol la neblina, los hombres piadosos y pensadores de aquel país cayeron en una desesperación intelectual. Exclama Anaxágoras lastimeramente: «Nada puede saberse, nada puede aprenderse, nada puede ser cierto; el sentido es limitado, la inteligencia débil, la vida corta.» Jenófanes nos dice que es imposible para nosotros tener certidumbre, ni aún cuando digamos verdad. Parménides declara que la misma constitución del hombre le impide averiguar la verdad absoluta. Empédocles afirma que ningún sistema religioso ni filosófico es digno de confianza, porque no tenemos criterio para ensayarlos. Demócrito asegura que ni aún las cosas que son verdaderas pueden darnos la certidumbre; que el resultado final de la investigación humana es el descubrimiento de que el hombre es incapaz del conocimiento absoluto, y que teniendo la verdad en su poder no puede estar seguro de ella. Pirrón nos advierte que reflexionemos sobre la necesidad de suspender nuestro juicio de las cosas, puesto que no tenemos criterio de la verdad; tan profunda incredulidad infundió en sus discípulos, que solían decir: «No aseguramos nada, ni aún siquiera que no aseguramos nada.» Epicuro enseñaba a sus discípulos que la verdad no puede nunca determinarse por la razón, Arcesilao, negando el conocimiento intelectual y de los sentidos, confesaba públicamente que nada sabía, ni su propia ignorancia. La conclusión general a que vinieron los filósofos griegos era ésta: que en vista de la contradicción que ofrecen las pruebas de los sentidos, no podemos distinguir la verdad del error, y que es tal la imperfección de la razón, que no podemos afirmar la exactitud de ninguna deducción filosófica.

Debiera suponerse que una revelación de Dios al hombre tendría fuerza y claridad bastantes para disipar toda duda y destruir toda oposición. Un filósofo griego, menos pesimista que otros, se aventuró a afirmar que la coexistencia de dos formas de fe que pretendían ser reveladas por el Omnipotente Dios, probaba que ninguna de las dos era verdadera. Pero recordemos que es difícil para los hombres venir a una misma conclusión, aún en las cosas materiales y visibles, a menos de partir de

un mismo punto de vista. Si la discordia y el recelo eran las condiciones de la filosofía trescientos años antes del nacimiento de Cristo, la discordia y el recelo eran las condiciones de la religión trescientos años después de su muerte. Véase lo que escribía Hilario, obispo de Poitiers, en su pasaje bien conocido sobre el Concilio de Nicea:

«Es cosa igualmente deplorable y peligrosa que haya tantos credos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones y tantas fuentes de blasfemia como faltas entre nosotros, porque hacemos credos arbitrariamente y los explicamos con igual arbitrariedad. Cada año, cada luna, hacemos nuevos credos para describir misterios invisibles; nos arrepentimos de lo que hemos hecho y defendemos a los que se arrepienten; anatemizamos a los que defendimos; condenamos, ya las doctrinas de otros en nosotros mismos, ya las nuestras en otros; y destrozándonos unos a otros, hemos sido causa de nuestra propia ruina.»

Estas no son meras palabras; pero la importancia de tal acusación propia puede apreciarse plenamente tan sólo por los que se hallan familiarizados con la historia eclesiástica de aquellos tiempos. Tan pronto como el primer fervor de los cristianos, con su sistema de benevolencia había declinado, aparecieron las disensiones. Los historiadores eclesiásticos afirman que: «Desde el siglo segundo empezó la lucha entre la fe y la razón, la religión y la filosofía, la piedad y el genio.» Para calmar estas disensiones, para obtener alguna expresión autoritaria, algún criterio de la verdad, se recurrió a las asambleas consultivas, que tomaron más tarde la forma de Concilios. Por mucho tiempo tuvieron tan sólo autoridad consultiva, pero cuando en el siglo IV había alcanzado el cristianismo el gobierno imperial, sus decisiones fueron coercitivas, hallándose apoyadas por el poder civil. Esto cambió por completo el aspecto de la Iglesia. Los concilios ecuménicos (parlamentos de la cristiandad) formados por delegados de todas las iglesias del mundo, eran convocados por la autoridad del Emperador; los presidía personal o nominalmente, armonizaba las diferencias y era de hecho el papa de la cristiandad. El historiador Mosheim, a quien me he referido antes

más particularmente, hablando de estos tiempos hace notar que: «Nada había que excluyese al ignorante de las dignidades eclesiásticas; el partido salvaje e indocto, que consideraba todo saber, en especial la filosofía, como perjudicial a la piedad, engrosaba» y en consecuencia: «Las disputas del Concilio de Nicea ofrecieron ejemplo notable de la grandísima ignorancia y confusión de ideas, sobre todo en el lenguaje y explicaciones en que se hallaban los que aprobaron las decisiones de aquel Concilio.» Tan grande como ha sido su influjo en el mundo, y con todo, «los antiguos críticos no están acordes en el tiempo ni el lugar en que se convocó, ni en el número de obispos que concurrieron, ni en el nombre del que lo presidió. No se extendieron actas de su famoso decreto, o a lo menos ninguna ha llegado hasta nosotros.» La Iglesia había venido a ser entonces lo que en el lenguaje de los políticos modernos se llamaría «una república confederada.» La voluntad del Concilio se determinaba por la mayoría de votos, y para asegurarla se recurría a toda clase de intrigas e imposiciones, sin desdeñar el soborno, la violencia y el influjo de las damas de la corte. El Concilio de Nicea había sido apenas aplazado, cuando fue obvio para los hombres imparciales que, como método de establecer un criterio de la verdad en asuntos religiosos, semejantes concilios habían sido un completo fracaso; los derechos de la minoría no fueron respetados por la mayoría. La protesta de muchos hombres de bien, de que el simple voto de una mayoría de delgados, cuyo derecho a votar nunca fue examinado ni autorizado, no podía aceptarse como medio para determinar la verdad absoluta, fue acogida con desdén, y las consecuencias fueron que se convocaran concilios contra concilios y que sus disputas y decretos contradictorios sembraran la confusión y la inquietud por todo el mundo cristiano, sólo en el siglo IV hubo trece concilios contrarios a Arrio, quince a su favor y diecisiete semi-arrianos: en todo cuarenta y cinco. Las minorías intentaron perpetuamente usar las armas de que la mayoría había abusado.

El imparcial escritor eclesiástico mencionado dice también que «dos errores monstruosos y calamitosos se adoptaron en ese siglo IV: 1º, que era acto de virtud engañar y mentir, cuando por

este medio se obtenía algún beneficio para la Iglesia; 2º, que cuando se sostenían y aceptaban errores religiosos después de las debidas amonestaciones, debían castigarse con penas civiles y tormentos corporales.»

No podemos ver sin asombro lo que en aquellos tiempos se consideraba popularmente como criterio de la verdad. Reputábanse establecidas las doctrinas según el número de mártires que las habían profesado o según los milagros, las confesiones de los demonios, de los lunáticos o de personas poseídas del espíritu maligno; así, San Ambrosio, en sus discusiones con los arrianos, presenta hombres poseídos del demonio, que al aproximarles las reliquias de ciertos mártires, reconocían con fuertes gritos que la doctrina nicena de las Tres Personas divinas era verdadera. Pero los arrianos le acusaron de haber sobornado a estos testigos infernales con una buena suma. Ya iban apareciendo tribunales de ordalías; durante los seis siglos siguientes, se consideraron como un recurso final para establecer la criminalidad o la inocencia, bajo las formas de pruebas del agua fría, del duelo, del fuego y de la cruz.

¡Qué total ignorancia vemos aquí de la naturaleza de la prueba y de sus leyes! Un acusado se hunde o nada, al ser arrojado a un estanque; se abrasa o no las manos, al coger un hierro enrojecido; el campeón que ha contratado, vence o es vencido en combate singular; puede o no estar en cruz más tiempo que su acusador, y su inocencia o su culpabilidad en el crimen imputado queda establecida! ¿Son estos criterios de verdad?

¿Es sorprendente que toda Europa estuviera llena de impostores milagros durante aquellas edades? ¡Milagros que son una desgracia para el sentido común del hombre!

Mas el día inevitable vino al fin. Doctrinas y aserciones basadas en pruebas tan extravagantes, fueron envueltas en el descrédito que cayó sobre la prueba misma. Al aproximarnos al siglo XIII, hallamos la incredulidad extendiéndose en todas direcciones. Primero se ve claramente entre las órdenes monásticas, y luego se propaga rápidamente en el común del pueblo. Libros tales como El Evangelio eterno aparecen entre las primeras;

sectas como las de los cataristas, valdenses y petrobrusianos, nacen en el último. Estaban de acuerdo en «que la religión pública y establecida era un sistema abigarrado de errores y supersticiones, y que el domino que el Papa había usurpado a los cristianos era ilegal y tiránico; que la pretensión del obispo de Roma de ser el señor soberano del universo, sin que ni príncipes ni obispos, ni poderes civiles o eclesiásticos tuvieran otra autoridad legal en la Iglesia o en el Estado, sino la que recibiesen de él, no tiene fundamento y es una usurpación de los derechos del hombre.»

Para contener este torrente de impiedad, estableció el gobierno papal dos instituciones: 1ª, la Inquisición; 2ª, la confesión auricular; esta última, como medio de información, y como tribunal de castigo la primera.

En términos generales, puede decirse que las funciones de la Inquisición eran extirpar por el terror las disidencias religiosas y asociar la herejía con las nociones más horribles; esto implicaba necesariamente la facultad de determinar lo que constituía la herejía. El criterio de la verdad estaba, pues, en poder de un tribunal a quien se fiaba el cometido de «descubrir y juzgar a los heréticos ocultos en las ciudades, las casa, los sótanos, los bosques, las cuevas y los campos.» Con tal salvaje ardor llevó a cabo su propósito de proteger los intereses de la religión, que de 1481 a 1808 castigó trescientas cuarenta mil personas, y de éstas cerca de treinta y dos mil fueron quemadas. En sus primeros días, cuando la opinión pública no halló medios de protestar contra sus atrocidades, «condenó a muerte con frecuencia, sin apelación, en el mismo día de la acusación, a nobles, clérigos, monjes, ermitaños y seglares de todos rangos y condiciones.» En cualquier dirección que tomaran los hombres pensadores, hallaban lleno el aire de fantasmas pavorosos; nadie podía permitirse pensar con libertad, sin aguardar un castigo. Tan terribles eran los procedimientos de la Inquisición, que la exclamación de Pagliarici era la de muchos millares: «Es muy difícil para el hombre ser cristiano y morir en su lecho.»

La Inquisición destruyó en el siglo XIII los sectarios del Sur de Francia. Sus atrocidades poco escrupulosas extirparon el protes-

tantismo en España e Italia; pero no limitó su acción a asuntos espirituales solamente y también se ocupó en contener a los disidentes políticos. Nicolás Eymeric, que fue inquisidor general del reino de Aragón cerca de cincuenta años y que murió en 1399, ha legado un espantoso testimonio de su conducta y de sus crueldades en su *Directorium Inquisitorium*.

Esta desgracia de la cristiandad, y sin duda de la raza humana, no tuvo siempre la misma constitución; variaba según los países. La inquisición papal fue continuación de la tiranía de los antiguos obispos, y la autoridad de éstos fue menospreciada por los oficiales del Papa.

Por acta del cuarto concilio lateranense, en el año 1215, el poder de la Inquisición se aumentó de un modo espantoso, hallándose en aquel tiempo formalmente establecida la confesión probada con un sacerdote (confesión auricular). Esto daba omnipresencia y omnisciencia a la Inquisición en todo lo relativo a la vida doméstica, ningún hombre estaba seguro; en manos del sacerdote, la esposa y los criados se volvían espías; y desde el confesionario extraía y arrancaba sus más íntimos secretos. Llamado ante el temido tribunal, se le informaba simplemente de que había incurrido en sospecha de herejía; no se nombraba el acusador, pero la sortija de tornillo, la cuerda, el borceguí, la cuña y otros instrumentos de tortura, pronto orillaban aquella dificultad, y culpable o inocente, concluí por acusarse a sí mismo.

A pesar de todo este poder, no se correspondió a su objeto la Inquisición: cuando los herejes no pudieron luchar contra ella, la burlaron. Una incredulidad general inundó a Europa rápidamente; se negaba la Providencia, la inmortalidad del alma, el libre albedrío y que el hombre pudiera resistir la necesidad absoluta, el destino que le rodea. Estas ideas eran acariciadas en silencio por multitud de personas impulsadas por la tiranía eclesiástica; a despecho de la persecución aún sobrevivían los valdenses para propagar su declaración de que la Iglesia romana, desde Constantino, había ido degenerando de su pureza y santidad; para protestar contra la venta de indulgencias, las que decían que casi habían hecho inútiles la oración, el ayuno y las

limosnas; para afirmar que era completamente ocioso orar por las almas de los difuntos, puesto que deberían hallarse ya o en el cielo o en el infierno. Aunque se creía generalmente que la filosofía o la ciencia era perniciosa a los intereses de la cristianidad y de la verdadera piedad, la literatura mahometana que entonces florecía en España iba haciendo conversos entre todas las clases de la sociedad; vemos muy claramente su influencia en muchas de las sectas que se presentaron; así, «los hermanos y hermanas del espíritu libre» sostenían que «el universo proviene de emanación de Dios y volverá a él finalmente por absorción; que las almas racionales son otras tantas porciones de la suprema divinidad, y que el universo, considerado como un gran todo, es Dios.» Estas son ideas que sólo pueden sustentarse en un estado intelectual avanzado. Se dice que muchos individuos de esta secta fueron quemados, manifestando con imperturbable serenidad la alegría y el placer del triunfo: sus ortodoxos enemigos los acusaron de entregarse a sus pasiones en reuniones nocturnas y a oscuras, a las que asistían desnudos hombres y mujeres; una acusación semejante, como es bien sabido, se presentó contra los primeros cristianos por la sociedad elegante de Roma.

La influencia de la filosofía de Averroes era visible en muchas de estas sectas. Este sistema mahometano, considerado desde un punto de vista cristiano, conduce a la creencia herética de que el fin de los preceptos del cristianismo es la unión del alma con el Ser Supremo; que Dios y la naturaleza tienen la misma relación entre sí que el alma y el cuerpo; que no hay más que una inteligencia individual, y que un alma sola ejecuta todas las funciones espirituales y racionales en toda la raza humana. Cuando posteriormente, en tiempo de la Reforma, los averroístas italianos fueron requeridos por la Inquisición para dar cuenta de sí mismos, intentaron demostrar que existe una gran distinción entre la verdad religiosa y la filosófica; que cosas que pueden ser verdad filosóficamente, pueden ser falsas teológicamente, pretexto o disculpa que fue al cabo condenado por el concilio de Letrán en tiempo de León X.

Pero a pesar de la confesión auricular y de la Inquisición, sobre-

vivían estas tendencias heréticas, y se ha dicho, con razón, que en tiempo de la Reforma se ocultaba en muchas partes de Europa un gran número de personas que sustentaban la enemistad más violenta contra el cristianismo; en esta clase perniciosa existían muchos aristotélicos, como Pomponazzi; muchos filósofos y hombres de talento, como Bodin, Rabelais, Montaigne; y como León X, Bembo y Bruno en Italia.

La prueba por los milagros empezó a caer en descrédito durante los siglos XI y XII. Los sarcasmos de los filósofos hispano-árabes habían llamado la atención de los eclesiásticos más ilustrados sobre su índole ilusoria. El descubrimiento de las Pandectas de Justiniano, en Amalfi en 1130, ejerció indudablemente una influencia muy poderosa, promoviendo el estudio de la jurisprudencia romana y diseminando mejores nociones en cuanto al carácter de la prueba legal o filosófica. Hallam presenta algunas dudas sobre la historia bien conocida de este descubrimiento; pero acepta que el célebre ejemplar de la biblioteca Laurentina de Florencia es el único que contiene los cincuenta libros completos, veinte años después, el monje Graciano coleccionó los varios edictos papales, los cánones de los concilios, las declaraciones de los Padres y Doctores de la Iglesia en un volumen llamado El Decreto, considerado como la primera autoridad en derecho canónico. En el siglo siguiente, Gregorio IX publicó cinco libros de Decretales y Bonifacio VIII más tarde añadió otro sexto. A estos siguieron las Constituciones Clementinas, siete libros de Decretales y un Libro de Instituciones, publicados juntamente por Gregorio XIII en 1580 bajo el título de Corpus Juris Canonici. El derecho canónico había ganado gradualmente un poder enorme por la intervención que había obtenido sobre los testamentos, la tutoría de los huérfanos, el matrimonio y el divorcio.

El abandono de la prueba milagrosa y la sustitución de la prueba legal en su lugar, aceleraron la fecha de la Reforma. No podía admitirse por más tiempo la pretensión que en tiempos anteriores Anselmo, arzobispo de Canterbury, en su tratado de Cur Deus Homo, había sustentado de que debemos creer primero sin examen y podemos luego tratar de comprender lo que he-

mos creído de tal modo. Cuando Cayetano dijo a Lutero: «Tú debes creer que una sola gota de la sangre de Cristo es suficiente para redimir toda la raza humana, y la cantidad restante derramada en el huerto y en la cruz, fue legada al papa como tesoro de donde saliesen las indulgencias», el alma del obstinado monje alemán se revelaba contra tan monstruosa aserción, y no la hubiera creído aún cuando millares de milagros se hubiesen ejecutado en su favor. La práctica vergonzosa de la venta de indulgencias para redimir los pecados tuvo origen entre los obispos, quienes al necesitar dinero para sus placeres particulares, lo obtenían por este medio. Abades y monjes, a quienes este lucrativo comercio estaba prohibido, buscaron fondos sacando las reliquias en procesiones solemnes y cargando un impuesto por tocarlas.

Los papas, en sus apuros pecunarios, notando cuan productivas eran estas prácticas, quitaron a los obispos el derecho de hacer semejantes ventas y se lo apropiaron, estableciendo agencias, principalmente entre las órdenes mendicantes, para el tráfico. Entre estas órdenes había ruda competencia, jactándose cada una de ellas de la superioridad de sus indulgencias por su mayor influjo en la corte del cielo, sus relaciones familiares con la Virgen María y los santos de la gloria. Aún contra Lutero mismo, que había sido monje agustino, se corrió la calumnia de que se había separado de la Iglesia porque un tráfico de esta clase se confirió a los dominicos y no a los de su orden, en los tiempos en que León X levantaba fondos para la edificación de San Pedro de Roma en 1517; y hay razones para pensar que León mismo, en los primeros tiempos de la Reforma, dio fuerza a esta afirmación.

Las indulgencias fueron, pues, la inmediata causa incitante de la Reforma; pero muy pronto se hicieron visibles los verdaderos principios que animaban la controversia.

Descansaban en la cuestión: «¿Debe la Biblia su autenticidad a la Iglesia, o debe la Iglesia su autenticidad a la Biblia? ¿Dónde está el criterio de la verdad?»

No me es necesario relatar aquí los detalles bien conocidos de

esta controversia, las asoladoras guerras y las escenas de sangre que originó: cómo puso Lutero noventa y cinco tesis en la puerta de la catedral de Wittemberg y fue citado a Roma para responder de esta ofensa: cómo apeló del Papa, mal informado en aquel tiempo, para ante el Papa mejor informado: cómo fue condenado por herético, y por lo tanto emplazado para un concilio general: cómo a través de las disputas acerca del purgatorio, de la transustanciación, de la confesión auricular y de la absolución, la idea fundamental que había en el fondo de todo el movimiento se puso de relieve: los derechos del juicio individual; cómo Lutero fue entonces excomulgado en 1520, y cómo, por reto, quemó la bula de excomunión y los volúmenes del derecho canónico que denunció porque excitaban la subversión de todo poder civil y la exaltación del papado; cómo, por esta hábil maniobra, atrajo muchos príncipes alemanes a sus opiniones; cómo, citado ante la Dieta imperial en Worms, rehusó retractarse, y mientras estaba oculto en el castillo de Wartburgo, se extendían sus doctrinas y estalló en Suiza una reforma bajo Zwingli; cómo el principio sectario, envuelto en el movimiento, hizo que nacieran rivalidades y disensiones entre alemanes y suizos, y que aún se dividieran estos últimos entre sí, bajo el mando de Zwingli y Calvino; cómo la conferencia de Marburgo, la dieta de Spira y la de Augsburgo fueron ineficaces para reprimir los disturbios, y más tarde la reforma germánica anunció una organización política en Esmalcalda. Las disputas entre luteranos y calvinistas hicieron esperar a Roma que podría recobrar lo perdido.

No tardó León en descubrir que la reforma luterana era algo más serio que celos o rivalidades de monjes acerca de los provechos de la venta de indulgencias, y el papado se puso formalmente a trabajar para derribar a los revoltosos. Instigó las grandes y horrorosas guerras que por tantos años asolaron la Europa, y creó animosidades que ni el Tratado de Westfalia ni el Concilio de Trento, después de ocho años de debates, pudieron cortar. Nadie puede leer sin estremecerse las tentativas que se hicieron para extender la Inquisición en el extranjero. Toda Europa, católica o protestante, se horrorizó al saber la matanza de

los hugonotes en la noche de San Bartolomé, el año 1572; no tiene rival en los anales del mundo, por su perfidia y atrocidad.

La senda desesperada en que había entrado el papado para echar abajo a sus contrarios, provocando guerras civiles, asesinatos y matanzas, fue del todo ineficaz; no tuvo mejor resultado el Concilio de Trento, que aparentemente se convocó para corregir, ilustrar y fijar con claridad la doctrina de la Iglesia, restaurar el vigor de su disciplina y reformar la vida de sus ministros; pero fue de tal modo preparado, que una gran mayoría de sus miembros eran italianos y estaban bajo la influencia del Papa; de esto se desprende que los protestantes no podían aceptar sus decisiones.

El resultado de la reforma fue que todas las Iglesias protestantes aceptaran el dogma de que la Biblia es guía suficiente para todo cristiano. La tradición fue rechazada y asegurado el derecho de interpretación privada; se creyó que al fin se había encontrado el criterio de la verdad.

La autoridad atribuida de esta suerte a las Escrituras no fue restringida a materias puramente religiosas o morales; se extendió a los hechos filosóficos y a la interpretación de la naturaleza; muchos fueron tan lejos como en los antiguos tiempos Epifanio, que creía que la Biblia contenía un sistema completo de minerología. Los reformistas no toleraron ciencia alguna que no estuviese conforme con el Génesis; entre ellos había muchos que sostenían que la religión, que la piedad, no podrían florecer a menos de separarlas del saber y la ciencia. La máxima fatal de que la Biblia contiene la suma y esencia de todo saber útil o posible para el hombre, máxima empleada de antiguo con tan pernicioso efecto por Tertuliano y San Agustín, y que tan frecuentemente había sido reforzada por la autoridad papal, fue sostenida con ardor. Los jefes de la Reforma, Lutero y Melancthon, determinaron expulsar la filosofía de la Iglesia. Lutero declaró que el estudio de Aristóteles es completamente inútil, y sus vilipendios contra el filósofo griego no tienen límite: ciertamente que es, dice, un demonio, un terrible calumniador, un malvado sicofanta, un príncipe de las tinieblas, un verdadero Apollyon, una bestia, el mayor embustero de la humanidad, en

quien difícilmente se halla la menor filosofía, un charlatán público y de profesión, un macho cabrío, un completo epicúreo, ese dos veces execrable Aristóteles. Los alumnos del filósofo eran, según Lutero, «sabandijas, orugas, sapos y piojos», y los aborrecía profundamente. Estas opiniones, aunque no expresadas tan enfáticamente, eran también las de Calvino. En todo cuanto se refiere a la ciencia, nada se debe a la Reforma: siempre estaba ante ella el lecho de Procusto del Pentateuco.

El día de más triste presagio que se registra en los anales de la cristiandad es aquel en que ésta se separó de la ciencia. Por ello se vio Orígenes, uno de los jefes y columnas de la Iglesia, obligado en aquel tiempo a abandonar su cometido en Alejandría, y a retirarse a Cesárea. En vano, durante muchos siglos, hicieron los hombres instruidos de la Iglesia esfuerzos para, como se decía entonces, «extraer el jugo interior y médula de las Escrituras, que lo explicaría todo.» la historia universal desde el siglo III al XVI nos enseña cual fue su resultado, y la lobreguez de aquellos tiempos se debe a esta política. Aquí y acullá, es cierto, hubo grandes hombres, como Federico II y Alfonso X, que elevándose a un punto de vista superior y general, comprendieron el valor de la instrucción para el progreso, y en medio del terror de que los rodearon los eclesiásticos, reconocieron que sólo la ciencia puede mejorar la condición social del hombre.

La aplicación de la pena capital por diferencia de opiniones duraba todavía, cuando Calvino hizo quemar a Servet en Ginebra, comprendió todo el mundo que el espíritu de persecución no había concluido; la culpa de aquel filósofo era su creencia de que la doctrina genuina de la cristiandad se había perdido aún antes del Concilio de Nicea, y de que el Espíritu Santo animaba todo el sistema de la naturaleza, como alma del mundo, y que será absorbido con Cristo al fin de todas las cosas en la sustancia de la divinidad de que ha emanado. Por esto fue quemado a fuego lento. ¿Hubo alguna diferencia entre este auto de fe protestante y el católico de Vanini, quemado asimismo en Tolosa por la Inquisición, en 1629, por sus Diálogos sobre la naturaleza?

La invención de la imprenta y la propagación de los libros intro-

dujeron una clase de peligros que no podía reprimir la Inquisición. En 1559, el Papa Paulo IV instituyó la Congregación del Índice expurgatorio. Su obligación era examinar los libros y manuscritos que se destinaban a la publicación, y decidir si debía permitirse al pueblo su lectura; corregir los libros, cuyos errores no fuesen muy numerosos y que pudieran contener ciertas verdades útiles y saludables, para ponerlos así en armonía con las doctrinas de la Iglesia; condenar aquellos cuyos principios fueran heréticos y perniciosos, y conceder privilegios especiales a ciertas personas para leer libros prohibidos. Esta congregación, que a veces se reúne en presencia del Papa, aunque por lo general en el palacio de su cardenal presidente, tiene una jurisdicción mayor que la de la Inquisición, pues, no sólo adquiere conocimiento de los libros que contiene doctrinas contrarias a la fe católica romana, sino también de los que se refieren a los deberes morales, disciplina de la Iglesia e intereses de la sociedad. Su nombre proviene de las listas alfabéticas o índices de los libros y autores heréticos, escritas por su mandato.

El Índice expurgatorio de libros prohibidos sólo señaló al principio aquellas obras que era lícito leer; pero viendo que esto era insuficiente, estableció que toda obra no autorizada era desde luego ilícita; medida audaz para impedir que llegase al pueblo ningún conocimiento, excepto los adecuados a los fines de la Iglesia.

Las dos comuniones rivales de la Iglesia cristiana, la protestante y la católica, estuvieron, pues, de acuerdo en un punto: en no tolerar la ciencia, excepto la que consideraban conforme con la Escritura. Hallándose los católicos en posesión de un poder centralizado, pudieron hacer respetar sus decisiones donde quiera que se reconocía su imperio, y fortalecer las moniciones del Índice expurgatorio; los protestantes, cuya influencia se hallaba difundida entre muchos focos de distintas naciones, no pudieron obrar de un modo tan directo y resuelto. Su manera de proceder era excitar el «odio teológico» contra el culpable, colocarlo en entredicho social; quizás este medio no es menos eficaz que el otro.

Como hemos visto en los capítulos anteriores, había existido un

antagonismo entre la religión y la ciencia desde los primeros días del cristianismo; podemos contemplar cómo se extiende en toda ocasión propicia, durante siglos y siglos; lo vemos así en la caída del Museo de Alejandría, en los casos de Erigena y de Wiclef, en el desprecio con que los herejes del siglo XIII rechazaron el relato de la Escritura sobre la creación; pero sólo en la época de Copérnico, Keplero y Galileo fue cuando los esfuerzos de la ciencia para libertarse de la esclavitud en que estaba sujeta se hicieron indomables. En todos los países había disminuido grandemente el poder político de la Iglesia; conocieron sus jefes que las nieblas sobre las cuales estaba edificada se iban disolviendo; medidas represivas contra sus antagonistas, empleadas con éxito en tiempos antiguos, no podían aplicarse ya ventajosamente, y más le podía perjudicar que favorecerle quemar un filósofo aquí y allá. En su gran conflicto con la astronomía, en el cual se destaca Galileo como la principal figura, sufrió una completa derrota; y como hemos visto, cuando fue impresa la obra inmortal de Newton, no pudo presentar resistencia, aunque Leibnitz afirmó a la faz de Europa que «Newton había arrebatado a la divinidad algunos de sus mejores atributos y minado los cimientos de la religión natural.»

Del tiempo de Newton hasta nosotros, la divergencia entre la ciencia y los dogmas de la Iglesia ha aumentado continuamente. La Iglesia declaró que la Tierra es el cuerpo central y más importante del Universo; que el Sol, la Luna y las estrellas son tributarios suyos; en estos puntos fue derrotada por la astronomía. Afirmó que un diluvio universal había cubierto la Tierra y que los únicos animales que sobrevivieron fueron los que se salvaron en el arca; en esto fue rectificado su error por la geología. Enseñó que había habido un primer hombre, que seis u ocho mil años hace fue creado de repente o sacado de la nada en un estado físico y moral perfecto, del cual cayó; pero la antropología ha demostrado que existían seres humanos en remotísimos tiempos geológicos y en un estado salvaje, poco superior al del bruto.

Muchos hombres de bien y de buenas intenciones han tratado de reconciliar los testimonios del Génesis con los descubrimien-

tos de la ciencia, pero en vano; la divergencia ha crecido tanto, que ha llegado a ser oposición completa. Uno de los antagonistas tiene que desaparecer.

¿No podemos, pues, permitirnos examinar la autenticidad de este libro, que desde el siglo segundo ha sido erigido como criterio de la verdad científica? Para sostenerse en una posición tan elevada, debe poder desafiar la crítica humana.

En los primeros tiempos del cristianismo, muchos de los más eminentes padres de la Iglesia tuvieron serias dudas respecto de la autoridad del Pentateuco entero. No tengo espacio, en la limitada extensión de estas páginas, para representar en detalle los hechos y argumentos que se presentaron entonces y luego. La literatura de este asunto es hoy día muy extensa. Puede el lector acudir, sin embargo, a la obra del piadoso e ilustrado dean Prideaux, *El Antiguo y el Nuevo Testamento reunidos*, uno de los ornamentos literarios del último siglo. Hallará también tratado el asunto más recientemente por el obispo Colenso. Los párrafos siguientes bastarán a dar una idea suficientemente clara del estado presente de la controversia.

Se afirma que el Pentateuco ha sido escrito por Moisés bajo la influencia de la inspiración divina; considerado así, como anales escritos de viva voz y dictados por el Todopoderoso, exigen acatamiento, no sólo de los científicos, sino del mundo entero.

Pero, ahora bien; en primer lugar, puede preguntarse: ¿Quién o qué ha dado crédito a esta grande pretensión?

No es el libro, por cierto; en ninguna parte lo indica, ni hace la impía declaración de que esté escrito por Dios Todopoderoso.

Hasta después del siglo segundo, no se impuso a la credulidad humana tan extravagante exigencia. Tuvo origen, no en la clase elevada de los filósofos cristianos, sino entre los fervorosos Padres de la Iglesia, cuyos escritos prueban que eran personas sin instrucción y sin espíritu de crítica.

Cada época, desde el siglo segundo hasta nuestros días, ha producido hombres de grande ingenio, tanto judíos como cristia-

nos, que han rechazado estas pretensiones. Sus decisiones se han fundado en la prueba intrínseca de los mismos libros; éstos presentan claras demostraciones de dos autores distintos, a lo menos, que se han llamado respectivamente Elohistas y Jehovistas. Hupfeld asegura que la narración Jehovística conserva señales de haber sido unos segundos anales originales, completamente independientes de la Elohistas. Las dos fuentes de que se derivan las narraciones son en muchos puntos contradictorias; además es seguro que los libros del Pentateuco jamás se atribuyen a Moisés en las inscripciones de los manuscritos hebreos, ni en los ejemplares impresos de la Biblia hebrea, ni se les llama «libros de Moisés» en la versión de los Setenta, ni en la Vulgata, y sí únicamente en las traducciones modernas.

Claro es que no pueden atribuirse solamente a la autoridad de Moisés, puesto que registran su muerte; claro es que no fueron escritos sino muchos cientos de años después de aquel suceso, toda vez que hacen referencia a hechos que no ocurrieron sino después del establecimiento del gobierno de los reyes entre los judíos.

Ningún hombre puede osar atribuirlos a inspiración del Dios Todopoderoso: sus inconsecuencias, contradicciones e imposibles, expuestos por muchos ilustrados y piadosos modernos, alemanes e ingleses, son muy grandes. Deciden estos críticos que el Génesis es una narración basada en leyendas; que el Éxodo no es históricamente verdadero; que todo el Pentateuco no es histórico, ni mosaico. Contiene las mayores contradicciones e imposibles, suficientes para comprometer la credibilidad del todo; imperfecciones tan grandes y flagrantes que destruirían la autenticidad de cualquier obra histórica moderna.

Hengstenberg, en sus Disertaciones sobre la autenticidad del Pentateuco, dice: «es la suerte inevitable de toda obra histórica falsa, caer en la contradicción; esto es lo que pasa en gran escala con el Pentateuco, por no ser genuino. Si el Pentateuco es falso, sus historias y leyes han sido elaboradas en porciones sucesivas y fueron escritas en el curso de muchos siglos por diferentes individuos. De este género de trabajos es inseparable una masa de contradicciones que la hábil mano del último edi-

tor nunca podría ser capaz de borrar por completo.»

Puedo agregar a estas observaciones lo que dice expresamente Ezra (Esdras, II, 14), que él mismo, ayudado por otras cinco personas, escribió aquellos libros en el espacio de cuarenta días. Dice que en tiempo de la cautividad de Babilonia, los antiguos escritos sagrados de los judíos fueron quemados, y da detalles particulares de las circunstancias en que fueron compuestos. Declara que emprendió escribir cuanto se había hecho en el mundo desde su principio. Se dirá que los libros de Esdras son apócrifos, pero en cambio puede preguntarse:

¿Se han dado pruebas de ello, capaces de resistir a la crítica moderna? En los primeros tiempos de la cristiandad, cuando la historia de la caída del hombre no se consideraba esencial al sistema cristiano y la doctrina de la expiación no había alcanzado la precisión que le dio Anselmo más tarde, era muy generalmente admitido por los Padres de la Iglesia que Ezra probablemente compuso el Pentateuco. Así dice San Jerónimo: *Sive Moses dicere volueris auctorem Pentateuchi, sive Esdram ejusdem instauratorem operis, non recuso*. Clemente Alejandrino dice que cuando estos libros fueron destruidos en el cautiverio de Nabucodonosor, Esdras, habiendo sido inspirado proféticamente, los reprodujo. Ireneo dice lo mismo.

Los incidentes contenidos en el Génesis, del primero al décimo capítulo inclusive (capítulos que por sus relaciones con la ciencia son de mayor importancia que otras partes del Pentateuco), han sido evidentemente compilados de fragmentos de leyendas de distintas autoridades. Todos ellos presentan a la crítica, sin embargo, particularidades que demuestran fueron escritos en las márgenes del Éufrates, y no en el desierto de la Arabia; contienen muchos caldeismos. Un egipcio no hablaría del Mediterráneo como si se hallase a su Oeste, y un asirio sí. Su exorno y maquinaria, si estas expresiones pueden usarse con propiedad, son completamente asirias, y no egipcias. Hubo tantos anales, que puede esperarse encontrar algunos en caracteres cuneiformes en las bibliotecas de barro de los reyes de Mesopotamia.

Se asegura que una leyenda análoga a la del diluvio se ha exhumado ya, y que no está fuera de los límites de lo probable que el resto pueda obtenerse de un modo semejante.

De estas fuentes asirias tomó Ezra las leyendas de la creación de la tierra y el cielo, el jardín del Edén, el hacer al hombre de tierra y a la mujer de una de sus costillas, las tentaciones de la serpiente, el nombrar los animales, el querubín de la espada flameante, el diluvio y el arca, los vientos que secaron la tierra, la construcción de la torre de Babel y la confusión de lenguas. Empieza bruscamente la historia de los judíos en el capítulo oncenso; en este punto cesa su historia universal y se ocupa de la historia de una sola familia, la de los descendientes de Sem.

El duque de Argyll, en su libro *El Hombre primitivo*, refiriéndose a esta restricción, dice muy gráficamente: «En la genealogía de la familia de Sem tenemos una lista de nombres, que son nombres y nada más para nosotros. Es una genealogía que no hace más ni pretende hacer más que trazar el orden de sucesión entre algunas familias únicamente, aparte de millones de otras que ya existían en el mundo; no se da más que este orden de sucesión, y ni aún hay certidumbre completa de que éste sea consecutivo. Nada se nos dice de todo lo que hay detrás del velo de densas tinieblas delante del cual se hacen pasar estos nombres; y, sin embargo, en las raras ocasiones que se levanta un poco, podemos dirigir una ojeada y vemos grandes movimientos que se producen desde muy antiguo; ninguna forma se ve distintamente, y aún la dirección de aquellos movimientos tan sólo puede adivinarse, pero se oyen las voces de las grandes aguas.» Estoy de acuerdo con la opinión de Hupfeld de que «el descubrimiento de que el Pentateuco está sacado de varias fuentes o documentos originales es, fuera de toda duda, no sólo uno de los más importantes y fecundos para la interpretación de los libros históricos del Antiguo Testamento, o más bien para toda la teología y la historia, sino que es también una de las averiguaciones más positivas que se han hecho en el dominio de la crítica y de la historia de la literatura. Diga lo que quiera en contra el partido anticrítico, este dato puede sostenerse sin retroceder por ninguna cosa, mientras tanto que dure lo que se

llama crítica; y no será fácil para un lector, superior al nivel de cultura que tenemos hoy día, si lo examina sin prevención y con espíritu recto de apreciar la verdad, sustraerse a su influencia.»

¿Qué, pues? ¿Renunciaremos a estos libros? Admitir que la narración de la caída del Edén es legendaria, ¿no arrastra consigo la doctrina más solemne y sagrada del cristianismo, la de la redención?

¡Reflexionemos sobre esto! La cristiandad en sus primeros días, cuando convertía y conquistaba el mundo, sabía poco o nada acerca de esta doctrina. Hemos visto que Tertuliano en su Apología no la creyó digna de mención. Tuvo origen entre los herejes gnósticos y no era admitida por la escuela teológica de Alejandría; nunca fue presentada de un modo preeminente por los Padres, ni alcanzó el imperio que hoy tiene hasta los tiempos de Anselmo. Filón el judío habla de la historia de la caída como simbólica; Orígenes la considera como una alegoría. Quizás pueden ser acusadas con razón algunas de las Iglesias protestantes de inconsecuencia, porque la consideran en parte mitológica y en parte real. Pero si admitimos con ellas que la serpiente es símbolo de Satanás, ¿no debe esto dar cierto aire de alegoría a toda la narración?

Es de sentir que la Iglesia cristiana haya tomado sobre sus hombros la defensa de estos libros y que se haya hecho solidaria de sus manifiestos errores y contradicciones. La vindicación de éstos, si tal cosa fuera posible, debiera haber sido confiada a los judíos, entre los cuales nacieron y por quienes han sido transmitidos hasta nosotros. Más todavía: debe sentirse profundamente que el Pentateuco, una producción tan imperfecta que no puede soportar el toque de la crítica moderna, se haya erigido en árbitro de la ciencia. Recuérdese que la exposición del verdadero carácter de estos libros ha sido presentada, no por capciosos enemigos, sino por ilustrados y piadosos hombres de la Iglesia, algunos de ellos de la más elevada dignidad.

Mientras las Iglesias protestantes han insistido en el reconocimiento de la Escritura como criterio de la verdad, ha declarado la católica en nuestros propios tiempos la infalibilidad del papa.

Puede decirse que esta infalibilidad se refiere sólo a las cosas morales o religiosas; pero ¿dónde se trazará la línea de separación? La omnisciencia no puede limitarse a un estricto grupo de cuestiones; en su propia naturaleza implica el conocimiento de todo, e infalibilidad quiere decir omnisciencia.

Sin duda que si se admiten los principios de cristianismo italiano, su consecuencia lógica es la infalibilidad del papa; no hay necesidad de insistir en la naturaleza antifilosófica de esta concepción; se destruye por un examen de la historia política del papado y por las biografías de los papas. La primera enseña todos los errores y equivocaciones a que está sujeta una institución completamente humana; las segundas son con demasiada frecuencia una historia de pecados e ignominias.

No era posible que la autoritativa promulgación del dogma de la infalibilidad del papa hallase universal acogida entre los católicos ilustrados; graves y profundas disensiones se han producido. Una doctrina tan repulsiva al sentido común no podía tener otro resultado. Hay muchos que afirman que si la infalibilidad existe en alguna parte, es en el Concilio ecuménico, y sin embargo, estos concilios no han estado siempre conformes entre sí. Hay muchos también que recuerdan que los concilios han depuesto papas y han hecho caso omiso de sus clamores y contiendas. No sin razón preguntan los protestantes: ¿qué prueba puede darse de que la infalibilidad existe completamente en la Iglesia? ¡Y qué prueba hay de que la Iglesia haya estado siempre real y justamente representada en un concilio? ¿Y por qué se averiguará la verdad por el voto de una mayoría mejor que por el de una minoría? ¡Con cuánta frecuencia ha sucedido que un hombre, colocándose en un punto de vista acertado, ha demostrado la verdad, y después de haber sido denunciado y perseguido por todos los demás, se han visto obligados éstos más tarde a adoptar sus declaraciones! ¿No es esta la historia de muchos grandes descubrimientos?

No toca a la ciencia arreglar estas opuestas pretensiones; no toca a ella determinar si el criterio de la verdad para el hombre religioso se hallará en la Biblia o en el Concilio ecuménico, o en el Papa. Pide sólo el derecho, que tan voluntariamente concede

a los otros, de adoptar su propio criterio. Si considera desdeñosamente las leyendas no históricas; si contempla con suprema indiferencia el voto de las mayorías en la determinación de la verdad; si abandona al tiempo y a la lógica de los acontecimientos futuros el hacer justicia a las pretensiones humanas sobre la infalibilidad, la misma fría impasibilidad con que contempla estos asuntos, conserva para examinar sus propias doctrinas. Abandonaría sin vacilar las teorías de la gravitación o de las ondulaciones si hallase que son inconciliables con los hechos. Para ella el volumen de la inspiración es el libro de la naturaleza, cuyas hojas siempre están abiertas ante los ojos de los hombres; confrontándolo todo, no necesita sociedades para su disseminación. En extensión infinita, eterna en duración, nunca han podido nada contra ella ni el fanatismo ni la ambición humana. En la tierra se manifiesta por todo lo que es hermoso y magnífico, y en el cielo son sus letras soles y mundos.

Capítulo IX

Controversia sobre el gobierno del universo

Hay dos concepciones del gobierno del mundo: 1º por la Providencia, 2º por la ley. – La primera sostenida por el clero. – Bosquejo de la introducción de la última. – Keplero descubre las leyes que rigen el sistema solar. – Sus obras son denunciadas por la autoridad papal. – Leonardo de Vinci pone los cimientos de la filosofía mecánica. – Galileo descubre las leyes fundamentales de la dinámica. – Newton las aplica al movimiento de los cuerpos celestes y demuestra que el sistema solar está gobernado por la necesidad matemática. – Herschel extiende esta conclusión a todo el universo. – Hipótesis de las nebulosas. – Objeciones teológicas. – Pruebas del imperio de la ley en la formación de la Tierra y en el desarrollo de las series animal y vegetal. – Son producidas por evolución y no por creación. – El poder de la ley se demuestra por el proceso histórico de las sociedades humanas y por el del individuo. – Adopción parcial de estas ideas por algunas iglesias reformadas.

Dos interpretaciones pueden darse acerca del gobierno del mundo: o por intervención divina incesante, o por la acción de una ley invariable.

El clero se inclina siempre a la adopción de la primera, toda vez que aspira a que se le considere como intermediario entre la oración del devoto y la acción providencial. Su importancia aumenta por el poder que pretende tener de determinar la índole de esta acción. En la religión pre-cristiana (la romana), el oficio principal del clero era descubrir los sucesos futuros por los oráculos, los presagios o la inspección de las entrañas de los animales y hacer propicios a los dioses ofreciéndoles sacrificios. Más tarde, en los tiempos cristianos se pretende un poder mayor; el clero afirma que, por su intercesión, puede trazarse el

curso de los sucesos, advertirse los peligros, asegurarse los bienes, obrarse milagros y hasta cambiarse el orden de la naturaleza.

No sin razón, por tanto, miraron con desagrado la doctrina del gobierno por leyes fijas, porque parecía despreciar su dignidad, rebajar su importancia; era para ellos repulsivo un Dios que no puede ser influido por las preces humanas, una divinidad fría y sin pasiones; veían en esto algo fatalista y espantoso en consecuencia.

Pero el ordenado movimiento de los cielos no podía dejar de hacer en todos tiempos una profunda impresión en los observadores reflexivos; la salida y puesta del Sol; el aumento y disminución de la luz del día; las fases de la Luna; la vuelta de las estaciones en su propia marcha; el acompasado rumbo de los errantes planetas en el firmamento, ¿qué son todas estas y miles más, sino manifestaciones de una inmutable y ordenada serie de sucesos? La fe de los primeros observadores en esta interpretación pudo quizás haber sido quebrantada por fenómenos tales como los eclipses, ruptura brusca y misteriosa del curso ordinario de los sucesos naturales; pero debieron adquirirla de nuevo con fuerza décupla, tan pronto como se descubrió que los eclipses también tienen sus periodos y que pueden anunciarse.

Las predicciones astronómicas de todas clases dependen de la admisión de este hecho: que nunca ha habido y nunca habrá intervención alguna en las operaciones de las leyes naturales. El filósofo científico afirma que la condición del mundo en cualquier momento dado es el resultado directo de su condición en el momento anterior. La ley y el azar no son sino diferentes nombres de la necesidad mecánica.

Cerca de cincuenta años después de la muerte de Copérnico, Juan Keplero, natural de Wurtemberg, que había adoptado la teoría heliocéntrica, y que estaba profundamente penetrado de la creencia de que existen relaciones entre las revoluciones de los cuerpos planetarios alrededor del Sol, pensaba que si éstas se examinasen correctamente, revelarían las leyes bajo las cua-

les se verifican estos movimientos, y se dedicó al estudio de las distancias, tiempos y velocidades de los planetas y de la forma de sus órbitas. Su método fue someter las observaciones que pudo proporcionarse, como las de Tycho-Brahe, a análisis basadas, primero en una, y luego en otra hipótesis, rechazándolas si los cálculos no se acordaban con las observaciones. El increíble trabajo que emprendió (él mismo dice: «observé y calculé hasta tal extremo, que creí volverme loco»), fue al cabo recompensado, y en 1609 publicó su libro *Sobre los movimientos del planeta Marte*. En él intentó reconciliar los movimientos de este planeta con las hipótesis de las excéntricas y de los epiciclos, pero más tarde descubrió que la órbita de un planeta no es un círculo, sino una elipse, uno de cuyos focos ocupa el Sol, y que las áreas descritas sobre ella por una línea tirada del planeta a éste son proporcionales a los tiempos. Esto constituye las que se llaman ahora la primera y la segunda ley de Keplero. Ocho años después tuvo la satisfacción de descubrir una tercera ley, que definía la relación entre las distancias medias de los planetas al Sol y los tiempos de sus revoluciones: «los cuadrados de los tiempos periódicos son proporcionales a los cubos de las distancias.» En un *Epítome del sistema copernicano*, publicado en 1618, anunció esta ley y demostró que lo mismo se verifica en los satélites de Júpiter que en el planeta principal. De donde dedujo que las leyes que presidían a los grandes movimientos del sistema solar presiden también a los movimientos menores de sus partes constituyentes.

La concepción de la ley, que sin error se adquiere por los descubrimientos de Keplero, y la prueba que adujo en favor de la teoría heliocéntrica contra la teoría geocéntrica, no pudo menos de incurrir en la reprensión de las autoridades romanas. La Congregación del Índice, por lo tanto, cuando denunció el sistema copernicano como abiertamente contrario a las Sagradas Escrituras, prohibió el *Epítome* de Keplero sobre este sistema. Fue en esta ocasión cuando presentó su célebre manifiesto: «Ochenta años han pasado durante los cuales la doctrina de Copérnico sobre el movimiento de la Tierra y la inmovilidad del Sol ha sido promulgada sin ser atacada, porque estaba permiti-

do disputar sobre cosas naturales para elucidar las obras de Dios, y ahora que se descubren nuevos testimonios en prueba de la verdad de esta doctrina (testimonios desconocidos de los jueces espirituales) queréis prohibir la promulgación del verdadero sistema de la estructura del Universo.»

Ninguno de los contemporáneos de Keplero creyó en la ley de las áreas ni fue aceptada hasta la publicación de los Principios de Newton. En suma, nadie en aquellos tiempos comprendió la importancia filosófica de las leyes de Keplero. Él mismo no previó adónde debían llevar irremisiblemente, y sus errores probaban qué distante estaba de percibir su resultado. Tan es esto así, que creyó que cada planeta era asiento de un principio inteligente y que había una relación entre las magnitudes de las órbitas de los cinco planetas principales y los cinco sólidos regulares de la geometría. Al principio se inclinó a creer que la órbita de Marte era ovalada y sólo después de un delicado estudio descubrió la gran verdad, su forma elíptica. La idea de la incorruptibilidad de los cuerpos celestes había hecho adoptar la doctrina aristotélica de la perfección de los movimientos circulares en los cielos, y se creía que eran únicamente los que había. Se lamenta amargamente de este error, por haber sido para él «un gran ladrón de su tiempo»; el atrevimiento de su filosofía se demuestra en romper con esta tradición, consagrada por el tiempo.

En muchos puntos adelantó Keplero a Newton. Fue el primero en dar ideas claras sobre la gravedad; dice que cada partícula de materia está en reposo hasta que alguna otra partícula la perturba, que la Tierra atrae a una piedra con más fuerza que ésta atrae a la Tierra, y que los cuerpos son atraídos entre sí en proporción a sus masas; que la Tierra se acercaría a la Luna un cincuenta y cuatro avo de su distancia y que la Luna se movería hacia la Tierra un cincuenta y tres avo; afirma que la atracción de la primera es la causa de las mareas y que los planetas deben causar perturbaciones en el movimiento de ella.

Los progresos de la astronomía se dividen fácilmente en tres períodos:

1º El periodo de la observación de los movimientos aparentes de los cuerpos celestes.

2º El periodo del descubrimiento de sus movimientos verdaderos y particularmente de las leyes de las revoluciones planetarias: esto fue demostrado señaladamente por Copérnico y Keplero.

3º El período del descubrimiento de las causas de estas leyes. Ésta fue la época de Newton.

El paso del segundo al tercer periodo dependió del desarrollo de la dinámica, rama de la mecánica que había permanecido estancada desde los tiempos de Arquímedes o de la Escuela de Alejandría.

En la Europa cristiana nadie había habido que cultivase la filosofía mecánica, hasta Leonardo de Vinci, que nació en 1452. A él, y no a Lora Bacon, debe atribuirse el renacimiento de la ciencia; Bacon, no sólo ignoraba las matemáticas, sino que desdeñaba su aplicación a las investigaciones físicas. Rechazó despreciativamente el sistema copernicano, alegando contra él objeciones absurdas. Cuando Galileo estaba a punto de efectuar sus grandes descubrimientos telescópicos, publicaba Bacon sus dudas sobre la utilidad de los instrumentos en las investigaciones científicas; atribuirle el método inductivo es desconocer la historia. Sus fantasías filosóficas jamás han sido de la menor utilidad práctica y nunca ha pensado nadie en emplearlas; excepto entre los lectores ingleses, su nombre es en general desconocido.

Más adelante tendremos ocasión de aludir a de Vinci con más detalles. Quedan todavía de sus obras manuscritas dos volúmenes en Milán y uno en París, llevado por Napoleón.

Después de un intervalo de cerca de setenta años, de Vinci fue seguido por el ingeniero holandés Stevin, cuya obra sobre principios del equilibrio se publicó en 1586; seis años después vio la luz el tratado de mecánica de Galileo.

A este grande italiano se debe el establecimiento de [243] las tres leyes fundamentales de la dinámica conocidas por «leyes del movimiento».

Las consecuencias del establecimiento de estas leyes fueron muy importantes.

Se había supuesto que los movimientos continuos, como, por ejemplo, los de los cuerpos celestes, podían mantenerse sólo por un perpetuo consumo y aplicación de fuerza; pero la primera de las leyes de Galileo declara que todo cuerpo perseverará en su estado de reposo o de movimiento uniforme en línea recta, hasta que le obligue a salir de aquel estado otra fuerza perturbadora. Una clara percepción de este principio fundamental es esencial para la comprensión de los hechos elementales de la astronomía física. Como todos los movimientos que presenciamos tienen lugar en la superficie de la Tierra y todos tienen fin, nace en nosotros la idea de que el reposo es la condición natural de las cosas; hemos hecho, pues, un gran progreso al llegar a saber que un cuerpo es tan indiferente al reposo como al movimiento, y que persiste igualmente en uno u otro estado, hasta que es perturbado por otras fuerzas. Estas fuerzas perturbadoras, en el caso de los movimientos comunes, son el rozamiento y la resistencia del aire. Cuando no existe esta resistencia, el movimiento debe ser perpetuo, y esto es lo que sucede con los cuerpos celestes que se mueven en el vacío.

Las fuerzas, sean las que quiera sus diferencias de magnitud, ejercerán toda su influencia en conjunto y cada una separadamente y como si las demás no existieran. Así, cuando se abandona una bala a la boca de un cañón, cae a tierra en cierto intervalo de tiempo por el influjo de la gravedad sobre ella; pero cuando es lanzada por la pólvora, aunque recorre algunos millares de pies por segundo, el efecto de la gravedad sobre ella será precisamente el mismo que antes. En las combinaciones de las fuerzas no hay destrucción; cada una produce su preciso efecto específico.

En la última mitad del siglo XVIII, por las obras de Borelli, Hooke y Huyghens se había hecho evidente que los movimientos circulares pueden explicarse por las leyes de Galileo. Borelli, ocupándose de los movimientos de los satélites de Júpiter, demuestra cómo un movimiento circular puede originarse por la influencia de una fuerza central. Hooke hizo patente la inflexión

de un movimiento directo en circular por efecto de una atracción central.

El año 1687 representa, no sólo época de la ciencia europea, sino también del desarrollo intelectual del hombre. Se señala por la publicación de los Principia de Newton, obra inmortal e incomparable.

Sobre el principio de que todos los cuerpos se atraen en razón directa de sus masas e inversa del cuadrado de sus distancias, Newton demostró que todos los movimientos de los cuerpos celestes pueden explicarse, y que las leyes de Keplero debieran todas haber sido predichas: los movimientos elípticos, las áreas descritas y las relaciones de los tiempos y las distancias. Como hemos visto, los contemporáneos de Newton habían comprendido cómo podrían explicarse los movimientos circulares; éste era un caso particular, pero Newton dio la solución general del problema, comprendiendo todos los casos particulares del movimiento en círculo, elipse, parábola, hipérbola, esto es, en todas las secciones cónicas.

Los matemáticos de Alejandría habían demostrado que la dirección del movimiento de los cuerpos que caen es hacia el centro de la tierra. Newton probó que así tenía que ser precisamente, puesto que el efecto general de la atracción de todas las partes de la esfera es igual al que se produciría si todas ellas se hallasen reunidas en el centro.

A esta fuerza central que determina la caída de los cuerpos, se llama fuerza de gravedad. Nadie hasta entonces, excepto Keplero, había considerado cuán lejos llegaba su influencia. Pareció posible a Newton que pudiera extenderse hasta la Luna y ser la fuerza que la desvía de su camino rectilíneo y la hace girar en su órbita alrededor de la Tierra. Fue fácil computar, por el principio de los cuadrados inversos, si la atracción de la Tierra era suficiente para producir el efecto observado. Empleando las medidas del tamaño de la Tierra posibles en aquel tiempo, halló Newton que el desvío de la Luna era solamente de trece pies por minuto; al contrario, si su hipótesis de la gravitación era exacta, deberían ser quince pies. Pero, en 1669, Picard, como

hemos visto, verificó la medición de un grado con más esmero que el que se había tenido anteriormente; esto cambió el valor asignado a la magnitud de la Tierra, y por lo tanto el de su distancia a la Luna; y habiendo llamado la atención a Newton hacia este asunto algunas discusiones que tuvieron lugar, en 1679, en la Real Sociedad, obtuvo los resultados de Picard, volvió a su casa, buscó sus antiguos papeles y emprendió de nuevo los cálculos; cuando iba aproximándose al fin llegó a ponerse tan agitado, que se vio obligado a suplicar a un amigo que los concluyese. La coincidencia esperada fue establecida. Se probó que la Luna está mantenida en su órbita y obligada a girar alrededor de la Tierra por la fuerza de la gravedad terrestre. El genio de Keplero había dado origen a los torbellinos de Descartes, y éstos a su vez a la fuerza central de Newton.

Del mismo modo, la Tierra y cada uno de los planetas se mueven en órbitas elípticas alrededor del Sol, por la fuerza atractiva, y las perturbaciones provienen de la acción de las masas planetarias entre sí. Conociendo las masas y las distancias, pueden calcularse estas perturbaciones. Astrónomos posteriores han conseguido efectuar el problema inverso, esto es, conociendo las perturbaciones o irregularidades, hallar la posición y la masa del cuerpo perturbador. Así, pues, por las desviaciones de Urano de su posición teórica, se obtuvo el descubrimiento de Neptuno.

Consistió el mérito de Newton en aplicar las leyes de la dinámica a los movimientos de los cuerpos celestes, e insistió en que las teorías científicas deben sustentarse por la concordancia de las observaciones y el cálculo.

Cuando Keplero anunció sus tres leyes, fueron recibidas con reprobación por las autoridades espirituales, no porque se creyese que contuvieran algún error, sino en parte porque servían de apoyo al sistema copernicano, y en parte porque se juzgó inoportuno admitir la preponderancia de una ley cualquiera, como opuesta a la intervención providencial. El mundo era considerado como el teatro en que la voluntad divina se mostraba diariamente; y era incompatible con la majestad de Dios que aquella fuese menoscabada en ningún concepto. El poder del

clero se manifestaba principalmente en la influencia que pretendía tener para cambiar sus determinaciones arbitrarias. Por esto podía destruir la acción perniciosa de los cometas, asegurar la lluvia o el buen tiempo, prevenir los eclipses, detener el curso de la naturaleza y obrar toda clase de milagros; de este modo se hizo retroceder la sombra en el cuadrante y detener el Sol y la Luna en medio de su marcha.

En el siglo precedente a la época de Newton había tenido lugar una gran revolución religiosa y política: la Reforma. Aunque su resultado no había sido conseguir una libertad absoluta de pensamiento, había debilitado empero muchas de las antiguas barreras eclesiásticas. En los países reformados, no hubo autoridad que pudiese condenar las obras de Newton, ni hubo entre el clero propensión a inmiscuirse en tal asunto; al principio, la atención de los protestantes estaba alimentada por los movimientos de sus grandes enemigos los católicos, y cuando este foco de inquietud cesó y surgieron las inevitables divisiones del protestantismo, la atención fue absorbida por las Iglesias rivales y antagonistas. La luterana, la calvinista, la episcopal, la presbiteriana, tenían cosa más urgente a la mano que las demostraciones matemáticas de Newton.

Así, impune y desapercibida, en este clamor de las sectas beligerantes, se estableció sólidamente la gran teoría de Newton. Su significación filosófica era más grande que los dogmas que aquella gente tanto debatía; no sólo aceptaba la teoría heliocéntrica y las leyes descubiertas por Keplero, sino que probó que, fuera cual fuese la importancia de la autoridad eclesiástica contraria, el Sol debía ser el centro de nuestro sistema y que las leyes de Keplero son resultado de la necesidad matemática. Es imposible que fueran de otro modo que como son.

Pero ¿cuál es el sentido de todo esto? Sencillamente que el sistema solar no es interrumpido por intervenciones providenciales; sino que está bajo el dominio de leyes irresistibles que a su vez son resultado de la necesidad matemática. Las observaciones telescópicas de Herschel le demostraron que hay muchísimas estrellas dobles; dobles, no sólo porque accidentalmente se encuentran en la misma visual, sino porque están reunidas

físicamente girando una alrededor de la otra. Estas observaciones fueron continuadas y aumentadas grandemente por Herschel II. Los elementos de la órbita elíptica de la estrella doble α de la Osa Mayor, fueron determinados por Savary, siendo su periodo de cincuenta y ocho años y un cuarto; los de la otra β de la Corona fueron determinados por Hind, siendo su periodo mayor de setecientos treinta y seis años. El movimiento de estos dos soles en su órbita es elíptico, lo cual nos obliga a admitir que la ley de la gravitación llega mucho más allá de los límites del sistema solar; ciertamente, en tanto cuanto alcanza el telescopio, se demuestra el imperio de la ley. D'Alembert dice en la introducción a la Enciclopedia: «El Universo es un hecho único, una sola y gran verdad.»

¿Debemos, pues, colegir que los sistemas solar y estelar han sido creados por Dios y que les ha impuesto por su voluntad arbitraria leyes bajo cuyo imperio era su placer que verificasen sus movimientos, o hay razones para creer que estos varios sistemas no fueron creados por un fiat arbitrario, sino por el proceso de la ley?

Expongamos ahora algunas particularidades manifestadas por el sistema solar, según la enumera Laplace. Todos los planetas y sus satélites giran en elipses tan poco excéntricas, que casi son círculos; todos los planetas giran en la misma dirección y casi en el mismo plano; los movimientos de los satélites se verifican en la misma dirección que los de los planetas; los movimientos de rotación del Sol, de los planetas y los satélites se verifican en la misma dirección que sus movimientos de revolución y en planos poco diferentes.

¡Es imposible que tantas coincidencias sean resultado del acaso! ¿No es claro que debe haber habido un lazo común entre todos estos cuerpos y que son solamente partes de lo que un tiempo sería una sola masa?

Pero si admitimos que la sustancia de que consta el sistema solar existió alguna vez en estado nebuloso y que se hallaba en rotación, todas las particularidades anotadas se desprenden como consecuencias naturales; más aún, la formación de los

planetas y de los satélites y asteroides se explica del mismo modo. Vemos por qué los planetas exteriores y sus satélites son mayores que los interiores; por qué los planetas mayores giran rápidamente y los pequeños con lentitud; por qué los planetas inferiores tienen menos satélites que los superiores. Hallamos indicaciones sobre el tiempo de las revoluciones de los planetas y satélites en sus respectivas órbitas, y percibimos el modo de formación de los anillos de Saturno, hallamos explicación de las condiciones físicas del Sol y de los cambios de condición por que han pasado la Tierra y la Luna, como lo indica la geología de ambas.

Sólo se han notado dos excepciones a las particularidades mencionadas, que son Urano y Neptuno.

Admitida la existencia de semejante masa nebulosa, todo lo demás se desprende necesariamente. ¿No hay, sin embargo, una gran objeción que hacer? ¿No es esto excluir al Dios Todopoderoso de los mundos que ha creado?

Primero, debemos cerciorarnos de si hay alguna prueba sólida para admitir la existencia de semejante masa nebulosa.

La hipótesis de las nebulosas descansa principalmente en los descubrimientos telescópicos hechos por Herschel I, de que hay esparcidas aquí y acullá en el firmamento pálidas manchas luminosas, algunas de las cuales son bastante grandes para ser percibidas a simple vista. De éstas, muchas pueden resolverse, por telescopios de bastante fuerza, en grupos de estrellas; pero algunas, como la gran nebulosa de Orión, resisten a los mejores instrumentos construidos hasta aquí.

Se aseguró, por los que no estaban dispuestos a aceptar la hipótesis de las nebulosas, que la no resolución era debida a lo imperfecto de los telescopios empleados; en estos instrumentos se pueden observar dos distintas funciones; su potencia como colectores de luz, que depende del diámetro del objetivo o del espejo, y su poder de definición, que depende de la perfecta curvatura de las superficies ópticas. Los grandes instrumentos pueden poseer la primera cualidad en razón a su tamaño, pero difícilmente la última, ya a causa de mala elaboración en su

construcción, ya por la flexión que su propio peso les imprime. Pero mientras un instrumento no sea tan perfecto en este punto como en el otro, no podrá descomponer una nebulosa.

Afortunadamente, sin embargo, disponemos de otros medios para resolver la cuestión, en 1846, descubrió el autor de este libro que el espectro de un cuerpo sólido incandescente es continuo, esto es, no presenta rayas negras ni brillantes. Fraünhofer había hecho saber anteriormente que el espectro de un gas incandescente no es continuo: de aquí, pues, que podamos determinar si la luz emitida por una determinada nebulosa proviene de un gas incandescente o de un grupo de sólidos en ignición, estrellas o soles. Si su espectro es discontinuo, son nebulosas o gases, y si es continuo, indica una agrupación de estrellas.

En 1864, Mr. Huggins hizo el examen de la nebulosa de la constelación del Dragón y demostró que era gaseosa. Observaciones posteriores han hecho conocer que, de sesenta nebulosas analizadas, diecinueve presentan espectros discontinuos o gaseosos y el resto espectros continuos.

Puede, por lo tanto, admitirse que se ha obtenido al cabo la prueba física que demuestra la existencia de vastas masas de materia en estado gaseoso y a la temperatura de la incandescencia.

La hipótesis de Laplace encuentra así una sólida base; en semejante masa nebulosa es necesario el enfriamiento por irradiación; la condensación y la rotación son las consecuencias inevitables. Debe haber una separación de anillos todos en un mismo plano, una generación de planetas y satélites, todos girando del mismo modo, un sol central y globos que lo rodean. De una masa caótica, por obra de las leyes naturales, se ha producido un sistema organizado, convirtiéndose la materia en mundos a medida que disminuía el calor total.

Si es ésta la cosmogonía del sistema solar, ésta la génesis de los mundos planetarios, nos vemos obligados a extender nuestra doctrina del imperio de la ley, y a reconocer su acción en la creación tanto como en la conservación de los orbes innumera-

bles que se amontonan en el Universo.

Pero puede preguntarse otra vez: «¿No hay en esto algo profundamente impío? ¿No excluimos al Dios Todopoderoso del mundo que ha hecho?»

Hemos sido a menudo testigos de la formación de una nube en un cielo puro. Un punto neblinoso, apenas perceptible, una pequeña faja de humedad, aumenta de volumen y se hace más densa y oscura, hasta que cubre una gran parte del cielo. Forma fantásticas figuras y toma su luz del Sol; es arrastrada por el viento, y tal vez gradualmente como vino, gradualmente desaparece fundiéndose en el aire transparente.

Ahora bien; decimos que las pequeñas vesículas de que estaba compuesta esta nube provienen de la condensación del vapor de agua preexistente en la atmósfera, por reducción de la temperatura, y demostramos cómo adquieren las formas que presenta; asignamos razones ópticas para el brillo o la oscuridad de la nube; explicamos por principios mecánicos su acarreo por el viento, y para su desaparición acudimos a las explicaciones de la química. Nunca nos ocurre invocar la intervención del Todopoderoso en la producción y aspecto de estas formas fugitivas. Explicamos todos los hechos que con ellas se relacionan por leyes físicas, y quizás dudaríamos reverentemente en traer a estas operaciones el dedo de Dios.

Pero el Universo no es más que una nube semejante, una nube de soles y mundos, y por infinitamente grande que parezca a nuestra vista, para la Inteligencia Infinita y Eterna es tan sólo un celajillo flotante. Si hay una multiplicidad de mundos en un espacio infinito, hay también una sucesión de mundos en tiempos infinitos. Así como las nubes se reemplazan unas a otras en el cielo, así el sistema estelar, el universo, es el sucesor de otros innumerables que le han precedido, y el predecesor de otros innumerables que le seguirán. Hay una metamorfosis incesante, una serie de hechos, sin principio ni fin.

Si por los principios físicos nos damos cuenta de los incidentes meteorológicos de menor importancia, nieblas y nubes, ¿no nos es permitido apelar al mismo principio para el origen de los

sistemas de mundos y universos, que son sólo nubes en un periodo de tiempo mayor, nieblas que se conservan algún tiempo más que las otras? ¿Puede ningún hombre trazar la línea que separa lo físico de lo sobrenatural? ¿No dependen completamente nuestros cálculos sobre la extensión y duración de las cosas de nuestro punto de vista? ¡Qué magnífica y trascendental escena veríamos si nos hallásemos en medio de la gran nebulosa de Orión! Las vastas transformaciones, las condensaciones en mundos del polvo inflamado, parecerían dignas de la presencia inmediata, de la inspección de Dios; aquí, desde nuestra lejana estación, donde millones de millas son inapreciables a nuestra vida y parecen los soles no más gruesos que átomos en el aire, esa nebulosa es más insignificante que la nube más tenue. Galileo, en su descripción de la constelación de Orión, no la creyó digna de ser mencionada. Los teólogos más rigurosos de aquellos días nada habrían tenido que vituperar, si se hubiese atribuido su origen a causas secundarias, y nada irreligioso hubieran encontrado en que no se hiciese intervenir la acción arbitraria de Dios en sus metamorfosis. Si tal es la conclusión a que venimos a parar respecto a ella, ¿cuál sería la idea que tendría de nosotros una inteligencia que en ella habitase? Ocupa una extensión, un espacio millones de veces mayor que el de nuestro sistema solar; desde ella somos invisibles, y, por lo tanto, absolutamente insignificantes: ¿hubiera esta inteligencia creído necesario recurrir para nuestro origen y conservación a la intervención inmediata de Dios?

Del sistema solar, descendamos a lo que es aún más insignificante; a una pequeña porción de él: descendamos a nuestra Tierra. En el transcurso del tiempo ha experimentado grandes cambios: ¿han sido éstos debidos a intervenciones divinas incessantes, o a la obra continua de una ley invariable? El aspecto de la naturaleza cambia perpetuamente ante nuestros ojos, y de un modo más grande e imponente ha cambiado en las épocas geológicas. Pero las leyes que presiden estos cambios jamás experimentan la menor variación. En medio de inmensas vicisitudes, son inmutables: el presente orden de cosas es sólo un simple eslabón de una vasta cadena que se une a un pasado

incalculable y a un futuro infinito.

Hay pruebas geológicas y astronómicas de que la temperatura de la Tierra y de su satélite fue en tiempos remotos mucho más elevada de lo que es ahora; una disminución tan lenta como para ser imperceptible en cortos intervalos, pero manifiesta en el curso de muchas épocas, ha tenido lugar. El calor se ha perdido por radiación en el espacio.

El enfriamiento de una masa de cualquier clase, grande o pequeña, es continuo y no se verifica por saltos o intermitencias; tiene lugar por obra de una ley matemática, si bien no pueden aplicarse a estos inmensos cambios las leyes ni las fórmulas de Newton ni las de Dulong y Petit. Nada importa que periodos de disminución parcial, periodos glaciales, u otros de elevación transitoria se hayan intercalado: nada importa que estas oscilaciones puedan provenir de variaciones topográficas, como las de nivel, o de periodos en la irradiación solar.

Un Sol periódico obraría como una simple perturbación en la disminución gradual del calor. Las perturbaciones de los movimientos planetarios son una confirmación de la atracción, no una prueba contra ella.

Ahora bien, una disminución de temperatura semejante debe haber sido seguida en nuestro globo de innumerables cambios de carácter físico. Sus dimensiones deben haber disminuido por contracción; la duración del día debe haberse acortado, y su superficie endurecido, produciéndose fracturas en las líneas de menor resistencia; la densidad del mar aumentaría haciéndose menor su volumen; la constitución de la atmósfera variaría, especialmente en la cantidad de vapor de agua y ácido carbónico que contenía; la presión barométrica disminuiría.

Estos cambios y otros muchos que podrían mencionarse, deben haber tenido lugar, no de un modo discontinuo, sino ordenado, puesto que el hecho principal, la disminución de calor que los causaba, seguía una ley matemática.

Pero, no sólo la naturaleza inanimada se ha hallado sometida a estos cambios inevitables: la naturaleza animada también lo ha estado simultáneamente.

Una forma orgánica de cualquier clase, vegetal o animal, no sufrirá cambio alguno mientras no varíe el medio que la rodea; si ocurriera una alteración en éstos, el organismo sería modificado o destruido.

La destrucción ocurre más fácilmente mientras más brusco es el cambio del medio; la modificación o transformación es más posible mientras más gradual es éste.

Puesto que se demuestra ser cierto que la naturaleza inanimada en el curso de las edades sufrió grandes transformaciones; puesto que la corteza de la Tierra, el mar y la atmósfera no son ya lo que fueron en algún tiempo; puesto que la distribución de las tierras y océanos y todas las condiciones físicas han variado; puesto que ha habido tan grandes cambios en los medios que rodean las cosas vivientes en la superficie de nuestro planeta, se desprende necesariamente que la naturaleza orgánica debe haber pasado por destrucciones y transformaciones en analogía con dichos cambios.

¡Cuán copiosas, cuán abundantes son las pruebas de estas extinciones y variaciones!

Aquí otra vez debemos observar que, puesto que el mismo agente distribuidor seguía una ley matemática, estos resultados suyos deben considerarse como regidos por la misma ley.

Semejantes consideraciones, pues, claramente nos obligan a venir a la conclusión de que el progreso orgánico del mundo ha sido conducido por obra de una ley inmutable; no quebrantando ni determinado por intervenciones arbitrarias de Dios. Nos inducen a considerar favorablemente la idea de trasmutación de una forma en otra, más bien que la de creaciones repentinas.

La creación implica una aparición brusca; la transformación, un cambio gradual.

De este modo, se presenta a nuestra inteligencia la gran teoría de la evolución. Todo ser orgánico ocupa un lugar en la cadena de los acontecimientos, no es un hecho caprichoso y aislado, sino un fenómeno inevitable; tiene su sitio en este vasto y or-

denado concurso que sucesivamente ha nacido en el pasado, se ha introducido en el presente y prepara el camino para el predestinado porvenir. De paso en paso, en esta vasta progresión hay un desarrollo gradual, definido y continuo, un orden de evolución irresistible. Pero, en medio de estos grandes cambios, se conservan inmutables las leyes, que dominan sobre todo.

Si examinamos la introducción de cualquier tipo de vida en las series animales, vemos que se halla de acuerdo con la transformación, no con la creación. Principia bajo una forma imperfecta en medio de otras formas, cuyo tiempo casi está cumplido y que van ya a extinguirse; nace gradualmente una especie tras otra en sucesión más y más perfecta, hasta que después de muchas edades alcanza su culminación; de aquí sigue de un modo análogo un descenso o degeneración larga y graduada.

Así, aunque el tipo de los mamíferos será característico de los periodos terciario y post- terciario, no aparece en ellos súbitamente y sin preparación. Más atrás, en el secundario, lo hallamos bajo formas imperfectas, luchando como para conquistar su puesto. Al cabo, alcanza cierto predominio bajo más elevados y mejores modelos.

Esto ocurre también con los reptiles, tipo característico del periodo secundario; así como vemos en los cuadros disolventes desaparecer de un modo confuso los detalles de un paisaje que se funde en los más acentuados del cristal que nuevamente se coloca, va ganando en fuerza, alcanza su culminación y luego se desvanece en algún otro, así la vida de los reptiles aparece dudosa, alcanza su culminación y gradualmente degenera. En todo esto nada hay brusco, y las tintas se cambian unas en otras por grados insensibles.

¿Cómo podría ser de otro modo? Los animales de sangre caliente no pueden vivir en una atmósfera tan cargada de ácido carbónico como la de los tiempos primitivos. Pero más tarde esta sustancia nociva fue absorbida del aire por las hojas de las plantas bajo el influjo de la luz solar, y envuelto su carbono en la Tierra en forma de carbón, el desprendimiento del oxígeno les permitió vivir. Al modificarse así la atmósfera, participó el mar

de este cambio; devolvió una gran parte de su ácido carbónico, y las masas calizas que a su favor tenía en disolución, se depositaron en forma sólida. Por cada equivalente de carbono sepultado en la Tierra, hubo un equivalente de carbonato de cal separado del mar, no precisamente en estado amorfo, sino con más frecuencia bajo forma orgánica. La luz del Sol trabajó un día y otro, pero fueron necesarios millares de ellos para completar la obra. Hubo un tránsito lento de una atmósfera nociva a otra purificada, e igualmente un tránsito lento de los animales de sangre fría a los animales de sangre caliente. Pero los cambios físicos tuvieron lugar bajo el imperio de una ley, y las transformaciones orgánicas no fueron repentinas, como actos arbitrarios providenciales; sino inmediatas e inevitables consecuencias de los cambios físicos, y, por lo tanto, como ellos, resultado necesario de la ley.

Consideraciones más detalladas de este asunto puede encontrarlas el lector en los capítulos I, II y VII del segundo libro de mi Tratado de Fisiología humana, publicado en 1856.

¿Está el mundo, pues, gobernado por la ley o por una intervención providencial, que bruscamente rompe y detiene el curso de los acontecimientos?

Para completar nuestra opinión en este asunto, volvamos, finalmente, la vista a lo que en un sentido puede considerarse como de poca significación, si bien en otro es de mucha importancia. ¿Muestran las sociedades humanas, en su carrera histórica, señales de un progreso predeterminado en una senda inevitable? ¿Hay alguna prueba de que la vida de las naciones está sometida a una ley inmutable?

¿Podemos deducir que en la sociedad, como en el individuo, nada sale de la nada, sino que hay una evolución o desarrollo de formas que tenían existencia anterior?

Si alguno censura o ridiculiza la doctrina de la evolución o desarrollo sucesivo de las formas animadas, que constituye la no interrumpida cadena de los seres orgánicos, desde los principios de la vida en el globo hasta los tiempos presentes, reflexiones que él mismo ha pasado por las modificaciones que rechaza;

durante nueve meses fue acuático su tipo de vida, y en ese tiempo tomó varias formas distintas, pero correlativas; al nacer, su tipo de vida se hizo aéreo y empezó a respirar el aire atmosférico; nuevos elementos de alimentación se le aplican, cambia su modo de nutrición, pero todavía no puede ver nada, oír nada ni notar nada. Por grados adquiere conciencia de la vida y percibe que hay un mundo exterior. En tiempo oportuno aparecen otros órganos adaptados para un cambio de alimento: son los dientes, y sigue dicho cambio. Pasa luego por la niñez y la juventud, se desarrolla su forma corporal y con ella su poder intelectual. A los quince años, a consecuencia de la evolución de una parte especial de su sistema, cambia su carácter moral; nuevas ideas y pasiones le asaltan; y que aquella era la causa y éste el efecto, se demuestra cuando por la habilidad del cirujano se destruye aquella parte; no acaba aquí el desarrollo o metamorfosis; se necesitan algunos años para que el cuerpo adquiera toda su perfección, y otros tantos para la del alma; se alcanza al fin la culminación y en seguida empieza el descenso; no necesito pintar sus tristes incidentes, la debilidad física e intelectual. Quizás no hay exageración en decir que, en menos de un siglo, todo ser humano en la superficie del globo, si no ha sido arrebatado prematuramente, ha pasado por todos estos cambios.

¿Hay, pues, para cada uno de nosotros una intervención providencial, cuando pasamos de un estado a otro de la vida, o crearemos más bien que los millares sin cuento de seres humanos que han poblado la tierra se han hallado bajo el dominio de una ley inmutable y universal?

Pero los individuos son los elementos constituyentes de las comunidades o naciones. Mantienen entre sí una elación como la de las partes del cuerpo: éstas, unidas en él, empiezan y cumplen sus funciones; mueren y son eliminadas.

Como el individuo, nace la nación sin su propio conocimiento y muere sin su propio consentimiento y a menudo contra su propia voluntad. La vida nacional no difiere en nada de la individual, excepto en que dura mucho más tiempo; pero ninguna nación se libra de su término inevitable. Todas ellas, si se consi-

dera bien su historia, muestran su época de niñez, de juventud, de madurez y de descenso, si sus fases de vida son completas.

En las fases de toda existencia, si aquellas son completas, hay caracteres comunes, y como uniformidad, lo que revela que todos viven bajo el reino de la ley; podemos de esto inferir que la vida de las naciones, y ciertamente el progreso de la humanidad, no tiene lugar por azar o capricho, que la intervención sobrenatural nunca rompe la cadena de los hechos históricos, que todo suceso tiene su origen en otro anterior y engendra otros posteriores.

Pero esta conclusión es el principio esencial del estoicismo, aquel sistema filosófico griego que, como ya he dicho, ofreció un apoyo en sus horas de prueba y una guía segura en las vicisitudes de la vida, no sólo a muchos griegos ilustres, sino a algunos de los grandes filósofos, hombres de estado, generales y emperadores de Roma; sistema que excluía el azar de todo y que consideraba los sucesos como dirigidos por una necesidad irresistible hacia el perfecto bien; sistema de energía, austeridad, virtud, severidad, protesta viva en favor del sentido común de la humanidad. Y tal vez no disintiremos de la observación de Montesquieu, cuando afirma que la destrucción de los estoicos fue una gran calamidad para la raza humana, pues ellos solos hacían grandes ciudadanos, grandes hombres.

La cristiandad latina en su forma papal es absolutamente contraria al principio del gobierno por leyes. La historia de esta rama de la Iglesia cristiana es casi un diario de milagros e intervenciones sobrenaturales; donde se demuestra que las súplicas de los hombres de bien han detenido a menudo el curso de la naturaleza, si acaso es que existe ciertamente este curso; que imágenes y pinturas han obrado prodigios; que huesos, cabellos y otras reliquias sagradas han verificado milagros. El criterio o prueba de la autenticidad de muchos de estos objetos no es la investigación de su origen e historia, sino la exhibición de su poder milagroso.

¿No es una lógica extraña la que encuentra pruebas de un hecho incierto en la demostración inexplicable de otro?

Aún en los tiempo de la más profunda ignorancia, los cristianos inteligentes deben haber confiado poco en esta intervención providencial o milagrosa. Hay una grandeza solemne en el ordenado progreso de la naturaleza, que nos impresiona profundamente; y es tal el carácter de continuidad en los sucesos de nuestra vida individual, que instintivamente dudamos de que a otros pueda ocurrirles nada sobrenatural. El hombre inteligente sabe bien que nunca se ha cambiado para utilidad suya el orden de la naturaleza; para él nunca se ha obrado ningún milagro; atribuye precisamente todo suceso de su vida a algún otro anterior y considera el uno como causa del otro; cuando oye afirmar que a favor de otro hombre se ha verificado alguna intervención maravillosa, no puede creer sino que ése está engañado o quiere engañar a los demás.

Como hubiera podido preverse, la doctrina católica de la intervención milagrosa recibió un rudo contratiempo de la Reforma, cuando la predestinación y la gracia estaban sostenidas por varios grandes teólogos y era aceptada por algunas de las principales Iglesias protestantes. Con austeridad estoica, declara Calvino: «Fuimos elegidos de toda eternidad, antes de la formación del mundo, no por nuestro mérito, sino por los juicios de la voluntad divina.» Al afirmar esto Calvino, se apoyaba en la idea de que Dios tiene decretado de toda eternidad lo que debe suceder. Así, pues, tras un periodo de muchos años, se destacaron de nuevo las ideas de los basilidianos y valentinianos, sectas cristianas del siglo II, cuyas opiniones gnósticas conducían a ingerir la gran doctrina de la Trinidad en el cristianismo. Aseguraban que todas las acciones de los hombres son necesarias, que hasta la fe en un don natural, a la cual están predestinados ciertos hombres precisamente, y deben por lo tanto salvarse, aunque sus vidas sean irregulares. Del Dios Supremo proceden todas las cosas; así en que alcanzaron gran estimación las opiniones que desarrolla San Agustín en su obra *De dono perseverantiae*. Estas eran: que Dios, por su voluntad arbitraria, ha escogido a ciertas personas sin atender a sus buenas obras o a su fe, y ha ordenado que recaiga en ellas la felicidad eterna; otras personas, del mismo modo, han sido condenadas al castigo

eterno. Los sabulapsarios creían que «Dios permitió la caída de Adán»; los supralapsarios, «que lo tenía predestinado con todas sus perniciosas consecuencias, de toda eternidad, y que nuestros primeros padres no tuvieron libertad, ni en un principio.» Al hablar así, olvidaban estos sectarios la observación de San Agustín: *Nefas est dicere Deum aliquid nisi bonum predestinare.*

¿Es cierto, pues, que «la predestinación a la felicidad eterna es el objeto imperecedero de Dios, por lo que, antes de la fundación del mundo, ha decretado en sus consejos, secretos para nosotros, entregar a la condenación a aquellos que ha escogido entre la multitud? ¿Es cierto que de la familia humana hay algunos que, sin haber cometido ninguna falta propia, han sido condenados por el Altísimo a la miseria y torturas eternas?»

En 1595, los artículos de Lambeth afirmaban que «Dios desde la eternidad ha predestinado a ciertos hombres a la vida y otros a la muerte.» En 1618, el Sínodo de Dort se decidió en favor de esta opinión; condenó a los que se opusieran a ella y los trató con tal severidad, que muchos de ellos tuvieron que fugarse a países extranjeros. Aún en la Iglesia de Inglaterra, como manifestó por su decimoséptimo artículo de fe, hallaron favor estas doctrinas.

Probablemente, no ha habido punto de controversia jamás que haya acarreado sobre los protestantes, por parte de los católicos, condenas más severas, por aceptar la ley como gobierno del mundo. En toda la Europa reformada, cesaron los milagros; pero con la extinción de las curaciones por las reliquias, se acabaron también grandes beneficios pecuniarios. Es bien sabido que la venta de indulgencias fue lo que provocó la Reforma, indulgencias que en el fondo son un permiso de Dios para practicar el pecado, a condición de pagar cierta suma al clero.

Filosóficamente, la Reforma implica una protesta contra la doctrina católica de la continua intervención divina en los negocios humanos, invocada por un agente sacerdotal; pero esta protesta distaba mucho de ser completa en todas las Iglesias reformadas. Las pruebas en apoyo del gobierno por la ley, que han sido presentadas en estos últimos años por la ciencia, se reciben por

muchas de ellas con desconfianza, quizá con desagrado; sentimientos, sin embargo, que se desterrarán con el tiempo ante la multiplicidad de las pruebas.

¿No terminaremos, pues, con Cicerón, citado por Lactancio, diciendo: «Una ley eterna e inmutable abraza todas las cosas y los tiempos»?

Capítulo X

El cristianismo latino en sus relaciones con la civilización moderna

Durante más de mil años, el cristianismo latino gobernó la inteligencia de Europa y es responsable del resultado. – Este resultado se manifiesta por la condición de la ciudad de Roma cuando la Reforma y por la condición del continente europeo en su vida doméstica y social. – Las naciones europeas soportaban el dualismo coexistente de un gobierno espiritual y otro temporal. – Estaban sumergidas en la ignorancia, la superstición y la miseria. – Explicación de la decadencia del catolicismo. – Historia política del papado; cómo pasó, de confederación espiritual a monarquía absoluta. – Acción del colegio de cardenales y de la curia. – Desmoralización ocasionada por la necesidad de obtener exorbitantes impuestos. – Los progresos ocurridos en Europa durante la dominación católica no dependieron de ésta, sino fueron incidentales. – El resultado general de la influencia política del catolicismo fue perjudicial a la civilización moderna.

El cristianismo latino es responsable de la condición y progreso de Europa del siglo IV al XVI. Tenemos ahora que examinar cómo cumplió este cometido.

Será conveniente limitemos a Europa los elementos que traigamos al debate, aunque por las pretensiones del papado a un origen sobrehumano y a la obediencia universal, podríamos muy bien pedirle cuenta de la condición de toda la humanidad. Su ineficacia contra las grandes y venerables religiones del Este y del Sur del Asia se presta a consideraciones importantes e instructivas, y nos lleva a la conclusión de que únicamente ha podido establecerse donde las influencias imperiales de Roma han prevalecido, deducción política que es rechazada por él

desdeñosamente.

Sin duda hubo muchas personas, al principio de la Reforma, que compararon la condición de la sociedad existente con la que había alcanzado en tiempos antiguos. La moral no había cambiado; en la inteligencia no se notaba adelanto, y la sociedad había mejorado poco; hasta los esplendores de la misma Ciudad Eterna se habían borrado. Las calles de mármol de que se enorgullecía Augusto, habían desaparecido; los templos, las rotas columnas y las gigantescas arcadas de los acueductos que atravesaban la desolada campiña romana, presentaban un triste aspecto. Del uso a que habían sido destinados respectivamente, llegó el Capitolio a ser conocido con el nombre de «Colina de las Cabras», y el lugar en que se alzaba el Foro romano, de donde se habían dictado leyes al mundo, se llamaba «El campo de las Vacas.» El palacio de los Césares estaba oculto por montones de tierra cubiertos de flores silvestres; los baños de Caracalla, con sus pórticos, jardines y depósitos, hacía mucho tiempo que no se usaban, por haber sido destruidos los acueductos que los surtían. En las ruinas de aquel gran edificio, guirnalda de flores y bosquecillos de árboles odoríferos se extendían formando laberintos en las inmensas plataformas y sobre los vertiginosos arcos suspendidos en el aire. Del Coliseo, la más colosal de las ruinas romanas, sólo quedaba una tercera parte. Capaz en un tiempo de dar cabida a noventa mil espectadores, había servido sucesivamente de fortaleza en la Edad Media, y luego de canteira, que suministró piedras para los palacios de los degenerados príncipes romanos. Algunos papas establecieron en él molinos de lana; otros, fábricas de nitro; otros pensaron convertir sus magníficas arcadas en tiendas para mercaderes. Los hierros que unían las piedras habían sido robados; los muros estaban llenos de grietas y amenazaban desplomarse. En nuestros tiempos, se han escrito obras de botánica de las plantas que por asilo habían escogido este noble despojo. La «Flora del Coliseo» contiene cuatrocientas veinte especies. Entre las ruinas de los edificios clásicos, pueden verse columnas rotas, cipreses y frescos mohosos desprendidos de los muros. Hasta el mundo vegetal participaba de este cambio melancólico: el mirto, que otras

veces crecía en el Aventino, había desaparecido; el laurel, que sirviera para coronar la frente de los emperadores, había sido reemplazado por la hiedra, compañera de la muerte.

Pero quizás se dirá que los papas no eran responsables de todo esto. Recordemos que, en menos de ciento cuarenta años, la ciudad había sido sucesivamente tomada por Alarico, Genserico, Ricimero, Vitiges y Totila, y que muchos de sus grandes edificios habían sido convertidos en obras de defensa: los acueductos fueron destruidos por Vitiges, que arruinó la Campaña; el palacio de los Césares, fue saqueado por Totila; luego vinieron los asedios de los lombardos; después, Roberto Guiscardo y sus normandos quemaron la ciudad desde la columna Antonina hasta la puerta Flaminia, desde Letrán al Capitolio; luego fue mutilada y saqueada por el Condestable de Borbón; una y más veces inundada por las olas del Tíber y quebrantada por temblores de tierra. Debemos, no obstante tener presente la acusación de Maquiavelo, que dice en su Historia de Florencia «que casi todas las invasiones bárbaras de Italia fueron debidas a invitaciones de los pontífices, que acudieron a estas hordas. ¡No fueron los godos, ni los vándalos, ni los normandos, ni los sarrazenos, sino los papas y sus sobrinos los que causaron la dilapidación de Roma! ¡Hornos de cal fueron alimentados con piedras de las ruinas, construyéronse palacios para sus príncipes con las de los edificios clásicos, y sus iglesias se adornaron con los despojos de los antiguos templos!»

¡Las iglesias decoradas con los restos de los templos! A estas cosas y a otras semejantes alcanza la responsabilidad de los papas; soberbias columnas corintias han sido cinceladas para hacer imágenes de santos, magníficos obeliscos egipcios han sido deshonrados con inscripciones papales; el Septizonio de Severo fue demolido con objeto de obtener materiales para la edificación de San Pedro; fundióse en columnas el techo de bronce del panteón, para adornar la tumba del apóstol.

La gran campaña de Viterbo, de la torre del Capitolio, había anunciado la muerte de muchos papas, y aún continuaba el despojo de los edificios y la desmoralización del pueblo. La Roma papal manifestó más bien odio que consideración hacia la

Roma clásica. Los pontífices se habían visto subordinados a los soberanos bizantinos, luego tenientes de los reyes francos y más tarde árbitros de la Europa; su gobierno había mudado tanto como los de las naciones limítrofes, sufriendo una metamorfosis completa, en máximas, objetos y pretensiones; sólo en un punto no había cambiado, en la intolerancia. Pretendiendo ser el centro de la vida religiosa de Europa, rehusó invariablemente reconocer existencia alguna religiosa fuera de la suya, y no obstante, tanto en el sentido político como en el teológico, estaba podrido hasta el corazón. Erasmo y Lutero escucharon asombrados las blasfemias y presenciaron con estremecimiento el ateísmo de la ciudad.

El historiador Ranke a quien debemos muchos de estos hechos, ha pintado de un modo gráfico la desmoralización de la gran metrópoli. La mayor parte de los papas fueron elegidos ya ancianos; el poder, por lo tanto, pasaba incesantemente a nuevas manos; cada elección era una revolución de esperanzas y deseos. En una comunión donde todos pueden subir, donde todos pueden aspirar al puesto más elevado, se deduce necesariamente que cada individuo se ocupaba en echar hacia atrás a algún otro. Aunque la población de la ciudad había disminuido, al principio de la Reforma, a ochenta mil almas, había una multitud de empleados y otra mayor aún de aspirantes a serlo. El afortunado que ocupaba el pontificado, tenía millares de colocaciones que repartir, de las que desposeía sin remordimiento a los que las ocupaban; muchas se habían creado con objeto de venderlas. Nunca se preguntaba por la capacidad e integridad del candidato; los puntos que se consideraban eran qué servicios había hecho o podía hacer al partido y cuánto podía pagar por la preferencia. Un lector americano comprenderá perfectamente este estado de cosas, puesto que a cada elección presidencial es testigo de actos semejantes. La elección de un papa por el Cónclave no se diferencia del nombramiento de un presidente americano por la Convención. En ambos casos hay muchos empleos que distribuir.

Guillermo de Malmesbury dice que en su tiempo vendían los romanos por oro todo lo que fuera sagrado o santo, y después

de esta época no ha habido mejoría; la Iglesia degeneró en un instrumento para explotar dinero. Vastas sumas fueron recogidas en Italia; vastas sumas fueron arrancadas bajo toda clase de pretextos de los países cercanos. De éstas, la más funesta fue la venta de indulgencias para la perpetración de pecados. La religión italiana había venido a ser el arte de saquear al pueblo.

Durante más de mil años, los soberanos pontífices habían sido gobernantes de la ciudad. Es cierto que habían presenciado infinitas escenas de devastación de las que no eran responsables; pero sí lo eran de no haber nunca hecho ningún esfuerzo vigoroso y persistente por su adelanto moral y material. En vez de ser en este respecto un ejemplo que el mundo imitase, vinieron a ser un ejemplo de vergüenza. Las cosas fueron así de mal en peor, hasta la época de la Reforma, sin que ningún hombre piadoso pudiera visitarla sin avergonzarse.

El papado, repudiando la ciencia como absolutamente incompatible con sus pretensiones, se había consagrado en años posteriores a estimular el arte. Pero la música y la pintura, aunque puedan ser exquisitos adornos de la vida, no tienen fuerza viva para convertir en robusta una nación debilitada; nada que pueda asegurar permanentemente el bienestar o la felicidad de la comunidad; y de aquí que en tiempo de la Reforma, para el que considerase reflexivamente su condición, Roma había perdido toda energía vital. No era ya el árbitro del progreso físico o religioso del mundo. A las máximas progresivas de la república y el imperio, había sustituido la máxima estacionaria del papado. Tenía la apariencia de la piedad y la posesión del arte. En esto se asemejaba a uno de esos cadáveres de frailes que todavía vemos envueltos en sus pardos hábitos en las bóvedas de los templos capuchinos, con un breviario o algunas flores marchitas en las manos.

De este examen de la Ciudad Eterna, de este panorama de lo que había hecho el cristianismo latino por la misma Roma, volvamos la vista a todo el continente europeo. Tratemos de determinar el verdadero valor del sistema que guiaba a la sociedad; juzguémoslo por sus frutos.

La condición de las naciones en cuanto a su bienestar está representada con más exactitud por las variaciones de su población. Las formas de gobierno tienen muy poca influencia sobre la población; pero la política puede dominarla por completo.

Se ha demostrado muy satisfactoriamente por los autores que se han dedicado a este asunto, que las variaciones de la población dependen del equilibrio entre la fuerza generatriz de la sociedad y las resistencias contra la vida.

Por fuerza generatriz de la sociedad, se entiende aquel instinto que se manifiesta en la multiplicación de la raza. En algún tanto depende del clima; pero, puesto que el clima de Europa no cambió sensiblemente entre los siglos IV y XVI, podemos considerar esta fuerza como invariable en este continente, durante el periodo que examinamos.

Por resistencias contra la vida se comprende todo lo que tiende a hacer más difícil de soportar la existencia individual; entre ellas pueden enumerarse la insuficiencia de alimento, de abrigo y de vestido.

Se sabe también que si las resistencias vienen a ser inapreciables, la fuerza generatriz duplicará la población en veinticinco años.

La resistencia obra de dos modos: 1º, físicamente, puesto que disminuye el número de nacimientos y acorta el término de la vida media; 2º, intelectualmente, puesto que en lo moral, y particularmente en una comunión religiosa, aplaza el matrimonio, haciendo que no lo contraigan sus individuos hasta que se sientan capaces de sostener las cargas y cuidados de la familia. De aquí la explicación de un hecho largo tiempo conocido: que el número de matrimonios durante un periodo dado está en relación con el precio de los alimentos.

El aumento de población es proporcional a la abundancia de alimentos; y ciertamente es tal el poder de la fuerza generatriz, que sobrepuya a los medios de subsistencia, estableciendo una presión constante sobre ellos. Bajo estas circunstancias, sucede necesariamente que cierto número de individuos que vienen a la vida mueren de hambre.

Como ejemplos de las variaciones que han ocurrido en la población de diferentes países, puede mencionarse la inmensa disminución de la de Italia a consecuencia de las guerras de Justiniano; la despoblación del Norte de África a consecuencia de las guerras religiosas y su repoblación por los mahometanos; el aumento de la de toda Europa por el sistema feudal, cuando los señoríos eran más apreciados en proporción al número de pecheros que contenían. Las cruzadas causaron una disminución sensible, no sólo por las enormes pérdidas del ejército sino también en razón al número de hombres que apartaron de la vida matrimonial. Variaciones semejantes han ocurrido en el continente americano; la población de Méjico disminuyó rápidamente dos millones por la rapacidad y atroces crueldades de los españoles, quienes arrastraron a los indios civilizados a la desesperación. Lo mismo sucedió en el Perú.

La población de Inglaterra en tiempo de la conquista de los normandos era de cerca de dos millones. En quinientos años, apenas se duplicó. Puede suponerse que esta condición estacionaria se debió parcialmente a la política papal, que hizo obligatorio el celibato eclesiástico. La «fuerza generatriz legal» fue indudablemente afectada por esta política, pero no la «fuerza generatriz efectiva.» Por los que han estudiado este asunto, se ha dicho con fundamento que el celibato público es el desorden privado; esto principalmente determinó al pueblo lo mismo que al Gobierno inglés a suprimir los monasterios. Se aseguraba públicamente que había cien mil mujeres en Inglaterra prostituidas por el clero.

En mi Historia de la Guerra civil americana he presentado algunas reflexiones sobre este punto, que voy a tomarme la libertad de copiar aquí. «¿Qué es, pues, esta situación estacionaria de la población? Quiere decir alimentación obtenida con gran trabajo, insuficiencia de vestidos, desaseo personal, habitaciones mal ventiladas, efecto destructor del calor y el frío, miasmas, falta de precauciones sanitarias, carencia de médicos, inutilidad de las curaciones milagrosas, decepción de los prodigios en que había puesto su confianza la sociedad; o resumiendo, un largo catálogo de penas, necesidades y sufrimientos, quiere decir en

una palabra, gran mortalidad. Más aún: quiere decir escasez de nacimientos, y ¿a qué se debe esto? A matrimonios aplazados, vida licenciosa, perversidad privada y desmoralización social.

»Para un americano que vive en un país que era ayer un desierto impenetrable y sin fin, pero que hoy día está cubierto por una población que se duplica en razón de la ley ya citada, cada veinticinco años, esta terrible falta de vida presente accidental no puede por menos de ser un hecho sorprendente. Su curiosidad le llevará a inquirir qué clase de sistema era el que pretendía guiar y desarrollar a la sociedad, el cual debe ser responsable de esta destrucción prodigiosa, superior en su resultado engañoso a la guerra, la peste y el hambre juntas: engañoso por creer los hombres que aseguraban sus mayores intereses temporales. ¡Qué diferencia ahora! En Inglaterra, la misma superficie geográfica sustenta diez veces la población de aquel tiempo y envía al extranjero sus enjambres de emigrantes. Reflexionen los que contemplan el pasado con veneración sobre el valor de semejante sistema.»

Estas variaciones de la población de Europa han sido acompañadas de cambios en su distribución. El centro de población ha pasado hacia el Norte desde el establecimiento del cristianismo en el imperio romano, y luego ha pasado al Occidente a consecuencia del desarrollo de la industria fabril.

Podemos examinar ahora algo más detalladamente el carácter de la resistencia que así por mil años mantuvo estacionaria la población de Europa. La superficie del continente estaba en su mayor parte cubierta de selvas impenetrables, y aquí y allá de ciudades y monasterios. En los llanos y a lo largo de los ríos, había pantanos, a veces de algunas millas de extensión, que exhalaban sus pestíferos miasmas y esparcían la muerte en todas direcciones. Las casas de París y de Londres eran de madera, cubiertas de ramajes y techadas con paja y cañas; carecían de ventanas, y hasta la invención de las sierras de molino muy pocas tenían pavimento de madera. El lujo de las alfombras era desconocido; alguna paja extendida por el suelo las sustituía. No había chimeneas, y el humo del hogar se escapaba por un agujero abierto en el techo; en estas habitaciones difícilmente

se encontraba amparo contra las inclemencias del tiempo. Nada se hizo para formar alcantarillado, y los restos de los animales e inmundicias eran simplemente arrojados a la puerta. Hombres, mujeres y niños dormían en la misma habitación, y con mucha frecuencia en compañía de los animales domésticos; en semejante confusión de familia, era imposible que se mantuviesen ni la moralidad ni el pudor. El lecho era comúnmente un saco de paja, y un leño la almohada. El aseo personal se desconocía por completo; grandes oficiales de Estado, y aún altos dignatarios como el arzobispo de Canterbury, estaban plagados de parásitos; ésta era al menos la condición de Tomás Becket, antagonista de un rey de Inglaterra. Para disimular la suciedad corporal, se usaban necesariamente y con profusión perfumes. Los ciudadanos se vestían de cuero, sustancia que duraba muchos años con impurezas acumuladas, y se consideraban en una posición desahogada, si podían comer carne fresca una vez por semana. Las calles no tenían husillos, ni empedrado, ni luces. Después del crepúsculo, se abrían las ventanas y las inmundicias se vaciaban sin ceremonia, con gran disgusto del vecino tardío que buscaba su rumbo por las estrechas calles alumbrándose con una triste linterna.

Eneas Silvio, que luego fue el papa Pío II, y es por lo tanto escritor muy competente e imparcial, nos ha dejado una relación muy gráfica de un viaje que hizo a las Islas Británicas en 1430. Describe las casas de los campesinos, que estaban construidas con piedras puestas unas sobre otras sin argamasa; los lechos eran de turba y una piel de toro servía de puerta. Los alimentos se componían de hortalizas ordinarias, como guisantes, y aún de cortezas de árboles, no conociéndose el pan en algunos parajes.

Chozas de cañas y barro; casas de estacas unidas; hogares sin chimenea alimentados con turba, apenas sin salida para el humo; antros de miserias físicas y morales donde pululaban los parásitos; haces de paja cubriendo los miembros para rechazar el frío; y el recurso, para el moribundo campesino, de esperar su curación de las reliquias de los santos.

¿Cómo era posible que aumentase la población?

¿Nos maravillaremos, pues, de que en el hambre de 1030 se vendiera y guisase carne humana, o de que en la de 1258 quince mil personas murieran de hambre en Londres? ¿Nos maravillaremos de que en algunas de las invasiones de la peste fueran tantas las defunciones que apenas había vivos para enterrar a los muertos? En la peste de 1348, que vino de Oriente por la ruta comercial y se extendió por toda Europa, fue destruida la tercera parte de la población de Francia.

Tales eran las condiciones de los campesinos y de los habitantes pobres de las ciudades, y no mucho mejores las de los nobles. Guillermo de Malmesbury, hablando de las costumbres degradadas de los anglo-sajones, dice: «Sus nobles, entregados a la glotonería y la sensualidad, nunca iban a la iglesia; sino que en su propia habitación, antes de levantarse, un fraile con gran presteza les leía la misa y los maitines, sin que prestasen la menor atención. El común de las gentes eran presa del más poderoso; su propiedad les era arrebatada, sus personas enviadas a lejanos países, y sus hijas entregadas a la prostitución o vendidas como esclavas. Beber noche y día era la ocupación general, y los vicios compañeros de la intemperancia afeminaban las almas varoniles.» Los castillos de los barones eran cuevas de bandoleros. Cuenta el cronista sajón cómo hombres y mujeres eran apresados y conducidos a aquellas fortalezas, colgados por los pulgares o por los pies, y ya colocándoles fuego debajo, ya azotándolos, o por otros tormentos, les arrancaban su rescate.

En toda Europa, los empleos ventajosos por sus grandes utilidades estaban ocupados por eclesiásticos, y en todas las naciones existía un doble gobierno: 1º, el de carácter local, representado por un soberano temporal; 2º, el de carácter extranjero, que acataba la autoridad del Papa. Esta influencia romana era, por la naturaleza de las cosas, superior a la local; expresaba la voluntad soberana de un hombre sobre todas las naciones reunidas del Continente, y asumía un poder superior por su unidad. La influencia local era necesariamente de naturaleza débil, puesto que estaba de continuo quebrantada por las rivalidades de los estados colindantes y las disensiones diestramente provocadas por su competidor. En ningún caso pudieron coligarse

los varios estados de Europa contra su antagonista común; si surgía alguna cuestión, se veían hábilmente divididos y dominados. Era el objeto ostensible de la intrusión papal procurar el bienestar moral de los varios pueblos; su objeto real, obtener pingües ingresos y sostener vastas congregaciones de eclesiásticos. Las rentas obtenidas de este modo fueron con mucha frecuencia mayores que las que iban a parar al tesoro del poder local. Así, pues, cuando Inocencio IV pidió provisión para trescientos clérigos italianos que habían de incorporarse a la Iglesia de Inglaterra, y uno de sus sobrinos, un niño, obtuvo una silla en la catedral de Lincoln, se vio que la suma que cobraban anualmente los eclesiásticos extranjeros en Inglaterra era triple de la que ingresaba en las arcas del rey.

Mientras que el alto clero se apoderaba de todos los empleos políticos más lucrativos, y los abades rivalizaban con los condes en el número de los esclavos que poseían, teniendo algunos, según se dice, no menos de veinte mil, los frailes mendicantes inundaban la sociedad en todas direcciones, cogiendo lo poco que aún quedaba al pobre. Había un vasto cuerpo de seres improductores, que vivían en la ociosidad, reconociendo una autoridad extranjera, y que se alimentaba del fruto del trabajo del labrador. No podía por menos de suceder, sino que las pequeñas heredades fuesen absorbidas por los grandes predios, que el pobre cada día poseyese menos, y que la sociedad, lejos de mejorar, mostrase un aumento constante de desmoralización. Fuera de las instituciones monásticas, no se intentaba el menor progreso intelectual; ciertamente, en cuanto concernía a los laicos, la influencia de la Iglesia se dirigía a un resultado opuesto, pues era máxima admitida generalmente que «la ignorancia es madre de la devoción».

Era práctica establecida por la república y el imperio de Roma tener rápidas comunicaciones con todas sus lejanas provincias por medio de hermosos puentes y caminos. Uno de los primeros deberes de las legiones era construirlos y conservarlos; de esta suerte aseguraba su autoridad militar. Pero como el dominio de la Roma papal dependía de un principio diferente, no tenía exigencias de esta clase, y en consecuencia esta obligación

fue dejada al cuidado de las autoridades locales, que la abandonaron: así que, en la mayor parte del año y en todas direcciones, los caminos estaban casi intransitables. El medio ordinario de transporte era el de pesadas carretas tiradas por bueyes, que caminaban, cuando más, tres o cuatro millas por hora. Donde no podía hacerse uso de la navegación fluvial, se empleaban caballos y mulos de carga para el transporte de las mercancías, medio que estaba en armonía con el mezquino comercio de aquella época; cuando había que mover grandes masas de hombres, las dificultades se hacían casi insuperables, y el mejor ejemplo para demostrar esto puede hallarse en la historia de la marcha de la primera Cruzada. Estas dificultades en las comunicaciones hacían que con gran facilidad se extravíasen los caminantes, y los viajes emprendidos por individuos aislados no podían llevarse a cabo sin gran riesgo, pues no había bosque ni orilla que no tuviese salteadores.

El estado general de ignorancia existente era oportuno para el desarrollo de la superstición; la Europa estaba cuajada de milagros bochornosos. Por todos los caminos, se veían infinitos peregrinos que se dirigían a los santuarios renombrados por las curas que habían verificado; ha sido siempre política de la Iglesia desanimar a los médicos en su arte, mezclándose a cada paso con sus reliquias para curar las enfermedades; el tiempo ha reducido a su verdadero valor ésta en un tiempo lucrativa impostura. ¿Cuántos santuarios hay ahora en explotación en Europa?

Para los pacientes demasiado enfermos, imposibilitados de moverse o de ser conducidos, no había otro remedio sino los de carácter espiritual, los Pater-noster o Ave-María. Para impedir las enfermedades, se hacían oraciones en las iglesias, pero no se tomaban medidas sanitarias; se creía que con los rezos de los clérigos se ahuyentaría la peste de las ciudades infestadas de miasmas pútridos, que se aseguraría la lluvia o el buen tiempo, y que se evitaría el influjo maléfico de los eclipses y cometas. Pero cuando se presentó el cometa Halley en 1456, tan tremenda fue su aparición, que se hizo necesario que el mismo Papa interviniese; lo exorcizó y expulsó del cielo, y huyó el co-

meta a los abismos del espacio, aterrado por las maldiciones de Calixto III, y sin atreverse a volver durante setenta y cinco años.

El valor físico de las curas en los santuarios y por los remedios espirituales se mide por la proporcionalidad de las defunciones: en aquel tiempo, moría probablemente una persona por cada veintitrés, y hoy día, con nuestros procedimientos materiales, muere una por cada cuarenta.

La condición moral de Europa se demostró notablemente cuando por los compañeros de Colón se introdujo la sífilis en Europa desde las Indias Occidentales; se extendió con rapidez maravillosa; personas de todas clases, desde el Santo Padre León X hasta el mendigo de los caminos, contrajeron la vergonzosa enfermedad. Muchos disimularon su desgracia declarando que era una epidemia que emanaba de cierta malignidad en la constitución del aire, pero en verdad su efecto era debido a cierta dolencia en la constitución del hombre, dolencia que no se extirpaba por la influencia espiritual bajo la cual habían vivido.

A la eficacia medicinal de los santuarios, debemos agregar la de las reliquias especiales, siendo éstas a veces de la clase más extraordinaria: había varias abadías que poseían la corona de espinas de nuestro Salvador: once tenían la lanza que atravesó su costado, y si alguien se hubiera atrevido a dudar de la autenticidad de todas, al punto hubiera sido denunciado como ateo. Durante las guerras santas, fundaron los caballeros templarios un lucrativo comercio, trayendo de Jerusalem a los ejércitos de los cruzados botellas de leche de la bendita Virgen, que vendían por sumas enormes: estas botellas eran conservadas con piadoso cuidado en muchos grandes establecimientos religiosos. Pero quizás ninguna de estas imposturas sobrepaja en audacia a la que ofreció un monasterio de Jerusalem, presentando a la adoración ¡un dedo del Espíritu Santo! La sociedad moderna ha hecho justicia silenciosamente a estos objetos escandalosos, y si bien en un tiempo alimentaron la piedad de muchos miles de hombres sinceros, hoy día se les considera demasiado despreciables para ocupar un lugar en ningún museo público.

¿Cómo nos explicaremos el mal éxito de la Iglesia en la tutela de

Europa? No hubiera sido éste el resultado, si hubiese habido en Roma un cuidado constante por la prosperidad material y espiritual del Continente, si se hubiese ocupado tan sólo el pastor universal, el sucesor de Pedro, de la santidad y felicidad de su rebaño.

No es difícil hallar la explicación. Está contenida en una historia de pecados y vergüenzas. Prefiero, por lo tanto, en los párrafos siguientes presentar hechos explicatorios, sacados de los autores católicos, y por cierto presentarlos hasta donde me sea posible, con las mismas palabras de los escritores.

La historia que voy a relatar es una narración de la metamorfosis de una confederación en una monarquía absoluta.

En los primeros tiempos, cada Iglesia, sin perjuicio de conformarse con la Iglesia universal en todos los puntos esenciales, manejaba sus asuntos propios con perfecta libertad e independencia, manteniendo sus propios usos tradicionales y su disciplina; y todas las cuestiones que no concernían a la Iglesia universal, o que no eran de capital importancia, las resolvía al punto.

Hasta el principio del siglo IX, no hubo cambio en la constitución de la Iglesia romana; pero, hacia 845, se elaboraron las Decretales de Isidoro en el Occidente de las Galias; falsificación que consta de cerca de cien pretendidos decretos de los primeros papas, unidos a otros supuestos escritos de varios dignatarios eclesiásticos y actas de sínodos. Esta falsificación extendió inmensamente el poder papal, y sustituyendo el antiguo sistema de gobierno de la Iglesia, acabando con los atributos republicanos que había poseído, la transformó en una monarquía absoluta. Redujo a los obispos a la dominación de Roma, e hizo al Pontífice juez supremo del clero y de todo el orbe cristiano. Preparó el camino para la gran tentativa que hizo más tarde Hildebrando, de convertir los Estados de Europa en un reino teocrático de frailes con el Papa a su cabeza.

Gregorio VII, autor de este gran golpe, vio que sus planes serían llevados a cabo mejor con el auxilio de los sínodos y restringió por lo tanto a los papas y sus delegados el derecho de convocar-

los; para dar más apoyo a este asunto, se ideó por Anselmo de Lucca un sistema nuevo de jurisprudencia eclesiástica, en parte basado sobre las antiguas falsificaciones de Isidoro y en parte sobre nuevas invenciones. Para establecer la supremacía de Roma, no sólo hubo que hacer un nuevo derecho canónico, sino que inventar también una nueva historia. Esta suministró ejemplos indispensables de reyes depuestos y excomulgados y probó que siempre habían estado subordinados a los papas. Las decretales de los Pontífices fueron colocadas al mismo nivel que las Escrituras, y al cabo llegó a admitirse en todo el Occidente que los papas habían sido, desde el principio de la cristiandad, los legisladores de toda la Iglesia. Así como los soberanos absolutos en estos últimos tiempos no pueden soportar las asambleas representativas, así el papado, cuando deseó ser absoluto, halló que los concilios de las Iglesias nacionales particulares, debían concluir y permitirse sólo los que estuviesen bajo la inmediata vigilancia del Pontífice. Esto, en sí mismo, constituyó una gran revolución.

Otra ficción inventada en Roma en el siglo VIII tuvo consecuencias importantes. Se fingió que el emperador Constantino, en gratitud por su curación de la lepra y por su bautizo por el papa Silvestre, había cedido la Italia y las provincias occidentales a la Santa Sede, y que en prueba de su subordinación, había servido al Papa como lacayo, llevando su caballo del diestro algún trecho. Esta falsedad iba dirigida contra los reyes francos, para darles una idea exacta de su inferioridad y demostrarles que, en las cesiones territoriales que habían hecho a la Iglesia, no le regalaban nada, sino tan sólo le restituían lo que le pertenecía de derecho.

El instrumento más potente del nuevo sistema papal fue el decreto de Graciano, que se publicó a mediados del siglo XII; era un conjunto de falsedades. Hacía a todo el orbe cristiano, por el papado, súbdito del clero italiano; inculcó que era legal procurar la felicidad de los hombres por la fuerza, dar tormento y ejecutar a los herejes y confiscarles los bienes; que matar a un excomulgado no era asesinato, que el Papa, en su ilimitada superioridad a toda ley, se equipara con el Hijo de Dios.

A medida que se desarrollaba el nuevo sistema de centralización, se manifestaban con calor públicamente máximas que en los antiguos tiempos hubieran sido rechazadas: que toda la Iglesia es propiedad del Papa, quien puede hacer en ella lo que le plazca; que lo que en otros es simonía, no lo es en él; que es superior a toda ley y no puede ser residenciado por nadie; que quien quiera que le desobedezca debe sufrir la muerte; que todo hombre bautizado es súbdito suyo y debe seguir así toda su vida, que quiera o que no. Hasta el final del siglo XII, habían sido los papas vicarios de Pedro; después de Inocencio III, fueron vicarios de Cristo.

Mas un soberano absoluto tiene necesidad de rentas, y en esto el Papa no era una excepción. La institución de los legados es de tiempo de Hildebrando; unas veces fue su obligación visitar las iglesias, yendo otras comisionados para negocios especiales; pero siempre marcharon investidos de poderes ilimitados para llevar dinero al lado allá de los Alpes; y puesto que el Papa podía, no sólo hacer leyes, sino también anularlas, se introdujo una legislación cuyo objeto era la venta de indulgencias. Los monasterios estaban exentos de la jurisdicción episcopal, pagando un tributo a Roma. El Papa había llegado a ser entonces «el Obispo universal»; tenía jurisdicción en todas las diócesis y podía entender en todos los casos ante sus propios tribunales. Sus relaciones con los obispos eran las de un soberano absoluto con sus oficiales; no podían aquellos dimitir sin su permiso, y las sedes que vacaban de este modo le pertenecían; se estimulaban en todos sentidos las apelaciones a Roma, porque procuraban indulgencias, y millares de procesos fueron ante la curia, llevando consigo una rica cosecha. A menudo, cuando disputaban varios pretendientes un beneficio, desposeía el Papa a todos ellos y lo daba a una hechura suya, a menudo los candidatos perdían años en Roma y morían allí, o volvían impresionados profundamente por tanta corrupción. Alemania sufrió más que otros países, de estas apelaciones y procesos, y por esto era el país mejor preparado para recibir la Reforma. Durante los siglos XIII y XIV hicieron los papas esfuerzos gigantescos para la adquisición del poder; en lugar de recomendar a sus favoritos

para los beneficios, los presentaban, imponiéndose; sus partidarios italianos debían ser recompensados y nada bastaba a satisfacer sus clamores; fue preciso entregarles los países extranjeros; nubes de pretendientes morían en Roma y el Papa entonces se arrogaba el derecho de nombrar los beneficios. Al fin, se estableció que tenía derecho a disponer de todos los oficios eclesiásticos sin distinción y que el juramento de obediencia que le prestaban los obispos implicaba su sumisión política y eclesiástica; en los países en que había gobierno dualista, se aumentó de este modo prodigiosamente el poder espiritual.

Derechos de todas clases para completar esta centralización se destruyeron sin remordimiento, siendo para ello poderosos auxiliares las órdenes mendicantes; éstas y el Papa por un lado, por otra el clero parroquial y los obispos. La corte romana se había apropiado los derechos de los concilios, de las Iglesias metropolitanas y nacionales y de los obispos. Incesantemente contrariados éstos por los legados, concluyeron por perder todo interés en conservar la disciplina de sus diócesis: incesantemente contrariados los párrocos por los frailes mendicantes, quedaron sin autoridad entre sus propios feligreses; su influencia pastoral fue completamente destruida por las indulgencias papales y por las absoluciones compradas, y el dinero, mientras tanto entraba en Roma.

Necesidades pecuniarias obligaron a muchos papas a acudir a pequeños expedientes, como pedir a un príncipe, obispo o gran maestre que tuviese autos pendientes ante sus tribunales, el regalo de una copa de oro llena de ducados. Estas necesidades dieron también origen a jubileos. Sixto IV fundó colegios completos y vendió las sillas a trescientos o cuatrocientos ducados; Inocencio VIII empeñó la tiara papal. Se dice que León X había disipado las rentas de tres papas: las de su antecesor, las suyas y las de su sucesor; creó y vendió dos mil ciento cincuenta oficios nuevos, que se consideraban muy lucrativos porque producían doce por ciento, y el interés salía, por supuesto, de los países católicos. En ninguna parte de Europa podía colocarse el capital mejor que en Roma, donde se realizaban grandes sumas por las ventas de hipotecas y donde no sólo se vendían sino se

revendían los oficios, pues se ascendía a las gentes para vender de nuevo sus empleos.

Aun contra la teoría papal, que condenaba la usura, estableció el Papa un inmenso sistema de Banco, en relación con la curia, en el que se prestaba dinero a un interés bárbaro a los prelados, a los pretendientes y a los litigantes; los banqueros del papa tenían privilegio; los demás eran censurados. La curia descubrió que le importaba tener deudores eclesiásticos en toda Europa, pues así eran más flexibles, toda vez que los excomulgaba si no pagaban los intereses. En 1327, se calculaba que la mitad del mundo cristiano estaba excomulgada; los obispos, por no acceder siempre a las exigencias de los legados, y los particulares por cualquier pretexto, con objeto de obligarles a comprar la absolución a precios exorbitantes. Las rentas eclesiásticas de toda Europa se vaciaban en Roma, antro de corrupción, simonía, usura, extorsión y soborno. Los papas, desde 1066, cuando empezó el gran movimiento centralizador, no tuvieron tiempo para dedicar su atención a los asuntos interiores de su rebaño particular en la ciudad de Roma; había millares de asuntos extranjeros y todos producían más. Dice el obispo Álvaro Pelayo: que «en cualquier ocasión que entrase en las habitaciones de un dignatario del clero romano, lo encontraba contando dinero, que se ve en ellas a montones.» Toda oportunidad que pudiera presentarse a la curia para extender su jurisdicción, era bien recibida; las exenciones se daban con tal arte, que siempre era necesario renovarlas. A los obispos se dieron privilegios contra los cabildos catedrales, y a éstos contra los obispos; y a los conventos, obispos e individuos contra las extorsiones de los legados.

Las dos columnas sobre las que descansaba el papado eran el Colegio de Cardenales y la curia. Los Cardenales, en 1059, habían llegado a ser electores de los papas; hasta ese tiempo las elecciones fueron hechas por todo el cuerpo del clero romano, y era necesario el concurso de los magistrados y de los ciudadanos. Pero Nicolás II restringió las elecciones al Colegio de Cardenales; hizo que fuesen necesarios dos tercios de los sufragios y dio al emperador de Alemania el derecho de confirmación.

Durante dos siglos, lucharon por la supremacía la oligarquía cardenalicia y el absolutismo papal. Los Cardenales concedían de buen grado que el dominio del Papa fuese absoluto en el extranjero, pero nunca dejaron de explorar su ánimo antes de darle sus sufragios, con objeto de conseguir de él cierta participación en el gobierno; después de la elección y antes de la consagración, juraba observar ciertas capitulaciones, tales como repartir las rentas con los Cardenales; se obligaba a no alejarlos de Roma y a permitirles reunirse dos veces al año para que discutieran si había observado sus juramentos, que eran quebrantados con gran frecuencia. Por una parte, los Cardenales querían tener participación en el gobierno de la Iglesia y en los emolumentos; y por otra, los papas rehusaban acceder a compartir ni el poder, ni las rentas. Los Cardenales querían ostentar una pompa y un lujo que les obligaban a gastar enormes sumas; en cierta ocasión, no menos de quinientos beneficios estaban ocupados por uno de ellos, y sus deudos y amigos eran mantenidos y sus familias enriquecidas. Se aseguraba que todos los ingresos de Francia eran insuficientes para cubrir estos gastos; sucedió a veces que por sus rivalidades tardáronse varios años en elegir Papa, y parecía como que trataban de demostrar que bien podía pasar la Iglesia sin vicario de Cristo.

Hacia el fin del siglo XI, la Iglesia Romana vino a ser la corte romana; en vez del rebaño cristiano, que dulcemente siguiese a su pastor en el santo recinto de la ciudad, había una cancillería de escribientes, notarios y procuradores, que negociaban sobre privilegios, dispensas, exenciones, &c.; no se veían más que pretendientes de puerta en puerta, y Roma era el punto de cita para los aspirantes de todas las naciones. En vista de la enorme cantidad de autos, procesos, gracias, indulgencias, absoluciones, órdenes y decisiones dirigidas a todas partes de Europa y Asia, las funciones de las Iglesias locales perdieron su importancia; se necesitaban muchos centenares de personas en la curia y cuyo objeto capital era ascender, para lo cual hacían lo posible por aumentar los ingresos del Papa. Todo el orbe cristiano había llegado a ser tributario suyo. Todo vestigios de religión había desaparecido de allí; sus miembros estaban ocupados en políti-

ca, litigios y procesos, y ni una sola palabra podía escucharse relativa a asuntos espirituales; cada plumada tenía su precio; beneficios, dispensas, licencias, absoluciones, indulgencias, privilegios, eran comprados y vendidos como mercancías; el pretendiente tenía que gratificar a todo el mundo, desde el portero al Papa, y si no, perdía su demanda; para los pobres no había atención alguna, ni esperanza, y el resultado fue que cada clérigo se creyó facultado para seguir el ejemplo que había visto en Roma, y a sacar provecho de su ministerio espiritual y de los sacramentos, por haber comprado este derecho en Roma y carecer de otros medios para pagar su deuda. La transferencia de poder de los italianos a los franceses por translación de la curia a Aviñón, no produjo cambio; sólo conocieron los italianos que el enriquecimiento de sus familias se escapaba de sus garras. Habían llegado a considerar al papado como su propia hacienda, siendo el pueblo escogido de Dios bajo la ley de Cristo, como bajo la mosaica lo habían sido los judíos.

Al concluir el siglo XIII, se descubrió un nuevo reino, capaz de producir inmensos ingresos, este fue el Purgatorio, que se demostró que el Papa podía vaciar por indulgencias; en esto no había hipocresía alguna y se hacía con el mayor desenfado; el germen original de la primacía apostólica se había convertido ahora en una monarquía colosal.

La Inquisición había hecho irresistible el sistema papal; toda oposición era castigada con la muerte en la hoguera, y un simple pensamiento, no traducido en signo alguno exterior, era considerado como delito; andando el tiempo, se hizo esta práctica inquisitorial cada vez más odiosa, y se aplicaba el tormento por la más ligera sospecha; el acusado no podía saber el nombre del denunciador y no se le permitía tener abogado; no había, pues, apelación; se mandó a los inquisidores que no se apiadasen y que no aceptasen retractaciones. La inocente familia del acusado era despojada de sus bienes por la confiscación; la mitad iba al tesoro papal, la otra mitad a los inquisidores; tan sólo la vida, decía Inocencio III, debía dejarse a los hijos del descreído y esto por un acto de misericordia. Fue la consecuencia que papas, como Nicolás III, enriquecieron a sus familias con los

despojos de los desgraciados, adquiridos por este tribunal; haciendo lo propio los inquisidores.

La lucha que por la posesión del papado sostuvieron franceses e italianos, condujo inevitablemente al cisma del siglo XIV. Por más de cuarenta años, dos papas rivales estuvieron anatemiándose mutuamente: dos curias rivales agobiaban a los pueblos para sacar dinero, y llegó a haber hasta tres obediencias, y triples contribuciones que sacar. Nadie entonces podía garantizar la validez de los sacramentos, puesto que nadie podía estar seguro de quien era el verdadero Papa; los hombres se veían obligados a pensar por sí mismos y no podían encontrar quien era el legítimo pensador para todos ellos. Empezaron a ver que la Iglesia debía libertarse de la cadena curial y acudir a un concilio general; esto se intentó una y otra vez, con la idea de elevar el concilio a parlamento de la cristiandad y hacer del Papa el jefe del poder ejecutivo. Pero los grandes intereses que habían crecido por la corrupción de las edades no pudieron derribarse tan fácilmente; la curia recuperó su ascendiente, y el comercio eclesiástico empezó de nuevo. Los alemanes, a quienes nunca se había permitido entrar en la curia, se pusieron a la cabeza de los primeros que intentaron la Reforma. Yendo las cosas de mal en peor, se convencieron ellos también de que era imposible reformar la Iglesia por medio de concilios. Erasmo exclamaba: «Si Cristo no liberta a su pueblo de esta múltiple tiranía eclesiástica, sería más tolerable la tiranía de los turcos.» Se vendían entonces los capelos cardenalicios, y bajo León X, los oficios eclesiásticos y religiosos se sacaban a pública subasta. La máxima de la vida era: primero el interés y luego el honor; entre los oficiales, no había uno que quisiese ser honrado en la sombra o virtuoso sin testigos. Las capas de terciopelo violeta y el blanco armiño de los cardenales eran la verdadera librea de la maldad.

La unidad de la Iglesia, y por lo tanto su poder, requerían el uso del latín como idioma sagrado. Por esto Roma había sostenido su actitud estrictamente europea, y estaba en aptitud de mantener una relación internacional general. Esto le dio mucho mayor poder que su autoridad espiritual; y, por muchas que sean sus pretensiones de haber hecho algo bueno, debe condenárse-

le francamente, porque con tales elementos en sus manos, que jamás volvió a tener ningún sucesor, no hizo mucho más. Si no hubiesen estado los soberanos pontífices tan ocupados completamente en conservar sus emolumentos y temporalidades en Italia, habrían podido hacer progresar al continente entero, como un solo hombre. Sus oficiales podían atravesar sin dificultad por todas las naciones y comunicar sin tropiezo unos con otros, de Irlanda a Bohemia y de Italia a Escocia. La posesión de un idioma común les dio la administración de asuntos internacionales, con aliados inteligentes en todas partes, puesto que hablaban la misma lengua.

No era injustificado el odio que manifestó Roma al renacimiento del griego e introducción del hebreo, y la alarma con que notó la formación de los idiomas modernos, nacidos de los dialectos vulgares; y no sin motivo se hizo eco la Facultad de Teología de París del sentimiento que prevalecía en tiempo de Jíménez. «¿Qué vendrá a ser de la religión, si se permite el estudio del griego y el hebreo?» El predominio del latín era la condición de su poder, su abandono la medida de su decadencia, su desuso la señal de su limitación a un pequeño principado de Italia; en suma, el desarrollo de las lenguas europeas era el instrumento de su derrota. Formaban una comunicación útil entre los frailes mendicantes y el populacho inculto, y no hubo ninguno entre ellos que no manifestase un profundo desprecio contra sus primeras producciones.

El desarrollo de la literatura políglota de Europa coexistió por lo tanto con el descenso del cristianismo papal; la literatura europea era imposible bajo la dominación católica. Una unidad religiosa, grande, solemne e impotente, hacía necesaria la unidad de literatura, que implica el uso de una sola lengua.

Mientras que la posesión de un idioma universal tan señaladamente aseguraba su poder, el secreto real de gran parte del influjo de la Iglesia descansaba en la vigilancia que con tanta habilidad había obtenido de la vida doméstica. Su influjo disminuyó al declinar ésta, coincidiendo con este cambio su alejamiento de la dirección de las relaciones diplomáticas internacionales.

En los antiguos tiempos de la dominación romana se había demostrado que los acantonamientos de las legiones en las provincias eran siempre focos de civilización. La industria y el orden que presentaban servían de ejemplo, que no era perdido por los bárbaros que les rodeaban en Bretaña, en las Galias o en Alemania; y aunque no entraba como parte de su obligación ocuparse activamente en mejorar la condición de las tribus conquistadas, sino más bien mantenerlas en estado de sumisión, un rápido progreso tuvo lugar tanto en la vida individual como en la social.

Bajo la dominación eclesiástica de Roma ocurrió una cosa semejante. En los despoblados, reemplazó el monasterio al campamento legionario; en la villa o la ciudad, la Iglesia era el centro de luz; un poderoso efecto se produjo por el lujo elegante de los primeros y por las sagradas y solemnes moniciones de las segundas.

Al ensalzar el sistema papal por lo que hizo en la organización de la familia, la definición de la política civil, la construcción de los estados de Europa, debemos limitarnos a recordar que el objeto principal de la política eclesiástica fue el engrandecimiento de la Iglesia, y no los progresos de la civilización; los beneficios obtenidos por los laicos no los debieron a intención deliberada, sino que fueron incidentales o colaterales.

No hubo proyecto, ni plan formado para mejorar la condición física de las naciones. Nada se hizo para favorecer su desarrollo intelectual; al contrario, la política establecida era mantenerlas, no sólo en un estado iliterato, sino ignorante. Siglo tras siglo pasaban, y dejaban al aldeano poco mejor tan sólo que el ganado de los campos. Las comunicaciones y la locomoción, que tan poderosamente tienden a ensanchar las ideas, no recibieron impulso; la mayoría de los hombres morían sin haber salido de la vecindad en que habían nacido. Para ellos no había esperanza de adelanto personal, ni de mejorar su suerte o cultivar su espíritu; nada se hacía en general para evitar las necesidades individuales, nada para precaver las hambres; las pestes no hallaron

el menor contratiempo y sólo se les oponían las farsas religiosas. Mala alimentación, vestidos miserables, abrigo insuficiente, fueron bastante para producir su resultado, y al cabo de mil años no se había duplicado la población de Europa.

Si la política puede ser responsable, tanto por el número de nacimientos que impide como por el número de muertes que ocasiona, ¡qué responsabilidad no hay en esto!

En esta investigación de la influencia del catolicismo debemos separar cuidadosamente lo que hizo por el pueblo de lo que hizo para sí propio. Cuando pensemos en los suntuosos monasterios, palacios lujosísimos, con sus avenidas de segado césped, sus jardines y bosquedillos, sus fuentes y manantiales de dulce murmullo, no debemos relacionar estas maravillas con el desgraciado campesino que moría sin auxilio en los pantanos, sino con el abad, su corcel, su halcón y sus perros, sus bodegas repletas y sus magníficas cocinas. Es parte de un sistema que tiene su centro de autoridad en Italia y al cual debe sumisión; todos sus actos tienden a asegurar sus intereses. Cuando vemos, como aún podemos hacerlo, las magníficas iglesias y catedrales de aquellos tiempos, milagros de arquitectura y arte (únicos milagros verdaderos del catolicismo); cuando con el pensamiento restauramos las pompas celebradas, las grandes ceremonias de que fueron escena, la vaga luz religiosa que proyectaban las vidrieras de colores, el sonido de voces en nada inferiores a las del cielo, los sacerdotes con sus vestiduras sagradas, y sobre todo, los adoradores postrados, escuchando las letanías y plegarias en un idioma extranjero y desconocido, no debemos preguntarnos: ¿se hacía todo esto por la salvación de aquellos adoradores, o por la gloria de la grande y omnipotente autoridad de Roma?

Pero tal vez alguno puede decir que hay límites para nuestros esfuerzos, cosas que ningún sistema político, ningún poder humano, por buenas que sean sus intenciones, puede realizar; ¡no es posible sacar al hombre de la barbarie, ni civilizar un continente en un día!

El poder católico no puede, sin embargo, juzgarse por tal nor-

ma, puesto que rechazaba con desprecio y rechaza hoy día un origen humano y pretende ser sobrenatural. El soberano Pontífice es el Vicario de Dios en la tierra: infalible en sus juicios, tiene el poder de ejecutarlo todo milagrosamente, si lo necesita. Ejerció una tiranía autocrática sobre la inteligencia de Europa por más de mil años, y aunque en varias ocasiones encontró resistencia en algunos príncipes, en conjunto fue esto de tan poca importancia, que puede asegurarse tuvo a su disposición el poder físico y político del continente.

Los hechos que se han presentado en este capítulo fueron indudablemente bien examinados por los reformadores protestantes del siglo XVI, y les llevaron a la conclusión de que el catolicismo había fracasado en su misión; que había venido a ser un vasto sistema de falsedades e imposturas, y que la restauración del verdadero cristianismo, podría sólo verificarse volviendo a la fe y prácticas de los primitivos tiempos. No fue esta una sentencia rápidamente proferida; largo tiempo había sido la opinión de muchos hombres instruidos y religiosos. Los piadosos fraticelli de la Edad Media expresaron en alta voz su creencia de que el fatal donativo de un emperador romano había perdido la verdadera religión. No hizo falta más que la voz de Lutero para atraer a los hombres de todo el Norte de Europa a la creencia de que el culto de la Virgen, la invocación de los santos, los milagros, las curaciones sobrenaturales de los enfermos, la compra de indulgencias para pecar, y todas las demás malas prácticas, lucrativas para sus fautores, que se habían introducido en el cristianismo, pero que no eran parte de él, debían concluir. El catolicismo, como sistema para procurar el bienestar del hombre, ha fracasado claramente en justificar su supuesto origen; sus obras no han correspondido a sus grandes pretensiones; y tras una oportunidad que ha durado más de mil años, ha dejado a los hombres sometidos a sus influencias, tanto relativas al bienestar físico, como a la cultura intelectual, y en un estado mucho más inferior de lo que debiera haber sido.

Capítulo XI

La ciencia en relación con la civilización moderna

Ejemplos de la influencia general de la ciencia, tomados de la historia de América. – Introducción de ciencia en Europa. – Se transmite, de los moros de España a la Italia superior, y fue favorecida por la residencia de los papas en Aviñón. – Efectos de la imprenta, de la aventuras marítimas y de la Reforma. – Establecimiento de las sociedades científicas italianas. – Influjo intelectual de la ciencia. – Cambio que en el modo y dirección del pensamiento causa en Europa. – Las memorias de la Real Sociedad de Londres y de otras sociedades científicas suministran pruebas de ello. – El influjo económico de la ciencia se prueba por los numerosos inventos físicos y mecánicos hechos, desde el siglo decimocuarto. – Su influencia en la salud y la vida doméstica y en las artes de la paz y la guerra. – Contestación a la pregunta: ¿qué ha hecho la ciencia por la humanidad?

La Europa en la época de la Reforma, nos da un ejemplo del resultado de las influencias romanas en cuanto a promover la civilización. La América, examinada del mismo modo en la época actual, nos presenta un ejemplo de la influencia de la ciencia.

En el curso del siglo XVII, se establecieron los europeos esparcidos por las costas occidentales del Atlántico. Atraídos por la pesca del bacalao occidental en Terra-Nova, tenían los franceses una pequeña colonia al Norte del San Lorenzo; los ingleses, los holandeses y los suecos ocupaban la costa de Nueva Inglaterra y los estados del centro; algunos hugonotes vivían en las Carolinas; los españoles fueron a la Florida, atraídos por el rumor de que había allí una fuente de eterna juventud. Detrás de la zona de aldeas que habían edificado estos aventureros, había un vasto y desconocido país habitado por indios errantes, cuyo

número desde el golfo de Méjico hasta el San Lorenzo, no excedía de ciento ochenta mil. Por ellos, habían sabido los europeos que en aquellas regiones solitarias había mares de agua dulce y un gran río que llamaban el Mississippi; algunos decían que corría por la Virginia al Atlántico, otros que por la Florida, aquellos que desembocaba en el Pacífico, éstos que en golfo de Méjico. Separados estos emigrados de la madre patria por el tempestuoso Atlántico, en cuya travesía se empleaban varios meses, parecían perdidos para el mundo.

Pero, antes de concluir el siglo XIX, los descendientes de aquel débil pueblo han llegado a ser uno de los mayores poderes de la tierra. Establecieron una república, cuyo dominio se extendía del Atlántico al Pacífico; con un ejército de más de un millón de hombres, no en el papel, sino en el campo, han derrotado a un enemigo doméstico; han tenido en el mar una escuadra de cerca de setecientos barcos, con cinco mil cañones, algunos de ellos los más pesados del mundo. Las toneladas de estos buques subían a medio millón. En defensa de su vida nacional han gastado en menos de cinco años algo más de cuatro mil millones de duros. El censo tomado periódicamente demostró que la población se duplicaba cada veinte y cinco años, lo que justifica la esperanza de que al fin de este siglo contará cerca de cien millones de almas.

Un continente silencioso se había transformado en una escena de industria, que ensordecía el aire con el ruido de la maquinaria y la actividad de los hombres. Donde había un bosque virgen, hubo cientos de ciudades y pueblos. El comercio encontró alimento con el algodón, el tabaco y los productos alimenticios; las minas contenían inmensas cantidades de oro, hierro y carbón; iglesias sin cuento, colegios y escuelas públicas, atestiguaban que una influencia moral vivificaba esta actividad material; la locomoción ocupaba un lugar preferente: sus ferrocarriles excedían en longitud a todos los de Europa reunidos. En 1873, los ferrocarriles de Europa tenían una longitud de sesenta y tres mil trescientas sesenta millas; y los de América, setenta mil seiscientos cincuenta. Uno de ellos cruza el continente, reuniendo el Atlántico y el Pacífico.

Pero no sólo estos resultados materiales los dignos de mencionarse; otros de interés moral y social nos obligan a fijar nuestra atención. Cuatro millones de negros esclavos han sido emancipados, y si la legislación se inclinaba hacia algún partido, era al partido del pobre; su intento era sacarlo de la pobreza y mejorar su suerte; una carrera se abría al talento, y esto sin restricción alguna: todo era posible para la inteligencia y la aplicación; muchos de los oficios públicos más importantes estaban ocupados por hombres que habían salido de las clases más humildes de la sociedad. Si no había igualdad social, como tiene que suceder en todo el país rico y próspero, había igualdad civil, rigurosamente mantenida.

Puede decirse tal vez que mucha parte de esta prosperidad material nace de condiciones especiales, como nunca se han presentado antes a ningún otro pueblo. Había un vasto y abierto teatro de acción, un continente entero, dispuesto para el que quisiera tomar posesión de él; nada más que valor y actividad se necesitaba para apoderarse de la naturaleza y coger los abundantes tesoros con que brindaba.

Pero ¿no deben estar animados de un gran principio los hombres que sucesivamente transforman las primitivas soledades en centros de civilización, que no desmayan ante las sombrías florestas, o los ríos, o las montañas, o los temibles desiertos, que siguen adelante su conquista por un continente en el transcurso de un siglo y llegan a dominarlo? Pongamos en contraste los resultados de la invasión de Méjico y el Perú por los españoles, quienes derribaron una asombrosa civilización, en muchos conceptos superior a la suya, civilización que se había efectuado sin hierro ni pólvora, civilización basada en una agricultura sin caballos, ni bueyes, ni arados. Los españoles tenían una amplia base de donde partir y ningún obstáculo en su progreso; arruinaron todo cuanto habían creado los hijos aborígenes de América; millares de estos infortunados fueron destrozados por su crueldad, y naciones que por muchos siglos habían vivido en el contento y la prosperidad, bajo instituciones que su historia demuestra que les eran apropiadas, fueron entregadas a la anarquía; el pueblo cayó en una vergonzosa superstición, y una

gran parte de sus tierras y propiedades vino a ser patrimonio de la Iglesia romana.

He escogido los ejemplos anteriores sacados de la historia de América, con preferencia a otros muchos que hubiera podido tomar de la Europa, porque suministran una prueba del poder del principio activo sin estar perjudicado por condiciones extrañas. Los progresos políticos europeos son más complejos que los americanos.

Antes de considerar su manera de obrar y sus resultados, relataré brevemente cómo se introdujo en Europa el principio científico.

Introducción de la ciencia en Europa.

No sólo habían llevado las Cruzadas por muchos años vastas sumas a Roma, arrancadas al temor o a la piedad de las naciones cristianas: también habían aumentado el poder papal hasta un extremo peligroso. En el gobierno dualista que prevalecía en toda Europa, había correspondido la supremacía al espiritual, siendo el temporal poco más que su servidor.

De todas partes y bajo toda clase de pretextos, ríos de oro corrían rápidamente hacia Italia; los príncipes temporales observaron que tan sólo les habían dejado escasos y pobres recursos. Felipe el Hermoso, rey de Francia (año 1300) determinó, no sólo evitar esta sangría en sus dominios, prohibiendo la exportación de oro y plata sin su licencia, sino que también acordó que los predios eclesiásticos y del clero le pagasen tributo; lo que produjo una violenta contienda con el Papa. El Rey fue excomulgado, y en represalias, éste acusó al papa Bonifacio VIII de ateísmo, pidiendo que fuese juzgado por un concilio general. En vio a Italia algunas personas de confianza, que se apoderaron de Bonifacio en su palacio de Anagni, tratándolo con tanta dureza que murió en pocos días; su sucesor, el pontífice Benedicto XI, fue envenenado.

El rey de Francia estaba decidido a que el papado se purificase y

se reformara; a que no fuera por más tiempo propiedad de unas cuantas familias italianas que diestramente cambiaban por dinero la credulidad de Europa, y a que predominase la influencia francesa. Vino por lo tanto a un arreglo con los cardenales; un arzobispo francés fue elevado al pontificado y tomó el nombre de Clemente V. La corte papal fue trasladada a Aviñón, en Francia, y Roma fue abandonada como metrópoli de la cristiandad.

Setenta años transcurrieron antes que el papado volviese a la Ciudad Eterna (año 1376). La disminución de su influencia en la Península, por esta causa, dio ocasión al memorable movimiento intelectual que pronto se manifestó en las grandes ciudades comerciales de la Italia superior; hubo también al mismo tiempo otros sucesos propicios. El éxito de las Cruzadas había quebrantado la fe de toda la cristiandad. En una época en que la prueba por las ordalías del combate se aceptaba universalmente, habían concluido aquellas guerras dejando la Tierra Santa en poder de los sarracenos; los muchos miles de guerreros cristianos que habían vuelto de ellas, no vacilaban en declarar que habían encontrado a sus antagonistas, no como los había pintado la Iglesia, sino valientes, corteses y justos. Por las alegres ciudades del Sur de Francia se desarrolló el gusto a la literatura romántica; los errantes trovadores cantaban sus composiciones, que no eran sólo de amores y guerras; con frecuencia sus trovas referían las atrocidades que se habían perpetrado por la autoridad papal, las matanzas religiosas del Languedoc y los ilícitos amores de los clérigos. De los moros de España habían venido las ideas caballerescas de la gentileza y el valor, y con ellas el noble sentimiento del «honor personal», destinado en el transcurso del tiempo a dar sus leyes a Europa.

La vuelta del Pontífice a Roma distó mucho de restablecer su influencia en la Península italiana. Más de dos generaciones habían pasado desde su partida, y aunque hubiera vuelto con su fuerza original, no habría podido resistir los progresos intelectuales verificados durante su ausencia. El papado volvió, sin embargo, no para dominar, sino para ser dividido y hallarse con el gran cisma. De sus disensiones, salieron dos papas rivales; luego, tres; todos pretendían imponerse, todos maldecían a sus

antagonistas. Pronto se desarrolló un sentimiento de indignación en toda Europa y un deseo de que concluyeran escenas tan vergonzosas. ¿Cómo podía el dogma del vicario de Dios en la tierra, el dogma de un Papa infalible, ser sustentado en presencia de tales escándalos? Aquí está la razón que tuvieron los eclesiásticos ilustrados de aquellos tiempos (y que para desgracia de Europa no se llevó a cabo) para pedir que un concilio general fuese el parlamento religioso permanente de todo el continente, con el Papa como su primer jefe ejecutivo.

Si este intento se hubiese llevado a efecto, no existiría hoy conflicto entre la ciencia y la religión; se habrían evitado las convulsiones de la Reforma y no hubieran nacido las luchas de las sectas protestantes. Pero los concilios de Constanza y Basilea fracasaron en quebrantar el yugo italiano, fracasaron en conseguir este noble resultado.

El catolicismo se debilitaba de esta suerte, y a medida que se sacudía el manto de plomo que cubría al mundo, se desarrollaba la inteligencia del hombre. Los sarracenos habían inventado el método de hacer papel de trapos de hilo y algodón; los venecianos habían importado de China a Europa el arte de imprimir. La primera de estas invenciones era esencial a la segunda; desde este momento y sin que fuera posible oponerse, hubo comunicación intelectual entre todos los hombres.

La invención de la imprenta fue un rudo golpe para el catolicismo, que había gozado previamente de la inapreciable ventaja el monopolio de la comunicación. Desde su solio central, podían diseminarse órdenes a todos los rangos eclesiásticos, fulminándose luego desde el púlpito; este monopolio y el asombroso poder que confería fue destruido por la prensa; en los tiempos modernos la influencia del púlpito ha llegado a ser insignificante y ha sido suplantada completamente por los periódicos.

Sin embargo, no cedió el catolicismo, sin luchar, sus antiguas ventajas; tan pronto como se percibió la tendencia inevitable el nuevo arte, una cortapisa bajo forma de censura fue establecida; era necesario para imprimir un libro obtener licencia, lo cual exigía que el libro fuese leído, examinado y aprobado por el

clero, que extendía un certificado de que la obra era ortodoxa. Una bula de excomunión se publicó en 1501 por Alejandro VI contra los impresores que diesen a luz doctrinas perniciosas. En 1515, el concilio lateranense mandó que no se imprimieran libros que no hubiesen sido inspeccionados por los censores eclesiásticos, bajo pena de excomunión y multa; advirtiéndose a los censores «que tomasen el mayor cuidado en que no se imprimiese nada contrario a la fe ortodoxa.» Se tenía miedo a la discusión religiosa y aterraba la idea de que apareciese la verdad.

Pero esta lucha insensata del poder de la ignorancia no tuvo éxito; la comunicación intelectual entre los hombres estaba asegurada. Culminó en los modernos periódicos, que diariamente dan noticias de todas las partes del mundo y la lectura vino a ser una ocupación común. En la antigua sociedad, muy pocas personas comparativamente poseían este arte; la sociedad moderna debe a este cambio su carácter más notable.

Tal fue el resultado de importar en Europa la fabricación del papel y la imprenta; del mismo modo, la introducción de la aguja de marear fue seguida de imponentes efectos morales y materiales: fueron estos el descubrimiento de América, a consecuencia de rivalidades entre venecianos y genoveses por el comercio de la India; la vuelta al África por Gama y la circunnavegación de la tierra por Magallanes. Respecto de esta última, la más grande de todas las empresas humanas, debe recordarse que el catolicismo había adoptado irrevocablemente la doctrina del dogma de la tierra plana, con un firmamento como piso del cielo y infierno bajo el mundo. Algunos padres cuya autoridad era inatacable, como hemos dicho ya antes, habían presentado argumentos filosóficos y religiosos contra la teoría globular de la tierra. La controversia fue cortada súbitamente y la Iglesia sorprendida en un yerro.

La corrección de este error geográfico no fue la única consecuencia importante que se obtuvo de los tres grandes viajes. El espíritu de Colón, de Gama y Magallanes se difundió entre todos los hombres emprendedores de la Europa occidental. La sociedad había vivido hasta aquí bajo el dogma de «lealtad al

rey, obediencia a la Iglesia»; había vivido, pues, para los otros y no para sí misma; el efecto político de ese dogma había culminado en las cruzadas; millares sin cuento habían perecido en guerras que no les proporcionaban ninguna recompensa y cuyo resultado había sido una completa derrota. La experiencia había revelado el hecho de que los únicos que ganaban eran los pontífices, los cardenales y otros eclesiásticos de Roma, y los armadores de Venecia. Pero cuando se supo que las riquezas de México, el Perú y las Indias podían alcanzarse por todo el que tuviera valor e intrepidez, los móviles que habían animado a las activas poblaciones de Europa cambiaron repentinamente. Las historias de Cortés y de Pizarro encontraron lectores entusiastas en todas partes, y las aventuras marítimas sustituyeron al entusiasmo religioso.

Si tratamos de aislar el principio que hay en el fondo del maravilloso cambio social que tuvo lugar entonces, podemos reconocerlo con gran facilidad: hasta aquí todo hombre había dedicado sus servicios a su superior feudal o eclesiástico; y ahora había resuelto apropiarse el fruto de su trabajo, él mismo. El individualismo iba haciéndose predominante y la lealtad iba descendiendo a sentimiento; ahora veremos qué ocurría respecto a la Iglesia.

El individualismo descansa en el principio de que el hombre debe ser dueño de sí mismo, tener libertad para formular sus opiniones e independencia para llevar a cabo sus resoluciones. Está por lo tanto siempre en lucha con sus semejantes y su vida en la exhibición de su energía.

Apartar de la vida de Europa el estancamiento de tantos siglos, vivificar súbitamente lo que hasta entonces había sido una masa inerte, enseñar el individualismo, era ponerla en conflicto con las influencias que la habían oprimido. Durante los siglos XIV y XV, luchas sin descanso demostraron lo que iba a suceder. En los principios del XVI (1517) se libró la batalla. El individualismo se personificó en un testarudo monje alemán, y por lo tanto, quizás necesariamente, adoptó una forma teológica. Hubo algunas escaramuzas preliminares sobre indulgencias y otras materias de menor importancia; pero muy pronto la verdadera

causa de la disputa se hizo claramente visible. Martín Lutero rehusó creer del modo que le había mandado por sus superiores eclesiásticos de Roma que lo hiciera, y afirmó que tenía el derecho inalienable de interpretar la Biblia por sí solo.

A primera vista no percibió Roma en Martín Lutero sino un monje vulgar, insubordinado, pendenciero; si la Inquisición hubiera podido echarle el guante, pronto hubiese dado fin al asunto; pero al propagarse el conflicto, se descubrió que Martín no estaba solo; muchos miles de hombres, tan resueltos como él, vinieron en su ayuda, y mientras él combatía con los libros y la pluma, los otros fortalecían sus proposiciones con la espada.

Los ultrajes que se prodigaron a Lutero fueron tan crueles como ridículos. Se declaró que su padre no era el marido de su madre, sino un incubo prolífico que se había seducido a ésta; que después de diez años de lucha con su conciencia, se había vuelto ateísmo; que negaba la inmortalidad del alma; que había compuesto himnos en honor de la embriaguez, vicio que le dominaba; que blasfemaba de las Sagradas Escrituras y particularmente de Moisés; que no creía una sola palabra de cuanto predicaba; que llamaba a la epístola de Santiago una cosa de paja, y sobre todo, que la reforma no era su obra, sino que se debía en realidad a cierta posición astrológica de las estrellas; era un dicho vulgar entre los eclesiásticos romanos que Erasmo había puesto el huevo de la Reforma y que Lutero lo había empollado.

Roma cometió al principio el error de creer que aquello no era más que una sublevación casual, y no conoció que era en efecto la culminación de un movimiento interno que durante dos siglos había ido labrando en Europa y engrosando en fuerzas por momentos; sólo la existencia de tres papas y tres obediencias, hubieran forzado ya a los hombres a pensar, a deliberar y a fallar por sí mismos. Los concilios de Constanza y Basilea les enseñaron que había un poder más alto que el de los papas. Las largas y sangrientas guerras que siguieron fueron terminadas por la paz de Westfalia; y entonces se vio que la Europa central y septentrional se habían libertado de la tiranía intelectual de Roma, que el individualismo había conseguido su designio y establecido el derecho que todo hombre tiene de pensar por sí propio.

Pero era imposible que, establecido este derecho del libre examen, se limitase a rechazar el catolicismo. Al principio del movimiento, algunos de sus hombres más distinguidos, como Erasmo, que se contaba entre sus primeros promovedores, lo abandonaron. Se apercibieron de que muchos de los reformadores sentían por la instrucción profundo desdén, y les atemorizó la idea de caer bajo el dominio de los caprichos devotos. Habiendo fundado así su existencia el partido protestante, por disentimiento y separación, debió a su vez someterse a la acción de los mismos principios: era inevitable una descomposición de muchas de las sectas subordinadas, y éstas, que ya nada tenían que temer de su gran adversario italiano, empezaron a atacarse unas a otras. Como en los diversos países, ya una secta, ya otra, alcanzaron el poder, se mancharon por las crueldades que ejercieron en sus contrarios. Las represalias mortales que siguieron, cuando, por las vicisitudes del tiempo, el partido oprimido vino a ser opresor, convencieron a sus contendientes de que debían conceder a sus competidores lo que pedían para ellos mismos, y así por sus disensiones y crímenes, se obtuvo el gran principio de la tolerancia. Pero la tolerancia es solo un estado intermedio; y a medida que la descomposición intelectual del protestantismo avance, este estado transitorio conducirá a una condición más noble y elevada, esperanza de la filosofía en todas las edades pasadas del mundo: a un estado social en que haya completa libertad de pensamiento. La tolerancia, excepto cuando se impone por el terror, puede tan sólo venir de los que son capaces de comprender y respetar otras opiniones que las suyas; por lo tanto, sólo puede venir de la filosofía. La historia nos enseña con demasiada elocuencia, que el fanatismo es estimulado por la religión y neutralizado o extirpado por la filosofía.

El verdadero objeto de la reforma era desterrar del catolicismo las ideas y el rito pagano que le habían impuesto Constantino y sus sucesores en su tentativa de reconciliarlo con el imperio romano. Los protestantes deseaban volverle a su primitiva pureza: y de aquí que, mientras restablecían las antiguas doctrinas, desterraron las prácticas de la adoración de la Virgen María y la invocación de los santos. La Virgen, según nos aseguran los

evangelistas, había aceptado los deberes de la vida matrimonial y dio a su marido varios hijos; en la idolatría dominante había dejado de ser considerada como la mujer del carpintero, alcanzando el puesto de reina del cielo y de madre de Dios.

La ciencia de los árabes siguió la ruta invasora de su literatura, que había penetrado en la cristiandad por dos vías: el Mediodía de Francia y la Sicilia. Favorecida por el destierro de los papas a Aviñón y por el Gran Cisma, hizo buen camino en la Italia superior. La filosofía inductiva o aristotélica, vertida del sarraceno por Averroes, hizo muchos adeptos secretos y no pocos amigos públicos; halló muchos espíritus dispuestos a recibirla y en aptitud de apreciarla. Entre éstos se hallaba Leonardo de Vinci, que proclamó el principio fundamental de que el experimento y la observación son los únicos fundamentos del raciocinio científico; que el experimento es el solo intérprete veraz de la naturaleza y esencial para la averiguación de sus leyes. Demostró que la acción de dos fuerzas perpendiculares sobre un punto es igual a la diagonal de un rectángulo cuyos lados representan aquéllas, pasar de esto a la proposición de las fuerzas oblicuas era muy fácil; esta proposición fue vuelta a descubrir por Stevin un siglo más tarde y aplicada por él a la explicación de las fuerzas mecánicas. Vinci presentó una exposición clara de la teoría de las fuerzas aplicadas oblicuamente a la palanca, descubrió las leyes del rozamiento, demostradas más tarde por Amontons, y comprendió el principio de las velocidades virtuales. Trató de las condiciones de la caída de los cuerpos en plano inclinado y en arcos circulares, inventó la cámara oscura, discutió exactamente algunos problemas fisiológicos y entrevió algunas de las grandes conclusiones de la geología moderna, como la naturaleza de los restos fósiles y la elevación de los continentes. Explicó el fenómeno de la luz cenicienta; con prodigiosa variedad de genio, descolló como escultor, arquitecto e ingeniero; estaba completamente versado en la astronomía, la anatomía y la química de su tiempo; en pintura, fue rival de Miguel Ángel y en competencia con él se el consideró como su superior. Su Última Cena en el muro del refectorio del convento dominico de Santa María delle Grazie, es bien conocido por los numerosos graba-

dos y copias que se han sacado de ella.

Establecida firmemente de una vez en el Norte de Italia, pronto se extendió la Ciencia por toda la península. El número creciente de sus adeptos, lo indica la multiplicación y aumento de las sociedades científicas. Eran éstas imitación de las moriscas que habían existido antes en Córdoba y Granada. Como monumento para señalar el paso por donde ha venido la influencia civilizadora, existe todavía la Academia de Tolosa, fundada en 1345. Representaba, sin embargo, la literatura gaya del Sur de Francia y era conocida bajo el título caprichoso de Academia de Juegos florales. La primera sociedad para promover el estudio de la ciencia fue la Academia Secretorum Naturae, fundada en Nápoles por Bautista Porta, y disuelta, como cuenta Tiraboschi, por las autoridades eclesiásticas. La Linceana fue fundada por el príncipe Federico Cesi en Roma, y su divisa claramente indica su objeto; un linco, con los ojos vueltos al cielo, desgarrar con sus uñas un cerbero de tres cabezas. La Academia del Cimento, establecida en Florencia en 1657, celebraba sus sesiones en el palacio ducal. Duró diez años, siendo suprimida a instancias del gobierno papal, y nombrado cardenal, en compensación, el hermano del gran Duque. Contaba entre sus socios a muchos hombres eminentes, como Torricelli y Castelli; las condiciones que se exigían para ser admitido en ella eran abjurar toda fe y dedicarse a la investigación de la verdad. Estas sociedades sacaron a los amantes de la ciencia del aislamiento en que hasta entonces habían vivido, y promoviendo su comunicación y relaciones, fortificaron la energía y actividad de todos ellos.

Influjo intelectual de la ciencia.

Volviendo ahora de esta digresión, de este bosquejo histórico de las circunstancias bajo las cuales fue introducida la ciencia en Europa, paso a considerar su manera de obrar y sus resultados.

El influjo de la ciencia en la civilización moderna se ha manifestado de dos modos: 1º, intelectualmente; 2º, económicamente. Bajo estos títulos podemos considerarla con provecho.

Intelectualmente, derribó la autoridad de la tradición, rehusó aceptar, a menos de venir acompañada de pruebas, la decisión de ningún maestro, por honorable o eminente que fuera su nombre. Las condiciones para la admisión en la Academia italiana del Cimento y el mote adoptado por la Real Sociedad de Londres, prueban la actitud que tomó en este punto.

Rechazó las pruebas sobrenaturales y milagrosas en las discusiones físicas. Abandonó las señales divinas de los judíos de los antiguos tiempos, y negó que pudiera demostrarse un hecho por ningún medio ajeno al asunto, rompiendo así con la lógica que había prevalecido por muchos siglos.

En investigaciones físicas, era su modo de proceder apreciar el valor de cualquier hipótesis propuesta, ejecutando cálculos en cada caso especial, sobre la base o principio de aquella hipótesis, y luego, practicando algún experimento o verificando alguna observación, averiguar si su resultado concordaba con el del cálculo, y si no, se rechazaba la hipótesis.

Podemos ahora presentar dos o tres ejemplos de este modo de proceder. Sospechando Newton que la influencia de la atracción terrestre, la gravedad, pudiera llegar hasta la Luna, y ser la fuerza que la obliga a girar en su órbita alrededor de la Tierra, calculó que, por su movimiento en su órbita era desviada de la tangente trece pies cada minuto; pero averiguando el espacio que recorren en un minuto los cuerpos que caen en la superficie de la Tierra, y suponiéndolo disminuido en razón inversa de los cuadrados, resultaba que la atracción en la órbita lunar hubiera sido para un cuerpo colocado en ella, de quince pies por minuto; por lo tanto, consideró su hipótesis como insostenible por aquel entonces. Pero ocurrió que Picard poco después llevó a cabo con más exactitud una nueva medición de un grado; esto cambió el tamaño calculado de la Tierra, y la distancia de la Luna que estaba medida en semidiámetros terrestres. Newton reanudó de nuevo sus cálculos, y como ya hemos relatado en páginas anteriores, cuando iba llegando al fin, previendo que la concordancia era muy posible, fue tal su agitación, que se vio obligado a pedir a un amigo que los concluyera. La hipótesis era fundada.

Un segundo ejemplo ilustrará suficientemente el método que estamos considerando. Lo encontramos en la teoría química del flogisto. Stahl, autor de ella, aseguraba que hay un principio inflamable, al que daba el nombre de flogisto, que tenía la propiedad de unirse a los cuerpos; así pues, cuando lo que llamamos ahora un óxido metálico estaba unido a él, se producía un metal; y si se le separaba el flogisto volvía el metal a su anterior condición térrea u oxidada. Por este principio, pues, los metales eran cuerpos compuestos, tierras combinadas con flogisto.

Pero durante el siglo XVIII se introdujo la balanza como instrumento en las investigaciones químicas; ahora bien, si la hipótesis del flogisto era verdadera, sucedería que un metal sería más pesado, y su óxido más ligero, puesto que el primero contenía alguna cosa, el flogisto, que se le había agregado al último. Pero pesando una cantidad de cualquier metal y luego el óxido producido por él, se demostraba que el último era más pesado, y en consecuencia, la falsedad de la teoría del flogisto. Más adelante, continuando las investigaciones, se pudo demostrar que los óxidos o cales, como se solían llamar, se hacían más pesados combinándose con uno de los ingredientes del aire.

Se atribuye generalmente a Lavoisier este experimento capital; pero el hecho de que el peso de un metal aumenta por la calcinación, era conocido de los primeros experimentadores de Europa, y desde luego de los químicos árabes. Lavoisier, sin embargo, fue el primero en reconocer su gran importancia, y en sus manos produjo una revolución en la química.

El abandono de la teoría del flogisto es una prueba de la prontitud con que se derriban las hipótesis científicas cuando les falta concordancia con los hechos; la autoridad y la tradición pasan desatendidas y todo se establece haciendo un llamamiento a la naturaleza; se sabe que las contestaciones que ésta da a las interrogaciones prácticas son siempre verdaderas.

Comparando ahora los principios filosóficos sobre los que funciona la ciencia, con los principios sobre los que descansa la Iglesia, vemos que mientras la primera repudia la tradición, es ésta el principal apoyo de la última; mientras la primera insiste

en la conformidad del cálculo y la observación o la correspondencia entre el raciocinio y el hecho, la última se inclina a los misterios; mientras la primera rechaza sumariamente sus propias teorías si ve que no pueden coordinarse con la naturaleza, la última encuentra mérito en una fe que ciegamente acepta lo inexplicable, en una contemplación satisfactoria «de las cosas superiores a la razón.» Su antagonismo creció cada día más; por parte de la una, había un sentimiento de desdén; por el de la otra, de odio. Los testigos imparciales percibían que por todos lados iba la ciencia minando a la Iglesia.

Las matemáticas habían venido a ser el gran instrumento de investigación y de razonamiento científico. En cierto modo, puede decirse que reduce las operaciones del espíritu a un proceso mecánico, pues sus símbolos a veces evitan el trabajo de pensar. El hábito de la exactitud mental que estimularon se extendió a todos los ramos del pensamiento, produciendo una revolución intelectual; no era posible por más tiempo satisfacerse con la prueba milagrosa ni con la lógica que se había aceptado en la Edad Media, y no sólo influyó este hábito en la manera de pensar, sino que cambió la dirección del pensamiento; podemos convencernos de esta verdad comparando los asuntos discutidos en las memorias de las distintas sociedades científicas, con las elucubraciones que habían ocupado la atención de la Edad Media.

Pero el uso de las matemáticas no estaba limitado a la comprobación de las teorías; como se ha indicado antes, suministró también medios de predecir lo que hasta entonces había pasado desatendido, contraponiéndose así a las profecías eclesiásticas. El descubrimiento de Neptuno es un ejemplo de esta clase que nos presta la astronomía, y el de la refracción cónica, nos lo facilita la teoría óptica de las ondulaciones.

Pero mientras este gran instrumento conducía a tan maravilloso desarrollo de la ciencia natural, sufría él mismo mejoras importantes. Hagamos observar en pocas líneas sus progresos.

El germen del álgebra puede descubrirse en las obras de Diofanto de Alejandría, que se supone vivió en el siglo II de nuestra

era. En aquella escuela egipcia, había obtenido Euclides, primeramente, las grandes verdades geométricas, ordenándolas luego lógicamente. Arquímedes en Siracusa había intentado la resolución de más grandes problemas, por el método de exhaustión. Tal era la tendencia de las cosas, que si hubiese seguido el patrocinio de la ciencia se habría inventado el álgebra inevitablemente.

A los árabes debemos nuestro saber de los rudimentos del álgebra y el nombre que lleva esta rama de las ciencias matemáticas; habían agregado cuidadosamente a los restos de la escuela alejandrina los progresos obtenidos en la India, comunicando al asunto cierta forma y consistencia. El conocimiento del álgebra tal cual lo poseían, fue transmitido a Italia hacia principios del siglo XIII, y atrajo tan poca atención que casi pasaron trescientos años antes de que apareciese ninguna obra europea sobre el asunto. En 1496 Paccioli publicó su libro titulado: *Arte Maggiore o Alghebra*. En 1501 Cardano de Milán dio un método para las soluciones de las ecuaciones cúbicas; otras mejoras fueron añadidas por Escipión Ferreo en 1508, por Tartalea y por Vieta. Los alemanes se apoderaron entonces del asunto, y debe notarse que en aquel tiempo la numeración se hallaba en un estado imperfecto.

La geometría de Descartes, publicada en 1637, contiene la aplicación del álgebra a la definición e investigación de las líneas curvas, y constituye época en la historia de las ciencias matemáticas. Dos años antes había aparecido la obra de Cavalieri sobre los indivisibles; este método fue mejorado por Torricelli y otros. Ya estaba el camino abierto para el desarrollo del cálculo infinitesimal, del método de las fluxiones de Newton y del cálculo diferencial e integral de Leibnitz. Aunque en su poder muchos años antes, nada publicó Newton sobre las fluxiones hasta 1704: la notación imperfecta que empleó, hizo que se retardase mucho la aplicación de su método. Mientras tanto, en el continente, gracias a la brillante solución de algunos de los más elevados problemas verificada por los Bernouillis, era aceptado universalmente el cálculo de Leibnitz, perfeccionándolo muchos matemáticos. Un desarrollo extraordinario de la ciencia tuvo

lugar entonces y continuó todo el siglo. Al teorema del binomio, previamente descubierto por Newton, agregó Taylor en su Método de incrementos el célebre teorema que lleva su nombre, en 1715. El cálculo de las diferencias parciales fue introducido por Euler en 1734, extendido por D'Alembert y seguido del de variaciones por Euler y Lagrange, y del método de las funciones derivativas por Lagrange, en 1772.

Pero no era solamente en Italia, Alemania, Inglaterra y Francia donde se verificaba este gran movimiento en las matemáticas; Escocia, con el gran invento de los logaritmos por Napier de Merchiston, había agregado un nuevo diamante a la diadema intelectual que ceñía su frente. Es imposible formarse idea adecuada de la importancia de este invento incomparable. Los físicos y astrónomos modernos estarán muy conformes con las exclamación de Briggs, profesor de matemáticas del colegio de Gresham: «¡Jamás vi un libro que más me agradase, ni que me causara más asombro!» No sin razón el inmortal Keplero consideraba a Napier «como el más grande hombre de su siglo en la ciencia a que se había consagrado.» Napier murió en 1617; no es exagerado decir que este invento, simplificando los trabajos, duplica la vida del astrónomo.

Pero debo detenerme aquí; debo recordar que no es ahora mi objeto hacer la historia de las matemáticas, sino considerar lo que la ciencia ha hecho por el adelanto de la civilización del mundo; y en seguida se presenta la pregunta: ¿Cómo es que la Iglesia no ha producido un geómetra en su autocrático reinado de mil doscientos años?

Respecto a las matemáticas puras puede hacerse esta observación: su cultivo no exige medios que no se hallen al alcance de muchos individuos; la astronomía necesita su observatorio, la química su laboratorio, pero las matemáticas sólo piden disposición personal y algunos libros; no requiere grandes gastos ni el auxilio de ayudantes. Pudiera creerse que nada podría ser más a propósito, nada más delicioso aún para el retiro de la vida monástica.

¿Responderemos con Eusebio: «Por el desprecio con que mira-

mos esos inútiles trabajos, no nos ocupamos de ellos; volvemos nuestras almas al ejercicio de cosas mejores?» ¡Cosas mejores! ¿Qué puede ser mejor que la verdad absoluta? ¿Son mejores los misterios, los milagros y las imposturas? ¡Estas eran las que había sembradas en la senda!

La autoridad eclesiástica había reconocido desde el principio de la invasión científica que las ideas que ésta iba diseminando eran absolutamente inconciliables con la teología corriente; luchó contra ella directa e indirectamente; tan grande fue su odio a la ciencia experimental, que creyó alcanzar una gran victoria con la supresión de la Academia del Cimento. No estaba, empero, este sentimiento vinculado en el catolicismo. Cuando se fundó la Real Sociedad de Londres se dirigió contra ella el odio teológico con tal saña, que sin duda hubiese sido extinguida, si el Rey Carlos II no le hubiera prestado su franco y leal apoyo. Se la acusaba de intentar «destruir la religión establecida, ofender las universidades y derribar el antiguo y sólido saber».

Sólo tenemos que recorrer las páginas de sus Memorias, para comprender cuanto ha hecho esta Sociedad por los progresos de la humanidad. Fue organizada en 1662, y se ha interesado en todo el gran movimiento científico y en todos los descubrimientos que se han hecho desde entonces. Publicó los Principios de Newton; promovió el viaje de Halley, primera expedición científica emprendida por un gobierno; hizo experimentos sobre la transfusión de la sangre, y aceptó el descubrimiento de Harvey de la circulación. El estímulo que dio a la inoculación hizo que la reina Carolina cediese seis condenados a muerte para ensayarla, y que luego prestase para la operación sus propios hijos. Debido a su protección, realizó Bradley sus grandes descubrimientos de la aberración de las estrellas y de la nutación del eje de la Tierra; a estos dos descubrimientos, dice Delambre, debemos la exactitud de la astronomía moderna. Promovió la perfección del termómetro, medida de la temperatura, y del reloj de Harrison, el cronómetro, medida del tiempo. Por ella se introdujo el calendario gregoriano en Inglaterra en 1752, contra una violenta oposición religiosa. Algunos de sus miembros fue-

ron perseguidos por las calles por una plebe ignorante y furiosa, que creía que le habían robado once días de su vida y fue necesario ocultar el nombre del padre Walmesley, jesuita instruido, que había mostrado gran interés en el asunto; ise dijo que Bradley, que murió durante el tumulto, había sufrido el castigo que el cielo le había impuesto por su crimen!

Si intentara hacer justicia a los méritos de esta gran sociedad, tendría que dedicar muchas páginas a asuntos semejantes, al anteojo acromático de Dollond, a la máquina divisoria de Ramsden, que dio precisión por primera vez a las observaciones astronómicas, a la medición de un grado en la superficie de la Tierra por Mason y Dixon; las expediciones de Cook en la relación con el paso de Venus; su viaje de circunnavegación; su demostración de que el escorbuto, ese azote de los viajes largos, puede evitarse con el uso de sustancias vegetales; las expediciones polares; la determinación de la densidad de la Tierra por los experimentos de Maskelyne en Schehallion, y por los de Cavendish; el descubrimiento del planeta Urano por Herschel; la composición del agua por Cavendish y Watt; la determinación de la diferencia de longitud entre Londres y París; el invento de la pila voltaica; el catastro de los cielos por los dos Herschel; el desarrollo del principio de las interferencias por Young y establecimiento de la teoría ondulatoria de la luz; la ventilación de las prisiones y otros edificios; la introducción del gas en el alumbrado público; la determinación de la longitud del péndulo de segundos, la medición de la variación de la gravedad en distintas latitudes; las operaciones para averiguar la curvatura de la Tierra; la expedición polar de Ross; el invento de la lámpara de seguridad por Davy y su descomposición de los álcalis y tierras; los descubrimientos electro-magnéticos de Oersted y Faraday; las máquinas calculadoras de Babbage; las disposiciones tomadas a instancias de Humboldt para la fundación de observatorios magnéticos, el estudio de las perturbaciones magnéticas actuales en la superficie de la Tierra. Pero es imposible en el limitado espacio de que dispongo presentar ni aun el catálogo de su Memorias. Su espíritu era idéntico al que animaba a la Academia del Cimento y su divisa «Nullius in verba.» Proscribía

la superstición, y sólo permitía el cálculo, la observación y el experimento.

No debe suponerse, ni por un momento, que en estas grandes tentativas, en estas grandes empresas, estuviese sola la Real Sociedad. En todas las capitales de Europa había Academias, Institutos o Sociedades tan distinguidas y tan afortunadas en promover el saber humano y la civilización moderna.

Influjo económico de la ciencia.

El estudio científico de la naturaleza tiende, no sólo a corregir y ennoblecer las concepciones intelectuales del hombre, sino que sirve también para mejorar su condición física, sugiriéndole perpetuamente la idea de hacer aplicación de sus descubrimientos a las necesidades de la vida.

La investigación de los principios es rápidamente seguida por los inventos prácticos; ésta es ciertamente la fisionomía característica de nuestra época y ha producido una gran revolución en la política nacional.

En los tiempos primitivos, se hacía la guerra para procurarse esclavos. Un conquistador transportaba poblaciones enteras y les imponía trabajos forzados, pues solamente con el trabajo humano era como podían los hombres ayudarse. Pero cuando se descubrió que los agentes físicos y las combinaciones mecánicas podían emplearse con incomparable ventaja, sufrió un cambio la política pública; cuando se reconoció que la aplicación de un nuevo principio o el invento de una máquina era mejor que la adquisición de un esclavo más, la paz vino a ser preferible a la guerra; y no solo eso, sino que naciones que poseían gran cantidad de esclavos o siervos, como América y Rusia, viendo que a las consideraciones de humanidad se unían las de interés, dieron libertad a sus siervos.

Así, pues, vivimos un periodo en que es característico sustituir con máquinas el trabajo humano o animal; las invenciones mecánicas han causado una revolución social; acudimos a lo natu-

ral, no a los sobrenatural, para realizar nuestros propósitos. Con esta civilización moderna que así se presenta, es con la que no quiere reconciliarse el catolicismo. El papado proclama en alta voz su inflexible oposición a semejante estado de cosas, e insiste en que se restablezcan tal cual se hallaban en la Edad Media.

Que un pedazo de ámbar, cuando se le frota, atrae y repele los cuerpos ligeros, era un hecho conocido seiscientos años antes de Cristo, y permaneció aislado y sin estudiar, como un mero pasatiempo, hasta mil y seiscientos años después de la era cristiana; sometido luego a los métodos científicos de la discusión matemática, al experimento y a las aplicaciones prácticas de sus resultados, ha permitido a los hombres comunicarse instantáneamente a través de los continentes y bajo los mares. Ha centralizado el mundo, permitiendo a la autoridad soberana transmitir sus órdenes sin mirar la distancia ni el tiempo, ha hecho una revolución en la política y ha condensado su poder.

En el Museo de Alejandría había una máquina inventada por Heron, el matemático, unos cien años antes del nacimiento de Cristo; giraba por medio del vapor y tenía la forma de lo que llamamos ahora un eolipilo. Esto, que era el germen de uno de los mayores inventos hechos en el mundo, fue considerado como un objeto curioso durante mil y setecientos años.

El azar no entra como elemento alguno en la invención de las modernas máquinas de vapor; han sido producto de la meditación y el experimento. A mediados del siglo XVII, varios ingenieros mecánicos intentaron utilizar las propiedades del vapor, y sus trabajos recibieron un gran perfeccionamiento por Watt a mediados del siglo XVIII.

La máquina de vapor vino a ser pronto el obrero de la civilización, ejecutando el trabajo de muchos millones de hombres; dio ocasión para superiores cosas a todos los que se hubieran visto condenados a una vida de trabajo mecánico. El que en otro tiempo era fuerza motriz, podía ahora pensar.

Las primeras aplicaciones que se le dieron fueron a las bombas, donde sólo se necesitaba fuerza. Pronto, sin embargo, dio pruebas de su delicadeza de tacto en las artes industriales del

hilado y tejido. Creó grandes establecimientos fabriles y surtió de telas al mundo, cambió la industria de las naciones.

En sus aplicaciones, primero a la navegación fluvial y luego a la marítima, cuadruplicó la velocidad que se había obtenido hasta entonces. En vez de cuarenta días, que se invertían en cruzar el Atlántico, se tardan hoy ocho. Pero en el transporte terrestre se mostró su poder de un modo más sorprendente. El admirable invento de la locomotora permitió al hombre viajar más, en menos de una hora, que antes en más de un día.

La locomotora no sólo ha ensanchado el campo de actividad del hombre, sino que, disminuyendo las distancias, ha aumentado la capacidad de la vida humana; y por el transporte rápido de los productos fabriles y agrícolas, ha venido a ser el incentivo más eficaz de la industria.

La navegación oceánica por el vapor fue grandemente mejorada por el invento del cronómetro, que hace posible saber con exactitud la situación de un buque en el mar. El gran obstáculo para el adelanto de la ciencia en la Escuela de Alejandría fue la falta de instrumentos para medir el tiempo y la temperatura: del cronómetro y el termómetro; la invención del último es ciertamente esencial para la del primero. Las clepsidras o relojes de agua se habían ensayado, pero carecían de exactitud. De una de ellas, adornada con los signos del zodiaco y destruida por algunos primitivos cristianos, hace notar San Policarpo de un modo significativo:

«En todos estos monstruosos demonios se ve un arte enemigo de Dios.» Hasta cerca de 1680, no empezó el cronómetro a aproximarse a la exactitud; Hooke, contemporáneo de Newton, le agregó el volante con muelle en espiral, y distintos escapes se idearon sucesivamente, como el de áncora, el de punto muerto, el dúplex y el remontoir. Se tomaron precauciones para corregir las variaciones producidas por la temperatura, y más tarde alcanzó su perfección por Harrison y Arnold, llegando a ser en sus manos una exacta medida de la marcha del tiempo. A la invención del cronómetro, debe agregarse la del sextante de reflexión de Godfrey, que permitía hacer observaciones astronómi-

cas a pesar del movimiento del buque.

Los adelantos de la navegación oceánica han ejercido un poderoso influjo en la distribución de la humanidad, aumentando la entidad y alterando el carácter de la colonización.

Pero no son sólo estos grandes descubrimientos e invenciones, producto de la investigación científica, los que cambian la suerte de la raza humana; otros muy pequeños, quizá insignificantes individualmente considerados, han llevado a cabo por su combinación efectos sorprendentes. El naciente estudio de la ciencia en el siglo XIV dio estímulo maravilloso al talento inventivo, dirigido sobre todo a resultados prácticos útiles; esto fue más tarde grandemente reforzado con el sistema de los privilegios, que asegura al inventor una porción razonable de los beneficios de su ingenio. Basta referir a la ligera algunos de estos adelantos, y en seguida apreciaremos lo mucho que nos han servido. La introducción de las sierras mecánicas proporcionó pavimentos de madera para las casa, desterrando los de yeso, ladrillo o piedra; los adelantos que abarataron la fabricación del vidrio nos dieron las ventanas de cristales, haciendo posible el caldeo de las viviendas. Sin embargo, hasta el siglo XVI no se pudo usar el cristal cómodamente, pues entonces se introdujo el diamante para cortarlo. La adición de las chimeneas purificó la atmósfera de las habitaciones, ahumadas y ennegrecidas como las chozas de los salvajes, procurando este indescriptible bien de los países septentrionales, un hogar alegre. Hasta entonces, un agujero en el techo para dar salida al humo, una excavación en medio del piso para el combustible y una tapadera para cubrirlo, cuando sonaba la campana sobrevenía la noche, eran los tristes e insuficientes medios de calefacción.

Aunque no sin cruda resistencia por parte del clero, empezaron los hombres a pensar que las pestes no eran castigos que Dios imponía a la sociedad por sus pecados religiosos, sino consecuencias físicas del desaseo y la miseria; que el verdadero medio de evitarlas no es invocar a los santos, sino procurar la limpieza personal y municipal. En el siglo XII, se hizo necesario embaldosar las calles de París que estaban convertidas en cloacas, y al momento disminuyeron las disenterías y las fiebres palúdi-

cas, consiguiéndose un estado sanitario semejante al de las ciudades moriscas de España que habían sido embaldosadas siglos atrás. En esta hoy día hermosa metrópoli, se prohibió criar cerdos, ordenanza que lastimó a los monjes de la abadía de San Antonio, los que pidieron que a los cochinos de este santo se les permitiera ir adonde quisiesen; el gobierno transigió la cuestión, mandando que les colgasen campanillas al cuello. El rey Felipe, hijo de Luis el Gordo, murió a consecuencia de la caída de su caballo, que tropezó con una marrana. Se publicaron órdenes prohibiendo verter las aguas sucias por las ventanillas. En 1879, un testigo presencial, el autor de este libro, a la conclusión del poder pontifical en Roma, vio que, paseando por las asquerosas calles de esta ciudad, era más necesario ocuparse del suelo que observar el cielo para conservar la limpieza personal. Hasta principios del siglo XVII, no fueron barridas las calles de Berlín; había una ley que mandaba que todo campesino que viniese al mercado con su carro había de llevarse el carro cargado de basura.

El embaldosado fue seguido de tentativas, a veces imperfectas, de construcción de arroyos y alcantarillas; se había hecho patente a todos los hombres reflexivos que esto era necesario para la conservación de la salud, no sólo en las ciudades sino en las casas aisladas. Luego siguió el alumbrado público; al principio, los habitantes, de las casa con fachada a la calle estuvieron obligados a poner velas o lámparas en ellas; más tarde, se intentó el sistema que se había seguido con tanta ventaja en Córdoba o Granada, de tener lámparas públicas, pero esto no llegó a su perfección hasta el siglo actual, cuando se inventó el alumbrado de gas; y al mismo tiempo que el alumbrado público, se organizaron los serenos y la policía.

En el siglo XVI, los inventos mecánicos y los adelantos fabriles ejercieron notable influencia en la vida social y doméstica. Había espejos y relojes en los muros, y campanas sobre las chimeneas; aunque en muchas partes el fuego de la cocina se alimentaba siempre con turba, el uso del carbón empezó a propagarse. La mesa del comedor ofreció nuevas delicadezas: el comercio le traía productos extranjeros; las ásperas bebidas del Norte fue-

ron sustituidas por los delicados vinos del Mediodía; se construyeron neveras; el cerner la harina, costumbre introducida en los molinos de viento, había dado un pan más blanco y fino. Por grados, las cosas raras se hicieron comunes, como el maíz, la patata, el pavo, y, notable entre todas, el tabaco. Los tenedores, invención italiana, desterraron el sucio empleo de los dedos; puede decirse que la alimentación del hombre civilizado sufrió un cambio radical. El té vino de la China; el café, de Arabia; el uso del azúcar, de la India, y éste, en grado no insignificante, sustituyó a los licores fermentados. Las alfombras ocuparon el lugar de las tongas de paja; en las habitaciones aparecieron camas mejores, y en los armarios ropa más limpia, que se mudaba con más frecuencia. En muchas ciudades, fueron sustituidos los acueductos por fuentes públicas y bocas de riego; los cielos rasos, que en otros tiempos hubieran estado cubiertos de hollín y polvo, se decoraban ahora con frescos ornamentales. Los baños se usaron con frecuencia y era menos necesario acudir a los perfumes para ocultar los propios olores. Un gusto creciente por los inocentes placeres de la horticultura se manifestó en la introducción de muchas flores exóticas en los jardines; el jacinto oriental, la aurícula, la corona imperial, la azucena de Persia, el ranúnculo, la caléndula africana; en las calles, aparecieron las literas, las carrozas, y sobre todo, los coches de alquiler.

Entre los rudos campesinos se abrieron paso los adelantos mecánicos, y gradualmente alcanzaron los útiles para arar, sembrar, trillar, segar y aventar, la perfección de nuestra época.

Empezó a reconocerse, a despecho de las predicaciones de las órdenes mendicantes, que la pobreza es la fuente del crimen y el obstáculo para el saber; que conseguir las riquezas por el comercio es mucho mejor que adquirir el poder por la guerra. Pues, aunque puede ser cierto, como dice Montesquieu, que mientras el comercio une a las naciones, indispone a los individuos y trafica con su moralidad, sólo él puede dar unidad al mundo: su sueño, su esperanza, es la paz universal.

Aunque, en vez de algunas páginas, harían falta volúmenes para relatar debidamente las mejoras que han tenido lugar en la vida

social y doméstica desde que la ciencia empezó a ejercer su benéfico influjo y el talento inventivo vino en auxilio de la industria, hay algunas cosas que no pueden pasarse en silencio. En el puerto de Barcelona habían sostenido los califas un importantísimo comercio, y secundados por los negociantes judíos, habían adoptado o mejorado muchos inventos comerciales, que, con otros conocimientos de ciencia pura, transmitieron al comercio europeo. La teneduría de libros por partida doble se introdujo de esta suerte en la Italia superior; distintas clases de seguros fueron adoptadas, aunque fuertemente combatidos por el clero, que veía en los seguros marítimos y de incendios un atentado contra la Providencia. El seguro de la vida era considerado como una injerencia en la voluntad de Dios. Las casas de préstamos con interés, esto es, los bancos y Montes de piedad, fueron cruelmente condenados, y en especial se excitó la indignación contra los que cobraban crecidos intereses, que eran anatemizados como usura, sentimiento que existe aún en el día de hoy en ciertas naciones atrasadas. Se adoptaron las letras de cambio en su forma y redacción actuales, fundándose el oficio de notario público y protesto de los documentos no pagados. Ciertamente puede decirse, con poca exageración, que entonces se introdujo el mecanismo comercial que hoy se usa. Ya he hecho notar que, a consecuencia del descubrimiento de América, había cambiado la faz de Europa. Muchos ricos negociantes italianos y muchos judíos emprendedores se habían establecido en Holanda, Inglaterra y Francia, llevando a esos países los hábitos comerciales. Los judíos, que no se cuidaban de las maldiciones del Papa, se enriquecían, gracias al decreto pontifical, prestando dinero a interés crecido; pero Pío II, conociendo el yerro que se había cometido, retiró la prohibición. Los Montes de piedad fueron al fin autorizados por León X, que amenazó con excomulgar a los que se escribiesen contra ellos. A su vez, los protestantes mostraron desagrado contra estos establecimientos autorizados por Roma. Como el dogma teológico de que la peste y los temblores de tierra eran castigos inevitables de Dios por los pecados de los hombres, empezaba a no ser creído, se intentó contener sus progresos, estableciendo

las cuarentenas. Cuando el descubrimiento mahometano de la inoculación fue traído de Constantinopla en 1721 por Lady María Wortey Montagu, fue tan vigorosamente combatido por el clero, que se hizo necesario que lo adoptase la familia real de Inglaterra para que se extendiese. Una resistencia análoga se presentó cuando Jenner introdujo su gran mejora de la vacuna; sin embargo, hace un siglo era raro ver una cara que no estuviese marcada por las viruelas; hoy día la excepción es ver una desfigurada. Del mismo modo, cuando el gran descubrimiento americano de los anestésicos se aplicó a los casos de obstetricia, fue atacado, no por razones fisiológicas, sino bajo el pretexto de que era un atentado impío huir de la maldición lanzada contra la mujer en el Génesis, III, 16.

El genio inventivo no se limitó a producir creaciones útiles, y agregó otras agradables. Poco después de la introducción de la ciencia en Italia, las casas de los aficionados empezaron a contener sorprendentes curiosidades mecánicas de todas clases, o, como se decía, efectos mágicos; entre ellos figura en primer término la linterna mágica. No sin motivo detestaban los eclesiásticos la filosofía experimental, por una razón de no escasa importancia: el juglar se convertía en rival afortunado del hacedor de milagros. Los fraudes piadosos, usuales en las iglesias, perdieron su encanto al ponerse en competencia con los juegos del mago de la plaza pública; éste tragaba llamas, andaba sobre carbones encendidos, mordía un hierro candente, sacaba de su boca cestos de huevos y hacía maravillas con muñecos. No obstante, la antigua idea de lo sobrenatural se destruía con dificultad. Un caballo, a quien su dueño había enseñado varias habilidades, fue juzgado en Lisboa en 1601, convicto de hallarse poseído por el demonio, y quemado. Todavía después de esa época subieron muchas brujas a la hoguera.

Una vez introducidos con decisión, no han cesado de progresar a paso redoblado los inventos de todo género: uno provoca a otro y continuamente minan lo sobrenatural. De Dominis empezó, completándola Newton, la explicación del arco iris; demostraron que no era un arma de guerra de Dios, sino un efecto de los rayos luminosos en las gotas de agua. De Dominis fue

atraído a Roma por la promesa de un arzobispado y la esperanza de un capelo cardenalicio; alojado en una hermosa residencia, pero atentamente espiado, se le acusó de haber sugerido un pacto entre Roma e Inglaterra; fue preso en el castillo de Sant Angelo y allí murió; lleváronlo en su féretro ante un tribunal eclesiástico, que le juzgó como hereje y arrojaron su cuerpo con un montón de libros heréticos a las llamas. Franklin, demostrando la identidad del rayo y la electricidad, privó a Júpiter de sus celestiales armas. Las maravillas de la superstición fueron sustituidas por los prodigios de la verdad. Los dos telescopios, el reflector y el acromático, inventos del pasado siglo, permitieron al hombre penetrar en la infinita grandeza del universo, reconocer, en cuanto es posible, sus espacios ilimitados, sus tiempos sin medida; y un poco más tarde el microscopio acromático puso ante sus ojos el mundo de lo infinitamente pequeño. El globo le arrastró sobre las nubes, la campana de buzo le llevó al fondo de los mares; el termómetro le dio la verdadera medida de las variaciones de calor, el barómetro de la presión del aire; la introducción de la balanza dio exactitud a la química y probó la indestructibilidad de la materia. El descubrimiento del oxígeno, el hidrógeno y otros muchos gases; el aislamiento del aluminio, el calcio y otros metales demostraron que no la tierra, ni el aire, ni el agua son elementos. Una empresa que nunca será bastante elogiada, la del paso de Venus, dio motivo para enviar expediciones a diferentes regiones, y se determinó la distancia de la Tierra al Sol. El camino recorrido por la inteligencia humana entre 1456 y 1759 se demuestra por el cometa de Halley; cuando apareció en el primero de estos años fue considerado como mensajero de la venganza de Dios y anuncio de horribles calamidades, con guerras, hambres y pestes. Por orden del Papa, todas las campanas de la cristiandad repicaron para ahuyentarlo, teniendo los fieles que duplicar sus rezos; y como estas oraciones habían tenido buen éxito en los eclipses, sequías y grandes lluvias, también se declaró en esta ocasión que el Papa había alcanzado una victoria sobre el cometa. Pero al mismo tiempo Halley, guiado por las revelaciones de Kepler y Newton, había descubierto que sus movimientos, lejos de ser

regidos por las súplicas de la cristiandad, eran guiados en una órbita elíptica por el destino, y sabiendo que la naturaleza le había negado la oportunidad de presenciar el cumplimiento de su atrevida profecía, suplicó a los astrónomos venideros que vigilaran su reaparición en 1759, en cuyo año se verificó precisamente.

Quien quiera que con su espíritu imparcial examine lo que ha hecho el catolicismo por el progreso intelectual y material de Europa durante su largo reinado, y lo que ha hecho la ciencia durante su breve periodo de acción, puede, estoy persuadido de ello, venir a concluir en que, al formular una comparación, ha establecido un contraste. Y sin embargo, ¡cuán imperfecto, cuán impropio es el catálogo de hechos que he presentado en las páginas anteriores! Nada he dicho del desarrollo de la instrucción por la difusión de las artes, de la escritura y lectura, por las escuelas públicas y la creación, en consecuencia, de una sociedad que lee; del modo que se forma la opinión pública por los periódicos y revistas; el poder del periodismo; la difusión de las noticias públicas y privadas por el correo y los transportes económicos; las ventajas individuales y sociales de los anuncios en los periódicos; nada he dicho del establecimiento de los hospitales cuyo primer ejemplar es el Hotel de los Inválidos de París; nada, de la mejora de las prisiones, de las casas de corrección, establecimientos penitenciarios y asilos, y del tratamiento de los locos, pobres y criminales; nada, de la construcción de canales, de las medidas de salubridad pública, de los censos y estadísticas; nada, de la invención de la estereotipia, del blanqueo por el cloro, de los prodigios de la industria algodonera, que nos ha proporcionado ropa barata, asegurando, por lo tanto, la limpieza, la salud y el bienestar; nada, de los grandes adelantos de la medicina y la cirugía o de los descubrimientos fisiológicos, del cultivo de las bellas artes, de los progresos de la agricultura y de la economía rural, de la introducción de los abonos químicos y de la maquinaria de campo; no he hecho referencia de la fabricación del hierro y sus numerosas industrias afines, de las fábricas de tejidos, de las colecciones o museos de historia natural, antigüedades y curiosidades. No he

hecho mención de los grandes inventos de la misma maquinaria, como los cepillos, planas, &c., y otros muchos mecanismos que permiten construir aparatos de una precisión casi matemática; nada he dicho acerca de los ferrocarriles, ni del telégrafo eléctrico, ni del cálculo, la litografía, la máquina neumática o la batería voltaica, del descubrimiento de Urano y Neptuno y de más de cien asteroides; de la relación de los enjambres meteóricos con los cometas; nada, de las expediciones de mar y tierra, que han enviado varios gobiernos para la averiguación de importantes fenómenos astronómicos o geográficos; nada, de los costosos y delicados experimentos que ha sido preciso hacer para averiguar los principios fundamentales de la física. He sido tan injusto con nuestro siglo, que no he hecho alusión a algunos de sus mayores triunfos científicos: sus grandes concepciones en historia natural, sus descubrimientos sobre el magnetismo y la electricidad, su invento del hermoso arte de la fotografía, sus aplicaciones del análisis espectral, sus tentativas para sujetar la química a las tres leyes de Avogadro, de Boyle y Mariotte y de Charles; su producción artificial de sustancias orgánicas con cuerpos inorgánicos, que trae consecuencias filosóficas de la mayor importancia; su reconstrucción de la fisiología, introduciendo en ella la química; sus progresos y adelantos en el levantamiento de planos y la exacta representación de la superficie de la Tierra. No he dicho nada de los cañones rayados, ni de los barcos acorazados, ni de la revolución que se ha operado en el arte de la guerra; nada, de este dote de la mujer: la máquina de costura; nada, en fin de las nobles contiendas de las artes de la paz, celebradas triunfalmente en la Exposiciones universales.

¡Qué catálogo no tenemos aquí, y, sin embargo, cuán imperfecto es! Es una rápida ojeada a una conmoción intelectual, sin cesar creciente, una mera lista de las cosas que se presentan al acaso a nuestra vista. ¡Qué contraste tan notable entre esta actividad científica y literaria y el estancamiento de la Edad Media!

El resplandor intelectual que rodea a esta actividad ha repartido innumerables beneficios a la raza humana: en Rusia, ha emancipado una vasta servidumbre; en América, ha hecho libres a

cuatro millones de negros esclavos. En vez de la triste sopa a la puerta de los conventos, ha organizado la caridad y dirigido la legislación hacia el pobre. Ha enseñado a la medicina sus verdaderas funciones: prevenir, más bien que curar las enfermedades. En política, ha introducido los métodos científicos, sustituyendo, a la fortuita y empírica legislación, una averiguación laboriosa de los hechos sociales anteriores, para aplicarles remedios legales. Tan notable, tan imponente es la elevación a que el hombre ha llegado, que las atrasadas naciones del Asia desean participar de sus favores. No olvidemos que nuestra acción sobre ellas debe seguirse de su reacción sobre nosotros. Si la destrucción del paganismo se completó cuando todos los dioses fueron llevados a Roma y confrontados; ahora, cuando, por nuestra maravillosa facilidad de locomoción, naciones extranjeras y religiones antagonistas se encuentren frente a frente, los mahometanos, los budistas, los sectarios del brahmanismo, deben ocurrir modificaciones en todos ellos. En este conflicto, sólo la ciencia descansará tranquila, pues nos ha dado ideas más grandes del Universo y más imponentes de Dios.

El espíritu que ha dado vida a este movimiento, que ha animado estos descubrimientos e invenciones, es el individualismo; en algunas almas la esperanza del lucro, en otras más nobles, el deseo de distinguirse; no hay que asombrarse, pues, de que este principio tomara una forma política y que durante el pasado siglo, en dos ocasiones, fuera origen de convulsiones sociales: la revolución americana y la francesa. La primera ha conseguido dedicar todo un continente al individualismo; en él, bajo formas republicanas, antes de concluir el siglo actual, cien millones de individuos sin más restricción que la que reclame su seguridad común, proseguirán su libre carrera. La segunda, aunque ha modificado el aspecto político de Europa y se ha distinguido por operaciones militares sorprendentes, no ha conseguido aún su objeto; una y otra vez ha traído sobre Francia terribles desastres. Su forma de gobierno dualista, su sumisión a dos soberanos, el temporal y el espiritual, la ha hecho sucesivamente jefe y antagonista del progreso moderno. Con una mano entronizó la razón, con la otra restableció y apoyó al Pa-

pa. No cesará esta anomalía de su conducta hasta que dé una verdadera educación a todos sus hijos, aún a los del más rústico y humilde campesino.

El ataque intelectual hecho a las opiniones reinantes por la revolución francesa, no fue científico, sino de carácter literario, crítico y agresivo, pero la ciencia nunca ha sido agresora; ha estado siempre a la defensiva, dejando a su antagonista el cuidado de atacar. Además, el disentimiento literario no tiene la fuerza del científico, puesto que la literatura es por esencia local y la ciencia cosmopolita.

Si preguntamos ahora: ¿Qué ha hecho la ciencia por la civilización moderna, por la felicidad y el bienestar de la sociedad? Hallaremos la respuesta del mismo modo que encontramos lo que hizo el cristianismo latino. El lector de los párrafos anteriores deducirá indudablemente que ha habido una mejora en la suerte de nuestra raza; pero cuando apliquemos la piedra de toque de la estadística, la deducción se convertirá en certidumbre. Los sistemas filosóficos y las formas religiosas encuentran la medida de su influencia en los censos de la humanidad. El cristianismo latino, en mil años, no pudo duplicar la población de Europa y no aumentó de un modo sensible la duración de la vida humana. Pero, como ha demostrado el Dr. Jarvis en su Memoria al Tribunal de Sanidad de Massachusetts, en tiempo de la Reforma, «la duración media de la vida en Ginebra era 21,21 años; entre 1814 y 1833 era de 40,68; hoy día, hay más personas que cuenten setenta años, que hace trescientos las había que contasen cuarenta. En 1693, el Gobierno británico tomó dinero prestado, vendiendo anualidades desde la infancia, sobre la base de la duración media. El trato era ventajoso. Noventa y siete años más tarde, otra escala de anualidades se formó bajo las mismas bases que la del siglo anterior; pero estos asegurados vivieron mucho más que sus predecesores, lo que hizo que el empréstito fuera muy oneroso para el Gobierno. Se vio que antes en la primera operación morían diez mil de cada sexo antes de los veintiocho años; y sólo cinco mil setecientos setenta y dos varones y seis mil cuatrocientas diez y seis hembras murieron a la misma edad cien años después.

Hemos ido comparando lo espiritual con lo práctico, lo imaginario con lo real. Las máximas seguidas en ambos periodos han producido sus inevitables resultados. En el primero, la máxima era: «La ignorancia es la madre de la piedad»; y en el segundo: «Saber es poder.»

Capítulo XII

La crisis inminente

Indicaciones de la proximidad de una crisis religiosa. – La más importante de las Iglesias cristianas, la Romana, lo conoce y se dispone para ella. – Pío IX convoca un Concilio ecuménico. – Relaciones de los diferentes gobiernos europeos con el papado. – Relaciones entre la Iglesia y la ciencia, según la Encíclica y el Syllabus. – Actos del concilio del Vaticano en relación con la infalibilidad del Papa y con la ciencia. – Extracto de sus decisiones. – Controversia entre el gobierno prusiano y el papado. – Es un combate entre Iglesia y el Estado por la supremacía. – Efecto del doble gobierno en Europa. – Cómo declara el Concilio del Vaticano su posición para con la ciencia. – Constitución dogmática de la fe católica. – Sus definiciones respecto de Dios, la Revelación, la Fe y la Razón. – Sus anatemas. – Su denuncia de la civilización moderna. – La Alianza Evangélica protestante y sus actos. – Revista general de las definiciones y actos precedentes. – Condición presente de la controversia y su aspecto futuro.

A ninguno que conozca el estado actual del pensamiento de la Cristiandad, puede ocultarse que una crisis intelectual y religiosa es inminente.

En todas direcciones vemos las nubes bajas, y oímos los rumores de la amenazadora tempestad. En Alemania, el partido nacional se organiza y se presta contra el ultramontanismo; en Francia, los hombres del progreso luchan contra los retrógrados, y en el combate la supremacía política de esta gran nación pierde su importancia. En Italia, Roma ha pasado a manos de un rey excomulgado; el Soberano Pontífice, fingiéndose prisionero, fulmina desde el Vaticano sus anatemas, y en medio de las pruebas más convincentes de sus errores, afirma su propia infalibilidad. Un arzobispo católico declara con verdad que toda la sociedad civil de Europa parece separarse en su vida pública del

Cristianismo. En Inglaterra y América, perciben con desaliento las personas religiosas que la base intelectual de la fe ha sido socavada por el espíritu de la época, y se preparan lo mejor que pueden para el próximo desastre.

La prueba más seria por que tiene que pasar la sociedad, es la disolución de sus vínculos religiosos. Las historias de Grecia y Roma nos muestran de un modo sensible cuán grandes son los peligros. Pero no es dado a las religiones vivir eternamente; sufren por necesidad transformaciones según el desarrollo intelectual del hombre. ¿Cuántos países profesan hoy la misma religión que tenían en tiempo de Cristo?

Se calcula que toda la población de Europa es de cerca de trescientos y un millones. De éstos, ciento ochenta y cinco millones son católicos romanos y treinta y tres millones católicos griegos. Protestantes; hay setenta y un millones, divididos en muchas sectas; judíos, cinco millones y mahometanos siete millones.

No puede presentarse un buen estado de las subdivisiones religiosas de América. Toda la América meridional cristiana es católica romana; lo mismo puede decirse de la América central y de Méjico, y también de las posesiones francesas y españolas en las Indias Occidentales. En los Estados Unidos y el Canadá predomina la población protestante; igual observación puede aplicarse a la Australia. En la India, la escasa población cristiana viene a ser insignificante en presencia de doscientos millones de mahometanos y otras sectas orientales. La Iglesia católica romana es la más ampliamente difundida y la más poderosamente organizada de todas las sociedades modernas. Es más bien una combinación política que religiosa; sus principios son que todo el poder reside en el clero, y que a los legos sólo queda el privilegio de la obediencia. Las formas republicanas que revestía la Iglesia en el primitivo cristianismo se han fundido gradualmente en una centralización absoluta, con un hombre, como un vice-Dios, a su cabeza. Esta Iglesia asegura que el mandato divino, por el cual obra, comprende el gobierno civil, que tiene derecho a usar del Estado para sus propios fines, pero que el Estado no tiene derecho para mezclarse en sus asuntos; que, aún en los países protestantes, no es sólo un mero go-

bierno coordinado, sino un poder soberano. Insiste en que el Estado no tiene derecho alguno sobre cosas que ella declara de su dominio, y que siendo el protestantismo una simple rebelión, no tiene derechos ningunos; que aún en las comunidades protestantes el único pastor espiritual legal es el obispo católico.

Es obvio, por lo tanto, que la mayoría de los que profesan el cristianismo es católica, y tal es la autoritativa pretensión del papado a la supremacía, que bajo cualquier aspecto que se considere la presente condición religiosa del Cristianismo, hay que fijarse principalmente en sus actos. Sus movimientos están dirigidos por las más elevadas y hábiles inteligencias. El catolicismo obedece las órdenes de un solo hombre, y tiene, por lo tanto, una unidad, una solidez, un poder que no poseen las comuniones protestantes. Además, obtiene una fuerza inestimable de los recuerdos del gran nombre de Roma.

Libre de toda vacilación, ha contemplado el papado la crisis intelectual que se aproxima, ha pronunciado su decisión, ocupando el terreno que le ha parecido más ventajoso.

La definición de esta posición la hallamos en los actos del último Concilio del Vaticano.

Pío IX, por Bula fechada el 29 de Junio de 1868, convocó un Concilio ecuménico que debía reunirse en Roma el 8 de Diciembre de 1869. Sus sesiones concluyeron en Julio de 1870. Entre otros asuntos sometidos a su consideración, había dos puntos de la mayor importancia, la afirmación de la infalibilidad del Romano Pontífice y la definición de las relaciones entre la ciencia y al religión. Pero la convocación del Concilio distó mucho de ser generalmente aprobada.

La opinión de la Iglesias orientales fue en general desfavorable. Afirmaban que veían en el Romano Pontífice un deseo de colocarse a la cabeza del cristianismo, contra lo que ellos creían, pues, la cabeza de la Iglesia sólo es Jesucristo; creyeron que el Concilio sólo produciría nuevos disturbios y escándalos. El sentimiento de estas Iglesias venerables se demuestra bien por el incidente ocurrido en 1867, cuando el patriarca nestoriano Simeón fue invitado por el patriarca caldeo a volver a la unidad

católica romana, y en su respuesta hizo ver que no había esperanzas para un común acuerdo entre el Oriente y el Occidente: «Me invitáis a besar humildemente la chinela del obispo de Roma; pero ¿no es, bajo todos aspectos, un hombre como vos mismo? ¿Es su dignidad superior a la vuestra? Nunca permitiremos que se introduzcan en nuestros santos templos la adoración de las imágenes y estatuas, que no son más que abominables e impuros ídolos. ¡Pues qué! ¿Atribuiremos al Dios Todopoderoso una madre como osáis hacer vosotros? ¡Lejos de nos semejante blasfemia!»

Los patriarcas, arzobispos y obispos de todas las religiones del mundo, que tomaron parte luego en este Concilio fueron setecientos cuatro.

Roma había visto muy claramente que la ciencia iba, no sólo minando con gran rapidez los dogmas del papado, sino adquiriendo también gran poder político. Reconoció que por toda Europa se verificaba una terrible separación o alejamiento de las personas cultas, y que su verdadero foco era la Alemania del Norte. Siguió por lo tanto con profundo interés la guerra autro-prusiana, dando al Austria cuanto estímulo pudo. La batalla de Sadowa le ocasionó un amargo desengaño.

Con nueva satisfacción vio la ruptura de Francia y Prusia, no dudando que el resultado fuese favorable a la primera, y por tanto a ella. Aquí otra vez fue contristada con el desengaño de Sedan.

No teniendo ya nada que esperar en muchos años de una guerra extranjera, resolvió ver qué podría hacerse por insurrecciones internas, y el movimiento actual en el imperio germánico es el resultado de sus maquinaciones. Si Austria o Francia hubiesen triunfado, el protestantismo hubiera sido derribado al mismo tiempo que Prusia. Pero, mientras se ejecutaban estas operaciones militares, iba teniendo comienzo un movimiento diferente de carácter intelectual. Sus principios eran restaurar las añejas doctrinas y prácticas de la Edad Media, llevándolas a la última extremidad, sin tener en cuenta las consecuencias que pudieran acarrear.

No tan sólo se aseguró que el papado tenía un derecho divino para participar del gobierno de todos los países, en unión con sus autoridades temporales, sino que la supremacía de Roma en este asunto debía ser reconocida; y que en cualquier discusión entre ellas, debe la autoridad temporal someterse a la del Papa.

Y puesto que su peligrosa situación había sido ocasionada principalmente por los progresos de la ciencia, quiso definir sus límites y prescribir fronteras a su autoridad. Más todavía; se atrevió a denunciar la civilización moderna.

Se pensó en estas medidas poco después de la vuelta de Su Santidad de Gaeta, en 1848, y fueron aconsejadas por los jesuitas, que lisonjeándose de que Dios haría imposibles, suponían que el papado en su vejez necesitaba vigorizarse. El órgano de la curia proclamó la absoluta independencia de la Iglesia en relación con el Estado; la dependencia de los obispos para con el Papa; la de los diocesanos para con los obispos; la obligación de los protestantes de abandonar su ateísmo y volver al redil; la condenación absoluta de toda clase de tolerancia. En una asamblea de obispos celebrada en Diciembre de 1854 proclamó el Papa el dogma de la Inmaculada Concepción; diez años después, dio a luz la célebre Encíclica y el Syllabus.

La Encíclica está fechada el 8 de Diciembre de 1864. Fue redactada por eclesiásticos instruidos, discutida luego por la congregación del Santo Oficio, dirigida más tarde a los prelados, y finalmente aprobada por el Papa y los cardenales.

Mucha parte del clero objetó contra su condenación de la civilización moderna, y algunos cardenales tuvieron repugnancia en asociarse a ella. La prensa católica la aceptó, no sin sentimiento. Los gobiernos protestantes no pusieron obstáculos a su publicación: los católicos se vieron más apurados. La Francia permitió sólo la publicación de la parte relativa a la proclamación del jubileo. Italia y Austria la dejaron introducir sin aprobarla. La prensa política y los parlamentos de los países católicos le hicieron una acogida desfavorable; muchos la deploraron por considerar que ahondaba la desunión de la Iglesia y la sociedad moderna. La prensa italiana la consideró como motivo para una

guerra sin tregua ni armisticio entre el papado y la civilización moderna. Aún en España hubo periódicos que lamentaban «la obstinación y ceguera de la corte de Roma en señalar y condenar esta civilización.»

Denuncia que «es opinión perniciosa e insana creer que todo hombre tiene derecho a la libertad de conciencia y de culto, y que este derecho en un país bien gobernado debe ser proclamado y apoyado por la ley; y que la voluntad del pueblo manifestada por la opinión pública (como es llamada) o por otros medios, constituye una ley suprema, independiente de todo derecho divino y humano.» Niega a los padres el derecho de educar a sus hijos fuera de la Iglesia católica. Denuncia «la impudencia» de los que pretenden subordinar la autoridad de la Iglesia y de la Sede Apostólica, «la cual le ha sido conferida por Cristo nuestro Señor para juzgar a las autoridades civiles.» Su Santidad recomienda a los venerables hermanos a quienes se dirige la Encíclica, la oración constante, y «con objeto de que Dios pueda acceder más fácilmente a nuestras oraciones y a las vuestras, empleemos con toda confianza, como nuestra mediadora para con Él, a la Virgen María, Madre de Dios, que está sentada como Reina, vestida de oro y cubierta de pedrerías, a la derecha de su único Hijo Nuestro Señor Jesucristo. No hay nada que Ella no pueda obtener de Él.»

Los principios confesados claramente por el papado, debían producirle una colisión aún con los gobiernos con que hasta entonces había conservado relaciones amistosas; Rusia manifestó gran desagrado, y el incidente a que dio origen provocó la alocución de Su Santidad (Noviembre 1866) condenando la conducta de aquel gobierno. A esto contestó Rusia declarando abrogado el Concordato de 1867.

Sin aterrarse por el resultado de la batalla de Sadowa (Julio de 1866), y aunque era palmario que la condición política de Europa estaba ahora profundamente conmovida, y en especial las relaciones del papado, el Papa publicó una alocución (Junio 27 de 1867) confirmando la Encíclica y el Syllabus y anunció su intento de convocar un Concilio ecuménico.

En su consecuencia, como ya hemos mencionado, al año siguiente (Junio 29 de 1868) se publicó la bula convocando el Concilio. Con Austria, sin embargo, habían surgido algunas diferencias. El Reichsrath austríaco había adoptado leyes que introducían igualdad de derechos civiles para todos los habitantes del imperio y restringían la influencia de la Iglesia. Esto produjo por parte del Gobierno papal una reclamación, y obrando como Rusia, el gobierno austríaco se vio obligado a abrogar el Concordato de 1855.

En Francia, como ya se ha dicho, no fue permitida la publicación del Syllabus completo; pero Prusia, deseosa de conservar buenas relaciones con el papado, no puso ningún inconveniente a su difusión. Las exigencias de Roma se aumentaron; declaró abiertamente que el creyente debe sacrificar a la Iglesia sus bienes, su vida y hasta sus convicciones intelectuales, y griegos y protestantes fueron invitados a prestar su sumisión.

En el día fijado se abrió el Concilio; su objeto era traducir a la práctica el Syllabus, establecer el dogma de la infalibilidad del Papa y definir las relaciones de la religión y la ciencia; todo se había dispuesto para que triunfasen los puntos apetecidos. Se informó a los obispos de que habían ido a Roma, no a deliberar, sino a sancionar los decretos previamente extendidos por un Papa infalible, y no pasó ni por las mentes nada que pudiera asemejarse a una discusión libre; no era permitido examinar las actas de las sesiones, y a los prelados de oposición apenas se les toleró que hablasen. En Enero 22 de 1870 se presentó una proposición pidiendo que se definiese la infalibilidad del Papa, a la que siguió otra de la minoría pidiendo lo contrario. Por esta causa se prohibieron las deliberaciones de la minoría y sus publicaciones, y aunque la curia había procurado reunir una mayoría compacta, se recurrió al expediente de dictar una orden declarando que para aprobar una proposición no era necesario que se votase casi por unanimidad, sino que bastaba la simple mayoría. Las protestas de la minoría fueron desoídas por completo.

A medida que adelantaban los trabajos del Concilio, empezaron a alarmarse las autoridades eclesiásticas extranjeras por sus

desatentadas determinaciones. En una petición redactada por el arzobispo de Viena y firmada por varios cardenales y arzobispos, se suplicaba a Su Santidad que no sometiese a su deliberación el dogma de la infalibilidad «porque la Iglesia tiene actualmente que sostener una lucha, desconocida en los primeros tiempos, contra hombres que combaten a la religión en sí misma, como institución perjudicial a la naturaleza humana y que es inoportuno imponer a las naciones católicas sujetas a la tentación por tantas maquinaciones, más dogmas que los que proclamó el Concilio de Trento.» Añadían que «la definición solicitada daría armas nuevas a los enemigos de la religión, y excitara contra la Iglesia católica el resentimiento de los hombres de bien.» El primer ministro austríaco dirigió una protesta al Gobierno papal avisándole que Austria no permitiría que se diera ningún paso que pudiera menoscabar sus derechos. El Gobierno francés también dirigió una nota, expresando que un obispo francés, explicaría en el Concilio los derechos y la condición de Francia. A esto replicó el Gobierno papal que uno obispo no podía revestir el doble carácter de embajador y de padre del concilio, sobre lo cual el Gobierno francés, en una nota muy respetuosa, hizo notar que para evitar que opiniones ultramontanas se convirtiesen en dogmas, confiaba en la moderación de los obispos y en la prudencia del Santo Padre; y para defender sus leyes civiles y políticas contra la invasión de la teocracia, contaba con la razón pública y el patriotismo de los católicos franceses. La Confederación de la Alemania del Norte se unió a estas protestas, sometiéndolas con eficacia a la consideración del Gobierno papal.

El 23 de Abril, Von Arnim, embajador de Prusia, en unión con Mr. Daru, ministro de Francia, hicieron a la curia algunas insinuaciones sobre la inoportunidad de resucitar ideas de la Edad Media. La minoría de los obispos, asó fortalecida, pidió entonces que las relaciones del poder espiritual y el secular se estableciesen antes de discutir la infalibilidad del Papa, y que se determinase si Cristo había conferido a San Pedro y sus sucesores poder sobre los emperadores y los reyes.

Ni se paró en esto atención, ni se permitió aplazamiento; los

jesuitas que estaban en el fondo del asunto, con mano firme lo llevaron adelante con su mayoría compacta; el Concilio no omitió medio alguno para sustraerse a la crítica pública, y sus sesiones se celebraron con el mayor secreto; todos los que en ellas tomaron parte se obligaron por un juramento solemne a observar silencio.

El 13 de Julio se verificó la votación. De 601 votos, hubo 451 afirmativos. Por acuerdo de la mayoría, fue aprobada la medida, y cinco días después proclamó el Papa el dogma de su infalibilidad. Se ha observado por muchos que éste fue el día en que Francia declaró la guerra a Prusia. Ocho días más tarde, las tropas francesas eran retiradas de Roma. Tal vez los hombres de Estado y los filósofos aceptaran que un Papa infalible sería un elemento poderoso de concordia, si el sentido común pudiera reconocerlo.

Sobre la marcha dirigió el Rey de Italia una carta autógrafa al Papa, demostrando en términos muy respetuosos la necesidad de que sus tropas avanzasen y ocuparan posiciones «indispensables a la seguridad de Su Santidad y a la conservación del orden», lo que al mismo tiempo que satisfacía las aspiraciones nacionales, hacía que el Jefe del catolicismo rodeado de la devoción de las poblaciones italianas «pudiera conservar en las márgenes del Tíber un solio glorioso e independiente de toda soberanía humana.»

A esto replicó Su Santidad en una carta concisa y cáustica: «Doy gracias a Dios, que ha permitido que V. M. Llene de amargura los últimos días de mi vida. [350] Por otra parte, no puedo acceder a ciertas demandas, ni conformarme con algunos principios de los contenidos en vuestra carta. Además, apelo a Dios y pongo mi causa, que es la suya, en sus manos. Ruego a Dios que conceda a V. M. sus bondades, lo libre de todo peligro y le dispense la misericordia de que tanto necesita.»

Las tropas italianas encontraron poca resistencia y ocuparon a Roma el 20 de Septiembre de 1870. Se publicó un manifiesto, estableciendo los detalles de un plebiscito, siendo la votación por papeletas y la cuestión «la unidad de Italia.» El resultado

demostró cuán completamente se había emancipado el espíritu italiano de la teología. En las provincias romanas, el número de votantes en las listas era de 167.548; el número de los que votaron 135.291 y de éstos lo hicieron por la anexión 133.681 y en contra 1.507; votos perdidos, 103. El parlamento de Italia ratificó el voto del pueblo romano por una votación de 239 contra 20. Un real decreto anunció entonces la anexión de los estados del Papa al reino de Italia, publicándose un manifiesto con los detalles del arreglo en el que se declaraba que «por estas concesiones trataba de demostrar a Europa el Gobierno italiano que la Italia respeta la soberanía del Papa en conformidad con los principios de la Iglesia libre en el Estado libre.»

En la guerra pruso-austríaca había esperado el papado restaurar el Imperio alemán bajo el Austria y hacer de Alemania un país católico. En la guerra franco-prusiana aguardaban los franceses simpatías de los ultramontanos de Alemania; no se omitió medio alguno para excitar el sentimiento católico contra el protestante; no se perdonó ofensa de ningún género; se les llamó ateos y se les declaró incapaces de ser hombres honrados; se señalaba el número de sus sectas como prueba de que sus separaciones los iban disolviendo. «los secuaces de Lutero son los hombres más corrompidos de toda Europa.» Hasta el mismo Papa, presumiendo que todo el mundo habría olvidado la historia, no vaciló en decir: «Comprenda el pueblo alemán que ninguna otra Iglesia sino la de Roma es la Iglesia de la libertad y el progreso.»

Mientras tanto, se organizaba un partido entre el clero alemán para protestar y aún resistir contra las usurpaciones del Papa. Protestó contra «haber puesto un hombre en el trono de Dios», contra un Vice-Dios, fuese quien fuese, y contra someter sus convicciones científicas a la autoridad eclesiástica. Algunos no vacilaron en acusar al mismo Papa de herético. Contra estos insubordinados empezaron a lanzarse excomuniones, y al fin se solicitó que algunos profesores y maestros fueran separados de sus puestos sustituyéndoles por infalibilistas. A esta petición no accedió el Gobierno prusiano.

Este gobierno había deseado calurosamente conservar relacio-

nes cordiales con el papado, no quería entrar en una contienda teológica, pero poco a poco fue adquiriendo el convencimiento de que la cuestión no era religiosa sino política, si el poder del Estado podía emplearse contra el Estado mismo. Un profesor de un instituto había sido excomulgado, y se solicitó del Gobierno su separación, a lo cual se negó. Las autoridades católicas denunciaron el hecho como un ataque a la fe. El emperador apoyó a su ministro; el órgano del partido de la infalibilidad le amenazó con la oposición de todos los buenos católicos, y le dijo que al enemistarse con el Papa pueden y deben cambiar los sistemas de gobierno. Esto hizo patente a todo el mundo que al cuestión se había reducido a «¿quién es el Jefe del Estado, el Gobierno o la Iglesia romana? Es llanamente imposible que los hombres vivan bajo dos gobiernos, uno de los cuales declare injusto lo que el otro manda. Si el Gobierno no se somete a la Iglesia romana, los dos son enemigos.» Un conflicto estalló entonces entre Prusia y Roma, conflicto en que la última, impelida por su antagonismo a la civilización moderna, es evidentemente la agresora.

El Gobierno, reconociendo entonces a su antagonista, se defendió, aboliendo el departamento católico del ministerio de los Cultos Públicos, en el verano de 1871. En Noviembre siguiente, aprobó el Parlamento Imperial una ley que declaraba que los eclesiásticos que abusasen de sus funciones comprometiendo la tranquilidad pública, serían castigados como criminales. Y guiado por el principio de que el porvenir pertenece a los que tienen la dirección de la enseñanza, hizo esfuerzos para separar de la Iglesia las escuelas.

El partido de los jesuitas iba extendiendo y fortaleciendo una organización por toda la Alemania fundada en el principio de que, en asuntos eclesiásticos, la legislación del Estado no es obligatoria. Este era un acto de abierta insurrección. ¿Podía el Gobierno dejarse intimidar? El obispo de Ermeland declaró que no obedecería las leyes del Estado si atacaban a la Iglesia.

El Gobierno suspendió el pago de su sueldo, y comprendiendo que no habría paz mientras se tolerase a los jesuitas permanecer en el país, acordó y puso en práctica su expulsión. Al con-

cluir el año de 1872, Su Santidad pronunció una alocución en la que hacía referencia a la

«persecución de la Iglesia en el imperio de Alemania» y afirmaba que sólo la Iglesia tenía derecho a fijar los límites entre su dominio y el del Estado, principio peligroso e inadmisibile, puesto que, bajo el nombre de la moral, comprende la Iglesia todas las relaciones de los hombres entre sí, y afirma que quien quiera que no la ayude, la oprime. Sobre lo cual, pocos días después (Enero 9 de 1873), cuatro leyes fueron presentadas por el Gobierno: 1ª Dando reglas a los individuos sobre la manera de romper sus lazos con la Iglesia. 2ª Restringiendo la facultad de la Iglesia en la aplicación de las penas eclesiásticas. 3ª Regularizando el poder eclesiástico en materia de disciplina, prohibiendo los castigos corporales, regularizando las multas y destierros, concediendo el privilegio de apelar en asuntos eclesiásticos al Tribunal Real de Justicia, cuya decisión sería ejecutoria. 4ª mandando que el clero fuese educado y nombrado por el Estado, debiendo poseer una buena instrucción, sufrir exámenes públicos ante tribunales del Estado, y conocer la filosofía, la historia y la literatura alemana. Las instituciones que no se sometiesen a ser gobernadas por el Estado serían disueltas.

Estas leyes demuestran que Alemania está resuelta a no verse entorpecida ni mandada por unas cuantas familias nobles italianas, que quiere ser dueña de su casa. Ve en el conflicto, no un asunto religioso o de conciencia, sino una lucha entre la soberanía de la legislación del Estado y la soberanía de la Iglesia. Trata al papado como a un poder religioso y no político, y está resuelta a que la declaración de la Constitución prusiana sea mantenida y a que «el ejercicio de la libertad religiosa no se oponga a los deberes del ciudadano hacia la comunidad ni hacia el Estado.»

Con razón se afirma que el papado no se administra ecuménicamente, ni es una Iglesia universal para todas las naciones, sino para beneficio de algunas familias italianas. Consideremos su composición. Consta de un Papa, de cardenales obispos y de cardenales diáconos, que, en este momento histórico, son todos italianos; cardenales presbíteros, casi todos italianos; minis-

tros y secretarios del Sagrado Colegios, en Roma, todos italianos. La Francia no ha dado un Papa desde la Edad Media. Lo mismo sucede con Austria, España y Portugal. A despecho de toda tentativa para cambiar este sistema de exclusión, para abrir las dignidades de la Iglesia a todos los católicos, ningún extranjero puede alcanzar la sagrada cátedra. Hay que reconocer que la Iglesia es un patrimonio dado por Dios a las familias de los príncipes italianos. De los cincuenta y cinco miembros del actual Colegio de cardenales, cuarenta son italianos, es decir, treinta y dos más de los que le corresponden.

La piedra de tropiezo para el progreso de Europa ha sido su sistema de doble gobierno. Mientras que una nación tenga dos soberanos, uno temporal en el interior y otro espiritual en el extranjero, con diferentes jefes temporales en las distintas naciones, mas tan sólo un verdadero jefe para todos, el Pontífice de Roma, ¿cómo es posible que la historia nos presente otra cosa, sino una narración de los combates de estos poderes rivales? Cualquiera que reflexiones sobre este estado de cosas, verá cómo las naciones que han sacudido la forma dualista en el gobierno, son las que han hecho mayores progresos. Descubrirá cuál es la causa de la parálisis en que ha caído Francia. Por una parte desea ser jefe de Europa, y por otra se ata a un cadáver. Con objeto de atraerse a las clases ignorantes, penetra en vías políticas que condena su inteligencia. Las dos soberanías bajo las cuales vive oscilan a cada momento, predominando ya ésta, ya aquélla, y no es raro que una se sirva de ora como de un instrumento para conseguir sus fines.

Pero este sistema dualista se aproxima a su fin. A las naciones septentrionales, menos dominadas por la imaginación y la superstición, hace tiempo que les es intolerable; lo rechazaron inmediatamente en tiempo de la Reforma, a pesar de las protestas y pretensiones de Roma. Rusia, más feliz que las demás, jamás ha consentido la influencia de ningún poder espiritual extranjero. Se vanagloria de su fidelidad al antiguo rito griego, y no ve en el papado más que un disidente incómodo de la fe primitiva. En América, lo temporal y lo espiritual están completamente divorciados, no permitiéndose al último la menor inje-

rencia en los negocios del Estado, aunque en todo o demás se le concede libertad. La condición del Nuevo Mundo también nos prueba que las dos formas del cristianismo, la católica y la protestante, han perdido su poder expansivo; ninguna de las dos puede traspasar sus antiguas fronteras; las repúblicas católicas permanecen siendo católicas, y las protestantes, protestantes; y entre las últimas va desapareciendo la tendencia a aislarse en sectas y personas de diferentes denominaciones; se casan y reúnen sin dificultad alguna. Forman sus opiniones usuales por los periódicos, y no por la Iglesia.

Pío IX, en el movimiento que hemos considerado, ha tenido dos objetos presentes: 1^º Centralizar de un modo más completo el papado, poniendo a su cabeza un autócrata espiritual que asuma las prerrogativas de Dios; 2^ª vigilar el desarrollo intelectual de las naciones que profesan el cristianismo.

La consecuencia lógica de la primera de estas pretensiones es la intervención política. Insiste en que en todos los casos el poder temporal debe subordinarse al espiritual; toda ley contraria a los intereses de la Iglesia debe ser rechazada, pues no son obligatorias para los fieles. En las páginas anteriores he relatado brevemente algunas de las complicaciones que han ocurrido ya, en las tentativas realizadas para mantener esta política.

Voy ahora a considerar la manera cómo entiende el papado que ha de establecer su inspección intelectual; cómo define sus relaciones para con su adversario, la ciencia, y buscando una restauración de las condiciones de la Edad Media, se opone a la civilización moderna y denuncia la sociedad actual.

La Encíclica y el Syllabus presentan los principios que el Concilio del Vaticano aprobó y para cuya aplicación práctica fue convocado. El Syllabus estigmatiza el panteísmo, el naturalismo y el racionalismo absoluto, condenando opiniones como éstas: que Dios es el Universo; que no hay más Dios que la naturaleza; que los asuntos teológicos deben tratarse del mismo modo que los filosóficos; que los métodos y principios, por los cuales cultivaron la teología los antiguos doctores escolásticos, no son adecuados a la época y a los progresos de la ciencia; que todo

hombre es libre para abrazar y profesar la religión que crea verdadera, guiado por la luz de su razón; que pertenece al poder civil definir cuáles son los derechos y límites en que la Iglesia puede ejercer autoridad; que la Iglesia no tiene derecho de emplear la fuerza ni ningún poder temporal directo ni indirecto; que la Iglesia debe ser separada del Estado y el Estado de la Iglesia; que la religión católica no debe establecerse como religión del Estado, con exclusión de todo otro culto; que las personas que vengan a residir a un país católico tienen derecho al ejercicio público de su religión; que el romano Pontífice puede y debe reconciliarse y conformarse con los progresos de la civilización moderna. El Syllabus pretende que la Iglesia tiene derecho de inspeccionar las escuelas públicas y niega este derecho al Estado; pretende también intervenir en los matrimonios y divorcios.

De estos principios formuló el Concilio los que creyó oportunos, inscribiéndolos en la «Constitución dogmática de la Fe Católica». Los puntos esenciales de esta constitución que más especialmente tratan de las relaciones entre la ciencia y la religión, son los que vamos a examinar ahora. Se comprenderá que en lo que sigue no presento todos los documentos, sino sólo un extracto de lo que parece ser su parte más importante.

Esta definición empieza con una severa revista de los principios y consecuencias de la Reforma protestante.

«Rechazando la autoridad divina de la Iglesia para enseñar, y sujetando todas las cosas pertenecientes a la religión al juicio de cada individuo, ha hecho nacer muchas sectas, y como éstas disentan y disputaban entre sí, toda creencia en Cristo fue borrada del espíritu de muchos, y las Sagradas escrituras empezaron a ser consideradas como mitos y fábulas; el cristianismo ha sido rechazado, y el reinado de la Razón, como ellos dicen, o de la Naturaleza, le ha sustituido; muchos caen en los abismos del panteísmo, del materialismo y del ateísmo, y repudiando la naturaleza racional del hombre y toda regla de verdad y error, trabajan para derribar los verdaderos fundamentos de la sociedad humana. Como estas impías herejías se extienden por todas partes, no pocos católicos han sido inficionados por ellas. Han

confundido la ciencia humana y la fe divina.

»Pero la Iglesia, madre y señora de las naciones, está siempre dispuesta a fortalecer a los débiles, a recibir en su seno a los arrepentidos y a conducirlos a cosas mejores. Y hallándose ahora los obispos de todo el mundo reunidos en este Concilio ecuménico y el Espíritu Santo entre ellos, y juzgando con nosotros, hemos determinado declarar desde esta cátedra de San Pedro la doctrina salvadora de Cristo y proscribir y condenar los errores opuestos.

»De Dios, creador de todas las cosas. La Santa Iglesia Católica Apostólica Romana cree que hay un Dios vivo y verdadero, Creador y Señor del cielo y de la tierra, Todopoderoso, Eterno, Inmenso, Incomprensible, Infinito en inteligencia, voluntad y perfección. Es distinto del mundo. Por su propio y libre consejo creó de la nada las criaturas espirituales y temporales, angélicas y terrestres. Luego hizo la naturaleza humana, compuesta de ambas. Además, Dios, por su providencia, protege y gobierna todas las cosas, de extremo a extremo, poderosamente, ordenando todas las cosas de un modo armónico. Todo está manifestado a sus ojos, hasta las cosas que suceden por la libre acción de sus criaturas.

»De la Revelación. La Santa Madre Iglesia sostiene que Dios puede ser conocido con certidumbre por la luz natural de la razón humana; pero que también ha querido revelarse y mostrar los eternos decretos de su voluntad por un medio sobrenatural. Esta revelación sobrenatural, con lo ha declarado el santo Concilio de Trento, está contenida en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, según están enumerados en los decretos de aquel Concilio y según se encuentran en la antigua edición de la Vulgata Latina.

»Son sagrados estos libros, porque fueron escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo. Tenían a Dios por autor, y como tales han sido entregados a la Iglesia.

»Y con objeto de reprimir a los espíritus inquietos que puedan dar explicaciones erróneas de ellos, se decreta, renovando la decisión del Concilio de Trento, que nadie puede interpretar las

Sagradas Escrituras de modo contrario al sentido con que han sido interpretadas por la Santa Madre Iglesia, a quien pertenece semejante interpretación.

»De la fe. Así como el hombre depende de Dios como su señor, y la razón creada está completamente sujeta a la verdad increada, así está obligado, cuando Dios hace una revelación, a obedecerla por la fe. Esta fe es una virtud sobrenatural y el principio de la salvación del hombre, que cree verdaderas las cosas reveladas, no por su verdad intrínseca como vistas a la luz natural de la razón, sino por la autoridad de Dios al revelarlas. Pero a pesar de que la fe puede ser conforme con la razón, Dios quiso añadir milagros y profecías que, demostrando su omnipotencia y su saber, son pruebas apropiadas a la comprensión de todos. Tales son los de Moisés y los Profetas, y sobre todo los de Cristo. Ahora bien, deben ser creídas todas estas cosas que están escritas en la palabra de Dios o son transmitidas por la tradición, y que la Iglesia por sus maestros propone a nuestra creencia.

»Nadie puede justificarse sin esta fe y nadie alcanzará la vida eterna si no persevera en ella hasta el fin; por lo que Dios, por medio de su único Hijo, ha establecido la Iglesia como guardadora y maestra de su palabra revelada, pues solamente a la Iglesia Católica pertenecen todos los signos que hacen evidente la credibilidad de la fe de Cristo. Además, la misma Iglesia, en vista de su maravillosa propagación, de su eminente santidad, de su inagotable fecundidad para el bien, de su unidad católica, de su inquebrantable estabilidad, ofrece una garantía grande y evidente para ser creída y una prueba innegable de su divina misión. Así, pues, la Iglesia muestra a sus hijos que la fe que tienen descansa en un solidísimo cimiento, por lo cual es totalmente distinta la condición de los que por el celestial don de la fe han abrazado la verdad católica, a la de los que, conducidos por opiniones humanas, siguen una falsa religión.

»De la fe y la razón. Por otra parte, la Iglesia católica ha sostenido siempre y sostiene ahora que existen dos clases de saber, distinto uno de otro, tanto en su principio como en cuanto a su objeto. En cuanto a su principio, porque en el uno sabemos por

la razón natural y en el otro por la fe divina; en cuanto a su objeto, porque además de aquellas cosas que nuestra razón natural puede alcanzar, se presentan a nuestra creencia misterios ocultos en Dios que, a menos de que él los revele, no podemos llegar a saber.

»La razón, ciertamente, iluminada por la fe, puede llegar por la gracia divina a alguna comprensión, limitada en extensión, pero saludable en sus efectos, de los misterios, tanto por analogía de las cosas que le son naturalmente conocidas, como por la conexión de los mismos misterios entre sí, y con el destino final del hombre. Pero nunca puede ser capaz la razón de comprender completamente los misterios, como comprende aquellas verdades que forman su propio dominio. Los misterios de Dios en su propia naturaleza sobrepujan tanto a los límites de la inteligencia creada, que aún enseñados por la revelación y recibidos por la fe, quedan cubiertos por la fe misma como por un velo, y ocultos como si dijéramos en las tinieblas, por tanto tiempo como dura esta vida mortal.

»Pero aunque la fe esté sobre la razón, nunca habrá ningún desacuerdo real entre ellas, puesto que el mismo Dios que revela los misterios e infunde la fe ha dado al alma del hombre la luz de la razón, y Dios no puede negarse a sí mismo ni puede una verdad contradecir a otra. Luego la sombra vana de estas contradicciones viene principalmente de que, o las doctrinas de la fe no son comprendidas y enseñadas como la Iglesia realmente las entiende, o las falsas teorías y opiniones de los hombres son errores no dominados por la razón. Declaremos por lo tanto como falsa toda aserción que sea contraria a la luminosa verdad de la fe. Además, la Iglesia que a más de la misión apostólica de enseñar a los hombres, está encargada también de la custodia del depósito de la fe, tiene como Dios el derecho y el deber de condenar el saber falsamente llamado así, por temor de que el hombre pueda ser seducido por la vana filosofía.» De aquí, pues, que no sólo está prohibido a todo fiel cristiano defender como conclusiones legítimas de la ciencia aquellas opiniones que se sabe son contrarias a la doctrina de la fe, especialmente si están condenadas por la Iglesia, sino que está además obliga-

do a tenerlas por errores revestidos con el aspecto de la verdad.

»No sólo es siempre imposible que la fe y la razón se contradigan entre sí, sino que más bien se favorecen mutuamente, puesto que la recta razón establece los cimientos de la fe y con ayuda de su luz cultiva la ciencia de las cosas divinas; y la fe por otra parte libra y preserva a la razón de errores, enriqueciéndola con conocimientos de muchas clases. Tan distante está, pues la Iglesia de oponerse a la cultura de las artes y ciencias humanas, que antes las promueve y estimula de varios modos, pues no ignora ni desprecia las ventajas que de ellas se desprenden para la vida del hombre; al contrario, reconoce que vienen de Dios, señor de todo saber, así que si son estudiadas rectamente, con ayuda de la gracia, conducen a Dios. Ni prohíbe a ninguna ciencia el uso de sus propios principios y métodos dentro de su propia esfera; pero, reconociendo esta razonable libertad, cuida de que no pueda contradecir la enseñanza de Dios, caer en errores o traspasar los verdaderos límites, e invadir o introducir confusión en el campo de la fe.

»Pues la doctrina de la fe revelada por Dios no ha sido propuesta, como algunos descubrimientos filosóficos, para ser perfeccionada por el ingenio humano, sino que se ha entregado a la esposa de Cristo, como un depósito divino para ser fielmente guardado y enseñado. De aquí que todos los puntos de la santa fe han de ser explicados siempre, según el sentido y la intención de la Iglesia; ni es permitido jamás separarse de ellos so pretexto o color de una explicación más luminosa. Por lo tanto, a medida que pasen las generaciones y los siglos, crezcan la inteligencia, el saber y la ciencia de todos y cada uno y de toda la Iglesia; pero no obstante, consérvese puro e inviolable el sentido y la interpretación y creencia de la misma doctrina.

Entre otros cánones, se promulgaron los siguientes:

«Sea anatema:

»Quien niegue el único Dios verdadero creador y señor de todas las cosas visibles e invisibles.

»Quien afirme sin rubor que sólo existe materia.

»Quien diga que la sustancia o esencia de Dios y de todas las cosas es única e igual.

»Quien diga que las cosas finitas, corporales y espirituales, o al menos las cosas espirituales, son emanaciones de la sustancia divina, o que la divina esencia por manifestación o desarrollo de sí misma viene a ser todas las cosas.

»Quien no reconozca que el mundo y todas las cosas que contiene fueron producidas por Dios y sacadas de la nada.

»Quien diga que el hombre puede y debe por sus propios esfuerzos y por progresos constantes llegar al cabo a la posesión de toda la verdad y virtud.

»Quien rehuse aceptar como sagrados y canónicos los libros de la Sagrada Escritura íntegros, con todas sus partes, según fueron enumerados por el santo Concilio de Trento, o niegue que son inspirados por Dios.

»Quien diga que la razón es tan sabia e independiente, que Dios no puede pedirle la fe.

»Quien diga que la revelación divina no puede hacerse creíble por pruebas exteriores.

»Quien diga que no pueden hacerse milagros o que nunca pueden conocerse con certeza, y que el origen divino del cristianismo no puede probarse por ellos.

»Quien diga que la revelación divina no incluye misterios, sino que todos los dogmas de la fe pueden comprenderse y demostrarse por la razón debidamente cultivada.

»Quien diga que la ciencia humana debe proseguirse con tal espíritu de libertad, que puedan considerarse sus afirmaciones como verdaderas, aún cuando se opongan la verdad revelada.

»Quien diga que llegará un tiempo en el progreso de las ciencias, en que las doctrinas enseñadas por la Iglesia deban tomarse en otro sentido que aquel que la Iglesia les dio y les da todavía.»

La extraordinaria y, ciertamente puede decirse, arrogante presunción contenida en estas decisiones, distaron mucho de ser recibidas con satisfacción por los católicos ilustrados. Por parte de las universidades alemanas hubo resistencia, y cuando al concluir el año se aceptaron los decretos del Concilio del Vaticano, en general no lo fueron por convencimiento de su verdad, sino por un sentido disciplinario de obediencia.

Muchos católicos de los más piadosos consideraron con la más sincera tristeza todo el movimiento y los resultados a que conducía. El P. Jacinto, en una carta al superior de su orden, dice: «Protesto contra el divorcio tan impío como insensato, que quiere establecerse entre la Iglesia, que es nuestra madre eterna, y la sociedad del siglo XIX de que somos hijos temporales, y hacia la cual también tenemos deberes y consideraciones. Es mi convicción más profunda que si Francia en particular y la raza latina en general se entregan a la anarquía moral, social y religiosa, la causa principal no es indudablemente el catolicismo en sí propio, sino la manera que por mucho tiempo se ha tenido de comprenderlo y practicarlo.»

No obstante su infalibilidad, que implica la omnisciencia, no previó Su Santidad el desenlace de la guerra franco-prusiana. Si el talento profético le hubiere sido concedido, hubiese conocido la inoportunidad de los actos del Concilio. Su petición al rey de Prusia para que prestase ayuda militar a su poder temporal, fue desoída. El rey excomulgado de Italia, como hemos visto ya, tomó posesión de Roma. Una amarga Encíclica papal que contrastaba fuertemente con las formas corteses de la diplomacia moderna, se publicó el 1º de Noviembre de 1870, denunciando los actos de la corte piamontesa «que había seguido el consejo de las sectas de perdición.» En ella declara Su Santidad que está en cautiverio y que nunca entrará en negociaciones con Belial. Pronuncia la excomunión mayor, con censuras y castigos contra sus enemigos, y ruega por «la intercesión de la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y de los benditos apóstoles Pedro y Pablo.»

Varias de las confesiones protestantes se habían asociado, con objeto de consultarse, bajo el título de Alianza Evangélica. Su

última reunión tuvo lugar en Nueva York en el Otoño de 1873. Aunque en esta reunión se hubieran congregado también varios piadosos representantes de las Iglesias reformadas de Europa y América, no tenía el prestigio ni la autoridad del gran Concilio que acababa de terminar sus sesiones en San Pedro de Roma. No podía apelar a una no interrumpida tradición de más de mil años; no podía hablar con la autoridad de un igual o, ciertamente, de un superior a reyes y emperadores. Mientras que una inteligencia y diplomacia profundas y una gran sabiduría humana brillaban en todo lo que había hecho el Concilio del Vaticano, la Alianza Evangélica se reunió sin una idea clara y precisa de su objeto, sin una intención muy marcada y definida. Sus deseos eran estrechar los lazos de unión entre las varias Iglesias protestantes, pero no tenía esperanzas bien fundadas de conseguir este resultado deseable. Demostró precisamente la naturaleza de los principios que dieron origen a estas Iglesias: nacieron de la discusión y vivían por la división.

Sin embargo, en los actos de la Alianza Evangélica pueden observarse ciertos hechos notables. Apartó sus miradas de su antiguo enemigo, aquel enemigo que había recientemente abrumado a la Reforma con contumelias y denuncias, y como el Concilio del Vaticano, las fijó en la ciencia. Bajo este nombre pavoroso veía erguido ante ella algo que parecía un espectro de forma incierta, de proporciones que crecían de hora en hora, de aspecto amenazador. Algunas veces se dirigió la Alianza a esta estupenda aparición con palabras corteses, otras en tono de censura.

La Alianza dejó de comprender que la ciencia moderna es hermana legítima, ciertamente gemela, de la Reforma. Juntas fueron engendradas y juntas nacieron; dejó de comprender que, aún cuando hay imposibilidad de formar una coalición de las diferentes sectas, todas pueden hallar en la ciencia un punto de enlace, y que, no una actitud desconfiada hacia ella, sino una cordial unión, es su verdadera política.

Quedan ahora que presentar algunas reflexiones sobre esta «Constitución de la Fe Católica», según la definió el Concilio del Vaticano.

Los objetos que representan bajo relaciones idénticas a diferentes personas deben verse de un mismo punto de vista. En el caso que estamos ahora considerando, tiene el hombre religioso su propia estación especial, y el científico otra muy distinta; ninguno de ellos puede exigir que su coobservador admita que el panorama de hechos desarrollados ante él sea igual al que aparece ante los ojos del otro.

La constitución dogmática insiste en la admisión de este postulado: que la Iglesia Romana obra bajo un mandato divino, especial y exclusivamente entregado a ella. En virtud de esta grande autoridad, requiere que todos los hombres resignen sus convicciones intelectuales, y que todas las naciones le subordinen su poder civil.

Pero una pretensión tan exigente debe apoyarse en los testimonios más decisivos e inatacables; en pruebas, no sólo de carácter indirecto, sino claras, terminantes y pertinentes: pruebas de las que sea imposible dudar.

La Iglesia, sin embargo, declara que no someterá sus pretensiones al arbitrio de la razón humana: pide que sean en seguida aceptadas como artículos de fe.

Si se admite esto, todas las demás pretensiones tienen también que concederse, por exorbitantes que puedan parecer.

Con una inconsecuencia extraña, la Constitución dogmática desprecia la razón, afirmando que no puede determinar los puntos que examina, y sin embargo, se somete a sus argumentos para fortalecerlos. En verdad debiera decirse que toda la composición es un alegato apasionado a la razón para que se inmoles en favor del cristianismo romano.

Con puntos de vista tan hondamente separados es imposible que la religión y la ciencia puedan estar de acuerdo en la representación de las cosas. Ni puede alcanzarse en común conclusión alguna, excepto cuando se acude a la razón como juez supremo y final.

Hay muchas religiones en el mundo, algunas de la antigüedad más venerable, otras, que cuentan muchos más adeptos que la

romana. ¿Cómo puede hacerse una elección entre ellas, si no se acude exclusivamente a la razón? La religión y la ciencia deben someter sus pretensiones y diferencias a su arbitrio.

Contra esto protesta el Concilio del Vaticano; eleva la fe sobre la razón; dice que constituyen dos órdenes distintos de saber, teniendo respectivamente por asunto misterios y hechos. La fe trata de los misterios, la razón de los hechos. Proclamando el superior dominio de la fe, intenta satisfacer la repugnancia del espíritu con milagros y profecías.

Por otra parte, la ciencia vuelve la espalda a lo incomprensible y mantiene la máxima de Wiclef: «Dios no obliga al hombre a creer lo que no puede comprender.» A falta de una exposición de testimonios satisfactorios por parte de su enemigo, considera si hay en la historia del papado y en las biografías de los papas algo que pueda apoyar adecuadamente el mandato divino, algo que pueda justificar la infalibilidad pontificia, de dónde deducir esta ciega obediencia que se debe al vice-Dios.

Una de las más notables, y sin embargo, característica contradicción de la Constitución Dogmática, es el homenaje forzado que paga a la inteligencia del hombre. Presenta una definición de la base filosófica del catolicismo, pero oculta de la vista las formas repulsivas de la fe vulgar. Enseña los atributos de Dios, creador de todas las cosas, con palabras adecuadas a una concepción sublime, pero se abstiene de afirmar que este tan terrible e imponente Ser nació de una madre terrenal, esposa de un carpintero judío, que luego ha llegado a ser reina del cielo. El Dios que pinta no es el Dios de la Edad media, sentado en su trono de oro rodeado de coros de ángeles, sino el Dios de la filosofía. La Constitución no tiene nada que decir acerca de la Trinidad, nada del culto debido a la Virgen, al contrario, esto se encuentra virtualmente condenado; nada acerca de la transustanciación, o conversión por el sacerdote de la hostia y el vino en carne y sangre de Dios; nada de la invocación a los santos. Lleva en todas sus páginas impreso el pensamiento de la época y de los progresos intelectuales del hombre.

Esta es la exposición que nos presenta respecto a los atributos

de Dios, y nos enseña luego su modo de gobernar el mundo. La Iglesia afirma que posee una inspección sobrenatural en todos los asuntos materiales y morales. El clero en sus diversos grados puede determinar distintos desenlaces de lo futuro, ya por el ejercicio de sus atributos inherentes, ya por su influyente invocación a los poderes celestiales. Al soberano Pontífice se le ha concedido castigar o perdonar a su gusto. Es ilegal apelar de sus decisiones ante un Concilio ecuménico, como a un árbitro terrenal superior a él. Poderes como éste concuerdan con dominio arbitrario, pero son inconciliables con el gobierno del mundo por leyes inmutables. De aquí que la Constitución Dogmática implantase firmemente su creencia en una incesante intervención providencial; no quiere admitir ni por un momento que en las cosas naturales hay una sucesión irresistible de acontecimientos, o en los asuntos del hombre un inevitable curso de hechos.

¿Pero no ha sido el orden de la civilización igual en todas partes del mundo? ¿No se asemeja el crecimiento social al individual? ¿No presentan ambos fases de juventud, madurez y decrepitud? Para una persona que haya considerado cuidadosamente la civilización progresiva de las sociedades humanas, en distantes y apartadas regiones de la tierra, que haya observado las formas idénticas bajo las cuales se manifiesta, ¿no es evidente que procede en virtud de una ley determinada? Las ideas religiosas de los incas del Perú y de los emperadores de Méjico, y las ceremonias de sus cortes, eran iguales a las de Europa, iguales a las del Asia. La corriente del pensamiento había sido la misma. Un enjambre de abejas transportado a una tierra lejana construirá su colmena y organizará sus instituciones sociales, del mismo modo que otros enjambres desconocidos, y esto sucede con los enjambres separados de hombres. Tan invariable es esta sucesión de pensamientos y acciones, que hay filósofos que, transportando los ejemplos del pasado presentados por la historia asiática, no vacilarían en sostener la proposición siguiente: «Dado un obispo de Roma y algunos siglos, se obtendrá un papa infalible: dado un papa infalible y algún tiempo más, se obtendrá el lamaísmo, al que hace tanto tiempo ha lle-

gado el Asia.

En cuanto al origen de las cosas corporales y espirituales, la Constitución Dogmática añade un solemne énfasis a sus declaraciones, anatemizando a todos aquellos que sostengan la doctrina de la emanación, o que crean que la naturaleza visible es sólo manifestación de la esencia divina. En esta tarea han encontrado sus autores grandes trabajos. Tenían que chocar con estas formidables ideas, ya antiguas o modernas, que en nuestros tiempos se introducen tan enérgicamente en los hombres pensadores. La doctrina de la conservación y correlación de la fuerza conduce, por una consecuencia lógica, a la vetusta teoría oriental de la emanación; la doctrina de la evolución y del desarrollo rechaza la de las creaciones sucesivas. La primera descansa en el principio fundamental de que la cantidad de fuerza en el Universo es invariable; y de que, aunque esta cantidad no puede aumentar ni disminuir, pueden transmutarse de unas en otras las formas bajo que se expresa. Esta doctrina, sin embargo, no ha recibido todavía una demostración científica completa; pero tan numerosos y convincentes son los argumentos aducidos en su apoyo, que se nos presenta de un modo imponente y casi autoritativo. Además la teoría asiática de la emanación y de la absorción se halla en armonía con esta grandiosa idea; no sostiene que al ser concebido cada hombre, Dios, crea un alma de la nada para él, sino que una porción de la inteligencia divina y universal preexistente, es separada, y cuando la vida cesa, vuelve y es absorbida en la fuente general de donde originariamente vino. Los autores de la Constitución prohíben sostener estas ideas bajo pena de condenación eterna.

Del mismo modo tratan la doctrina de la evolución y desarrollo, insistiendo obtusamente en que la iglesia cree en distintos actos creadores. La doctrina de que cada forma viviente se deriva de alguna anterior está mucho más adelantada científicamente que la relativa a la fuerza, y con toda probabilidad puede considerarse como establecida, sean lo que quiera las adiciones que últimamente le han sido agregadas.

En su condenación de la Reforma, la Iglesia, lleva a la práctica sus ideas de la subordinación de la razón a la fe; a sus ojos, la

Reforma es una impía herejía, que conduce a los abismos del panteísmo, del materialismo y del ateísmo, y tiende a derribar los verdaderos cimientos de la sociedad humana. Quiere, por lo tanto, reprimir esos «espíritus inquietos» que, siguiendo a Lutero, sostienen que «todo hombre tiene derecho a interpretar la Escritura por sí mismo.» Afirma que es un error malvado conceder a los protestantes iguales derechos políticos que a los católicos, y que cohibirlos y suprimirlos es un deber sagrado; que es abominable permitirles que establezcan instituciones de enseñanza. Gregorio XVI denunció la libertad de conciencia como una locura insana, y la libertad de la prensa como un error pestilente que no puede ser bastante detestado.

Pero ¿cómo es posible reconocer un oráculo infalible e inspirado en el Tíber, cuando se recuerda que una y otra vez ha habido contradicciones entre papas sucesivos, que papas han condenado concilios y concilios han condenado papas; que la Biblia de Sixto V ha admitido tantos errores (cerca de dos mil) que sus propios autores tuvieron que recogerla?

¿Cómo es posible para los hijos de la Iglesia considerar como «errores engañosos» la forma globular de la Tierra, su posición como un planeta en el sistema solar, su rotación sobre el eje y su revolución alrededor del Sol? ¿Cómo pueden negar que hay antípodas y otros mundos además del nuestro? ¿Cómo pueden creer que el mundo fue hecho de la nada en una semana y concluido como lo vemos ahora; cómo, que no ha sufrido cambio y que sus partes han trabajado tan sin conexión como para necesitar incesantes intervenciones?

Cuando se pide hoy a la ciencia que rinda sus convicciones intelectuales, ¿no puede ésta pedir a la Iglesia que recuerde su pasado? La batalla respecto a la figura de la Tierra y la localización del cielo y el infierno, le fue adversa. Afirmó que la Tierra era una extensa llanura y que el cielo es un firmamento, el suelo del paraíso, por el cual una y otra vez se han visto ascender algunas personas. Demostrada la forma globular, sin que fuera posible la menor contradicción, por las observaciones astronómicas y por el viaje de Magallanes, sostuvo luego

que era el cuerpo central del universo y que todos los demás le estaban subordinados, siendo el principal objeto de las miradas de Dios. Desalojada de esta posición, afirmó luego que no tenía movimiento; que el Sol y las estrellas giraban a su alrededor, como lo vemos diariamente. La invención del anteojo probó que en esto también estaba equivocada. Luego sostuvo que todos los movimientos del sistema solar están regulados por intervención providencial; los Principios de Newton demostraron que son debidos a leyes irresistibles. Afirmó luego que la Tierra y todos los cuerpos celestes fueron creados hace seis mil años y que en seis días se estableció el orden de la naturaleza, introduciéndose todas las tribus de plantas y animales. Obligada por la acumulación de pruebas contrarias, alargó sus días a periodos de duración indefinida, tan sólo, para hallar luego, sin embargo, que hasta este artificio era inaceptable. Las seis épocas, con sus seis creaciones especiales, no pudieron sostenerse más tiempo cuando se descubrió que las especies aparecían lentamente en una época, culminaban en una segunda y gradualmente morían en una tercera; estos saltos de época a época no sólo hubieran exigido creaciones, sino re-creaciones también. Afirmó que había habido un diluvio que cubrió toda la tierra, hasta la cresta de las más altas montañas, y que las aguas de esta inundación fueron secadas por un viento. Las ideas exactas respecto a las dimensiones de la atmósfera y del mar y a la acción de la evaporación, prueban cuan insostenible es este aserto. Dijo que los progenitores de la especie humana habían salido perfectos de manos del Criador, tanto en cuerpo como en alma, y que luego habían caído. Ahora considera y estudia la mejor manera de libertarse de las incesantes pruebas que demuestran el estado salvaje del hombre prehistórico.

¿Es pues, sorprendente que el número de los que tienen en poca estima las opiniones de la Iglesia vaya rápidamente aumentando? ¿Es posible recibir como guía seguro de lo invisible a quién en tan profundos errores cae en lo visible? ¿Cómo puede inspirar confianza en lo moral y espiritual quien tan visiblemente ha errado en lo físico? No es posible apellidar a estos conflictos «vanas sombras, falsos ardides, ficciones de una mal llama-

da ciencia, errores que revisten la engañosa apariencia de la verdad», según la Iglesia los estigmatiza. Al contrario, son sólidos testimonios que descansan en bases inatacables, contra las pretensiones eclesiásticas de la infalibilidad, a la que convencen de ignorante y ciega.

Convicto de tantos errores, no intenta el papado dar explicación alguna. Ignora todo el asunto; más todavía, contando con el apoyo eficaz de la audacia, aunque abrumado por estos hechos, proclama su infalibilidad.

Pero no pueden concederse otros derechos al Pontífice que los que le otorgue el tribunal de la razón. No puede pretender la infalibilidad en asuntos religiosos y declinarla en los científicos. La infalibilidad comprende todas las cosas, implica la omnisciencia. Si es buena para la teología, buena debe ser para la ciencia. ¿Cómo es posible coordinar la infalibilidad del Papa con los bien sabidos errores en que ha caído?

¿No es necesario, pues, rechazar la pretensión del papado, de emplear medios coercitivos para conservar sus opiniones; repudiar totalmente la declaración de que «la Inquisición es una necesidad urgente en vista de la incredulidad de la edad actual» y en nombre de la naturaleza humana protestar altamente contra la ferocidad y terrorismo de esta institución? ¿No tiene la conciencia derechos inalienables?

Un abismo infranqueable y que se agranda por momentos, se abre entre el catolicismo y el espíritu de la época. El catolicismo insiste en que la fe ciega es superior a la razón, en que los misterios son mucho más importantes que los hechos. Pretende ser el único intérprete de la naturaleza y que la revelación sea el árbitro supremo del saber; rechaza sin vacilar todas las críticas modernas de las escrituras y ordena que al Biblia se acepte de acuerdo con las opiniones de los teólogos de Trento; abiertamente confiesa su odio a las instituciones libres y a los sistemas constitucionales, y declara que están en un error condenable los que consideran posible o deseable la reconciliación del Papa con la civilización moderna.

Pero el espíritu de la época pregunta: ¿debe la inteligencia hu-

mana subordinarse a los padres tridentinos o a los caprichos de los ignorantes que escribieron en los primeros tiempos del catolicismo? No ve mérito en la fe ciega y más bien desconfía de ella. Mira hacia adelante, para que el progreso del canon popular de credibilidad decida entre el hecho y la ficción. No se considera obligado a creer en fábulas y falsedades que han sido inventadas para fines eclesiásticos. No encuentra argumentos en apoyo de su verdad, pues las tradiciones y leyendas hace tiempo que vivieron; en este respecto las fábulas de la Iglesia son muy inferiores a las del paganismo. La longevidad misma de la Iglesia no se debe a una protección o intervención divina, sino a la habilidad que ha tenido en adaptar su política a las circunstancias que la han rodeado. Si la antigüedad fuese criterio de la autenticidad, las pretensiones del budismo deberían ser respetadas, pues tiene una superioridad de muchos siglos. No cabe defensa de estas deliberadas falsificaciones de la historia, de esta ocultación de los hechos de que la Iglesia tan frecuentemente ha sacado ventaja. En estas cosas, el fin no justifica los medios.

Venimos, pues, a parar a esta conclusión: que el cristianismo católico y la ciencia son absolutamente incompatibles, según reconocen sus respectivos adeptos; no pueden existir juntos, uno debe ceder ante otra, y la humanidad tiene que elegir, pues no puede conservar ambos.

Mientras que tal vez es éste el desenlace que aguarda al catolicismo, no sólo es posible una reconciliación entre la ciencia y la Reforma, sino que se verificaría fácilmente, si las Iglesias protestantes quisieran observar la máxima de Lutero, establecida en tantos años de guerra, de que todos tienen el derecho de interpretar privadamente las Escrituras: fue el fundamento de la libertad individual. Pero si se permite la interpretación personal del libro de la revelación, ¿cómo puede negarse tratándose del libro de la naturaleza? En los errores que han aparecido, debemos considerar siempre la debilidad de la naturaleza humana. A las generaciones que siguieron inmediatamente a la Reforma puede excusarse que no comprendiesen la completa significación de su principio cardinal y que no lo llevasen a efecto en

todas las ocasiones oportunas. Cuando Calvino hizo quemar a Servet, estaba animado, no por los principios de la Reforma, sino por los del catolicismo, de los que no había podido emanciparse completamente. Y puede decirse lo mismo del clero de algunas confesiones influyentes del protestantismo, cuando ha estigmatizado a los investigadores de la naturaleza como a infieles y ateos. Para que el catolicismo se reconcilie con la ciencia hay obstáculos formidables, quizá insuperables, en su camino; para que el protestantismo consiga este gran resultado, no hay ninguno. En el primer caso, hay una cruda y mortal animosidad que vencer; en el otro, puede restablecerse una amistad que malas inteligencias han enfriado.

Pero sean los que fueren los incidentes preparatorios de esta gran crisis intelectual que se aproxima y que debe presenciar inevitablemente el cristianismo, podemos estar seguros de que la separación silenciosa de la fe pública, que de tan ominosa manera caracteriza a la generación presente, encontrará al fin su expresión política. No deja de tener significación que Francia refuerce las tendencias ultramontanas de la población ignorante, promoviendo peregrinaciones, ejecutando milagros y exhibiendo apariciones celestiales. Obligada a ello por su destino, lo hace sonrojándose. No deja de tener significación que Alemania esté resuelta a libertarse del dualismo gubernamental, excluyendo el elemento italiano y llevando a su complemento la reforma que hace tres siglos dejó sin concluir. Se aproxima el tiempo en que los hombres deben escoger entre la fe tranquila e inmóvil, con sus consuelos de la Edad Media, y la ciencia que incesantemente reparte sus beneficios materiales en el camino de la vida, elevando la suerte del hombre en este mundo y la especie humana. Sus triunfos son sólidos y duraderos. Pero la gloria que el catolicismo puede ganar en un conflicto con las ideas materiales es, cuando más, como la de algunos meteoros celestes que llegan a nuestra atmósfera transitoria e inútil.

Aunque la afirmación de Guizot de que la Iglesia siempre ha estado al lado del despotismo es demasiado cierta, debe recordarse que la conducta que sigue es por necesidad política. Está obligada a ello por el peso de diez y nueve siglos. Pero si lo irre-

sistible se indica en su acción, lo inevitable se manifiesta en su vida, pues sucede con el papado lo que con el hombre. Ha pasado por las luchas de la infancia, ha desplegado la energía de la madurez, y completada su obra, tiene que caer ahora en las debilidades e impertinencias de la ancianidad. Su juventud jamás puede volver, y sólo le queda la influencia de sus recuerdos. Así como la Roma pagana derramaba sus últimos resplandores sobre el imperio, tiñendo todos sus pensamientos, así la Roma cristiana lanza sus postreros rayos sobre Europa.

¿Consentirá la civilización moderna en abandonar la carrera de progreso que tanto poder y felicidad le ha dado? ¿Consentirá en desandar lo andado, y volver a la ignorancia semi- bárbara y a la superstición de la Edad Media? ¿Se someterá al arbitrio de un poder que, pretendiendo una autoridad divina, no presenta testimonios adecuados a su puesto; poder que tuvo a Europa estancada por muchos siglos, suprimiendo ferozmente con el hierro y el fuego toda tentativa de progreso; poder que se funda en una nube de misterios; que se coloca sobre la razón y el sentido común; que en alta voz proclama el odio que siente contra la libertad de pensamiento y de las instituciones civiles; que profesa la idea de reprimir la una y destruir la otra en cuanto encuentre oportunidad; que denuncia como la más perniciosa e insana la opinión de que la libertad de conciencia y de cultos es derecho de todo hombre; que protesta de que el derecho sea proclamado y afirmado por la ley en todo país bien gobernado, que repudia depreciativamente el principio de que la voluntad del pueblo, «manifestada por la opinión pública (como se dice)», o por otros medios, constituya jurisprudencia; que rehusa a todo hombre el derecho de tener opinión en materias de religión, y sostiene que es simplemente su deber creer lo que le dice la Iglesia y obedecer sus mandatos; que no permite a ningún gobierno temporal definir los derechos y prescribir los límites de la autoridad de la iglesia; que declara que no sólo induce, sino que obliga a los individuos a la desobediencia; que invade la santidad de la vida privada, haciendo en el confesionario delatores y espías a la esposa, las hijas y los criados del sospechoso; que juzga sin acusador y, por el tormento, busca

testigos contra el acusado; que niega a los padres el derecho de educar a sus hijos fuera de la Iglesia e insiste en que a ella sola pertenece la dirección de la vida doméstica y la inspección de los matrimonios y divorcios; que denuncia «la imprudencia» de los que presumen subordinar la autoridad de la Iglesia al poder civil o abogan por la separación de la Iglesia y el Estado; que repudia absolutamente toda tolerancia, y afirma que sólo la religión católica tiene derecho a ser única religión de un país, con exclusión de todo otros culto; que exige que toda ley contraria a sus intereses sea rechazada, y que si no se accede a ello, ordena a todos sus adeptos que la desobedezcan?

Este poder, con la conciencia de que no han de obrarse milagros en su servicio, no vacila en perturbar la sociedad con sus intrigas contra los gobiernos, y trata de conseguir sus fines aliándose con el despotismo.

Pretensiones semejantes indican una revolución contra la civilización moderna, y una intención de destruirla, no importa a qué precio. ¡Para someterse a ellas sin resistencia era preciso que los hombres fuesen esclavos!

¿Y puede alguien dudar del resultado del conflicto próximo? Todo lo que descansa en la ficción y el fraude será derribado; instituciones que organizan imposturas y extienden falsedades, deben mostrar qué razones tienen para existir. La fe tiene que dar cuenta de sí a la razón; los misterios deben dar lugar a los hechos. La religión tiene que abandonar la posición imperiosa y dominadora que por tanto tiempo ha mantenido contra la ciencia. Debe haber absoluta libertad para el pensamiento. Los eclesiásticos aprenderán a conservarse dentro del dominio que han escogido, y dejarán de tiranizar al filósofo, que, convencido de su propia fuerza y de la pureza de sus intenciones, no soportará por más tiempo esta injerencia. Lo que escribió Esdras en las márgenes del río de los sauces llorones, junto a Babilonia, hace más de veintitrés siglos, aún se conserva. «La verdad es eterna y no perece jamás; vive y vence siempre.»



